

New York Times bestselling author

Sabrina Jeffries

What the Duke
Desires



First in the dazzling new *Duke's Men* series

LO QUE EL DUQUE DESEA

(WHAT THE DUKE DESIRES)

01 Los Hombres del Duque

Sabrina Jeffries

Argumento

Maximilian Cale, el duque de Lyon, aceptó hacía mucho tiempo que su hermano secuestrado estaba muerto. Cuando una nota críptica del investigador Tristan Bonnaud afirma lo contrario, Max busca a la hermana de Tristan, Lisette, y se enfurece al saber que Tristan también ha desaparecido misteriosamente. ¿Han perpetrado los hermanos un engaño elaborado? ¿O es la belleza ferozmente protectora tan inocente como ella dice ser?

Temerosa de que el poderoso duque destruya la carrera de Tristán en su celo por la verdad, la inteligente Lisette convence a Max para que la acompañe a París en una búsqueda conjunta de sus seres queridos. Pero su viaje toma un giro seductor cuando se hacen pasar por esposo y esposa ordinarios, no como un duque inglés con un apellido empañado y la hija ilegítima de un vizconde, y descubren una apasionante pasión libre de los condenatorios secretos del pasado.

Con la línea entre el peligro y el deseo tentadoramente borrosa, descubren que algunos misterios, como los del corazón, se responden diez veces en la dicha de un amor verdadero y confiado.

Prólogo

Yorkshire, 1816

— Sacre bleu, niña, deja de caminar y ven a desayunar antes de que me marees.

Lisette Bonnaud, de catorce años, se detuvo, solo para mirar por la ventana delantera de la cabaña.

— Pero mamá, ¿cómo puedes no preocuparte por Tristán? ¡Nunca se ha ido toda la noche! ¿Qué pasaría si algo le sucediera mientras él y papá cazaban ayer?

Claudine Bonnaud agitó la mano con el tipo de floritura elegante que la había convertido en una actriz célebre en el continente antes de que Papá la trajera de uno de sus viajes y la instalara en esta cabaña.

— Entonces ya nos habríamos enterado. Tu papá habría enviado un criado a buscarnos, por lo menos. Lo más probable es que Ambrose llevara a Tristan a beber después de la caza, y terminaron quedándose hasta el amanecer en el Green Inn.

Maman probablemente tenía razón. Pensó que papá llevaría a su hermano a un lugar interesante. Tristán siempre tiene que hacer todo. Ella nunca lo hacía. Y Tristan ni siquiera era mucho mayor que ella, solo tres años. No era justo.

— Tal vez debería caminar hasta Ashcroft para asegurarme de que estén allí. — Echó una mirada melancólica a las verdes colinas de Yorkshire que se extendían por millas y millas.

Maman levantó una ceja rubia perfectamente depilada.

— No puedes ir sola al pueblo, ma fille. No es apropiado

Soltando un suspiro frustrado, Lisette volvió a pasearse.

— Como si a alguien le importara la propiedad de un bastardo.

— ¡Lisette Bonnaud! — Dijo maman bruscamente. — ¡No uses esa horrible palabra para describirte a ti misma! Eres la hija del vizconde Rathmoor. Nunca lo olvides.

— La hija ilegítima del vizconde Rathmoor — se quejó ella. — ¿Qué pasó con todas las promesas de papá de casarse contigo?

Los labios de mamá se apretaron en una línea.

— Es... un asunto complicado. Tuvo que esperar a que terminara la guerra con Francia. Casarse con una francesa creará un gran escándalo para tu papá tal como es. Y por sus hijos legítimos.

Lisette miró a su madre con recelo.

— La guerra terminó hace un año, mamá. Y el único que se preocupa por el escándalo es George. Esperar no cambiará eso.

George Manton, de 26 años, era el hijo y heredero legítimo de Papá, medio hermano de ella y Tristán. Los odiaba desde que papá hizo de mamá su amante. Incluso después de que la madre de George había muerto hacía años, todavía odiaba a la mujer a quien su padre seguía adorando. Y los hijos nacidos de su padre, el padre de ellos.

—George lo aceptará — dijo Maman despectivamente, obviamente incómoda con esta línea de conversación. — No tendrá otra opción una vez que tu papá se case conmigo. — Ella comenzó a untar mermelada en una tostada con delicados golpes del cuchillo.

Todo lo que hacía Maman era delicado. Mientras tanto, Lisette no tenía un hueso delicado en su cuerpo. Era anormalmente alta para una niña de su edad, con caderas huesudas y senos grandes que la hacían parecer desequilibrada. Y su cabello no era el rubio mantecoso de Maman, que los caballeros siempre parecían admirar. Era la tinta negra de papá.

Ella trató de hacerlo atractivo con las cintas que papá le trajo de sus viajes, pero era tan salvaje y rizado que tal esfuerzo era infructuoso. La mayoría de las veces terminaba usando las cintas para bordar sus vestidos.

—Maman, ¿soy bonita?

Su madre parpadeó.

— Por supuesto que eres bonita, ma chérie. Eres mi hija, ¿no? No te preocupes, un día los hombres competirán por tu atención.

Ella no estaba segura de querer eso. La apariencia de mamá solo le había valido toda la vida esperando al hombre que amaba que se casara con ella. Cuando era niña, Lisette había creído en las promesas de papá de convertirlas en una verdadera familia algún día. Pero últimamente ella había comenzado a perder la fe en él.

Un fuerte golpe llegó a la puerta de entrada.

— Atenderé — gritó Lisette mientras corría hacia el pasillo para abrirla. Ella sonrió cuando vio a su otro medio hermano, Dominick Manton, de diecinueve años, parado en la puerta.

— ¡Por fin has vuelto! — ella lloró.

Dom era tan diferente de George como los guisantes de las peras. Había sido un compañero de juegos de la infancia de Tristán mientras George estaba en la escuela. Como Lisette había crecido y había comenzado a seguirlos, él había sido amable con ella, aunque los aldeanos no lo eran, y ella lo adoraba por eso.

Pero hoy no se veía feliz de estar ahí.

— ¿Puedo pasar?"

Su corazón vaciló al notar sus ojos inyectados en sangre, sus labios incoloros... la forma en que se sostenía como si estuviera hecho de porcelana. Algo malo había sucedido. Oh Señor.

— ¡Tristan! — Ella susurró. — ¿Está herido?

— ¿Donde está el? — Dom respondió.

La pregunta la confundió.

— No lo sé. Se ha ido desde ayer. Deberías hablar con papá; salieron a cazar juntos.

Murmuró una maldición, luego cuadró los hombros.

— Padre está muerto, Lisette.

Las palabras calvas fueron una bofetada en su rostro. Mientras miraba boquiabierta a Dom, preguntándose si había escuchado mal, un jadeo ahogado vino detrás de ellos.

Maman estaba congelada, la sangre se le escapaba de las facciones.

— ¿Muerto? C'est imposible! ¿Cómo puede ser?

Dom pasó una mano enguantada por sus gruesos mechones negros.

— No puedo decirle mucho, Sra. Bonnaud. Todavía estoy reconstruyendo lo que sucedió mientras estaba en York. Lo mejor que puedo ver, mientras Tristán y padre estaban cazando, el arma de padre falló y explotó en su pecho. Tristán y el mozo llevaron a padre a su casa y lo metieron en su dormitorio, donde George se unió a ellos. El mozo fue a buscar a un médico; George y Tristan se quedaron al lado de mi padre. Ambos estaban allí cuando papá murió poco después del anochecer anoche.

Cuando la verdad de las palabras de Dom comenzaron a hundirse, las lágrimas picaron los ojos de Lisette, luego se deslizaron por sus mejillas. Detrás de ella, mamá también lloraba en silencio, y Lisette fue a su lado. Se quedaron allí llorando, envueltas en los brazos una de la otra.

Papá no podía estar muerto. Lo había visto justo ayer, cuando había ido a buscar a Tristan.

¡Oh, señor Tristán!

Le lanzó a Dom una mirada acusadora.

— Si Tristán estaba allí cuando papá murió, ¿por qué no ha venido a decirnos?

— No lo sé. No llegué a la mansión hasta hace un par de horas. Pero...

Ante su vacilación, Maman se puso rígido.

— ¿P ... pero qué?

— Tenemos que encontrarlo. George estará aquí en cualquier momento buscándolo.

Un escalofrío horrible golpeó a Lisette.

— ¿Por qué George vendría aquí? No cree que Tristán haya matado a papá, ¿verdad?

— No — dijo Dom, aunque probablemente habría tratado de afirmarlo si el mozo no hubiera sido testigo de lo que sucedió. Dom se pasó una mano por sus rasgos cansados. — Pero George cree que Tristan robó Blue Blazes anoche.

El shock la hizo jadear. Blue Blazes era el Pura Sangre favorito de Papá y Tristán. Papá había prometido darle el caballo a su hermano algún día.

— No crees que Tristán haría algo así, ¿verdad?

—No lo sé. Ninguno de los sirvientes tiene muy claro lo que sucedió después de la muerte de Padre. Dijeron que Tristán finalmente se fue, pero George afirma que regresó en plena noche para robar Blue Blazes. Está reuniendo hombres mientras hablamos para capturar a Tristán para que pueda ser acusado del crimen.

Su sangre corrió a hielo.

— ¡Oh, Dom, no! Como puede el

—Sabes que a George le molesta Tristan. Hará cualquier cosa para arruinar su vida.

— ¿Es por eso que estás aquí? — Tristán se adelantó desde el final del pasillo más cercano a la entrada trasera de la cabaña, sus ojos azules feroces sobre Dom. Su abrigo estaba roto como si hubiera estado corriendo por el bosque y sus pantalones tenían barro hasta las rodillas. — ¿Has venido a presenciar mi ruina?

— ¡Tristan! — gritó Lisette. — ¡No le hables así!

—Estoy aquí para advertirte — dijo Dom,. — Si tomaste Blue Blazes, tienes que devolverlo.

Un rubor oscureció las mejillas de Tristan mientras marchaba inexorablemente hacia adelante.

— ¿Por qué? El es mío. Padre me lo hubiera dado, un hecho que tu hermano puede confirmar si no está decidido a negarme mi derecho de nacimiento.

— ¿De qué estás hablando? — susurró mamá.

Tristán puso su brazo sobre el hombro de Maman, luego le lanzó a Dom una mirada beligerante.

— En su lecho de muerte, el padre escribió un codicilo a su voluntad. Me dejó el caballo, la cabaña a Maman y su colección de chucherías a Lisette. También proporcionó una anualidad para los tres. George y yo lo vimos firmar el documento.

—Oh, papá — susurró Lisette mientras las lágrimas se deslizaban por la parte de atrás de su garganta en carne viva. Se había preocupado por ellos, lo suficiente como para pensar en ellos al final. Y él sabía cuánto amaba los pequeños artefactos que había comprado en los distintos países que había visitado, sus historias la intoxicaban con atisbos de lo que sería viajar por el mundo.

La mirada de Tristán ardió con un fervor inusual.

— Pero en cuanto mi padre respiró por última vez, George quemó el codicilo frente a mí. Dijo que moriría antes de dejarnos tener un centavo.

Lisette se tambaleó por la misma conmoción que iluminó la cara de Dom. ¿Por qué George los odiaba tanto?

Dom frunció el ceño.

— George no me dijo nada.

— ¿Y eso te sorprende? — espetó Tristan.

Un aliento dolorido escapó Dom

— No.

Tristán dejó el lado de mamá para mirar a Dom.

— Entonces sí, tomé el caballo que me pertenecía.

—Tienes que devolverlo — dijo Dom. — El robo de caballos se castiga con la muerte. De alguna manera tenemos que escabullirlo de vuelta a los establos o que lo encuentren deambulando por los campos o...

—Demasiado tarde para eso — dijo Tristan con calma. — Lo vendí a un comerciante de caballos gitanos para darle a mi familia algo para vivir hasta que pueda encontrar una manera de mantenernos.

— ¿Tu lo vendiste? — Dom espetó. — ¿Estás loco? ¡George te ahorcará seguro!

—Solo déjalo intentar, — gruñó Tristán. — Le diré al mundo lo que hizo, qué mentiroso, sinvergüenza engañoso es, y...

—Nadie te creará, mon cher — dijo Maman en un susurro ahogado. — Dirán que tienes todo que ganar mintiendo. George es el heredero. Él ganará y tú serás colgado. — Ella comenzó a llorar de nuevo.

Tristán se derrumbó ante su miseria.

— ¡Madre mía, no me colgarán! — Fue a recogerla en sus brazos. — Shh, shh, no sigas así.

Lisette se volvió hacia Dom.

— Tienes que hacer algo. ¡No puedes dejar que George arreste a Tristan!

—Maldito sea al infierno. — Dom cuadró los hombros. — Muy bien, esto es lo que haremos. Tristán, tienes que irte. Ahora. Probablemente puedas llegar a la cueva antes de que llegue George. Te veré allí tan pronto como pueda escapar esta noche.

— ¿Qué cueva? — preguntó mamá.

Los tres hermanos intercambiaron una mirada. Era su patio privado, el lugar donde siempre habían escapado de los padres y tutores, y George, mantenido en secreto por mutuo acuerdo durante todos estos años.

—No te preocupes, madre, sé a qué cueva se refiere. — Tristan fulminó con la mirada a Dom. — Pero no veo por qué debería ser yo quien corra cuando es George...

— ¡Escucha a tu hermano! — gritó su madre. — Estoy segura de que Dom hará lo que pueda para arreglar esto, pero si te quedas aquí y George te tiene procesado, significará la ruina para todos nosotros.

Lisette contuvo el aliento. Maman había sido sabia al usar la culpa en Tristán. De lo contrario, el tonto imprudente desafiaría a George hasta el momento en que le pusieran el lazo alrededor del cuello.

Con una mirada hosca, Tristán cruzó los brazos sobre el pecho.

— Muy bien, Dom, supongo que huyo a la cueva. ¿Y qué?

—Trataré de convencer a George de que haga lo correcto — dijo Dom. — Es más probable que lo haga sin que tú lo provoques.

La esperanza brotó en el corazón de Lisette. Si alguien podía convencer a George, era Dom.

— Escucha a Dom, Tristan.

Tristán dejó escapar un largo suspiro.

— Bien. Pero si George persiste en sus mentiras...

— Vas a ir a Francia — dijo Maman con firmeza. — Tengo familia en Toulon. — Dirigió una mirada suplicante a Dom. — Si se trata de eso, ¿puedes llevarlo allí?

— Puedo llevarlo a un bote de pesca en Flamborough Head. Tendrá que llegar solo al puerto de Hull. Luego puede usar parte del dinero que obtuvo por el caballo y comprar pasaje a Francia.

— Bien — dijo Maman. — Lo hará.

— Ahora, mira aquí, madre... — comenzó Tristán.

— ¡No! — ella lloró. — ¡No te perderé a ti y a tu papá! ¡No me lo pidas!

Tristán apretó los dientes y luego asintió con la cabeza.

— Ven, — dijo ella, tomando su brazo, — empacaremos tus cosas para el viaje.

— No hay tiempo para eso, — Dom mordió. — Puedo llevarle sus cosas esta noche. ¡Pero tiene que irse ahora! George estará aquí en cualquier momento.

— ¡Sí, vete, Tristán! — instó Lisette, empujándolo hacia la puerta trasera. — Antes de que George te encuentre.

Tristán se detuvo al final del pasillo.

— Una cosa que debes saber, Dom. Padre también te dejó dinero en ese codicilo que George quemó. Entonces, si sus acciones quedan impunes...

— Entiendo — dijo Dom. — ¡Ahora vete, maldito seas!

Con el ceño fruncido, Tristán se había ido.

— Me conviene reunir lo que necesitará para el viaje. — Maman desapareció por el pasillo, dejando a Lisette sola con Dom.

Dom la tomó de las manos.

— Lo siento, querida niña. Sobre George, sobre Padre... sobre todo esto.

— No es tu culpa — murmuró. — Ambos sabemos que George hace lo que quiere, y en cuanto a papá...

Cuando las lágrimas volvieron a caer, la atrajo a sus brazos para consolarla. No podía creer que papá estuviera muerto. Justo ayer le había dado un beso y prometió llevarla a montar pronto. Tantas promesas, y ahora nunca podría cumplirlas

Las lágrimas cayeron por sus mejillas, empapando el fino abrigo azul de Dom mientras murmuraba suaves palabras de consuelo. No estaba segura de cuánto tiempo se quedaron de esa manera, pero parecieron unos momentos después cuando el ruido de los caballos afuera los separó. Mientras intercambiaba miradas con Dom, un fuerte golpe en la puerta la hizo saltar.

— Debemos ir a buscar a tu madre para que responda — dijo Dom en voz baja. — El verme aquí podría inclinar nuestra mano demasiado pronto.

— Pero ver a Maman enfurecerá a George. Déjame responder

— Lisette...

— Puedo hacer el tonto, y él podría creerme. Tenemos que detenerlo el tiempo suficiente para que Tristan tenga tiempo de escapar.

Dom la miró fijamente, luego suspiró y dio un paso atrás.

— Estaré aquí si me necesitas.

Lanzándole una sonrisa agradecida, ella abrió la puerta.

Luego se congeló, tomada por sorpresa por la multitud que George había traído con él. Estaba su desagradable hombre de negocios, John Hucker, y dos de los mozos más brutales, junto con varios aldeanos a quienes no les gustaba ese «*bastardo francés*», como a menudo llamaban a Tristán en la ciudad, todo porque tenía el favor del vizconde.

Luchó para no reaccionar ante esta demostración de fuerza, recordándose a sí misma que George todavía no sabía que sabía sobre Papá. O el pura sangre.

— Buenos días, mi lord. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

Aunque George poseía la robusta constitución de un campesino, sus rasgos, vestimenta y modales eran pura aristocracia. Tenía el ceño fino y pálido de un señor que rara vez se aventuraba al sol, el traje perfectamente confeccionado de un caballero que nunca se preocupaba de que el trabajo pudiera desordenar su ropa, y la pura arrogancia del heredero de un vizconde.

Muchas mujeres también lo llamarían guapo, con su amplio pecho y su ondulado cabello castaño y la sonrisa que le otorgaba a aquellas mujeres que cumplían con sus exigentes estándares. Pero Lisette era inmune. Ella conocía la oscuridad que acechaba dentro de ese pecho.

Típico de él, ni siquiera se molestó en bajar de su caballo castrado favorito.

— ¿Dónde está él? — ladró sin preámbulos.

— ¿Quién? — ella ladró de vuelta. Si él no intentaría ser civilizado, ¿por qué debería ella?

— Sabes quién. Tu astuto culo de hermano.

Solo con dificultad contuvo su temperamento.

— Él también es tu hermano.

— O eso dice tu madre — dijo Hucker arrastrando las palabras.

El cruel comentario la hizo jadear, incluso mientras hacía reír a los otros hombres. ¿Cómo se atrevía? ¿Y cómo se atrevía George no solo a permitirlo sino a reírse de la observación?

Luchó por contener la lengua, porque la vida de Tristán podría depender de ello. Desafortunadamente, su silencio solo encendió a los hombres. Se acercaron a sus caballos para hacer comentarios groseros sobre su pecho y para proponer cosas que ella apenas entendía, pero que sonaban viles.

En cuestión de segundos, Dom apareció en la puerta.

— Llama a tus perros, — le espetó a su hermano. — Ella está de luto tanto como nosotros. ¿Cómo puedes dejar que la insulten? ¡Ella es tu hermana, por el amor de Dios!

George levantó una ceja, pero sabiamente no dijo nada al respecto.

— ¿Qué haces aquí, Dom?

— Estoy aquí para compadecerme con mi familia, nuestra familia.

Una sonrisa burlona cruzó la cara de George.

— ¿Estás seguro de que no solo esperas hablar con la Sra. Bonnaud donde dejó el padre?

Lisette parpadeó y luego se lanzó hacia adelante.

— ¡Por qué, hombre bestial, horrible! — Solo el agarre de hierro de Dom le impidió tirar de George de su castrado para que ella pudiera abofetearlo.

— ¡Suficiente, señor! — gritó mamá detrás de ella. Ella salió a mirar fríamente a George. — Tu pelea está conmigo. Déjalos fuera de esto.

La expresión de George se congeló.

— Mi pelea es con Tristan.

No en vano, Maman había sido el brindis de la sociedad de Toulon cuando era actriz. Aunque no podía ocultar sus ojos rojos o sus pálidas mejillas, podía jugar muy despreocupadamente.

— ¿Oh? ¿Qué ha hecho mi hijo ahora para molestarte?

— Robado mi propiedad. Y estamos aquí para asegurarnos de que pague por ello.

Ella agitó su mano.

— No sé nada de eso. — Una sonrisa incrédula cruzó sus labios. — ¿Puedes probar que robó tu propiedad?

Hucker fue el que respondió.

— Los testigos lo vieron anoche sacar a Blue Blazes de los establos.

Cuando Maman palideció, Lisette se quedó sin fuerzas. Testigos. Eso no estaba bien.

Sin embargo, Maman perseveró.

— Sea como fuere, no tiene nada que ver conmigo. No puedo controlar a mi hijo. Estoy segura de que pronto devolverá el caballo. Bien podría estar de vuelta en los establos ahora, si su señoría simplemente fuera...

—No voy a ninguna parte, señora Bonnaud. El primer lugar al que vendría Tristán es aquí, aunque solo sea para contarte el fallecimiento de Padre. — George la miró con la arrogancia perezosa que hizo que todos lo odiaran. — Así que haré esto lo suficientemente simple para que incluso una puta francesa lo entienda. Dígame dónde está Tristán o desocupe esta cabaña a primera hora de la mañana.

Cuando Dom maldijo por lo bajo, Lisette escupió:

— ¡No puedes hacer eso!

—Por supuesto que puedo. — George miró a Maman. — ¿Tiene el alquiler de este mes?

—Por supuesto que no — dijo ella, con el rostro ahora pálido. — Ambrose lo posee.

—Poseía. Mi padre está muerto, ¿recuerdas? — dijo George con frialdad. — Así que ahora la cabaña me pertenece y exijo el alquiler. ¿Puede pagarlo? Porque si no puedes, tengo derecho a desalojarte. — Él sonrió con su sonrisa de intimidación. — Demonios, tengo derecho a desalojarte de todos modos. Especialmente desde que has estado albergando a un ladrón.

Dom dio un paso adelante.

— Muestra misericordia, George. Todavía están tambaleándose por la noticia de la muerte de mi padre. Todos lo estamos. Permíteles tiempo para llorar, pasar por el funeral y leer el testamento.

—Espero que no te pongas del lado de ellos, hermano mío — dijo George con acidez mientras su caballo bailaba de un lado a otro. — Porque no hay nada en el testamento de padre para ti. Lo escribió poco después de que yo naciera, y no lo ha cambiado desde entonces.

A juzgar por la brusca inhalación de Dom, no lo sabía.

— Eso no puede ser cierto, — dijo en voz baja.

—Consulta con el abogado de mi padre si no me cree. Lleva años intentando que padre actualice su testamento. — George le lanzó a su hermano una sonrisa petulante. — Entonces te sugiero que descubras de qué lado estás. Porque estoy más que dispuesto a ser generoso con mi hermano legítimo y darle lo que mi padre olvidó dejarle legalmente. O...

Su pausa malévolamente hizo que la sangre de Lisette se enfriara.

— ¿O? — Dom pinchó.

—Puedo terminar tu futura carrera como abogado así como así. — Chasqueó los dedos. — Si les ayudas a esconder a Tristan de mí, no obtendrás ni un centavo de la fortuna de mi padre, ninguna asignación, ninguna propiedad, nada. Y te resultará muy difícil seguir estudiando derecho sin dinero.

La desesperación se apoderó de Lisette. La vida de Dom terminaría incluso antes de que comenzara. No había aceptado eso cuando había aceptado ayudar a Tristán.

— ¿Cómo puedo esconderle de ti cuando no tengo idea de dónde está? — Dijo Dom con calma, aunque ella podía sentir la tensión en él.

George frunció el ceño.

— Ten mucho cuidado con la elección que haces, hermanito. Lo digo en serio cuando digo que te cortaré.

Una mirada desgarradora de pura traición cruzó la cara de Dom.

— Realmente quemaste ese codicilo, ¿no?

El color desapareció de la cara de George.

— No sé de qué estás hablando.

— Oí que mi padre escribió un codicilo a su voluntad en su lecho de muerte que nos proporcionaba a todos, incluyéndome a mí. Y lo quemaste.

— ¡Aja! — George se inclinó hacia adelante en la silla. — Sabes dónde está Tristan. De lo contrario, no... — Se interrumpió con una expresión de disgusto.

— ¿Hubiera oído hablar del codicilo? — El triunfo encendió la mirada de Dom. — Pensé que no sabías de lo que estaba hablando.

George no estaba dispuesto a dejar que nada tan inconveniente como la verdad lo detuviera de su curso.

— No intentes tus trucos legales conmigo, hermanito. Aún no eres abogado, y no estoy admitiendo nada. ¿Dónde está él, maldito seas?

— Te lo dije. No tengo idea.

— Estás mintiendo.

— Tú también, — Dom mordió.

— No puedes probar eso. Solo tienes la palabra de un bastardo ladrón sin valor que no tiene nada que perder calumniándome.

— Y no puedes probar que sé dónde está.

— No necesito pruebas. Soy el heredero Mi ley es absoluta. — Apretó el puño sobre las riendas. — ¿Entonces estás conmigo, hermanito? ¿O con ellos? Porque si los eliges, te juro que te dejaré sin nada.

Lisette contuvo el aliento. Incluso los caballos parecían detener su inquietud, esperando la respuesta de Dom.

Miró a George por un largo y duro momento. Luego se volvió para ofrecerle a Lisette su brazo.

— Vamos hermana. Parece que tendremos que empacar sus pertenencias y las de su madre antes de mañana.

La sorpresa cubrió la cara de George. Luego entrecerró la mirada.

— Bien. Has hecho tu elección. Dile a Tristan que tu ruina está en su cabeza. — Girando su caballo castrado hacia los otros hombres, ladró, — ¡Busquen en la casa! ¡Busquen en los

campos y páramos y en cada centímetro de tierra entre aquí y el mar! ¡Debe estar aquí en alguna parte!

Cuando sus hombres entraron corriendo a la casa, Lisette dijo:

— Dom, no deberías...

—Manten silencio hasta que se hayan ido, querida niña — susurró. — Entonces hablaremos.

Tenía razón en ser cauteloso, pero le tomó toda su moderación no protestar cuando Hucker hurgó en su armario y los demás voltearon los muebles, ignorando Las maldiciones francesas de mamá. Hucker estaba fumando sus viles cigarrillos españoles, y la idea del olor repugnante que impregnaba su ropa era casi más de lo que podía soportar.

Maltratada por los acontecimientos del día, Lisette quería gritarles, pero no tenía sentido. Nada sería igual de todos modos. Papá se fue. No habría más desayunos perezosos con él leyendo en voz alta partes divertidas del periódico o regalándoles historias sobre su último viaje. No más caminatas por los acantilados en Flamborough Head con él y Maman. No más noches mirando a las estrellas con Dom y Tristan.

Las lágrimas le quemaron los ojos otra vez. ¿Cómo lo soportaría ella? ¿Y qué sería de ellos sin papá?

Los hombres de George no tardaron mucho en darse cuenta de que Tristán no estaba dentro. Tan pronto como se fueron para revisar la propiedad circundante, Maman se acercó a Dom con preocupación.

— Mi niño, no debes hacer esto. George te dejará sin dinero sin duda. Tu padre no querría eso.

— ¿Prefieres que le entregue a Tristan?

—Por supuesto que no, pero tal vez si razones con George...

—Viste lo bien que funcionó.

Maman frunció el ceño.

— ¿Qué pasa si Tristán le da el dinero que recibió por el caballo? Seguramente George no podría... no habría ahorcado a su propio hermano. ¿Lo haría?

—Podría y lo haría, me temo. Si está dispuesto a pisotear los deseos de nuestro padre muerto, hará cualquier cosa. — Dom miró por la ventana hacia donde George estaba espoleando a sus hombres en la búsqueda. — Además, sospecho que incluso si fuera lo suficientemente cruel como para entregar a Tristán, me ganaría poco, excepto una vida de esclavitud para George. Usaría el golpe de su fortuna una y otra vez para exigirme que cumpla con cualquier plan que él invente, y me niego a vivir así.

—Pero ¿cómo vas a vivir? — preguntó Lisette. Dom también era su hermano. Ella no quería que él sufriera.

Dom la arrojó debajo de la barbilla.

—Soy un hombre adulto, querida niña. Yo puedo cuidar de mí mismo. Es posible que mi educación legal no haya progresado lo suficiente como para ganarme un puesto como

secretario o abogado, pero tengo un amigo en Bow Street Runners que podría contratarme por su fortaleza. — Abrió su mirada para incluir a Maman. — Me preocupa más cómo vivirán ustedes tres.

Maman cuadró los hombros.

— Nos escaparemos con Tristan a mi familia en Toulon.

Dom frunció el ceño.

— Eso significa dejar todo atrás.

—No todo — lo corrigió mamá. — Tengo mis hijos. Además, tu papá me compró mis posesiones, así que George afirmará que pertenecen a la propiedad de todos modos. — Ella levantó la barbilla. — No tendré ninguna acusación de robo sobre mi cabeza. O la de Lisette. Tomaremos nuestra ropa, eso es todo.

—Pero ¿cómo vivirás en Francia? — preguntó Dom.

—Puedo encontrar un puesto como actriz otra vez. — Ella inclinó la cabeza tímidamente. — Todavía soy joven y lo suficientemente bonita para eso, ¿no?

Dom sonrió ante su muestra de vanidad.

— Si. Y tienes todo el dinero que Tristán consiguió para el caballo.

—No debería quedárselo — susurró mamá.

—Ah, pero debería hacerlo. Padre quería que lo tuviera. — Dom se puso pensativo. — Al menos sabemos que Padre tenía la intención de hacer lo correcto por todos nosotros, incluso si George lo frustraba al final.

La sombra del dolor que oscureció su rostro hizo que Lisette sintiera pena por él.

— Papá debería haberte puesto en su testamento. Estaba muy mal de su parte no hacerlo.

—Sabes cómo estaba, siempre en algún lugar explorando una nueva ciudad, isla o lago. — Un filo entró en la voz de Dom. — No tenía tiempo para cosas como las responsabilidades familiares.

—No lo culpes demasiado — dijo Maman. — Puede que no haya sido bueno en esas cosas, pero te amaba. — Su mirada se estiró para incluir a Lisette. — Los amaba mucho a los dos.

Eso hizo que Maman llorara de nuevo, y ella se fue a buscar un pañuelo. Después de que ella se fue, Lisette susurró:

— Sí, nos amaba. No es suficiente.

Ese era el problema de confiar en un hombre para salvarte. Los hombres no eran confiables. Papá... George... Incluso Tristán había empeorado las cosas con su ira. De los hombres importantes en su vida, solo uno siempre había hecho lo correcto, y por mucho que Dom quisiera ayudar, incluso él poco podía hacer más que llevarlos a Francia.

Maman se había equivocado al depositar su fe en papá. Todo lo que le había ganado era pena por ella y sus hijos.

Lisette echó a correr lágrimas frescas. Bueno, ella nunca sería tan tonta. La primera oportunidad que tenía, ella se abriría camino en este mundo, sin importar lo que tomara. Ella no estaba pasando por ese tipo de traición nunca más.

Capítulo 1

Covent Garden, Londres, abril de 1828

No había una sola carta de Tristán en todo el lote.

Cuando la brumosa mañana se tornó de un gris menos sombrío, Lisette arrojó el correo sobre el escritorio en el estudio de Dom. Típico. Cuando se fue de París, Tristán había prometido escribirle una vez por semana. Pero a pesar de que había comenzado bien, ya habían pasado dos meses sin una línea de él.

Estaba dividida entre la preocupación por lo que había detenido el flujo de cartas y el deseo de atar a su imprudente hermano por los dedos de los pies y dejarle ver cómo era quedarse colgado.

— ¿Estás segura de que no quieres acompañarme a Edimburgo en este caso? — preguntó Dom. — Podrías tomar notas por mí.

Lisette miró para ver a su medio hermano descansando en la puerta. A los treinta y uno era más delgado y más duro que cuando eran jóvenes, y ahora tenía una cicatriz en la mejilla de la que no hablaría, que vino de Dios sabía dónde. Pero él todavía estaba en su campamento.

La mayor parte del tiempo Ella frunció el ceño. A veces podría ser tan malo como Tristán.

Desde que Dom la había traído ahí desde Francia hacia seis meses, ella había trabajado duro para convertir su casa alquilada en una casa. El hecho de que también sirviera como oficina para las Investigaciones de Manton no significaba que tuviera que sentirse frío e impersonal. Pero, ¿qué le habían hecho sus esfuerzos? Nada más que otro hombre para gobernar su comportamiento.

Sentada en la silla, levantó una ceja.

— No necesitas que tome notas, recuerdas todo palabra por palabra.

— Pero eres mejor en descripciones que yo. Tu notas cosas sobre la gente que yo no.

Ella puso los ojos en blanco.

— Solo iré si me dejas hacer algo más que describir cosas y hacerte té.

Él la miró con cautela.

— ¿Como qué?

—Entrevistar a testigos. Seguir a los sospechosos. Llevar una pistola.

Para su crédito, no se rió. Tristán se habría reído. Y luego trató, nuevamente, de encontrarle un marido adecuado entre sus fanáticos amigos parisinos en París, que actuaban como si una bastarda medio inglesa como ella debería estar agradecida por cada migaja de su atención.

En cambio, Dom la miró atentamente cuando entró en la habitación.

— ¿Sabes cómo usar una pistola?

—Sí. Vidocq me lo mostró. — Solo una vez, antes de que Tristan detuviera las lecciones, pero Dom no necesitaba saber eso.

Ya estaba maldiciendo a Eugène Vidocq, el ex jefe de la policía secreta francesa.

— No puedo creer que nuestro hermano te haya permitido acercarte a ese sinvergüenza.

Ella se encogió de hombros.

— Necesitábamos el dinero. Y Vidocq necesitaba a alguien en la Sûreté Nationale en quien pudiera confiar para organizar todas sus fichas con descripciones de delincuentes. Fue una buena posición.

Y para su sorpresa, lo había disfrutado. Después de la muerte de Maman hacia tres años, cuando Lisette se había mudado a París para vivir con Tristán, había anhelado un trabajo útil para distraerse de su dolor. Vidocq se lo había ofrecido. Ella había aprendido sobre investigar crímenes de él. Vidocq incluso había propuesto contratarla como agente de la Sûreté, como había hecho con otras mujeres, pero Tristán se había negado a permitirlo.

Ella resopló. Tristán pensó que estaba perfectamente bien para él ser un agente para el Sûreté todos estos años, pero su hermana debía mantenerse envuelta en algodón hasta que encontrara un marido. Lo que se hacía más improbable por año. ¡Ya tenía veintiséis años, por el amor de Dios!

— ¿Cuál es tu respuesta, Dom? — ella empujó a su medio hermano. — Si voy contigo, ¿me dejarás hacer más que tomar notas?

—No esta vez, pero tal vez algún día...

—Eso es lo que siempre decía Tristán. — se sorbió la nariz. — Mientras tanto, estaba tramando a mis espaldas para casarme, y cuando eso no funcionó, me llevó a Londres contigo.

—Por lo cual estoy profundamente agradecido — dijo Dom con una leve sonrisa.

—No intentes distraerme con cumplidos. Tampoco voy a casarme con ninguna de tus elecciones como esposo.

—Bien — dijo alegremente. — Porque no tengo ninguno. Soy demasiado egoísta como para querer perderte con un esposo. Te necesito aquí.

Ella lo miró con incertidumbre.

— Solo dices eso.

—No, querida niña, no lo soy. Tienes una gran cantidad de información sobre los métodos de Vidocq almacenados en esa cabeza inteligente. Me enojaría casarte y perder todo eso.

Lisette se suavizó. Dom había sido mucho más complaciente con su aprendizaje de su negocio de lo que esperaba. Tal vez era porque había luchado tanto para ganarlo, después de que George lo interrumpió por completo. O tal vez fue porque recordaba con cariño su infancia juntos.

En cualquier caso, ella le daría algo de tiempo. Quizás eventualmente consideraría darle sus deberes más amplios. Deberes más emocionantes. Finalmente podría llegar a viajar, a satisfacer la pasión por los viajes que había heredado de papá. Era una medida de cuánto Dom confiaba en ella que la dejaría ahí por una semana con solo los sirvientes como compañía. Esta fue la primera vez que lo hizo.

—Así que crees que soy inteligente, ¿verdad? — ella dijo.

—Y manipuladora y obstinado y un dolor en el trasero... — Ante su ceño, él suavizó su tono. — Pero sí, también muy inteligente. Tienes muchas buenas cualidades, querida niña, y las aprecio. No soy Tristán, ya sabes.

—Lo sé. — Hojeó las cartas extendidas sobre el escritorio. — Hablando de nuestro hermano sinvergüenza, no he sabido nada de él en meses. No es como que él esté tan callado. Generalmente escribe una vez a la semana.

Dom se acercó al escritorio para recoger algunos papeles para su viaje.

— Probablemente está en un caso por Vidocq.

—Pero Vidocq se vio obligado a renunciar como jefe de Sûreté el año pasado.

Después de que Vidocq se fue, Tristán retuvo su posición como agente por la piel de sus dientes. Como no había sido agente, había perdido su puesto por completo. Entonces su hermano había decidido que era hora de que encontrara un esposo, incluso uno inglés. Y dado que no se atrevía a regresar a Inglaterra debido a la orden de robo en su contra, le había quedado a Dom llevarla a Londres.

—Entonces probablemente esté en un caso para el nuevo compañero — dijo Dom mientras metía los documentos en su bolso.

—Lo dudo. — Se levantó para caminar hacia la ventana. — El nuevo jefe del Sûreté no es exactamente como Tristán.

—Eso es porque Tristan es muy bueno en lo que hace. Ese nuevo tipo no pudo investigar a un vendedor de frutas por golpear una manzana, por lo que se resiente de cualquiera que lo muestre. — Él le lanzó una mirada de reojo. — Aunque, para ser justos, nuestro hermano puede probar la paciencia de cualquier empleador. Establece sus propias reglas, mantiene horarios extraños y tiende a no decirle a nadie lo que está haciendo.

—Te acabas de describir a ti mismo — dijo secamente.

Una risa salió de él.

—Muy bien, lo admitiré. Pero trabajo para mí, así que puedo actuar de esa manera, él tiene superiores que esperan informes regulares.

—Cierto — dijo distraídamente mientras miraba por la ventana, su atención fue captada por un hombre con un traje gris al otro lado de la calle, que miraba la casa de la ciudad con mucha atención. Le pareció familiar. Él se veía como...

Se acercó al cristal y el hombre desapareció en la niebla. Un escalofrío le recorrió la espalda que se obligó a ignorar. No podría ser Hucker. Él no estaría en Londres; estaría en Yorkshire con el resto de los secuaces de George. Si aún trabajara para George.

Dom caminó hacia ella.

—También está el hecho de que tiene una tendencia molesta a meterse en problemas sin siquiera intentarlo.

— ¿Quién? — preguntó ella, sorprendida al volverse desde la ventana.

—Tristan. — Él mantuvo una mirada curiosa sobre ella. — De eso estamos hablando, ¿no?

—Sí, por supuesto. — Se obligó a olvidarse de Hucker. — Su inclinación por meterse en raspones es precisamente por lo que estoy preocupada. Incluso Vidocq solía decir que Tristán deliberadamente corteja el peligro.

—Cierto, pero siempre se las arregla para liberarse de eso también. No te necesita para eso. — La mirada de Dom sobre ella se suavizó. — Yo, por otro lado, te necesito para muchas cosas. — Extendiendo su mano enguantada hacia ella, señaló una rasgadura en la palma. — ¿Lo ves? Lo hice esta mañana. ¿Puedes arreglarlo?

Intentaba distraerla de sus preocupaciones, lo cual era dulce de su parte, aunque completamente transparente. Sin decir palabra, ella se quitó el guante, sacó su caja de remendar y comenzó a coser el rasgón cerrado.

Mientras trabajaba, su mente vagaba hacia el hombre que había visto afuera. ¿Debería mencionarlo a Dom? No, eso sería una tontería. Podría decidir quedarse en Londres, que no podían permitirse. Su negocio estaba creciendo día a día, pero todavía no podía dejar pasar un caso tan lucrativo como el de Escocia.

Además, ella ni siquiera estaba segura de que fuera algo de lo que preocuparse. Habían pasado años desde que había dejado la finca, el hombre podría no ser Hucker en absoluto. No tenía sentido alarmar a Dom sin motivo.

Casi había terminado de reparar su guante cuando el único criado, mayordomo, ayuda de cámara y lacayo de Dom, todo en uno, entró en la habitación.

— Son casi las nueve, señor. Tienes solo media hora para llegar a los muelles.

—Gracias, Skrimshaw — Dom arrastró las palabras. — Sé leer un reloj.

El tipo de cara florida se puso rígido.

— Perdón, señor, pero «*Como las olas avanzan hacia la orilla de guijarros, nuestros minutos se apresuran a su fin*».

Cuando Dom comenzó a fruncir el ceño, Lisette ahogó una carcajada y dijo apresuradamente:

— Me aseguraré de que salga a tiempo, Shaw. Llegará pronto.

Skrimshaw no parecía convencido, pero se volvió y se fue.

—Lo juro, si ese hombre me cita más Shakespeare, lo apagaré —se quejó Dom

—No, no lo harás. Nunca encontrarás a otro que haga lo que hace por tan poco salario.

— Ella ató el hilo y le entregó el guante a Dom. — Además, lo provocaste usando su nombre real.

—Oh, por el amor de Dios — dijo mientras se ponía el guante, — no voy a llamar a mi criado por un nombre artístico, no importa cómo pase la mayor parte de sus tardes.

—Deberías ser más amable con él, ya sabes — lo reprendió. — Debido a su insistencia en que se quede aquí para cuidarme por la noche mientras está fuera, renunció a su pequeño papel que comienza los ensayos esta semana. Y en cualquier caso, tiene razón. Es hora de que te vayas. — Ella luchó contra una sonrisa. — Todos esos minutos se están acelerando.

Con un juramento murmurado, Dom giró hacia la puerta, luego se detuvo para mirarla.

— Acerca de Tristán. Si no he tenido noticias tuyas cuando regrese de Escocia, veré qué puedo averiguar.

—Gracias, Dom — dijo ella suavemente, sabiendo que era una concesión.

—Pero no creas que me iré a Francia detrás del bribón — se quejó. — No, a menos que alguien me lo pague.

—Quizás mientras estés en Edimburgo, resolveré un caso o dos — dijo ella a la ligera. — Entonces puedo pagarte.

Él frunció el ceño.

— Eso no es ni remotamente divertido. Prométeme que no intentarás ninguna tontería.

Lanzándole una sonrisa enigmática, miró el reloj.

— Te perderás tu nave si no te vas.

—Así que ayúdame, Lisette, si tú...

—Ve, ve — gritó ella mientras lo empujaba hacia la puerta. — Sabes perfectamente que te estoy tomando el pelo. No te preocupes por mí. Estaré bien.

Finalmente se fue, murmurando sobre sirvientes insolentes y hermanas problemáticas. Con una carcajada, ella volvió a ocuparse del correo, clasificó cada carta por el caso que involucraba, y luego puso las consultas de casos nuevos en una pila para pasar al final.

Pasó el día respondiendo a la correspondencia, tomando notas sobre los casos que creía que Dom podría tomar y tratando los asuntos domésticos. Era casi medianoche antes de que ella se acostara. No tenía sentido retirarse antes, las multitudes de espectadores abarrotaban las calles la mayoría de las noches. Le gustaba el ruido y el ajetreo, que le recordaba a los teatros donde había actuado Maman en Toulon.

Las calles estaban un poco más tranquilas una vez que ella se fue a la cama y generalmente permanecieron así hasta el mediodía, al menos en su pequeño extremo de Bow Street.

Entonces, cuando un golpe en la puerta de abajo la despertó justo después del amanecer, casi tuvo insuficiencia cardíaca. ¿Quién podría ir tan temprano? Dios mío, ¿había sucedido algo que retrasase el envío de Dom a Edimburgo?

Se apresuró a ponerse la bata sobre el camison y se apresuró hacia el pasillo justo a tiempo para escuchar a Skrimshaw refunfuñando mientras se dirigía a la puerta de abajo. Apenas la había abierto cuando se escuchó una voz masculina,

— Exijo ver al Sr. Manton.

—Perdón, señor — dijo Skrimshaw, vistiendo su papel de mayordomo con gran aplomo. — Señor. Manton no ve clientes a esta hora tan temprana.

—No soy un cliente. Soy el duque de Lyon, — respondió el hombre, su tono helado con el tipo de ira que solo la aristocracia podía manejar. — Y él me verá si sabe lo que es bueno para él.

La audaz declaración hizo que Lisette avanzara presa del pánico.

—De lo contrario — continuó el duque — volveré con los oficiales de la ley para buscar cada centímetro de esta casa para él y su...

—Él no está aquí — dijo mientras bajaba las escaleras, sin prestar atención a cómo estaba vestida. Lo último que Manton Investigations necesitaba era un duque oficioso irrumpiendo con una multitud de oficiales simplemente porque estaba en las ramas por un asunto tonto. El chisme solo los arruinaría.

Pero cuando llegó al pie de las escaleras y vio al hombre, se detuvo. Porque el tipo que se cernía en la puerta más allá de Skrimshaw no parecía un duque.

Oh, llevaba la ropa de un duque, un sombrero de copa de seda cara, un abrigo de cachemir exquisitamente confeccionado y una corbata perfectamente atada. Pero cada duque que había visto representado en los periódicos o en impresiones satíricas era canoso y encorvado.

Ese duque no era ninguno de los dos. Alto y de hombros anchos, era el hombre más llamativo que había visto en su vida. No guapo, no. Sus facciones eran demasiado atrevidas para eso, su mandíbula demasiado cincelada, sus ojos demasiado firmes y su cabello castaño dorado era un toque demasiado lacio para estar a la moda. Pero atractivo, oh sí. Le molestó que se diera cuenta de lo atractivo que era.

—No está aquí — dijo de nuevo.

—Entonces dime dónde está.

La expectativa de que ella simplemente marchara a su melodía levantó los pelos de punta. Estaba acostumbrada a tratar con su especie, lo peor que podía hacer era dejar que la intimidara para que revelara demasiado. Después de todo, ella todavía no sabía de qué se trataba.

— Está en un caso fuera de la ciudad, señorita. Eso es todo lo que tengo libertad para decir.

Ojos del color del jade más fino cortado, arrancando cualquier pretensión endeble que pudiera tener. En una mirada salvaje, reveló su edad, conexiones familiares y posición en la vida, haciéndola sentir todo lo que era... y no era.

Esos ojos que todo lo ven volvieron a ella.

— ¿Y quién eres tú? ¿La amante de Manton?

Sus palabras, pronunciadas en un tono de desprecio estudiado, hicieron que Skrimshaw se volviera completamente escarlata, pero antes de que el criado pudiera hablar, ella le tocó el brazo.

— Yo me encargué de esto, Shaw.

Aunque el hombre mayor se tensó, la conocía lo suficiente como para reconocer el tono que presagiaba una épica caída. De mala gana, dio un paso atrás.

Se encontró con la mirada fría del duque.

— ¿Cómo sabes que no soy la esposa de Manton?

— Manton no tiene esposa.

Superlativo zoquete. O, como Maman lo habría llamado... inglés. Puede que no parezca un duque, pero ciertamente actuaba como tal.

— No, pero él tiene una hermana.

Eso pareció detener al duque. Luego se contuvo y le dirigió una mirada altiva.

— Ninguna que yo sepa.

Eso realmente despertó su temperamento. Olvidó su amenaza, olvidó la hora temprana o lo que llevaba puesto. Todo lo que pudo ver fue otro George, lleno de sí mismo y de sus consecuencias.

— Veo. — Ella marchó hacia adelante para empujar su cara hacia la de él. — Bueno, como ya sabes mucho sobre el Sr. Manton, obviamente no necesitas que te digamos cuándo regresará o cómo puedes contactarlo. Entonces, buenos días, su gracia.

Ella comenzó a cerrar la puerta, pero él empujó hacia adelante para bloquear el movimiento. Cuando levantó su mirada lívida, lo encontró mirándola con el más mínimo indicio de respeto.

— Perdóneme, señora, parece que usted y yo empezamos con el pie izquierdo.

— Te bajaste con el pie equivocado. Simplemente te vi metiéndolo en la boca.

Levantó una ceja, claramente no acostumbrado a que la gente de su inconsecuencia le hablara de esa manera. Luego asintió.

— Una forma colorida de decirlo. Y tal vez apta. Pero tengo buenas razones para mi grosería. Si me permite explicarlo, prometo comportarme como un caballero.

Cuando ella lo miró con escepticismo, Skrimshaw dio un paso adelante para murmurar:

— Al menos, señorita, salga de la puerta abierta antes de que alguien la vea vestida como...

De repente se dio cuenta de que estaba parada ahí prácticamente a la vista de la calle, vestida solo con su camisón y bata. No era de extrañar que el duque la considerara una amante.

— Sí, por supuesto, — murmuró ella y retrocedió, permitiéndole entrar.

El duque cerró la puerta detrás de él.

— Gracias, señorita... señorita...

— Bonnaud — terminó ella.

Antes de que pudiera explicar por qué su nombre era diferente al de Dom, el duque dijo con voz tensa:

— Ah. Eres esa hermana

La riqueza de significado en sus palabras hizo que el calor se elevara en sus mejillas.

— ¿La bastarda? — dijo ella con firmeza.

— La que también es hermana de Tristan Bonnaud. — Su dura mirada la bajó de nuevo.

La alarma se elevó en su pecho.

— ¿Conoce a mi otro hermano?

— Podría decir eso. Él es la razón por la que estoy aquí. — Sus ojos se estrecharon en ella. — Esperaba que Manton revelara dónde se esconde el sinvergüenza en Londres. Pero no creo que haya muchas posibilidades de que lo haga.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Eso no era bueno en absoluto. Si Tristán hubiera sido tan tonto como para ir a Inglaterra...

No, era imposible.

— Debe estar equivocado, señor. Tristán no ha visitado Londres en años. Y si lo hiciera, seríamos los primeros en saberlo. Pero Dom y yo no hemos tenido noticias suyas.

Él buscó en su rostro.

— Lo que solo me da razón sobre su carácter. Pensé que era extraño que un hombre de la excelente reputación de Manton admitiera las acciones de Bonnaud, pero si no estaba al tanto de ellas...

— ¿Qué acciones, milord? — preguntó ella, su pulso subió un nivel con cada palabra del duque. — ¿Qué ha hecho mi hermano?

— Perdóneme, señora, pero prefiero discutir esto con alguien más desinteresado. Dígame dónde está Manton y le dejaré en paz.

¿Después de insinuar que Tristán había hecho algo horrible? De ninguna manera.

— Como dije antes, no estoy en libertad de hacerlo. Pero si revela lo que cree que ha hecho Tristán, prometo ser un juez tan imparcial de sus acciones como usted lo ha sido.

Skrimshaw dejó escapar lo que sonó como una risa, que se convirtió en una tos bajo la mirada fulminante del duque.

— Parece que hemos llegado a un punto muerto — le dijo el duque con frialdad.

Ella cruzó los brazos sobre su pecho.

— Parece de esa manera, ¿no?

— No me iré sin la información que busco.

— Y no te estoy diciendo nada sin saber lo que está pasando. Entonces tienes dos opciones, Su Gracia. Puede hablarme clara y honestamente sobre su queja, y lo ayudaré a resolver el asunto. O puede acostarse en nuestro salón durante la próxima semana más o menos hasta el regreso de Dom.

— ¡Una semana! — exclamó el duque.

— Como le dije, él está en un caso. A veces continúan por un tiempo.

Lyons murmuró un juramento por lo bajo.

— Te das cuenta de que podría traer a media docena de oficiales aquí para buscar en el lugar la información que busco.

Era su turno de lanzarle una mirada fulminante.

— Tú podrías. Pero encontrarás que ese comportamiento solo me hará más recalcitrante. Para cuando pueda regresar con los oficiales, habré quitado cualquier información que le sea útil. Y luego tendrás que meterme en la cárcel para sacarme algo.

Él parpadeó, luego la sorprendió dejando escapar una risa áspera.

— Usted es un adversario formidable, señorita Bonnaud.

— Lo tomo como un cumplido — dijo ella con sequedad.

— Por supuesto que sí. Muy bien, te diré lo que sé si me dices lo que sabes. — Asintió a Skrimshaw. — Pero solo si podemos continuar esta conversación en privado.

Ahora que había ganado la escaramuza, comenzó a preocuparse por la batalla. Si quería privacidad, Tristán debía haber hecho algo realmente malo.

— Ciertamente, señorita — dijo ella temblorosa, luego se volvió hacia Skrimshaw. — Si eres tan bueno como para pedirle a la señora Biddle que nos traiga té, lo llevaremos arriba en el estudio. Creo que esta discusión lo va a requerir.

— Necesitará algo más que té, supongo — murmuró Skrimshaw mientras tomaba el sombrero y el abrigo del duque, luego se dirigió a la parte trasera de la casa.

Lisette comenzó a subir las escaleras.

— Si me sigue, milord, estoy segura de que podemos resolver este embrollo.

El duque dio un paso detrás de ella.

— Maldita sea, espero que sí.

Ella también. Porque si no podía manejar esto para satisfacción del duque, tenía la sensación de que el resultado sería un desastre para sus dos hermanos. Y ella haría cualquier cosa para evitar eso.

Capítulo 2

Maximilian Cale, duque de Lyon, siguió a la joven, maravillado de que ella no hubiera aceptado su farol. Y su amenaza de traer a las autoridades había sido un farol, no quería que se involucraran si podía evitarlo. Dada la enormidad de la situación y los rumores que engendraría si se supiera, sería mejor tratarlo en privado.

Aun así, esperaba intimidarla para que le diera el paradero de Manton. Miró fijamente la espalda rígida de la mujer que subía las crujientes escaleras delante de él y luego sacudió la cabeza. Al parecer, había subestimado la tenacidad de la señorita Bonnaud.

Dragó su mente por la poca información que había obtenido sobre las familias Manton y Bonnaud a lo largo de los años, pero solo podía recordar que Tristan Bonnaud y su hermana eran los hijos ilegítimos del vizconde Rathmoor de una actriz francesa.

Se notaba. Su acento estaba templado con una suavidad en las consonantes que le recordaba al francés, a pesar de que su elección de palabras era completamente inglesa. Y aunque su actitud franca y su sorprendente altura la diferenciaban de las francesas delicadamente coquetas que poblaban los teatros todas las noches, como ellas, tenía un talento para lo dramático.

Sin duda ella también tendría talento para otra cosa. Su trasero finamente velado, exhibido a la altura de sus ojos, le dio una excelente vista de ciertos encantos femeninos. Ella se movía con una economía de movimiento tan fluida que él se preguntó si ella se movería de la misma manera en la cama.

Dios santo, ¿qué estaba pensando? Él no estaba ahí para eso, y ella era la última persona a la que debería notar de esa manera. Aunque era difícil no darse cuenta cuando estaba vestida tan... informalmente, su cabello negro caía por su espalda en una maraña de rizados negros que brillaban y se arremolinaban a cada paso.

Y el aroma de un escurridizo perfume francés que flotaba hacia él a su paso...

— ¿Vive aquí, señorita Bonnaud? — preguntó en un intento por no pensar en la forma seductora que tenía delante. — ¿O solo estás de visita?

— Esta es mi casa. — Llegó a la cima y avanzó por el pasillo para pararse frente a una puerta abierta. — Llevo la parte administrativa de las Investigaciones de Manton para mi hermano.

— Ah.

Cuando él se acercó a ella, ella hizo un gesto hacia la habitación.

— Si espera ahí, señor, iré a hacerme más presentable.

Él preferiría eso. Incluso a la tenue luz, podía ver las curvas maduras de sus senos perfiladas en lino semitransparente.

Reprimió un gemido.

— Por supuesto.

Después de que ella se fue, él se sacudió su absurda preocupación por el aspecto de la mujer y miró a su alrededor, notando las cortinas baratas pero limpias, los muebles de roble maltratados y los sorprendentes toques de color femenino, un jarrón lleno de lilas y un cojín con un elaborado bordado. El lugar no parecía siniestro, pero entonces, ¿qué era?

Se acercó al escritorio para ver qué podía encontrar, pero la hermana de Bonnaud debía ser un gerente de oficina muy capaz, ciertamente, nada digno de leer detenidamente. Los cajones estaban cerrados, probablemente para mantener su contenido fuera de las miradas indiscretas de los sirvientes, y las estanterías revelaban solo tomos con títulos como Elementos de jurisprudencia médica y The Newgate Calendar y The Proceedings of the Old Bailey. Claramente, Manton se tomaba muy en serio sus deberes como investigador.

— ¿Encontró algo de interés? — La señorita Bonnaud salió de la puerta.

Devolviendo el libro que sostenía a su estante, dijo sin pedir disculpas:

— Sabe que no lo hice. Tiene todo en esta oficina bien cerrado. Hace que un hombre se pregunte qué se esfuerza tanto por ocultar.

— No más de que usted, imagino, — dijo ella con la misma voz gutural que lo había hecho confundirla con la amante de Manton.

Su vestido hizo poco para corregir esa mala interpretación. Oh, era lo suficientemente respetable, pero su excelente corte mostraba su figura con buenos resultados, y las rayas azules y verdes resaltaban una piel tan cremosa como la porcelana de Sevres y una boca roja tan exuberante sin sonreír.

Era una rosa francesa que crecía salvaje en medio de las flores de invernadero de Londres. Y cuando ella se sentó detrás del escritorio y se sacudió para ajustarse la falda ondulante, sus ojos volvieron a mirar inexorablemente el impresionante seno que llenaba su corpiño.

— Ahora, ¿qué ha hecho exactamente Tristan para que apareciera aquí al amanecer? — preguntó ella sin rodeos.

Levantó la vista para encontrarse con los fríos ojos azules que brillaban debajo de una franja de rizos negros y desenfrenados que apenas contenían las horquillas.

— Por un lado, su hermano me pidió que me reuniera con él en una taberna anoche, luego desapareció antes de que yo pudiera llegar.

El color se escurrió de sus mejillas.

— ¿Tristan realmente está en Londres? No, es imposible. Él no vendría aquí.

— ¿Por qué no? — preguntó mientras se acercaba al escritorio.

Su mirada se cerró.

— Porque... porque no le gusta Inglaterra. — Ella forzó una sonrisa. — Y tiene una muy buena posición trabajando para las... autoridades en Francia.

Eso fue tan vago que lo hizo sospechar.

— ¿Qué autoridades? — Se inclinó para colocar sus manos sobre el escritorio. — ¿Dónde? ¿Haciendo qué?"

Su mirada se disparó hacia la de él, obstinada una vez más.

— No le diré nada hasta que explique lo que ha hecho mal. No creo que faltar a una reunión con usted sea un delito.

Alejándose del escritorio, Maximilian contuvo una maldición. ¿Cuánto debería decir? Al menos, tenía que explicar lo que el resto de Inglaterra sabía desde que era niño. Era la única forma de impresionarla con la seriedad de la situación.

— Dígame, señorita Bonnaud, ¿qué ha oído de mi familia?

— Nada, me temo — admitió casi en tono de disculpa, lo que lo hizo inclinarse a creerla. — Viví en Francia hasta hace poco, y no me mantenía al día con los periódicos en inglés. Desde que he estado aquí, he tenido poco tiempo para hacer más que ayudar a Dom a organizar su oficina.

— Así que no sabes que tenía un hermano mayor.

— Si eso es cierto, entonces por qué no es él el du... — Ella se detuvo con un rubor. — Oh, tuvo un hermano mayor.

— Precisamente. Peter fue secuestrado muy joven y no tuvimos noticias de él hasta el año de su decimoséptimo cumpleaños, cuando fue encontrado muerto en Bélgica.

Todavía podía escuchar la voz de mamá en las horas previas a su propia muerte. ¿Dónde está mi hijo? ¡Quiero a mi hijo! Y ella no había estado llamando a Maximilian.

Empujando ese doloroso recuerdo de vuelta a la fortaleza en la que lo guardaba, continuó.

— Anoche un chico vino a mi casa de Londres mientras cenaba con amigos. Me dio una nota de un caballero en una taberna cerca de los muelles, que resultó ser su hermano, diciendo que tenía información sobre Peter. — Él la miró con una mirada dura. — Afirmó que Peter está vivo.

Ella palideció, reconociendo claramente las ramificaciones de eso.

— Sabía que eso me sacaría de aquí — continuó Maximilian. — Dijo que me esperaría en el Swan and Bull hasta las tres de la mañana. Pero cuando llegué antes de la medianoche, no se encontró a su sinvergüenza de un hermano.

— ¿Qué dijo el mensajero al respecto? — preguntó ella temblorosa.

—Nada. Desapareció en el momento en que vio que el «caballero» se había ido. — La ira se agitó en él nuevamente. — Esperé hasta las tres, pero ni el niño ni su hermano regresaron. Pensando que de alguna manera podría haber perdido a Bonnaud, me fui a casa para ver si había dejado otra nota allí. Nada. Así que recordé su conexión con Manton, desperté a mi amigo Jackson Pinter para conocer el paradero de Manton, y vine aquí, esperando encontrar a Bonnaud aquí también.

Podía decir por su agitación que la había sacudido. Bueno. Necesitaba entender lo importante que era esto.

— Le juro que ninguno de mis hermanos está aquí.

—Le creo. — Si ella estuviera escondiendo a Bonnaud, habría tratado de sacarlo rápidamente por la puerta en lugar de invitarlo arriba para esa conversación. — Pero debe estar en algún lugar de Londres, o no habría solicitado esa reunión.

— ¿Está absolutamente seguro de que era mi hermano? — preguntó ella, clara preocupación en su voz. — Debe haber cualquier número de franceses con su nombre.

—Ah, pero ninguno que yo sepa. Verá, conocí a Bonnaud una vez en una carrera cuando su padre lo trajo y lo presentó. Rathmoor dijo que planeaba comprarle a su hermano una comisión en la caballería cuando fuera mayor de edad, así que le habló a mi padre sobre el regimiento que el Padre apoyaba. Mientras hablaban, Bonnaud y yo conversamos sobre caballos. La nota alude a eso.

Ella tragó saliva.

— ¿Tienes la nota con usted?

Él dudó pero no vio ninguna razón para ocultársela. Al sacarla, la arrojó sobre el escritorio.

La agarró y leyó a toda prisa. Él sabía exactamente lo que ella estaba viendo. Ya había memorizado cada palabra.

Estimado duque de Lyon,

Puede que no lo recuerde, pero nos conocimos en un caluroso día de verano cuando tenía catorce años. En ese momento, comenté sobre el hermoso pañuelo que rechazaste usar para limpiarte la frente, y me explicaste que tenía un valor sentimental, ya que era uno especial hecho solo para los miembros de tu familia.

Hace poco vi otro de su clase y me di cuenta de que el hombre que lo llevaba, a quien considero un amigo, tenía un notable parecido con Su Gracia. A juzgar por las cosas que me ha dicho, creo que es muy probable que sea una cierta relación suya que tú y yo discutimos brevemente ese día hace años.

No puedo decir nada más por el momento, en caso de que caiga en las manos equivocadas, pero como prueba de mis sospechas, adjunto un roce del bordado en el pañuelo. Si es tan bueno como para acompañar a este mensajero a mi encuentro, le mostraré el artículo en persona y podrás juzgar su veracidad en ese momento.

— ¿Bien? — él chasqueó. — Es su firma, ¿no es así?

Ella levantó una mirada atónita hacia él.

— Si. Pero no entiendo. ¿Cómo pudo Tristán haber encontrado el pañuelo de su hermano?

— Eso es lo que quiero saber. Más importante aún, quiero saber qué está tratando de obtener de mí. Dudo seriamente que tenga intenciones nobles. Quiere dinero, me atrevo a decir, por presentarme a ese impostor.

— Ahora, mire aquí — protestó ella. — Si tuvo motivos tan nefastos, ¿por qué no se presentó para su asignación?

La pregunta era válida.

— Quizás después de considerar el asunto, temía que trajera a las autoridades. O tal vez tuvo los pies fríos. O... — Él frunció el ceño. — No lo sé. Pero podría preguntarte lo mismo, si este no es un esfuerzo nefasto, ¿por qué no apareció?

— Obviamente fue impedido por algo o... o alguien.

La forma en que ella dijo «alguien» le hizo detenerse.

— ¿Como quién?

— Yo... no sé. Un enemigo de algún tipo. Mencionó tener miedo de que la nota cayera en las manos equivocadas. — Ella frunció. — Aunque es extraño. Quiero decir, si Tristan realmente hubiera encontrado a su hermano y quisiera reunirlo a los dos, debería haber traído a Peter para verle. Eso sería lo más simple.

El hecho de que ella señalara algo que arrojaba aún más sospechas sobre las acciones de su hermano lo hizo sentir mejor al confiarle la historia. Ella realmente no parecía saber por qué Bonnaud se había acercado a él.

Él la miró con una mirada oscura.

— No me trajo el impostor porque quería que fuera con él. Así es como funcionan los estafadores. El estafador atrae al blanco de su fraude lejos de sus amigos, para tenerlo solo y confundido. Hace que el objetivo sea una presa más fácil.

— ¡Mi hermano no es un estafador! — protestó ella. Cuando él levantó una ceja, ella dijo con firmeza: — No lo es.

-¿Está segura?

Dos manchas de color aparecieron en sus bonitas mejillas.

— Sí — dijo ella, aunque bajó la mirada hacia el escritorio, donde estaba preocupando la nota con las manos. — Admito que a veces puede ser salvaje y ocasionalmente se mete en problemas, pero es un buen hombre. Nunca se aprovecharía del dolor de alguien.

Había ido directamente al corazón de la ira de Maximilian.

— Entonces él sería el primero en tener tales escrúpulos, — dijo con amargura. Caminaba por la habitación, luchando contra sus agitadas emociones. — ¿Sabe cuántos hombres se han acercado a mí y a mi familia en los años transcurridos desde que secuestraron a mi hermano? ¿Cuántos han afirmado conocer a Peter? ¿Ser Peter?

Y cuántos padres habían sido momentáneamente influidos por ellos, desesperados por recuperar a su hijo. El hijo que importaba. El hijo que colgaba dorado en su memoria.

— Hay mucho dinero y propiedades en juego — dijo con frialdad, y todos se dan cuenta de eso.

— Sí, imagino que encontrarlo vivo cambiaría su vida considerablemente.

Su tono realista y su mirada penetrante despertaron su ira.

— ¿Qué estás implicando? ¿Qué quiero encontrarlo por alguna otra razón que no sea solo tener a mi hermano de regreso?

— ¿Lo hace?

La ira se revolvió en sus entrañas.

— Cree que quiero cazarlo y asesinarlo, para poder aferrarme al ducado.

Ella tuvo la gracia de ruborizarse.

— No quise decir...

— Por supuesto que sí. — Se le escapó una risa áspera. Como si realmente quisiera conservar el legado que su familia le había transmitido. — Pero a diferencia de usted, que tienes una gran cantidad de hermanos, solo tenía uno, y daría lo que fuera por recuperarlo.

De hecho, con mucho gusto renunciaría al confuso título de Peter, solo para evitar sentirse obligado a casarse y arriesgarse a transmitir la locura que parecía endémica a su línea.

— Además — continuó, — si quisiera eliminar a mi hermano, ¿no sería una tontería venir aquí y revelar que lo estoy buscando? Tendría más sentido negarme a decirle quién es Peter para mí. Fue para mí. — Él la fulminó con la mirada. — Pero aborrezco tal engaño. Por eso no me gusta que me engañen los estafadores y los impostores. Soy un blanco fácil, ya que cualquiera que haya escuchado el cuento sabe que nunca reconocería a Peter. Solo tenía tres años cuando mi... cuando alguien se fugó con él.

No estaba a punto de revelar la verdad de quién era ese alguien. Y cómo el secuestro había destrozado la vida de sus padres, en particular la de su padre. Padre había llevado la verdad a su tumba. Maximilian tenía la intención de dejarlo allí.

Pero no podría hacerlo si Peter estuviera vivo.

Las últimas palabras que había escuchado decir al padre, durante las etapas finales de su demencia, le vinieron a la mente abruptamente: "¿Entonces tengo un solo hijo?"

Maximilian había respondido: «Sí, padre, tu otro hijo está muerto».

«¡No!» Padre había protestado violentamente. «No lo entiendes».

¿Podría padre haber estado diciendo que Peter estaba vivo? Pero entonces, ¿por qué preguntar si solo tenía un hijo?

Maximilian frunció el ceño. Ya se dejaba engañar. Peter no podía estar vivo. Bonnaud era simplemente un sinvergüenza del peor tipo.

—Claramente, Tristan se equivoca de alguna manera con su hermano — dijo la señorita Bonnaud, con un rastro de lástima en su voz. — Le escribiré sobre el cuidado de su empleador en Francia para decírselo, y eso será el final.

Girándose sobre ella, él espetó.

— Oh no, no se me escapará tan fácilmente. El pañuelo del que él encerró un roce es sin duda el de Peter. ¡Y muy bien quiero escuchar cómo lo adquirió, cuando mi hermano y todas sus pertenencias terrenales se incendiaron en Bélgica hace catorce años!

Cuando las palabras de enojo resonaron en la habitación, llamaron a la puerta. Dirigió su mirada a la anciana que estaba esperando en la puerta, con una bandeja en las manos.

La señorita Bonnaud se levantó lentamente, como si temiera que la atacara si no usaba movimientos pequeños y cuidadosos.

— Ah, la señora Biddle está aquí con nuestro té, su excelencia. — En lugar de llamar al sirviente, la señorita Bonnaud se dirigió hacia la puerta y lo miró con cautela.

La ponía nerviosa. Había visto esa mirada antes, dirigida a su padre loco. Esa mirada era la razón por la cual Maximilian generalmente tenía mucho cuidado con cada comentario, cada acción. La gente siempre estaba mirando y esperando que él exhibiera los mismos síntomas. Y Maximilian nunca les daría la satisfacción de pensar que habían visto algo... en él.

Le molestaba más de lo que le gustaba que la señorita Bonnaud acabara de verlo perder los estribos. Esta situación lo tenía todo de mal humor.

Tomando la bandeja del sirviente, la trajo de vuelta para ponerla en el escritorio.

— ¿Quiere un poco de té, milord?

Té. Era tan normal, tan cotidiano. En este momento, no quería nada más que sentirse normal y todos los días.

—Sí — cortó. — Gracias.

La calma que había forzado en su voz también parecía traducirse en ella, porque ella relajó sus hombros.

— ¿Y cómo lo toma? — preguntó mientras preparaba la infusión.

—Fuerte. Negro. Sin azúcar.

—Qué raro — dijo ella mientras dejaba la taza y el plato sobre el escritorio frente a una silla, invitándolo sin dudarle a sentarse. — Yo también. También mi padre. Maman pensó que los dos estábamos bastante locos.

¿Había mencionado la locura a propósito para provocarlo? Él le dirigió una mirada cautelosa.

— Entonces ella también tendría que considerarme así.

— Ah, pero ella no lo haría. Eres un duque — Su voz se volvió ácida. — Los duques son irreprochables.

Ella no podría saber sobre el baile de su familia con la locura, o no hablaría tan bien de ello. Y ella ni siquiera sabía sobre Peter, por lo que no sabría el resto.

— Supongo que no comparte la opinión de su madre sobre los duques.

— Ahora está muerta — dijo con un pequeño nudo en la voz, — pero no, no compartí su opinión — Ella encontró su mirada audazmente. — En mi opinión, ningún hombre está por encima del reproche.

— ¿Excepto sus hermanos? — él arrastró las palabras.

Ella lanzó un suspiro.

— Ni siquiera ellos. A menudo prueban mucho mi paciencia.

A pesar de todo, sonrió. Estaba haciendo una pequeña charla para tranquilizarlo, y estaba funcionando. Ella debía ser buena en la gestión de los clientes de Manton.

Mientras ella servía su propia taza de té, él se sentó y tomó un sorbo. Era exactamente como a él le gustaba. Y de una calidad sorprendentemente buena, dadas las finanzas obviamente tensas de ella y su medio hermano.

— Ahora, entonces — preguntó ella cuando se sentó — ¿cómo puede estar seguro de que este pañuelo pertenecía a tu hermano? Dijo que eras joven cuando él... um... se fue.

— Fue secuestrado. No nos estrujemos las palabras. Y el pañuelo tiene ciertas marcas distintivas. El bordado es distintivo, para uno.

— Pero cualquier diseño de bordado podría copiarse. Copio diseños en mi propio bordado todo el tiempo, cada vez que veo algo bonito en un vestido.

— Tendrá que confiar en mí cuando digo que no se puede copiar. Es más de lo que estaba en el diseño. El bordado de cada pañuelo es exclusivo de su propietario. Nadie más que la familia sabe cómo. Desafortunadamente, requiere que lo vea para asegurarme de que sea el correcto.

— ¿Cómo lo reconocería? Quiero decir, si su hermano fue secuestrado cuando apenas tenías la edad suficiente para recordar algo...

— Antes de recibir la noticia de la muerte de Peter, mi padre me dio un relato escrito de todo lo que Peter llevaba o cargaba cuando fue secuestrado, incluido el pañuelo. Por eso es imperativo que me encuentre con su hermano. Entonces puedo llegar al fondo de esto.

Frunciendo el ceño, sorbió su té.

— No tiene sentido, ya sabe. Si Tristán hubiera descubierto a un heredero del ducado y luego hubiera viajado a Inglaterra para revelar eso, nos lo habría dicho a Dom y a mí.

— Quizás le dijo a Manton. Y Manton le dejó fuera de eso.

— Dom nunca haría eso.

—Entonces ¿dónde está él? No puede ser una coincidencia que Manton se haya escapado justo antes de que supuestamente me encontrara con Bonnaud. Probablemente ha ido a unirse al sinvergüenza en alguna parte.

Ella lo fulminó con la mirada.

— Dom comenzó a planear este viaje a Edimburgo semanas antes de que recibieras esa nota de Tristán. Tengo las cartas que recibió del cliente, notas sobre la información que ha recibido...

— ¿Edimburgo? — Maximilian intervino, ya que la esperanza de hablar con Manton murió. — ¿Está en Escocia?

Un suspiro se le escapó.

— Supongo que es mejor que lo sepa. Partió en barco ayer por la mañana.

— Maldito sea. Tiene un día de ventaja, entonces.

— Seguirlo no le hará ningún bien. Él no sabe dónde está Tristán más que yo. De hecho, antes de irse, estábamos discutiendo nuestra preocupación de que Tristan no haya escrito durante meses, que no es típico de él.

— Obviamente, Bonnaud ya estaba planeando su viaje a Inglaterra.

— No lo creo. Nos hubiera escrito sobre eso. Dom, yo y Tristan estamos muy unidos. No tenemos secretos el uno del otro. Dom me lo habría dicho si hubiera tenido noticias de Tristán.

— A menos que Dom sea parte del plan de su hermano.

La ira estalló en su rostro.

— Nunca sería parte de ningún "*plan*".

Maximilian lo consideró un momento. Tenía que admitir que Manton tenía una excelente reputación como hombre de buen carácter y principios. Era difícil creer que toleraría un fraude, especialmente uno que involucrara a un duque.

El medio hermano de Manton, sin embargo, era un asunto completamente diferente.

— Entonces su Tristan no le contó a ninguno de ustedes. Eso solo apunta a su culpa. Probablemente estaba avergonzado de admitir que trató de defraudarme.

Ella sacudió su cabeza.

— Todavía digo que algo malo le debe haber pasado. Esa es la única explicación lógica.

No en lo que respectaba a Maximilian, pero claramente tenía anteojeras cuando se trataba de su hermano.

— En cualquier caso, nada de esto me ayuda a encontrarlo. Ni siquiera dejó una nota con el tabernero ni le informó al chico mensajero qué hacer si se había ido cuando llegamos. Tienes que admitir que parece sospechoso.

— Sí. Y no es típico de él en absoluto.

— ¿No tiene idea de a dónde iría en Londres? — la presionó.

— Le digo que no puede estar en Londres. No de buena gana, de todos modos.

Él examinó su memoria.

— Entonces tal vez fue al asiento familiar. Está en Yorkshire, ¿no es así?

Una risa dura se le escapó.

— Lo está, pero claramente sabe tan poco sobre mi familia como yo sé sobre la suya. Mi medio hermano mayor, George, nos odia a todos, incluso a Dom. Dom se enfrentó a él en nuestro nombre, por lo que George también lo interrumpió.

— ¿También?

El dolor cortó sus rasgos.

— Debido a la negligencia de mi padre al mantenernos y debido a... otras cosas, George pudo aislarnos a los tres. ¿Por qué cree que Dom trabaja en una profesión tan poco caballerosa? Porque no tiene otra opción. — Un borde despectivo entrelazó su voz. — Le aseguro que Yorkshire es el último lugar al que iría Tristán.

Frustrado por sus respuestas, Maximilian agotó su taza, luego se levantó para volver a pasear.

— La taberna estaba cerca de los muelles. Quizás se quedó a bordo de un barco. Puedo revisar los manifiestos de todos los que recientemente han estado en el puerto de Francia.

Ella levantó una ceja.

— Buena suerte. Miles de barcos pasan por el Puerto de Londres cada año, y eso sin contar los buques más pequeños. Olvida que los barcos de vapor hacen el viaje todos los días. Si tomó uno de esos, ya podría haber regresado a Francia, habiéndolo perdido.

Maldita sea todo.

— Los barcos de vapor no viajan los domingos, así que quizás todavía esté cerca.

— Y tal vez llevó el carruaje a Dover, Brighton o Southampton para recoger un barco en esos pueblos mañana por la mañana.

— Así que crees que podría haber regresado a Francia.

Ella se encogió de hombros.

— Es posible que nunca haya salido de Francia. Podría haber enviado esa nota desde cualquier lugar.

— Él mencionó al mensajero y organizó una reunión.

— Cierto. — Le preocupaba su labio inferior regordete con los dientes. — Quizás la nota esté falsificada.

Él estrechó su mirada sobre ella.

— Está agarrándose pajitas, señora.

Ella se levantó.

— Conozco el carácter de mi hermano. Nunca convencería a un duque para que lo viera a menos que tuviera toda la intención de estar allí.

Se le escapó una maldición. Le molestaba que Bonnaud no hubiera ido a la casa de la ciudad. Un estafador sensato habría ido en persona, pedido dinero para llevarle al impostor y tomado lo que podía conseguir. Y si el propósito de Bonnaud había sido sacar a Maximilian de donde podía exigir dinero más fácilmente, ¿por qué no se había quedado?

Odiaba admitirlo; ella tenía razón, eso no tenía sentido. Pero eso no significaba que dejaría de buscar al hombre. No podía, no si había alguna posibilidad en llamas de que Peter estuviera vivo.

— Entonces no tengo elección. Tengo que encontrar a su hermano. No puedo sentarme aquí sin hacer nada con la esperanza de que me busque de nuevo. Debo tener mis respuestas. — Se acercó al escritorio. — Menciono contactarlo a través de su empleador, yo también puedo usar eso. Yo mismo viajaré a Francia para hablar con su empleador si me da el nombre y la dirección del hombre.

Ella lo miró fijamente.

— No en su vida.

Él se puso rígido. No podía creerlo. ¡La impertinente muchacha se negaba a ayudarlo!

— No creo que entienda, señorita Bonnaud. Voy a...

— Oh, lo entiendo completamente. Se refieres a ir al empleador de Tristán y arruinar su reputación haciendo acusaciones salvajes sobre él, con solo una carta posiblemente falsificada como prueba. No lo permitiré. — Ella cruzó los brazos sobre su pecho. — Tristan tiene una buena posición trabajando para el gobierno francés, y no le voy a enviar a destruir eso por lo que probablemente sea un malentendido.

— ¡Malentendido!

— Pero como ya estaba preocupada por su silencio en los últimos tiempos, quiero saber la verdad tanto como usted. Entonces le ayudaré a encontrarlo. Bajo una condición.

Él la fulminó con la mirada. Debería haber sabido cómo terminaría esto.

— Supongo que quiere dinero.

— ¡Ciertamente no! — Ella se levantó. — Quiero que me lleve con usted.

Capítulo 3

Si las circunstancias hubieran sido diferentes, Lisette se habría reído ante la expresión de indignación tallada en las cejas del duque. Pero por mucho que normalmente disfrutaría conmocionar a un arrogante lord inglés, no se trataba de eso.

Se trataba de asegurarse de que Tristán no se encontrara al final de la soga de un verdugo. Porque si estuviera en Londres o si el duque hiciera una gran tarea por encontrarlo en París...

No soportaba pensar en eso.

No, tenía que evitar que el duque hablara con el nuevo jefe del Sûreté, quien usaría cualquier excusa para despedir a Tristan. Ella hablaría con Vidocq, quien era amigo de Tristan. Él podría saber de qué se trataba.

Pero eso significaba que tenía que estar allí. El astuto Vidocq nunca le revelaría nada al duque.

— Ha perdido la cabeza — dijo Lyons en un susurro.

Ella cuadró los hombros.

— Yo no lo he hecho. Sé cómo trabajan los hombres como usted. Atropellan a quien quieran, simplemente porque pueden. Bueno, no va a atropellar a mi hermano.

Él la fulminó con la mirada.

— Y no me impedirá enjuiciarlo en toda su extensión si descubro que ha intentado defraudarme.

Un escalofrío congeló su sangre. Ella lo ignoró.

— Y tampoco lo intentaré. Si es culpable de algo tan horrible, le entregaré los grilletes para asegurarlo, yo misma.

Claramente eso lo tomó por sorpresa.

— ¿Eso es una promesa?

— Lo es, — juró ella. — Pero no haré nada hasta que determine que tiene al culpable correcto.

Un músculo hizo tictac en su mandíbula.

— ¿Cómo propone hacer eso?

— No sé — dijo con sinceridad. — Solo sé que si le entrego los medios para encontrarlo y arruina su vida y su futuro en Francia, nunca me lo perdonaré. Él y Dom son mi única familia. Les debo mucho, por todos los años que me han cuidado.

Eso pareció darle pausa, gracias a Dios. Se pasó una mano por la cara y ella se dio cuenta de que parecía cansado. Si hubiera estado despierto desde el día anterior por la mañana...

Una repentina punzada de simpatía la hizo fruncir el ceño. ¿Por qué debería importarle si él estaba cansado? Estaba amenazando con cazar a Tristán como un criminal común, sin nada más que seguir que esa nota.

Y la inexplicable desaparición de Tristán.

Ella reprimió ese pensamiento. Tristán no podría ser culpable de fraude. ¡Él no podría!

— ¿Y si juro tratar a su hermano de manera justa? — él dijo.

Ella lo miró con recelo.

— Los hombres como usted no...

— No sabe nada de hombres como yo — espetó.

— Sé más de lo que piensa. — Pensó en la determinación de George de destruir a Tristan. — Además, tengo conexiones propias con las autoridades en Francia. Si intenta calumniar injustamente a Tristán, tendré algún recurso. Pero solo si estoy allí cuando lo hace.

El duque merodeaba ante el escritorio como, bueno, un león, todo el pelo castaño y el bruto musculoso del bosque. Era un tipo bastante aterrador de mal genio. Sus palabras y modales podían ser fríos, pero una ira aterradora hervía a fuego lento debajo de la superficie, mostrándose solo en el brillo salvaje de sus ojos y la tensión de su mandíbula.

Entonces ella no esperó más de sus protestas.

— Puedo ser de ayuda para usted. No solo sé dónde vive Tristán, sino también cómo trabaja, cómo encontrarlo, dónde están sus guaridas. — Y Vidocq todavía tenía amigos en lugares altos. Sin mencionar algunos en lugares bajos que podrían ser útiles.

El duque la fulminó con la mirada.

— Pero no puedes viajar sola conmigo, así que perderé un tiempo precioso encontrando una chaperona para usted.

¿Estaba bromeando, por el amor de Dios?

— No necesito una chaperona. A nadie le importa mi reputación. Soy una don nadie.

— Eres una mujer respetable.

Ella resopló.

— Eso no es lo que dijo antes.

Eso lo dejó corto. Él la miró fijamente, su mirada ilegible.

— Eso fue grosero de mi parte, y me disculpo.

— No ha necesidad — dijo, aunque la disculpa la complació. Dudaba que él ofreciera uno muy a menudo. — Me he acostumbrado a que las personas hagan tales suposiciones a través de los años. Lo que la gente piensa de mi madre está obligado a reflexionar sobre mí.

Por eso era tan cautelosa con los hombres. Incluso los amigos soldados de Tristán solo estaban interesados en divertirse con ella. Sus hermanos no podían ver eso; parecían creer que ella podría encontrar un marido en cualquier lugar si solo lo intentaba. Ella lo sabía mejor.

— De todos modos — dijo con seriedad, — no arruinaré ninguna posibilidad de que tenga un matrimonio decente al llevarle conmigo sin acompañante a Francia.

Una risa amarga estalló en ella.

— Le aseguro que tengo pocas posibilidades de un "*matrimonio decente*". Tengo casi veintisiete años. No tengo conexiones ni fortuna. Sin mencionar que soy hija de una actriz francesa.

—Y un vizconde.

—Quien decidió no casarse con mi madre. — Cuando parecía que iba a decir más, agregó, — si la idea de dañar mi reputación realmente le molesta, solo dile a la gente que soy su pariente. Su hermana, tal vez.

Él le lanzó una mirada incrédula.

— Soy el duque de Lyon. Todos saben que no tengo una hermana.

—Entonces elige otra cosa, algo que nunca sabrían que es una falsedad. Digales que soy su amante.

Se arrepintió de la voltereta en el momento en que algo ardiente, feroz y crudo ardió en sus ojos, algo claramente poco caballeroso. Provocó el aleteo más extraño en su vientre.

Y luego provocó su temperamento. Ella se preparó para cualquier astuta insinuación que él estaba seguro de hacer, sobre cómo la llevaría felizmente como amante si ella fuera su amante. O algún comentario lujurioso sobre su seno, que sucedió mucho.

En cambio, el brillo en sus ojos se desvaneció abruptamente, y él le dirigió su sonrisa fría y burlona.

— Tan intrigante como suena, señorita Bonnaud, eso nunca funcionaría.

Ella lo miró con cautela.

—¿Por qué no?

—Porque no tienes idea del chisme que me atiende donde quiera que vaya. En el momento en que me anuncio, no, en el momento en que llego en mi carruaje con insignia, las lenguas comienzan a moverse. Al final de nuestro primer día en el camino, cualquiera que nos encontremos habrá resuelto averiguar su nombre, el nombre de su familia, su rango y su conexión personal conmigo. En menos de una semana, sabrán todo sobre usted y le arruinarán.

Dios mío, estaba realmente preocupado por su reputación. Que asombroso.

Se acercó al escritorio, su mirada fija en ella.

— Sin mencionar que el mundo sin duda averiguará que mi hermano puede estar vivo, y que me enfrentaré a más impostores y estafadores.

Una idea tomó forma en su mente.

— Entonces no se anuncie. No viaje en su carruaje con insignia. Viaje como una persona normal. Entonces podría fingir ser mi relación sin comentarios. — Ella no pudo resistir una sonrisa traviesa. — No seremos nadie junto, y nadie dará un higo por mi reputación. O la suya. O la posibilidad de que su Peter esté vivo.

Las palabras resonaron en la habitación inmóvil. Él la miró inexpresivo.

Ella se apresuró a llenar el silencio.

— Hará todo más fácil. Si se hace pasar por otro de mis hermanos, no habrá asistentes que atender, ni preguntas por responder. Viajaremos a Francia, descubriremos lo que podamos y regresaremos sin que nadie sea más sabio.

— ¿Y las ventajas que ofrece mi rango?

— ¿Qué ventajas tiene? En Francia, seguirá siendo un extranjero, un lord en un mundo que recientemente cortó las cabezas de tantos lores como pudo encontrar. — Su tono se volvió arqueado. — Puede descubrir que ser un duque inglés es en realidad una desventaja en Francia, Su Excelencia. Todas las cosas consideradas.

Contuvo el aliento, esperando más protestas, pero para su sorpresa, él se puso pensativo.

— Una persona normal, ¿eh? Nunca he sido una de esas, sin duda. Eso sería realmente novedoso. — Parecía casi melancólico. Entonces su expresión se endureció y sacudió la cabeza. — No, no funcionará. Seré reconocido

—No si se vistes y se comportas adecuadamente. Las personas solo notan lo que revelas, y la clave es revelar solo lo que quieres que vean. — No por nada había visto a Vidocq manejar a sus agentes, que se movían sin problemas a través de la clandestinidad de París, descubriendo criminales. — Se ves de la misma altura y complexión que Dom. Puedo darle algo de su ropa, para que no se vista con su atuendo habitual. Si viajamos en carruaje de correo a Brighton...

— ¿Por qué Brighton? — él intervino.

—Porque los carruajes salen con frecuencia a Brighton los domingos. De hecho, hay uno que sale del Golden Cross Inn a las dos. Como no podemos tomar un barco de vapor, aún podemos avanzar y estar listos mañana por la mañana para el vapor a Dieppe.

— Ah sí, Dieppe acorta la ruta a París en noventa millas — dijo suavemente.

Pero ella captó el brillo calculador en sus ojos. El astuto demonio todavía estaba tratando de averiguar dónde estaba Tristán.

— También acorta la ruta a Rouen y Dijon. Y cualquier número de ciudades francesas. — No iba a revelar que se dirigían a París, todavía no. No podía arriesgarse a que el Altivo Lyons la abandonara una vez que supiera su destino final.

Con el ceño fruncido, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Realmente no va a decirme dónde ha estado viviendo Bonnaud o para quién ha estado trabajando.

—No. — Ella levantó la barbilla. — No, a menos que me lleve con usted.

—Podría viajar a Edimburgo para encontrar a su medio hermano. Sin duda me diría dónde vive y trabaja Bonnaud.

—Él podría. Pero Edimburgo es solo donde Dom está desembarcando del barco, está viajando a otro lugar de Escocia, y tampoco voy a decirle dónde es eso. Entonces, mientras deambula por Escocia, me iré a Francia para advertirle a Tristán que lo está buscando, y si tiene razón y él es culpable, se habrá ido para cuando lo encuentre.

Qué amenaza ociosa, no podía permitirse un viaje a Dover, mucho menos un viaje a Francia. Pero él no lo sabía.

Lyons la estudió por un largo momento, el pequeño pliegue entre sus ojos se profundizó hasta que reflejó el pequeño pliegue en su barbilla. La intensidad de su mirada envió temblores de aprensión por su columna vertebral.

Aprensión, sí. Eso es lo que era. Sabía que no debía sentir temblores por nada más por un lord inglés de su consecuencia. Un lord inglés muy atractivo y muy viril de la mayor consecuencia en la tierra.

—Así que, ¿qué es, señorita? — dijo ella, tanto para recordarle el abismo en sus estaciones como para detener esa mirada intrusiva. — ¿Una mascarada? ¿O va solo a buscar una aguja en un pajar en Francia?

Él la miró con el ceño fruncido y luego apoyó una cadera en el borde del escritorio.

— Yo interpretaría a su hermano, — dijo, como si probara la idea por tamaño.

—Sí. — Ella luchó para ocultar su alivio de él. Al menos él estaba considerando su propuesta. — Lo haremos simple, que siempre es lo mejor. Puede usar tu apellido real, ya que eso le hará más fácil recordarlo. Nadie conectará al Sr. Cale con el Duque de Lyon, especialmente porque Cale se puede deletrear de muchas maneras. Y seré la señorita Cale. Probablemente sea menos llamativo que mi nombre francés de todos modos. — Se tocó la barbilla. — Oh, pero quiero llamarle por tu nombre de pila. ¿Qué sería eso?

Aunque esa impertinencia le hizo levantar una ceja, dijo:

— Maximilian, — con esa voz suya tan culta.

—Eso no servirá en absoluto. Le llamaré Max. — Ante su oscura mirada, ella agregó perversamente, — Para deshacerse de las sospechas. «*Maximilian*» suena un nombre demasiado elevado para el simple señor Cale, el comerciante de algodón.

— ¿Comerciante de algodón? Dijo que fuera simple. ¿Qué rayos sé sobre el algodón?

—No necesita saber nada al respecto; Yo sé mucho. Dom tuvo un caso que una vez involucró a esa industria. Contestaré cualquier pregunta que le hagan.

—Correcto. Porque eso no se verá extraño en lo más mínimo, — dijo sarcásticamente. — Nadie notará que tenemos acentos diferentes. Y antes de que lo sugiera, no, no puedo cambiar mi acento. A diferencia de usted, no estoy acostumbrado a interpretar un papel.

¿Se suponía que eso era un insulto, lo que implicaba una vez más que ella y su familia eran tortuosas?

— ¿Qué quieres decir con "*a diferencia de usted*"? ¿Cree que interpreto papeles de forma rutinaria?

—Debes — dijo secamente. — Pareces pensar que es la cosa más fácil del mundo.

—Oh — dijo ella, ligeramente apaciguada. — Bueno, lo es. Mi madre era actriz, ya sabes.

— ¿Alguna vez has actuado usted misma?

Ella se sonrojó.

— No, pero conozco todas las técnicas. Pasé años ayudando a Maman a prepararse para sus papeles.

Y siempre quiso ser agente de Vidocq, fingir ser otra persona mientras viajaba a lugares exóticos e infiltraba en los niveles más altos y más bajos de la sociedad. Ser un espía sonaba muy emocionante.

La estaba mirando ahora, su mirada encapuchada.

— De todos modos, nadie creerá que usted y yo somos hermanos. Sonamos muy diferentes, nos vemos muy diferentes. — Su voz cayó a un rugido áspero. — Y puedo asegurarle que nunca podré tratarle como una hermana.

Eso la puso enojada de nuevo.

— ¿Porque estoy demasiado debajo de usted?

— Porque es demasiado hermosa. — Cuando ella se puso rígida, agregó con tristeza, — No puedo fingir que no me doy cuenta. Y la última vez que lo comprobé, se suponía que los hermanos no debían notar esas cosas sobre sus hermanas.

La calva declaración la tomó por sorpresa e hizo que un calor sigiloso se deslizara bajo sus defensas. Ella se armó de valor contra el. Probablemente estaba usando la adulación para tratar de salirse con la suya, ya que las bravuconadas no habían funcionado. Obviamente, pensó que ella se derretiría ante la idea de que un duque lo considerara hermosa. Entonces ella cedería en sus planes.

Bestia arrogante.

— No importa si la gente lo cree. Mientras no sepan quiénes somos realmente, pueden especular todo lo que quieran. Somos dos viajeros relativamente anónimos. Nadie conectará el verdadero yo con el verdadero tú. Casi nadie me conoce de todos modos. Solo regresé a Inglaterra hace seis meses.

Ladeó la cabeza hacia un lado.

— Sin embargo, retrocedió por la puerta para evitar que sus vecinos le vieran hablando conmigo en su camisón y bata.

Un sonrojo calentó sus mejillas.

— Eso es diferente. No puedo permitir que mis vecinos chismeen sobre mí, porque se reflejaría mal en las Investigaciones de Manton.

— Exactamente, — dijo arrastrando las palabras.

— Pero mis vecinos no irán en el carruaje a Brighton o el bote a vapor a Dieppe. Mientras no me una a usted en su carruaje para viajar al Golden Cross Inn, nadie más lo sabrá. Llegaremos allí por separado y dejaremos que Shaw se ocupe de mis vecinos. Es bueno contando cuentos. En realidad es un actor profesional.

— ¿Su mayordomo es actor? — dijo incrédulo

— Bueno, él no es exactamente un mayordomo, más bien un gato de todos los oficios. Pero es un excelente actor. Así que ya ve, no hay nada de qué preocuparse.

—Bien. — Levantó su mirada hacia el cielo. — Solo la posibilidad de un desastre cuando tú o yo dejemos pasar algo que nos desenmascare.

—Venga ahora, Su Excelencia, piense en ello como una aventura — dijo ella con firmeza. No iba a convencerla de esto. — Suena como si pudieras usar una, francamente. — Él le lanzó una mirada de arco. — El carruaje de Golden Cross nos llevará a la costa mucho antes de la medianoche — continuó ella — y podemos levantarnos al amanecer para tomar el vapor a Dieppe.

— ¿Puede que sí? — dijo secamente.

Ella lo ignoró, decidida a salirse con la suya en esto.

— Sé que salir a las dos nos permite solo unas pocas horas para empacar, pero de todos modos no querrá llevar mucho contigo, solo la ropa de Dom y algunos elementos esenciales. Nada lujoso que llame la atención sobre sí mismo. Y tampoco hay un baúl grande, los carruajes públicos no tienen espacio para eso. — Ella caminó hacia la ventana. — Tampoco debe presentarse en la posada en tu carruaje, o...

—Se está olvidando una cosa, señorita Bonnaud.

Se apartó de la ventana y lo encontró de pie con las piernas separadas y las manos entrelazadas a la espalda, luciendo cada centímetro de un duque mientras la miraba fijamente.

— ¿Y qué es eso? — preguntó ella fingiendo despreocupación.

—Todavía no he aceptado tu plan.

Se preparó para la batalla, ignorando el temblor de alarma que le recorrió la espalda.

— Pero tampoco ha sugerido ningún otro plan viable con el que esté de acuerdo. Entonces, a menos que pueda leer mi mente en busca de la información que busca, tendrá que trabajar conmigo. O deje que el asunto del pañuelo de su hermano siga siendo un misterio intrigante.

Él la miró ceñudo. Ella le devolvió la mirada.

Por fin dejó escapar un juramento bajo.

— Dado que el tiempo es esencial, no me deja otra opción.

—Ninguna — ella estuvo de acuerdo. ¡Ella realmente había ganado!

Se dirigió hacia la puerta, ahora que lo peor había pasado.

— Veré qué ropa puede tener Dom que le quede bien...

—Encontraré mi propia ropa — interrumpió. — Estoy seguro de que uno de mis sirvientes puede proporcionarme un atuendo lo suficientemente diferente de mi «*galas habituales*» como para adaptarse a usted.

—Oh. — ¿Cómo pudo haber olvidado que él tendría legiones de sirvientes para pedirles y pedirles ropa? — Por supuesto.

Salieron al pasillo y bajaron las escaleras en completo silencio. Cuando llegaron a la entrada, donde Skrimshaw ya tenía esperando el abrigo y el sombrero del duque, Lyons la miró con ojos brillantes.

—Perdóneme por ser franco, señorita Bonnaud — dijo irritado, — pero creo que debe saber que la razón por la que ha permanecido soltera hasta ahora no es su edad o falta de conexiones o incluso su ilegitimidad. Es el hecho de que es un dolor real en el... — Se contuvo cuando Skrimshaw se aclaró la garganta. — En el derriere.

Ella se echó a reír.

—Dom me dijo exactamente lo mismo antes de irse ayer, excepto que usó la versión más colorida. Parece que, después de todo, puede interpretar el papel de mi hermano. Obviamente, es algo natural para usted.

El duque debió haber perdido el humor en eso, porque él la fulminó con la mirada.

— Entonces es bueno que nunca haya tenido una hermana. Porque la habría estrangulado incluso antes de que creciera.

La declaración fue tan similar a algo que sus hermanos podrían haber dicho que no podía resentirla.

—No hubiera hecho algo así — dijo suavemente. — Hubiera luchado para protegerla con cada gramo de su fuerza, de la misma manera que yo lucho para proteger a mi hermano.

La estudió con ojos del color de un bosque de verano.

— Entonces, por su bien, espero que Bonnaud sea digno de su fe en él.

—Lo es. — Sería mejor, en cualquier caso. O ella lo estrangularía.

—Muy bien entonces. Parece que tenemos un plan. — Tomando su abrigo y sombrero de Skrimshaw, bajó la cabeza. — Le veré en unas horas en el Golden Cross Inn.

—Estaré allí.

Una vez que Lyons salió por la puerta principal, Skrimshaw fue a pararse a su lado mientras veía al duque entrar en su carruaje.

— ¿Está segura de esto? — murmuró Skrimshaw.

— ¿Acerca de? ¿Que estaré allí?

—Que el Sr. Bonnaud es digno de su fe en él. *«Hay un método en la maldad del hombre, / Crece gradualmente»*. Y parece que esta vez su hermano está demasiado cerca del comportamiento criminal.

—Tristan no es malvado ni criminal, y además... — Ella frunció el ceño. — Espera, ¿estabas escuchando mi conversación con el duque? Eso es muy grosero.

—¿Lo es? La mitad de las obras en el mundo contienen escuchas. Asumí que era una práctica común.

Ella lo miró de reojo.

— No asumiste tal cosa, perro astuto. Eres muy consciente de los límites de la propiedad cuando quieres serlo.

Skrimshaw la miró seriamente.

— Sí, por eso sé que estás tentando al destino con este esquema salvaje. Su gracia tiene razón en eso.

Tragando su aprensión, se volvió hacia las escaleras.

— No tengo otra opción. Tengo que asegurarme de que Tristan está bien, y no veo otra forma de hacerlo.

Él se puso a caminar detrás de ella.

— Podrías escribirle al Sr. Manton en Escocia y dejar que se encargue del asunto.

— ¿Y cómo se libraría eso del duque?

— Podrías decirle lo que quiere saber.

— ¿Entonces puede ir a París para arruinar el futuro de Tristán con la Sûreté? No en tu vida.

— Usted asume que se producirá un desastre si Su Gracia se va sin usted, pero tal vez encuentre al Sr. Bonnaud y descubra que su hermano realmente ha localizado a su hermano.

Se detuvo en el rellano para mirarlo.

— Lo dudo. Estoy segura de que Tristán simplemente ha llegado a una conclusión que no será compatible con los hechos. ¿El hermano mayor perdido de un duque aparece de la nada para reclamar el ducado? Es como algo fuera de una obra de teatro.

— Como gusteis le viene a la mente.

— Exactamente. Por eso tengo que estar allí cuando Lyons descubre la verdad, sea lo que sea. — Continuó subiendo las escaleras. — Alguien tiene que asegurarse de no hacer que Tristán cargue con la peor parte de su ira.

— El señor Bonnaud es un hombre adulto, ya sabes. Él puede cuidarse solo.

Ella resopló.

— Ningún hombre puede cuidarse solo. Nunca debería haberlo dejado solo en Francia.

Subieron en silencio unos momentos antes de que Skrimshaw se aventurara a hacer otro comentario.

— Tal vez esa es la verdadera razón por la que desea embarcarte en este viaje loco. Porque extrañas tu hogar y estás aprovechando tu oportunidad de regresar.

Deteniéndose en lo alto de las escaleras, consideró esa posibilidad.

— Quizás. A veces extraño París... la gente, la comida, el arte. — Se dirigió por el pasillo. — Pero también me gusta Londres. Ese es el problema, en un mundo perfecto, visitaría regularmente... y Venecia y Nueva York e incluso Tombuctú. — Un largo suspiro se le escapó. — Pero no es un mundo perfecto, ¿verdad?

— No. — La detuvo con una mano. — Por eso no deberías irte con un extraño. ¿No conoces al hombre, pero quieres viajar con él?

—Nos llenaremos de carruajes y botes de vapor con otras personas, por el amor de Dios. ¿Qué puede hacer él? Y como hermana y hermano, tendremos habitaciones separadas en cualquier alojamiento, así que no me preocupo.

Skrimshaw entrecerró una mirada particularmente severa sobre ella.

—Le dijiste al hombre que interpretarías a su amante si eso era lo que hacía falta.

Señor, realmente había escuchado todo, ¿no?

— De acuerdo, admito que fue una tontería por mi parte, pero estaba tratando de hacer un punto. Y no quise decir que en realidad sería su amante. Él lo sabía.

— ¿Él lo hizo? — Skrimshaw sonó escéptico. — Cuídate, señorita. Estás dejando que el alto rango del caballero, su atuendo fino y sus sutiles halagos influyan en tu buen juicio. *«Todo lo que brilla no es oro»*

—Me di cuenta. Aún así, ¿crees que no aprendí nada de Maman? Sé lo fácil que es caer bajo el hechizo de un hombre así y lo peligroso. Estoy bien protegida contra esas tonterías. No te preocupas por nada. Estaré bien.

—Me atrevería a decir que el señor Manton pensaría lo contrario si estuviera aquí.

—Ah, pero él no está aquí — dijo con un gesto de su mano. — ¿Y por qué te importa lo que él piense? Sin mí, puedes comenzar a ensayar la parte de Diggory en *She Stoops to Conquer*. Podría conducir a cosas más grandes.

Él la miró con recelo.

— Sí, como ser echado por permitirte viajar con el duque de Lyon en alguna expedición salvaje a Francia.

—Qué bolsa de luz de luna. Dom nunca te echaría. — Cuando todavía parecía nervioso, agregó, — no lo dejaré, lo juro.

— ¿Y qué debo decirle a la gente si pregunta a dónde has ido?

—Diles que fui con Dom. — Ella estabilizó sus hombros. — Sé lo que estoy haciendo. Disfruta de tu actuación y no te preocupes por mí. — Se dirigió a su habitación. — Pero primero, trae a la señora Biddle para que me ayude a empacar.

Aun así, mientras se preparaba para el viaje, se preguntó si Skrimshaw tenía razón. ¿Estaba dejando que la alta posición y la riqueza del duque la tentaran a confiar en él? O peor aún, ¿sus halagos?

«Porque eres demasiado hermosa. No puedo fingir que no me doy cuenta».

Ese mismo revoloteo revoltoso surgió en su vientre. El hombre ciertamente sabía cómo hacer un cumplido. Parecía desprovisto de simulación y guiños insinuantes.

Pero eso no significaba que fuera real. ¿Cómo podía ser? Ella no era la flor frágil y marchita que todo buen caballero quería. Incluso papá la había llamado su potra salvaje, y si ella sabía algo sobre los ingleses, era que no les gustaban las mujeres salvajes. El duque lo había dejado muy claro cuando la había llamado dolor en el *«derriere»*.

Eso trajo una sonrisa a sus labios. Qué ridículo que Skrimshaw estuviera preocupado por él, por qué, el duque ni siquiera se atrevió a decirle la palabra culo. Una vez que había determinado que ella no era una mujer suelta, había sido el alma de la propiedad.

Excepto por el momento en que ella le había propuesto que interpretara a su amante.

Recordando cuán audazmente la habían rastrillado sus ojos, ella contuvo el aliento. Quizás «*alma de propiedad*» tampoco era la mejor descripción de él. Era un enigma, uno que deseaba desenvolver.

Ella frunció. No, ciertamente no. Hombres como Altivo Lyons eran más problemáticos de lo que valían. Y ella no necesitaba ese tipo de problemas. Finalmente estaba haciendo incursiones con Dom; algún día pronto podría dejarla investigar un caso, o al menos hacer algunas de las partes importantes.

Eso era con lo que había soñado todos esos años, tener el control de su propia vida, poder jalar su propio peso en lugar de tener que depender de hombres imprudentes. Tratar con un duque no ayudaría a sus planes.

Así que tenía que mantener una distancia entre ella y Lyons. Tenía que ignorar sus cumplidos y la absurda atracción que sentía por el hombre. Se trataba de salvar el futuro de Tristán. Eso era todo.

Unas horas más tarde, cuando llegó al Golden Cross Inn con su bolso, tuvo que recordarse eso. Porque el arrogante duque había desafiado una vez más sus expectativas.

Vestirse con atuendos de clase baja debería haberlo hecho lucir ordinario y de trabajo, opacando su atractivo viril. En cambio, lo amplificó. Con su abrigo colgado casualmente sobre un hombro, parecía un aventurero despiadado para conquistar el mundo.

Y tenía una decidida debilidad por los aventureros despiadados.

Maldito sea todo. Ella no podía culpar a su ropa; El traje de Fustan era lo que cualquier comerciante podría usar, un abrigo marrón medio, pantalones de ante y una corbata marrón oscuro atada simplemente alrededor de su cuello.

Pero el suave color marrón resaltaba el cálido verde de sus ojos. Y sus botas altas de cuero marrón, con sus arrugas y la intemperie, lo hacían parecer áspero y audaz, un hombre a tener en cuenta. Peor aún, las facciones atrevidas y el cabello liso y deslucido a la moda que parecía incorrecto para un señor rico eran perfectos para un aventurero en fustan.

Luego habló, y el duque regresó con toda su fuerza, arrogante acento y todo.

— Ahí tienes. Pensé que había olvidado a qué hora se fue el carruaje.

Forzó una sonrisa mientras se acercaba.

— Me llevó una eternidad empacar. — Consciente de las personas que se paseaban por la oficina del carruaje, agregó, — ¿Había más notas esperándote en casa de... nuestro hermano?

Su expresión se endureció.

— No. Ninguna palabra de ningún tipo.

Ella lanzó un suspiro. Parte de ella había esperado que Tristan acabara de retrasarse en algún lugar y hubiera tratado de comunicarse con el duque nuevamente. Pero habían pasado más de doce horas desde que Tristán había enviado esa nota por primera vez. No se veía bien.

Sintiendo un repentino escalofrío por la espalda, echó un vistazo a la oficina del carruaje, pero nadie parecía prestarles mucha atención. Había tenido la extraña sensación de que alguien los estaba mirando, pero debió haber sido su imaginación, estimulada por su preocupación por Tristan.

— Supongo que ya compro nuestros boletos.

— Por supuesto. ¿Trajo su pasaporte?

— Ciertamente.

— Dame eso. Lo necesitare para reservar un pasaje a bordo del barco de vapor.

Ella se lo entregó y observó cómo él lo metía en el bolsillo de su abrigo.

— ¿Dónde está su bolso?

— Ya cargado.

— Entonces debería...

— ¡Señorita Bonnaud! — gritó una voz detrás de ella. — ¡No puedo creer que esté aquí!

Su corazón se hundió en su estómago cuando se volvió para ver a la señora Greasley, una de sus vecinas, que avanzaba hacia ella con su estoico esposo a cuestas. Oh no. ¿El mayor cotilla en su calle apareció en una posada a mitad de camino a través de Londres? ¿Cuáles eran las probabilidades?

— Voy en el carruaje, ¿y usted? — La Sra. Greasley continuó mientras veía la bolsa de Lisette.

Ahora tranquila, se dijo Lisette. Si ella pregunta quién te acompaña, todo lo que necesitas hacer es afirmar que Dom llega tarde. Muchos de los carruajes salían del Golden Cross Inn, y la mujer ni siquiera podría estar ahí para viajar en uno.

— Buenos días, señora Greasley — dijo ella suavemente. — Qué casualidad verte aquí.

— Nos vamos a Brighton a visitar a nuestra hija — dijo alegremente la Sra. Greasley.
— Supongo que también vas a Brighton, ¿eh?

Lisette se congeló. Eso no podía estar sucediendo. ¿Cómo iba a interpretar a la señorita Cale si los Greasley estaban en el coche con ellos hasta Brighton?

— Yo... yo...

Pero la Sra. Greasley no parecía requerir una respuesta, ya que continuó sin pausa:

— Hablé con el cochero, y él dijo que tenía un caballero y una dama reservados para los asientos interiores con nosotros, pero nunca soñé que eras tú y tu medio hermano. — Echó un vistazo a la posada. — ¿Dónde está el Sr. Manton, de todos modos? El carruaje se irá pronto, dijo nuestro conductor.

El pánico la atrapó. No podía ser la señorita Cale, y la señora Greasley sabía que no tenía otros hermanos, por lo que no podía afirmar que el duque era otro señor Manton o señor Bonnaud o...

— Me temo que el gato tiene su lengua — dijo Lyons suavemente a su lado. — Tendrá que perdonarla, ha sido una semana muy ocupada. — Se inclinó ante la señora Greasley. — La dama me acompañará a Brighton.

— ¡Usted! — El asombro se mezcló con la indignación en la voz de la señora Greasley.

— Si. Permítame presentarme. Max Cale, a su servicio. — Cuando el pánico de Lisette creció hasta convertirse en fiebre, él tomó su mano y la colocó firmemente en el hueco de su brazo. — Soy el nuevo esposo de la señorita Bonnaud.

Capítulo 4

Maximilian podía sentir los dedos de la señorita Bonnaud clavándose en su brazo, pero los ignoró. Era su culpa que estuvieran en esta situación ridícula. Ella fue la que soñó este plan idiota y ahora se vio reducida a una tonta por el primer obstáculo.

«Pero mis vecinos no llegarán al carruaje a Brighton»

Mujer ingenua. Sabía que eso no funcionaría desde el principio, pero ella lo había atascado entre una roca y un lugar difícil con su negativa a decirle dónde estaba Bonnaud, por lo que no tenía otra opción.

Ahora le quedaba salvar las cosas. Como siempre.

— Oh, palabra mía — respiró la regordeta señora Greasley, luego se volvió hacia la señorita Bonnaud con obvia incredulidad. — ¿Marido? ¿Te casaste?

Contuvo el aliento, rezando para que la señorita Bonnaud no se derrumbara allí y confesara todo.

Después de su encuentro anterior, mientras se preparaba para el viaje, había enviado a un sirviente al área alrededor de Bow Street para preguntar sobre ella y Bonnaud. Todo lo que ella le había dicho hasta ahora había demostrado ser cierto. Bonnaud nunca había sido vista en Investigaciones de Manton, y su papel en el lugar era estrictamente administrativo.

A juzgar por todos los informes, ella era tan franca como parecía. Lo que probablemente explicaba por qué la aparición de su vecina en la oficina del carruaje la estaba poniendo en pánico. Se preparó para cualquier reacción.

Pero ella aceptó el desafío, inclinándose para mirarlo a la cara con fingida adoración.

— Si. Soy la señora Cale ahora.

La señora Greasley no tenía nada de eso.

— Pero... pero... ¡vi a su hermano la semana pasada y no dijo nada al respecto! ¡Por qué, ni siquiera sabía que tenías ningún amor!

Cuando la señorita Bonnaud se puso rígida ante el insulto velado, un impulso inexplicable de estrangular a su vecina se apoderó de Maximilian.

— ¿No lo hiciste? — dijo con frialdad. — Ella era la belleza del baile en Francia. Ahí es donde nos conocimos. Tuve grandes dificultades para convencerla de que me eligiera a mí sobre los otros.

— ¿Otros? — chilló la señora Greasley.

Entusiasmado con el tema, acarició la mano de la señorita Bonnaud.

— Ella vino a Inglaterra para evitar a sus pretendientes franceses. Afortunadamente, soy inglés, así que la seguí a Londres después de regresar de hacer negocios en el continente. Luego la cortejé implacablemente hasta que ella accedió a casarse conmigo.

La mujer todavía parecía escéptica.

— Las prohibiciones no fueron llamadas.

— Nos casamos por licencia especial — dijo suavemente. — El Sr. Manton tuvo que hacer un viaje de emergencia al norte, por lo que convenció al arzobispo para que nos concediera la licencia para que nos pudiera acompañar a la iglesia antes de irse. Estoy seguro de que sabes que el Sr. Manton tiene amigos en lugares altos.

Eso ciertamente dejó a la buena señora Greasley fuera de juego.

— Una licencia especial, — respiró con clara reverencia. — ¿Cómo dijiste que te llamabas?

— Es Kale — dijo la señorita Bonnaud rápidamente. — Con una K. Mi esposo es un...

— Agente de tierras — interrumpió Maximilian. No tenía ninguna de esas tonterías comerciales de algodón. No sabía nada sobre el algodón. O ser un comerciante, para el caso. — Soy agente de tierras para un caballero en... ¿Alguna vez ha visitado Devonshire, Sra. Greasley?

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos.

— Me temo que no.

— Ah, una pena. Ahí es donde soy un agente de tierras. Gran finca. Un montón de ovejas. — No era del todo una mentira. Entre sus varias propiedades había una bastante grande en Devonshire que traía la mayor parte de sus ingresos de la lana.

— Oh, agente de la tierra — dijo la señora Greasley, obviamente impresionada. — Por eso hablas tan bien.

— ¿No es así él? — dijo la señorita Bonnaud con falsa dulzura. — Mi esposo se ha mejorado siempre que puede. Es muy ambicioso.

— Puedo ver eso. — La Sra. Greasley le dio un codazo a su esposo, que no había hecho nada más que quedarse allí como un bulto. — Podrías usar un poco de la ambición del Sr. Kale.

—Sí — respondió el pobre hombre. — Pero entonces no tendrías a nadie en casa una noche para escuchar tu arpa ahora, ¿verdad?

— ¡Señor. Greasley! — protestó ella.

Maximilian mantuvo su rostro cuidadosamente en blanco, aunque se estaba riendo por dentro. Claramente, Greasley tenía su propia forma de tratar con su esposa entrometida.

Una bocina sonó desde el frente de la posada.

—Esa es la advertencia de diez minutos — dijo la Sra. Greasley. — Mejor nos damos prisa.

—Estaremos allí mismo — dijo la señorita Bonnaud. — Solo necesito un momento con mi esposo.

—Está bien, pero te dejarán si llegas tarde — advirtió la Sra. Greasley mientras tiraba de su marido hacia la puerta.

Tan pronto como la mujer estuvo fuera del alcance del oído, la señorita Bonnaud se volvió hacia él.

— ¿Mi esposo? ¿Está loco?

—No me dio elección. Se quedo allí boquiabierto como un pez a punto de ser fileteado, y uno de nosotros tenía que hacer algo. Me di cuenta de que no podías usar otro nombre cuando ella ya conocía el suyo, y que no podías inventar otro hermano, así que improvisé. Supongo que ella está familiarizada con sus dos hermanos.

—Ella conoce a Dom. — Se golpeó la frente. — ¡Oh, Señor, debería haberle dicho que eras Tristán! Ella nunca lo conoció.

—De alguna manera dudo que ella crea que soy su hermano medio francés — dijo. — Además, un marido será más fácil de pasar, ya que no tenemos que mirar ni sonar igual, o pretendemos que tenemos los mismos antecedentes y conexiones familiares. Y es mucho más fácil deshacerse de un esposo que un hermano.

— ¿Qué quiere decir?

El se encogió de hombros.

— Todo lo que necesita hacer cuando regrese de Francia es reclamar que tuve un accidente mientras estábamos en el extranjero. Me ahogué o me caí de un acantilado. — Luchó contra una sonrisa. — O un duelo con uno de sus muchos pretendientes y morí trágicamente en sus brazos, herido por el amor.

—Eso no es gracioso — murmuró. — Y si afirmo que ha muerto, me vuelvo viuda. Tendré que ponerme la ropa de la viuda por un año, no podre casarme por un año, no... — Sus ojos se iluminaron. — Espere un minuto, ¡qué buena idea! Es brillante!

—Siempre pensé que sí — dijo arrastrando las palabras.

— ¡Si soy viuda, soy libre! — Ella levantó una cara brillante hacia él. — Mis hermanos pueden detener su búsqueda infructuosa de un esposo para mí. Las viudas pueden hacer lo que quieran... bueno, no completamente como quieran, pero pueden hacer mucho más que

una solterona. Podría viajar... ¡podría trabajar para Dom! Él no sería tan reacio a entrenarme, y yo podría ser uno de sus hombres.

Él la miró con recelo.

— Dudo que convertirse en viuda cambie mágicamente el sexo de uno.

—No lo entiende. Shaw y yo siempre les decimos a los nuevos clientes que Dom y «sus hombres» manejarán sus casos, aunque sabemos que Dom no puede permitirse el lujo de contratar a otros investigadores. — Ella le sonrió. — Pero no tendría que contratar a nadie más si trabajara para él. ¡Podría ser uno de los 'hombres' de Dom!

La idea de que ella paseara por la ciudad haciendo preguntas a extraños completamente solos le dio escalofríos.

— ¿Por qué querría hacer eso? — preguntó bruscamente.

Un ruido en el patio de la posada la hizo mirar por la ventana.

— Tenemos que irnos. El carruaje está a punto de irse. — Ella agarró su bolso.

—Tomaré eso — dijo mientras lo sacaba de su mano. — Tiene esposo, ¿recuerda?

Sus ojos brillaron sobre él.

—No por mucho tiempo. — Luego se apresuró hacia el carruaje.

Frunciendo el ceño, aceleró sus pasos.

— No tiene que estar tan alegre al respecto, señorita Bonnaud. O tan malditamente ansiosa de matarme.

—Deje de llamarme «señorita Bonnaud», — le recordó ella. — Soy su esposa Lisette por el momento

—Bien Lisette — Había olvidado su nombre de pila. Le quedaba bien.

Le entregó su bolso al lacayo y luego la ayudó a subir al carruaje. Oh sí, el nombre le quedaba muy bien. Su sangre francesa se mostró en el delicado movimiento de su muñeca mientras acomodaba su capa de viaje y sus faldas a su alrededor, en la forma en que no se apresuraba a cubrir sus tobillos u ocultar la parte inferior de su enagua... incluso en la sonrisa inconscientemente provocativa que ella le disparó a Greasley cuando él retiró su pie para evitar ensuciar su dobladillo.

Maximilian había visto a las mujeres en París moverse y sonreír de esa manera. Les salía naturalmente, era parte de quienes eran. Lisette también tenía ese instinto femenino francés, aunque misericordiosamente se unía a una buena dosis de pragmatismo inglés y buen sentido.

Le gustaba eso de ella. Pero dado lo que había dicho, otros hombres no apreciaron esa mezcla en absoluto. Todos debían ser tontos.

Obviamente, las mujeres reconocieron su atractivo sensual lo suficiente como para verla como una amenaza, o la Sra. Greasley no sería tan maliciosa con ella. La vieja cotilla probablemente no podría soportar tener una rosa francesa como Lisette creciendo salvaje en su vecindario.

Se acomodó en su asiento en el carruaje. Si ese fuera el caso, la Sra. Greasley tendría insuficiencia cardíaca cuando llegaran a Brighton. Porque ese era un maldito carruaje pequeño, y estaban en sitios muy cercanos.

Entre las enaguas de las damas, su altura y los pequeños objetos que sobresalían de cada rincón, se sentía como un caballo en una caja de sombreros. Apenas había espacio para sus piernas, y su cabeza se apoyaba contra el techo.

Fue aún peor una vez que partieron, con el cuerpo del carruaje balanceándose y sacudiéndose en cada bache en el camino. Dios santo, ¿la gente realmente viajaba así? ¿Cómo lo soportaban?

No podía imaginar cómo iba a soportarlo. Nunca había estado en un carruaje público. Incluso cuando había estado en la escuela, algún sirviente siempre había ido a buscarlo en uno de los muchos equipamientos familiares.

Lisette había dicho que debería ver eso como una aventura, pero claramente su idea de aventura difería enormemente de la suya. La suya nunca hubiera incluido tener un paquete que apestaba a cordero alojado debajo del brazo, o ser golpeado en el tobillo por un paraguas cada vez que el carruaje se detenía.

Y hubo varias paradas antes de que incluso salieran de la ciudad, para recoger a una joven de su casa, para cruzarse con un carruaje entrante con el fin de adquirir una carga de mercancías, para maniobrar alrededor de otro carro que bloqueaba el camino. No podía creer la cantidad de demoras.

Para el cuarto, estaba masticando la mordida. Miró a Lisette, preguntándose si ella también lo estaría, pero ella estaba mirando por la ventana con una expresión de atención absorta. Estaban pasando Kennington Common en ese momento, donde algún orador aburría a la multitud con sus opiniones y la cercana Iglesia de San Marcos estaba vomitando a sus fieles. Luego vino Brixton Road y una larga hilera de casas con terrazas moderadamente bonitas. Vistas mundanas, todas.

Sin embargo, todas parecían fascinarla, ya que ella alternaba entre estirar el cuello para ver cosas y presionar la cara contra el cristal. ¿Realmente había viajado tan poco? Había pasado parte de su vida en Francia, después de todo.

Por otra parte, si hubiera estado viviendo con su hermano todo ese tiempo y luego viniera directamente a Londres con su medio hermano, podría no haber tenido muchas otras oportunidades de viajar.

Su entusiasmo lo puso envidioso. Cuando viajaba en su propio carruaje, nunca se daba cuenta del mundo exterior. Estaba demasiado ocupado clasificando correspondencia o leyendo los periódicos. Pero ahora, a través de sus ojos, notó la hermosa talla en un impresionante edificio y el brillo de la luz del sol en el río Effra.

¿Una aventura? Quizás.

Acababan de llegar a un tramo de camino más rural cuando Greasley se agachó para sacar de su bolso lo que parecía y olía a cebolla cruda pelada. Lo mordió y, al ver la mirada dura de Maximilian sobre él, explicó:

— Es bueno para la constitución, ya sabes. Yo como una todos los días. — Se golpeó el pecho. — Me mantiene fuerte y saludable.

—Deja esa cosa — dijo su esposa misericordiosamente. — ¡Vas a apestar a todo el carruaje!

—Son tus pasteles de cordero los que apestan el carruaje, — respondió Greasley.

— A nuestro ángel le gustan mis pasteles de cordero, a ella sí. Le prometí que le llevaría un poco. — La Sra. Greasley le dirigió una sonrisa coqueta a Maximilian. — Entonces, ¿le gusta la tarta de cordero, Sr. Kale?

—No como cordero — dijo a toda prisa. A menos que lo prepare mi chef francés y no una mujer que piense que mejora con la edad.

—Entonces no lo han cocinado bien, eso es todo — dijo la mujer. — Te garantizo que una vez que pruebes mi cordero, tendrás un aprecio saludable por él.

Cuando su esposo tuvo un ataque de tos, Maximilian luchó por mantener la compostura. Obviamente Greasley sabía lo que su esposa no sabía, que «*cordero*» era un término vulgar para otra cosa. Y aunque Maximilian dudaba de que alguien, incluso su esposo, hubiera probado alguna vez el cordero de la arpía, estaba seguro de que las llamas no querían que eso fuera confirmado o refutado. De hecho, haría casi cualquier cosa para sacar esa imagen de su cabeza.

Así que fue una suerte que Lisette eligiera ese momento para unirse a la conversación.

— ¿Cuánto tiempo quiere quedarse con su hija en Brighton, Sra. Greasley?

Con el ceño fruncido por su marido que aún tosía, la Sra. Greasley dejó que Lisette cambiara de tema.

— Una semana al menos, eso espero. Ella solo dio a luz a nuestro primer nieto, es por eso que estamos yendo. El Sr. Greasley puso a nuestro hijo Danny a cargo de la tienda de cortinas hasta que regresemos. — Ella le lanzó a su esposo una mirada oscura. — Me atrevo a decir que lo hará pagar.

—El demonio que lo hará — murmuró su esposo, que finalmente dejó de toser. — El muchacho tiene tocino para el cerebro. Tendremos suerte si la tienda sigue en pie cuando regresemos.

—No escuches al Sr. Greasley — respondió la mujer con un resoplido. — Mi Danny es fuerte, él lo es. Y mi hija menor Sally... — Le lanzó a Lisette una mirada calculadora. — ¿No es hora de que el señor Manton empiece a buscar una esposa?

Lisette resopló.

— Dom apenas puede apoyarme, mucho menos un...

—Mi esposa sigue olvidando que ahora está casada. — Agarrando su mano, Maximilian la apretó en señal de advertencia. — Su hermano ya no tiene que apoyarla.

Su mano se detuvo en la suya.

—Por supuesto. Supongo que todavía no estoy acostumbrado a tener marido.

—Estoy seguro de que la Sra. Greasley entiende — dijo, tratando de suavizar su tontería. Le dirigió una sonrisa a la mujer mayor. — Supongo que tuvo los mismos problemas cuando recién se casó, ¿eh, señora?

—Ni un poco — dijo la señora Greasley con rigidez. — Habíamos estado cortejando casi un año cuando nos casamos. Estaba tan ansiosa por eso que lo había estado llamando "esposo" en mi cabeza durante meses. Pero en mi día, los jóvenes no se casaron de ninguna manera.

Cuando Lisette se puso rígida a su lado, él le apretó la mano otra vez.

— Sin duda fue sabio al ser cautelosa. Lisette y yo probablemente deberíamos haberlo sido más. — Eso fue un eufemismo. — Pero, ¿qué podríamos hacer cuando nuestros corazones se escaparon con nosotros? Tuvimos que seguir después.

Probablemente lo sacó de algún libro, pero aparentemente era uno que la Sra. Greasley no había leído, porque ella le sonrió.

— Oh, ese es un sentimiento encantador, Sr. Kale. ¿No es encantador, querido?

El hombre gruñó pero no protestó cuando su esposa le palmeó el brazo cariñosamente.

Lisette se relajó al lado de Maximilian, pero él le tomó la mano. Al principio era para asegurarse de que él podría evitar que ella soltara cualquier otra cosa que pudiera delatarlos. Después fue porque no podía dejarlo ir. Ahora que la había agarrado, satisfizo su impulso de explorar, pasando el pulgar por las curvas de sus dedos, acariciando los nudillos y acariciando su palma.

Y para su sorpresa, ella lo dejó, aunque su respiración pareció acelerarse y el resto de su cuerpo se tensó. Él se regocijó en eso. Tenía una mano encantadora, con dedos delgados y huesos más delicados de lo que él hubiera esperado para una mujer de su estatura.

De repente se le ocurrió que si movía su mano solo una pulgada, estaría descansando firmemente sobre su muslo. La necesidad de hacerlo era tan poderosa que casi actuó al respecto. Pero el pensamiento de su mano en su pierna hizo que su boca se secase y sus músculos se tensaran en lugares que no deberían, y eso definitivamente era imprudente.

De repente, él le soltó la mano. Si lo sostenía por más tiempo, temía que quisiera una noche de bodas en verdad. Y teniendo en cuenta que probablemente tendrían que compartir una habitación en la posada en Brighton para mantener su mascarada, eso lo empujaría al límite.

Ella se estremeció tan ligeramente que nadie más que él se daría cuenta, sin embargo, hizo que su sangre bombeara más alto. Maldición, ahora era consciente de su muslo presionado contra el suyo, su pecho a solo centímetros de distancia. Esto estaba demostrando ser una tortura peor que incluso comer cebolla de Greasley.

Como si hubiera leído sus pensamientos lujuriosos, Lisette dijo alegremente:

— ¿Crees que nos detendremos a cenar en alguna parte? ¿O el carruaje va directo a Brighton? Confieso que estoy hambrienta, no tuve tiempo para comer esta mañana, con la preparación para el viaje.

—Me imagino que no — dijo Greasley guiñándole un ojo a Maximilian. — Siendo que recién te casaste ayer, apuesto a que no te levantaste lo suficientemente temprano como para hacer algo más que correr por el carruaje.

Maldito sea el tipo, ahora Maximilian tenía nuevas imágenes para atormentarlo. Lisette como una novia sonrojada en su noche de bodas. Lisette se soltaba el pelo. Lisette en nada más que una endeble camisón nocturna y una bata, subiendo las escaleras frente a él con su trasero lo suficientemente cerca como para...

—Hablando de casarse — insistió la señora Greasley — ¿no es su medio hermano mayor de treinta años, señora Kale?

—Sí — dijo Lisette en voz baja, haciendo que Maximilian se preguntara si podía sentir los impulsos desenfundados en él.

—Entonces eso es más que suficiente para buscar una esposa — dijo la Sra. Greasley. — Me atrevo a decir que el Sr. Manton gana mucho dinero con su negocio. Y si ya no tienes la casa de tu medio hermano, necesitará que alguien lo cuide. Solo tienes el otro hermano en Francia, ¿verdad?

—De acuerdo — dijo Lisette, luego continuó apresuradamente — Pero en verdad, ¿no hay parada en el camino para almorzar o cenar?

—Hay una breve parada en Crawley si quieres comer un poco allí — ofreció Greasley, pero la mente de Maximilian ahora estaba en otra parte. Los Greasley parecían saber mucho sobre la familia de Lisette, lo que obviamente no quería que él escuchara.

Quizás había otra forma de averiguar dónde se escondía Bonnaud. En algún lugar a lo largo de la ruta, podría llevar a Greasley a un lado y descubrir qué sabía el hombre mayor.

Si tenía que adivinar por lo que ella había dicho sobre que Bonnaud tenía un puesto en el gobierno, el empleador del hombre probablemente estaba en París. Por otra parte, eso era solo si el hombre trabajaba para el gobierno nacional. Bonnaud podría tener una posición regional en algún oscuro pueblo. Nunca había dicho dónde había estado viviendo en Francia, así que todo era posible. Una aguja en un pajar, lo había llamado.

Bueno, tenía la intención de acortar ese pajar un poco. Le gustaba saber a dónde se dirigía. Y si podía saber dónde había estado viviendo Bonnaud y resultaba ser una pequeña aldea, entonces podría dejar a la entrometida Lisette en Brighton y poner fin a esa loca farsa.

No es exactamente lo caballeroso que hacer, viejo.

Él frunció el ceño. Esa expedición no había sido idea suya. Además, podría regresar a Londres en el próximo carruaje y estar en casa en su propia cama a medianoche. Maximilian se aseguraría de que el cochero recibiera una compensación por asegurarse de que la dejaran en su puerta.

Sin embargo, de una forma u otra, iba a interrogar al Sr. Greasley a la primera oportunidad. Se merecía alguna recompensa por estar metido en un carruaje con el maldito trasero y su maldita esposa.

Tuvo su oportunidad la próxima vez que se detuvieron para cambiar de caballo. Lisette y la Sra. Greasley desembarcaron a toda prisa, obviamente ansiosas por encontrar lo necesario, y eso dejó a Maximilian solo con Greasley, quien ya había comenzado a encender un cigarro.

— Así que — dijo Maximilian en un tono casual tan pronto como las mujeres estuvieron dentro de la posada, — ¿alguna vez conociste al hermano de Lisette en Francia?

Greasley tomó una bocanada o dos.

— No puedo decir que lo haya hecho. Sin embargo, Manton es un buen tipo. Trata bien a sus vecinos y no hace demasiado ruido como algunos jóvenes caballeros. Probablemente sea por tener a la señorita Bonnaud cerca. Aunque tendré que empezar a llamarla señora Kale, ¿eh?

— Sí. — Maximilian se negó a dejarlo cambiar de tema. Mientras apuñalaba en la oscuridad, dijo: — Yo mismo conocí al Sr. Bonnaud en París. Parecía un buen muchacho.

— ¿En París? — Greasley arrojó algunas cenizas de su cigarro al suelo. — Pensé que los dos habían vivido en Rouen.

Maximilian contuvo una sonrisa de satisfacción.

— Bueno, no estoy seguro — dijo, felicitándose por obtener lo que necesitaba saber tan fácilmente. — Solo sé dónde me presentaron.

Greasley miró por la ventana.

— Ah, ahí está la ama. Le preguntaré a ella. Ella debería saberlo.

— Está bien. — Maximilian reprimió una maldición mientras miraba para ver a la Sra. Greasley pisotear el carruaje. Lisette no podría estar muy lejos. — Solo le preguntaré a mi esposa.

Pero Greasley ya estaba gritando por la ventana:

— ¿Dónde vivían la señorita Bonnaud y el señor Bonnaud? — Saltó para ayudar a su esposa a subir al carruaje. — Fue Rouen, ¿no?

— No, viejo tonto. Era rue algo. — La Sra. Greasley se acomodó en su asiento con un resoplido. — Rue es la palabra para calle en francés, ya sabes. No Rouen en absoluto. Era una rue en alguna parte.

Cuando el señor Greasley se subió a su lado, Maximilian se inclinó hacia delante y bajó la voz.

— Es como te dije, Greasley. Lo conocí en París.

— Pero no creo que viva en París — dijo la señora Greasley. — Podría haber jurado que era Toulon, donde vivía antes. No, espera. Ella podría haber mencionado París. — De repente ella lo miró con recelo. — ¿No sabes dónde habían estado viviendo? ¿Estás casado y todo?

— Solo conocí a su hermano una vez, en París. Supuse que allí vivían. No le gusta mucho hablar de su vida en Francia. — Cuando vio a Lisette acercarse, comenzó, — No hay necesidad de molestarla al respecto. No me gusta...

— ¿Dónde están usted y su hermano en Francia, señora Kale? — preguntó la Sra. Greasley cuando Lisette llegó al carruaje. — Recuerdo que me lo dijiste, pero olvidé dónde estaba exactamente.

Apretando los dientes, Maximilian saltó para ayudar a Lisette a subir. Ella le lanzó una mirada velada mientras subía y se acomodaba en el asiento.

— Vive en una villa, por supuesto. Una muy bonita en un río.

Maximilian entró.

— Sí, pero ¿en qué ciudad? — insistió él. En un centavo, en una libra, y ahora que estaba a la intemperie, podía usar los Greasley para aprender lo que quería saber. Les parecería extraño que ella se negara a responder una pregunta tan simple. — Greasley dijo Rouen y la Sra. Greasley dijo Toulon, mientras yo suponía que era París. Ahí es donde nos conocimos tú y yo, después de todo.

Observó una reacción reveladora a cualquiera de esas opciones, pero solo recibió una mirada de piedra. Entonces su expresión prácticamente se derrumbó ante sus ojos.

Cuando el carruaje se puso en movimiento, ella comenzó a llorar.

— No puedo creer que no recuerdes el primer lugar donde nos conocimos. No era París en absoluto, como deberías saber. Sí, bailamos en París, pero no es donde nos conocimos.

Para su horror, las lágrimas, verdaderas lágrimas, por el amor de Dios, comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Ella buscó dentro de su capa su pañuelo, sus hombros agitados por la angustia.

— ¿Cómo puedes olvidar tal cosa? ¡Recuerdo cada minuto de ese día!

Santo Dios. Solo podía mirarla boquiabierto, preguntándose de dónde había venido esa lamentable criatura.

—Has r... roto mi c... corazón — lloriqueó muy convincentemente. — Y... -no te... te preocupas por mí en absoluto, v... ¿verdad? M... mi hermano tenía razón. ¡Yo... nunca debería haberme casado contigo!

¿Qué rayos? Ella realmente parecía molesta. ¿Cómo era posible? ¿Se suponía que debía hacer algo al respecto?

— Ahora fuiste y lo hiciste, hombre — murmuró Greasley. — Incluso si no recuerdas algunas cosas, debes fingir que recuerdas. Las damas le dan una gran importancia a la memoria de un hombre de las cosas importantes.

La señora Greasley lo fulminó con la mirada.

— Ciertamente lo hacemos, y con razón. ¿Estás diciendo que finges recordar cosas sobre mí? ¿Qué ha estado fingiendo, señor Greasley? ¿Has olvidado dónde nos conocimos?

— ¡No, no, por supuesto que no, mi ángel! — protestó, disparando a Maximilian una mirada con cuchillos. — No estaba hablando de ti y de mí, mente. No soy un tonto joven como el Sr. Kale allí. Lo recuerdo todo. Nos conocimos en la asamblea en Middleton Hall, lo hicimos.

Pura indignación iluminó la cara de la señora Greasley.

— ¡No hicimos tal cosa! ¡Nos conocimos en la cena de tu primo!

La mirada de un zorro acorralado barrió la cara de Greasley.

— Yo... no lo creo, — dijo con incertidumbre. — Eso vino después. ¿No?

— ¡No lo hizo! — dijo su esposa, luego se disolvió en lágrimas ella misma. — D... déjale a un h... hombre que olvide las cosas más importantes en la vida de una mujer. ¿Te... quiero decir tan poco para ti? Todos los años que hemos... compartido, ¿significaban tan poco?

— ¡No, mi ángel, no! — dijo Greasley, mostrando a Maximilian una mirada de pánico.

Infierno sangriento. Como si Maximilian pudiera hacer algo al respecto. Lisette rivalizaba con la señora Greasley por la angustia femenina a su lado. ¿Cómo las llamas habían llegado a esto? Se suponía que las mujeres no llorarían por esas cosas. ¿lo hacían?

Aunque sabía que era solo su pretensión, estaba empezando a molestarlo. Golpeó demasiado los extraños ataques de lágrimas que a menudo habían seguido a las acusaciones dementes que Padre había arrojado a la pobre Madre, lágrimas que siempre habían mantenido a Maximilian fuera de balance.

No le gustaba estar fuera de balance. ¿Y cómo podría Lisette realmente estar llorando, de todos modos?

«Mi madre era actriz, ya sabes».

Maldita sea la mujer. Debería haberle dado más crédito a esa declaración. Claramente ella había dominado los puntos más finos de la actuación.

Con su pequeña estratagema, la descarada lo había acorralado efectivamente en una esquina, y no había nada confundido que pudiera hacer al respecto sin alertar a los Greasley sobre sus disfraces.

Estaba medio tentado a hacerlo. Ella no estaba jugando limpio y merecía sufrir las consecuencias. Ciertamente podría obligarla a hacerlo. Después de todo, ella había dicho que no le importaba si la gente pensaba lo peor de ella. Incluso le había ofrecido hacerse pasar por su amante.

Sin embargo, ella se había alejado de la puerta para evitar que sus vecinos la vieran en su pasamanos nocturno. Y se sonrojó mientras lo hacía.

A pesar de todas sus audaces afirmaciones, ella no era tan inmune a la opinión pública como pretendía. Y el caballero en él no podía dejarla avergonzarse frente a los Greasley.

Mientras Greasley continuaba profesando su gran afecto por la Sra. Greasley, Maximilian se inclinó para susurrarle al oído a Lisette:

—Muy bien, tú ganas. Por ahora. Puedes detener las lágrimas. No les haré más preguntas sobre tu hermano.

Con un último resoplido, se secó los ojos, que realmente estaban rojos, y le dirigió la más pequeña sonrisa de triunfo que había visto en su vida.

Luego desapareció, y ella lo miró con ojos llorosos que enorgullecería a su madre actriz.

— Oh, mi querido Max, esa es la disculpa más dulce. Te perdono.

Mientras él luchaba por reprimir un resoplido, ella colocó su mano sobre su brazo y luego apoyó la cabeza contra su hombro.

— Y ahora confieso que estoy muy cansada. Creo que dormiré un poco.

La mujer en realidad procedió a dormir. O fingió dormir. No estaba seguro de cuál. Pero cuando Greasley logró calmar el temperamento de su esposa, y susurros íntimos se convirtieron en los únicos sonidos en el carruaje, Maximilian se dio cuenta de que había subestimado enormemente la determinación de la señorita Bonnaud de proteger a su hermano.

Sin mencionar su habilidad para pasar la lana sobre los ojos de las personas.

Sus ojos se entrecerraron. De hecho, era una actriz más talentosa de lo que él le había dado crédito. ¿Había sido demasiado apresurado asumiendo que ella no estaba ligada con Bonnaud? ¿Podría ella ser parte del esquema fraudulento del hombre?

No, el criado que había enviado a Bow Street antes seguramente habría descubierto alguna conexión entre ella y su hermano. Aunque había manejado bien estos contratiempos, la señora Greasley la había desconcertado en The Golden Cross. Y no había forma de que ella o Bonnaud pudieran haber anticipado que él aparecería en casa de Manton esa mañana.

Algo que había dicho antes saltó a su mente. «*Podría ser uno de los hombres de Dom*».

Ah, sí. Estaba sintiendo su avena, probando su destreza fingiendo. Y hacerlo de manera bastante efectiva.

Bueno, ella había sacado lo mejor de él esa vez, pero no volvería a suceder, no si él pudiera evitarlo. No le gustaba que lo engañaran, y maldita sea, no le gustaba no estar seguro de lo que estaba haciendo.

De ahora en adelante, debería haber un entendimiento entre ellos. Podía engañar a cualquiera que necesitaran para engañar. Pero ella no iba a jalarlos sobre él. Habría verdad entre ellos al menos.

Una sonrisa apareció en su rostro. Y también tenía una manera de asegurarse de eso. La señorita Bonnaud estaba a punto de descubrir que dos podían jugar su juego.

Capítulo 5

Lisette tuvo serios problemas fingiendo dormir una vez que la Sra. Greasley comenzó a hablar de nuevo.

—Perdóneme, señor Kale — preguntó ella — pero ¿qué hace exactamente un agente de tierras?

Conteniendo el aliento, Lisette esperó para ver cómo el duque lograría eso. Había sido obstinado acerca de tomar su elección de profesión, y ahora ella ni siquiera podía ayudarlo con su elección sin renunciar a su pretensión de dormir.

—Recoge los alquileres — respondió Lyons fácilmente, para su sorpresa. — Hace inventarios. Examina las granjas, guarda un porcentaje de las tierras comunes...

Mientras continuaba enumerando una impresionante cantidad de tareas, Lisette se maravilló de su conocimiento. Ella no podría haberlo ayudado con eso, sin duda. Papá siempre acababa de decir que su agente de tierras «*administraba la propiedad*», indiferente a lo que el hombre realmente hacía. Y papá solo había sido vizconde. Ella había asumido que un duque rico con vastas propiedades tendría aún menos necesidad de tal conocimiento y sabría poco sobre el funcionamiento interno de sus propiedades.

En el caso de Lyons, ella se había equivocado. El Sr. Greasley hizo más preguntas, y el duque respondió a todas con facilidad. Asombroso.

Cuando los dos hombres comenzaron a hablar de arrendamientos, recintos y cosas que estaban mucho más allá de su conocimiento, el rumor de la voz de Lyons y el balanceo del carruaje comenzaron a adormecerla. Se había levantado muy tarde y se había levantado muy temprano. Y no llegarían a Brighton por algún tiempo...

Despertó lentamente un rato después para encontrar el carruaje oscuro y el brazo del duque sobre sus hombros. Su cabeza se había deslizado hacia el centro de su pecho, y su mano estaba en su cintura.

Horrorizada, se enderezó, la vergüenza le llenó las mejillas de calor cuando él le quitó el brazo de los hombros.

— ¿Dónde estamos? — preguntó ella, tratando de orientarse.

—En las afueras de Brighton — dijo con ese timbre bajo que hizo algo indecoroso en su interior.

Ella no podía mirarlo. ¡Ella había estado prácticamente en su regazo! Que mortificante. Debe pensar que es la criatura más vulgar imaginable.

—Estabas durmiendo muy bien — ofreció la Sra. Greasley. — Debiste estar cansada, querida.

Se dijo tan amablemente que Lisette hizo una mueca. Se sintió un poco culpable por cómo su falso altercado con su «*marido*» había llevado a un verdadero altercado entre el señor y la señora Greasley. Aun así, parecían haberlo reparado. La mujer se apoyaba amigablemente contra él, y a él no parecía importarle.

Lisette volvió la cara hacia la ventana. Gracias a Dios ese tramo de pesadilla del viaje casi había terminado. El incidente con los Greasley había demostrado demasiado bien que no necesariamente podía viajar impunemente.

El duque también lo sabía y trató de aprovecharlo. No podía engañarse a sí misma porque había ganado la delantera con su pequeña actuación. Acababa de obtener un respiro, eso es todo. Podría haber optado por dejar caer la fachada en el momento en que se dio cuenta de que podría sacar la verdad de los Greasley. Él podría haber revelado que ella no estaba casada con él y preguntarles lo que deseaba saber. Y de un solo golpe, la habría arruinado a ella y posiblemente al negocio de Dom.

¿Por qué no lo había hecho él? ¿Porque era un caballero?

Lo más probable es que se haya dado cuenta de que los Greasley no sabían lo suficiente para ayudarlo. Gracias a Dios que les había mencionado a Toulon y París en el pasado, y gracias a Dios, las dos ciudades estaban en partes muy diferentes de Francia. De lo contrario, estaba casi segura de que el Altivo Lyons la habría abandonado en Brighton para cazar a Tristan en cualquiera de los que hubieran nombrado definitivamente.

Ella había escapado por poco. Demasiado poco.

Afortunadamente, tenía pocas posibilidades de encontrarse con más vecinos. Entonces, una vez que se separaran de los Greasley, ella debería estar a salvo del descubrimiento, al menos hasta que se dirigieran a París.

Seguramente Lyons nunca la abandonaría en Francia. Eso sería muy poco caballeroso, y él no era más que un caballero.

La mayor parte del tiempo

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando recordó la sensación de su fuerte brazo sobre sus hombros. Y peor aún, la forma en que su mano había jugado con la de ella antes. Ella debería haber tirado de la suya libre. ¿Por qué no ella?

Porque había sido tan... íntimo. Ningún hombre había sostenido su mano de esa manera, audaz pero tiernamente. La había puesto completamente nerviosa. Incluso ahora, con su mano todavía metida en la curva de su brazo y su muslo apretado contra el de ella, sintió el mismo temblor en su vientre que sintió cuando él le acarició la mano.

Ella se puso rígida. Skrimshaw tenía razón. Erá mejor que se cuide. El duque había sido quien afirmó que era su esposo, y eso cambió todo. Ahora no había razón para que él la tratara como a una hermana, no había razón para que tuvieran habitaciones separadas... en cualquier lugar.

Su pulso se agitó ante la idea de pasar varias noches en la carretera sola en una habitación de posada con él.

Dios la salve. Sería mejor que tuviera cuidado.

Ella levantó una mirada hacia él. Se veía completamente demasiado ilegible. Después de su pequeña exhibición, había esperado que él estuviera mucho más enojado. Pero había reconocido la derrota y había actuado como si nada hubiera pasado. La había puesto en guardia de nuevo. Tenía algo bajo la manga. ¿Qué podría ser?

Llegaron a la posada poco tiempo después. Cuando los Greasley se despidieron, la señora Greasley la sorprendió murmurando:

— No dejes que el hombre te intimide, querida. Si no te defiendes al comienzo del matrimonio, él no será bueno para ti excepto por el dolor.

El sabio consejo, proveniente de una mujer que claramente tenía su propio esposo atado cuidadosamente en nudos, la desconcertó. ¿La Sra. Greasley había notado más sobre su relación de lo que Lisette le había dado crédito? ¿O era solo el consejo habitual de la mujer para las mujeres recién casadas?

No importaba, Lisette solo tenía que sobrevivir a la presencia del duque el tiempo suficiente para sacar a Tristán de ese problema. Y enfrentarse a Lyons cuando intentaba intimidarla no era el problema. Ella podría manejar eso. Fue cuando estaba siendo dulce que era más peligroso.

¿Era ese su curso actual, matarla con amabilidad?

Tratar de descubrir su juego la consumió durante la siguiente hora, mientras él se fue con el posadero para organizar su habitación y su paso a Dieppe, enviar sus maletas y pedir que se les proporcionara una comida. Tanto para viajar como una persona normal. Claramente no tenía idea de cómo viajaba una persona normal.

Por otra parte, había cambiado las reglas al afirmar ser un agente de tierras. Tales hombres tenían algo de dinero, podrían permitirse una habitación decente en una posada y estarían acostumbrados a dar órdenes.

Tenía que admitir que había sido bastante inteligente de su parte interpretar ese papel. Lo puso en esa tierra nebulosa entre caballeros y comerciantes. Trabajaba para ganarse la vida, pero su puesto requería una cierta cantidad de esmalte y habilidad. Significaba que su acento no era demasiado extraño, su conocimiento de ciertas cosas demasiado increíble. Y claramente se había dado cuenta de que conocía la parte lo suficientemente bien como para interpretarla.

Solo deseaba conocer el papel de esposa a medias también. ¿Una verdadera esposa lo dejaría manejar todos los arreglos sin expresar una opinión? ¿Se quejaría de que las habitaciones a las que fueron conducidas eran demasiado pequeñas?

Gracias a Dios había dos de ellos, un dormitorio y una sala de estar. Eso alivió un poco su miedo a estar a solas con él. Uno de ellos podía dormir en el sofá mientras el otro se acostaba. No estarían tanto en los bolsillos del otro como ella temía.

Debe haberlo planeado de esa manera, y por eso ella estaba agradecida.

Tan pronto como el posadero se fue, corriendo para organizar su cena, Su Gracia se quitó el abrigo, luego se acercó a la jarra, vertió un poco de agua en el lavabo y comenzó a lavarse las manos.

El silencio se extendió enloquecedoramente entre ellos.

— Me imagino que encuentras a los carruajes públicos muy sucios, Su Gracia — dijo mientras se quitaba la capa y la colgaba de un gancho, deseando lavarse las manos también.

— Me parece que viajar es muy sucio, independientemente del carruaje. — Se secó las manos, luego la miró, recostándose contra el robusto escritorio que sostenía el lavabo y cruzando los brazos sobre el pecho.

Su mirada indescifrable la hizo sentir los primeros zarcillos de alarma.

Ella los ignoró.

— Es, eso es verdad. — Se acercó a su bolso y lo abrió, decidida a parecer tan indiferente como él.

— Esa fue una actuación muy esclarecedora que hiciste en el carruaje — dijo al fin. — Estaba impresionado.

Ella no suponía que «*Gracias*» fuera la respuesta adecuada.

— Me empujaste a una esquina, — dijo a la defensiva. — No tenía otra opción. Acordamos que te ayudaría a encontrar a Tristán si me permitías ir. No podría esperar que ponga en peligro su seguridad diciéndole demasiado pronto dónde está.

Su voz se había vuelto más fuerte cuanto más hablaba, pero no parecía cambiar su postura. Él seguía mirándola con una mirada penetrante. Una mirada penetrante extrañamente convincente.

Fue muy inquietante.

— Porque sabes muy bien, — continuó, — que en el momento en que lo haga, me abandonarás y te irás por tu cuenta.

— Cierto.

Ella lo miró boquiabierta. Ni siquiera se había molestado en negarlo.

— Bueno, no puedo tener eso. Tengo que proteger a mi hermano.

— ¿Lo haces? — Se apartó de la oficina. — Empiezo a pensar que tienes un objetivo más oscuro.

Eso la tomó completamente por sorpresa.

— ¿Un objetivo más oscuro? — preguntó ella, con la sangre congelada en sus venas.

— Cuando te conocí, supuse que no eras parte de su plan. Pero tu actuación de hoy demostró que eres magistral fingiendo. ¿Cómo sé que toda nuestra conversación de esta mañana no fue una farsa? ¿Que no me estás alejando de Londres en este mismo momento con algún propósito tortuoso?

¿Propósito tortuoso? ¿Maestro en la pretensión? ¡Él pensó que ella era una especie de estafador!

— ¡Esa es una acusación vil! ¡Nunca haría algo así!

— ¿Y por qué debería creerle? — Se acercó, su rostro oscuro por la amenaza. — Ha demostrado ser muy bueno para disimular. Por lo que sé, usted y tu hermano elaboraron este plan juntos.

— P... pero ¿por qué? ¿Por qué habría de hacer eso?

—Eso es lo que quiero saber. — Se cernía sobre ella. — Debería tenerte en la cárcel hasta que me digas la verdad.

— ¿Porque lloro bien? — chilló ella.

—Porque está tratando de defraudarme — dijo en un tono ominoso.

Él la iba a tirar en planchas, todo porque ella podía actuar un poco en un apuro. ¡Oh, señor, las investigaciones de Manton se arruinarían! ¡Dom nunca la perdonaría!

—Juro que no estoy haciendo tal cosa — comenzó, con el corazón en la garganta. — Sabes por qué insistí en que me llevaras contigo. ¡Tú lo sabes! No sé de dónde sacaste esa idea tonta de que soy una... estafadora, pero nada más lejos de...

Inexplicablemente, se echó a reír. Ella lo miró boquiabierta, ahora toda en el mar.

Eso simplemente lo hizo reír más fuerte. Se detuvo el tiempo suficiente para jadear,

— No eres la única... buena fingiendo.

Y de repente ella entendió. Esa fue una venganza por su actuación esa tarde.

Colocando sus manos en sus caderas, ella lo fulminó con la mirada.

— ¡Eres un hombre horrible, horrible! ¿Cómo te atreves a aterrorizarme así? Por qué, debería...

Se dejó caer en el sofá, riéndose tan fuerte que apenas podía hablar.

—Si... solo pudieras haber visto... tu cara... cuando mencioné... prisión...

Ella se acercó para golpearlo en el brazo.

— ¡Eso no fue ni remotamente divertido!

Él solo se rió aún más.

— Yo... suplico... no estoy de acuerdo... — se ahogó, sosteniendo su estómago mientras se perdía de alegría.

Mirándolo, ella se acercó a la jarra, la trajo de vuelta y vertió su contenido sobre su cabeza.

Él saltó del sofá escupiendo.

— ¿Para qué fue eso?

—Por hacerme pensar que me ibas a llevar a la cárcel, tú... tú... ¡zoquete!

— ¿Zoquete? — dijo mientras sacaba un pañuelo de su bolsillo y comenzaba a limpiarse la cara. — ¿Ese es el mejor insulto que puedes ofrecer?

Ella entrecerró los ojos a rendijas.

— Cretino. Diablo. Culo.

Él le sonrió de lado.

— Cuidado ahora. ¿No se supone que eres una mujer casada respetable?

— ¡Casi me das un paro cardíaco!

—Te lo merecías después de todo ese llanto y tonterías. — Él la imitó. — «M... mi hermano tenía razón. ¡Yo... nunca debería haberme casado contigo!»

Arrojando la jarra vacía sobre el sofá, cruzó los brazos sobre el pecho.

— Las palabras pueden haber sido fingidas, pero el sentimiento sigue siendo válido.

—No fue mi idea hacer esto — le recordó.

—No fue mi idea posar como una pareja casada. Gracias a Dios que es fingir. — Se dirigió a la otra habitación, esperando encontrar otra jarra de agua para poder lavarse las manos.

—Oh sí — dijo irritado mientras la seguía de cerca. — Odiarías estar casado con un duque rico que podría comprarte lo que quisieras y mostrarte el mundo que obviamente anhelas ver.

Que él hubiera notado tanto sobre su amor por los viajes la molestó más de lo que le gustaba admitir. Ella se giró hacia él con mal genio.

— Odiaría estar casada con cualquier hombre que fuera mi dueño. Quién querría decirme qué hacer, cuándo hacerlo, cómo hacerlo y con quién. No gracias.

Se echó hacia atrás su cabello mojado.

— ¿Es así como ves el matrimonio?

— ¿Cómo prisión para mujeres? Si.

—Y no ves ninguna ventaja en eso — dijo mientras se acercaba a ella.

—Ninguna.

— ¿Y los niños?

—Mi madre tenía dos. Ella no estaba casada. — Aunque Lisette nunca seguiría ese ejemplo, no estaba dispuesta a admitirlo ante Su Alta y Poderosa Gracia.

Él levantó una ceja arrogante.

— Y terminaste en la pobreza como resultado.

—También mi medio hermano, y él era legítimo. La verdad es que en este país, a menos que seas el mayor, heredas por capricho de tu padre. El matrimonio no es protección contra eso.

—Eso no es cierto. Las familias de las mujeres pueden insistir en que se provea a los hijos en el acuerdo matrimonial antes de que la pareja se case.

—Sólo si las mujeres tienen algo con lo que intercambiar. — Ella levantó la barbilla. — La madre de Dom se casó por encima de ella cuando se casó con el vizconde; ella no trajo riqueza a la unión. Así que ella no pudo hacer ninguna demanda a su esposo, incluso después de que él tomó a mi madre como amante. Ella no tenía recurso. Las mujeres pobres nunca lo hacen.

—Está bien, te lo concederé, supongo — murmuró. — Olvídate de los aspectos financieros, entonces. ¿Qué pasa con la compañía?

—Tengo dos hermanos que nunca me abandonarán. Eso es compañía suficiente para mí.

— ¿Y amor? — preguntó en voz baja. — ¿Qué hay del amor?

Ella apartó la mirada, no queriendo que él viera su ambivalencia sobre ese tema.

— El amor es la cadena que los hombres usan para mantener prisionera a una mujer. Le ofrecen su amor y, a cambio de su devoción, no le dan nada. En ese sentido, aprendí bien del ejemplo de mi madre. — Forzando una sonrisa brillante en su rostro, se encontró con su mirada una vez más. — Entonces, Su Excelencia, no encuentro ventajas en el matrimonio.

—Estás olvidando uno más — dijo, con los ojos fijos en los de ella.

—Oh, ¿y qué podría ser eso?

—Deseo.

Ella luchó contra un escalofrío por la forma sensual en que dijo la palabra. No se había olvidado de eso. Ella lo había ignorado. Hubo una gran diferencia.

— El deseo es solo una ventaja para el hombre. — Se lo había estado diciendo a sí misma durante años, pero de alguna manera sonó vacío cuando se lo dijo.

—No puede ser tan ingenua. — Su voz ahora era un zumbido bajo. — Seguramente tu madre disfrutó sus noches en los brazos de tu padre.

—No lo sabría. Ella no habló de tales cosas. Maman estaba decidida a actuar respetablemente fuera de la habitación, probablemente pensando que convencería a papá de casarse con ella. Obviamente no había funcionado.

— ¿Y usted? ¿Ningún hombre le ha tentado alguna vez con ganas?

—He sido besada una o dos veces. Pero nunca me tentó a hacer más. Siempre fui muy consciente de que el deseo no trae más que problemas.

Algo parpadeó en su rostro. La emoción del desafío, tal vez. O algo más oscuro, más visceral.

— Entonces claramente no has sido besado correctamente.

Y antes de que ella pudiera reaccionar, antes de que ella pudiera siquiera pensar, él agarró su cabeza con las manos y se inclinó hacia ella.

Ella se congeló.

— ¿Qué cree que está haciendo?

—Tentando — murmuró él, luego cubrió su boca con la suya.

Oh, que Dios la ayude. Sus labios estaban sobre los de ella, ardientes, duros y exigentes, y comenzó ese molesto aleteo en su vientre. Todo el mundo parecía inclinarse hacia un lado, enviando ella cayendo en espiral hacia un lugar donde el calor, el anhelo y la necesidad parecían perfectamente apropiados.

En algún momento ella debió haber abierto la boca, porque su lengua barrió dentro, sorprendiéndola. Luego derritiéndola. Profundizó profundamente en un movimiento mucho más íntimo que el juego de sus manos antes.

Ella no debería dejar que él haga eso, no debería permitir que la saquee como el aventurero despiadado que había visto esa mañana, pero no parecía poder evitarlo. Lo hacía muy bien. Cada golpe de su lengua profundizaba su conciencia de él como un hombre, uno que hacía rugir su sangre y su corazón tronar. Olía a agua de colonia más cara, el aroma embriagador se sumaba a la niebla sensual que se arremolinaba sobre ella.

Aunque su mente protestó por su escandalosa posesión de su boca, su cuerpo quería hundirse en ella, unirse a la conflagración que estaba agitando profundamente dentro de ella. La intensidad de su repentino impulso por más alarmada.

Arrancando su boca de la de él, murmuró:

— Por favor, Su Gracia... — pero parecía no escucharla, ya que simplemente se movió para esparcir besos sobre su mejilla, luego sobre su oreja, que él tiró con los dientes. ¿Quería devorarla en verdad?

— Su gracia, por favor... — dijo de nuevo, y cuando él no respondió, agregó: — Max, no debes.

Eso finalmente llamó su atención. Se detuvo acariciando su oreja con la boca.

— ¿Por qué no? — respiró

— Porque no lo deseo.

Él retrocedió para mirarla fijamente, con los ojos entrecerrados y el aliento rápidamente.

— ¿Está segura de eso? — él raspó.

Ella no lo estaba. Y su vacilación en mentirle lo hizo agarrar su boca una vez más. Solo que esta vez, sus manos se deslizaron hacia abajo para agarrar su cintura, para tirar de ella contra su cuerpo para que ella pudiera sentir el fuerte calor de él a través de la tela húmeda de su chaleco y su camisa, sentir el duro empuje de él más abajo. Fue alarmante.

Fue celestial. Le ofreció besos tan absorbentes que le hicieron arder el aliento en la garganta. Pronto ella estaba jadeando y aferrándose a sus hombros, cayendo en un olvido seductor donde todo lo que podía sentir y pensar era que él besaba más gloriosamente de lo que ella podría haber imaginado.

Así era como se suponía que debía sentirse el deseo, embriagador, enloquecedor y sí, tentador. Eso lo hacía peligroso. Oh que peligroso.

Ahora estaba enredando su lengua con la de ella, invitándola a jugar, a burlarse, y eso era más atractivo de lo que podía imaginar. Los besos de ningún otro hombre la habían afectado tanto. Sintió que levantaba las manos para agarrarle el cuello y deslizaba su cuerpo contra el suyo. Su boca se volvió hambrienta

Llamaron a la puerta.

Ella se congeló, luego lo empujó. Se quedaron mirándose el uno al otro, ambos respirando con dificultad, ambos tensos.

— Señor. Kale, le he traído la cena — dijo una voz desde el pasillo.

Max hizo una mueca y luego miró hacia la puerta.

— Sí, por supuesto, — dijo. — Adelante.

Un criado se apresuró a entrar con una gran bandeja. Aparentemente ajeno a la tensión en la habitación, preparó los platos, hizo una reverencia y salió corriendo, probablemente apresurándose a cuidar a todos los otros invitados que habían sido llevados por los carruajes.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de él, Lisette susurró:

— Debe prometer que nunca volverás a hacer eso.

Los ojos de Max la fulminaron.

— ¿Por qué?

Ella apartó la vista, incapaz de enfrentar esa mirada acalorada.

— Porque no tengo intención de terminar siendo la amante de un duque. Lo suficientemente malo como para ver a Maman tirar su vida a un hombre que no podía amarla. No seguiré sus pasos.

— Ah. Esa es la razón que puedo entender. Tenía miedo de que declarara que no sentías deseo entre nosotros. — Su mirada se clavó en ella, claramente viendo demasiado de lo que ella luchaba tanto por ocultar. — Ambos sabemos que eso sería una mentira.

Ella quería negarlo. Ella quería argumentar que su suposición arrogante estaba equivocada.

Pero no lo había dicho con arrogancia. Y ella no tenía la costumbre de negar lo que era descaradamente cierto.

— ¿Entonces acepta hacer lo que le pido? ¿Nunca volvera... besarme?

— Si aceptas hacer algo por mí a cambio.

Su mirada se disparó hacia la de él.

— ¿Qué?

— Nunca me mienta.

Ella lo miró perpleja.

— Que yo sepa, nunca lo he hecho. — Ella había omitido fragmentos de la verdad pero no había dicho mentiras descaradas.

— Esta tarde, cuando rompió a llorar, por un momento yo... — Murmuró una maldición. — No podría decir que fue fingido. Sabía que tenía que ser, pero se sentía real. Se sintió horrible. Con mi padre, nunca estaba seguro... — Se detuvo, luego se volvió fríamente indiferente. — Entiendo que al desempeñar este «papel», tendrás que decir cosas que no son ciertas. Pero cuando tú y yo estemos solos, quiero asegurarme de que me estás diciendo la verdad, siendo franca en tu trato conmigo. ¿Puede prometer eso?

— Sí, por supuesto. — ¿Cuántas mentiras había soportado en su vida para hacerle siquiera preguntar tal cosa? ¿Hacerlo tan molesto por su pretensión de lágrimas? ¿De qué nunca había estado seguro con su padre?

A ella le gustaría mucho saberlo, pero estaba claro que él no quería decirle.

—Gracias — dijo él con tristeza. — Entonces creo que tenemos un trato.

—Creo que sí.

Gracias a dios. Ella no necesitaba que él trajera todos sus poderes sensuales a ella para su diversión temporal. Porque, ¿qué otra razón podría tener para ello? Nunca consideraría casarse con ella.

Pero cuando se sentaron a cenar, con el aire entre ellos todavía lleno de deseo, se dio cuenta de que para una parte pequeña y aberrante de ella no importaba si él consideraría casarse con ella.

A esa parte de ella todavía le gustaría que él la besara de nuevo.

Capítulo 6

La cena fue un asunto tenso. No es que Maximilian estuviera sorprendido. Acababa de violar la boca de Lisette, después de todo. Sería casi imposible para cualquiera de ellos olvidar eso.

Y qué boca tenía, demasiado suave y demasiado dulce. Había esperado más resistencia, más indignación. Ciertamente no había esperado el fuego que se encendió entre ellos en el momento en que su boca tocó la de ella. Al menos ahora sabía que no estaba solo en su atracción. Ella definitivamente había respondido a ese beso.

Pensar en ello lo despertó de nuevo, lo hizo sentir dolor al tocarla, acariciarla. Su piel era tan delicada como los pétalos de rosa salvaje, tan sedosa como cualquier hombre podría desear. Y él había querido, oh, cómo había querido, acostarla en ese sofá y mostrarle cuál era el verdadero deseo.

Esa hambre aún lo atravesaba, la necesidad que lo había hecho tomar su boca con fuerza e intensidad abrumadoras y...

Pasión. Nunca se había considerado un hombre apasionado. Había habido demasiada pasión en la vida de sus padres, demasiada emoción y caos en general, razón por la cual mantuvo un control férreo sobre su mente y cuerpo, relegando sus sentimientos al calabozo en la fortaleza de su corazón.

Ah, satisfacía sus impulsos cuando era necesario, y él y su amigo Gabriel Sharpe habían sembrado avena salvaje en su época, pero no con tanta frecuencia. No había estado tan interesado en ir a caídas, demasiado consciente de que su padre había contraído sífilis. Siempre le había parecido extraño, ya que padre nunca lo había considerado del tipo de ir a las prostitutas, pero tal vez en su juventud había sido indiscreto.

Padre había tenido suerte, la enfermedad no había tenido ningún efecto físico duradero, pero Maximilian nunca había querido correr ningún riesgo. Especialmente

porque no había encontrado satisfactorio los golpes casuales. Siempre había sido puramente físico, como rascarse una picazón o calmar la sed.

Besar a Lisette había sido más que rascarse una picazón. La maldita mujer se metió debajo de su piel como ninguna otra mujer lo había hecho.

Así que no estaba del todo decepcionado de que ella quisiera detenerlo antes de que se convirtiera en algo. Porque no le gustaba sentir tanto fuera de control de sus sentidos. Le recordó que un día podría esperar ser como Padre, completamente fuera de control de sus sentidos.

No era un pensamiento agradable.

Comenzó a servirse una tercera copa de vino, luego lo reconsideró. Esta no era la noche para ahogar sus miedos en la bebida.

Lisette estaba jugando con su propia copa de vino.

— Supongo que has tenido alguna experiencia con gente que te está mintiendo.

Infierno sangriento. Debería haber sabido que ella sería lo suficientemente inteligente como para averiguar por qué había hecho su demanda.

— Algunas sí.

Cuando él lo habría dejado así, ella insistió:

— ¿Quién se atrevería a mentirle a un duque?

Una risa cínica se le escapó.

—Casi todos. Los sirvientes que dirán cualquier cosa para mantenerme feliz, los comerciantes que dirán cualquier cosa para venderme algo, las mamás casamenteras que reclamarán cualquier cosa para ganar a sus hijas como duque para un esposo, y mi familia, que ...

Se contuvo. No había querido decir eso. Pero ella tenía esta forma de sacarle cosas con su naturaleza directa.

— ¿Su familia? — dijo ella, saltando sobre su desliz.

Se apresuró a buscar una explicación.

— Tengo unos cuantos primos solterones que se declaran pobres regularmente, con la esperanza de pagar sus deudas de juego. Para salvar el honor del nombre Cale, por supuesto.

— ¿Y tú?

— A veces. Depende del primo. Y la deuda.

— Por supuesto. — Ella estabilizó sus hombros. — Pensé que tal vez se referías a sus padres.

Lo había hecho, pero no estaba a punto de revelar eso. Porque entonces tendría que explicar sobre qué habían mentido y por qué.

Sus dedos largos y delgados hicieron girar su copa de vino una y otra vez.

— Mis propios padres me mintieron mucho.

La calva declaración lo tomó por sorpresa.

— Acerca de...

— Oh, papá mintió acerca de cómo iba a casarse con Maman un día, lo cual nunca hizo. Y mamá mintió acerca de cómo papá nos amaba con locura.

— Quizás eso era cierto.

— Entonces él debería habernos provisto, — dijo ella con firmeza. — No debió haberlo hecho, de manera que tuvimos que abandonar nuestra casa el día después de su muerte.

Santo Dios.

— ¿Cómo fue eso posible? Sé que tu medio hermano mayor te interrumpió, pero seguramente tu padre firmó un acuerdo con tu madre que le aseguró que al menos tenías un hogar.

— Tristemente no. Maman era joven e ingenua cuando se conocieron en Francia. Había tenido una temporada espectacular en el teatro, y apareció ese guapo vizconde, que quería llevarla a Inglaterra, lejos de la guerra y la pobreza de su familia. Creo que ella habría hecho cualquier cosa para escapar de Francia en ese momento, incluso ponerse en contacto con un hombre casado. Entonces ella no firmó ningún documento. — Ella apartó la mirada, su voz se volvió hueca. — Cuando murió su esposa, Maman estaba bien establecido como su amante. Creo que ella realmente creía que se casarían después de eso, especialmente una vez que Tristan nació. Ella se aferró a esa promesa durante toda la guerra, incluso cuando él dijo que no se atrevía a arriesgarse a un escándalo al casarse con una francesa. Y después de la guerra, seguía diciendo que tendrían una buena boda tan pronto como Dom se asentara en una práctica legal, o George se casara. Siempre había alguna razón por la que no era conveniente.

Su tono se volvió amargo.

— Luego murió muy inconvenientemente, y eso fue todo. — Ella suspiró. — Siempre estaba preocupado por el escándalo o por hacer las cosas más difíciles para sus hijos legítimos. Y sospecho que pensó que tenía mucho tiempo. Tenía solo cincuenta y tres años cuando murió.

Cincuenta y tres no eran exactamente jóvenes, algo de lo que seguramente debía darse cuenta.

— Para que un hombre de esa edad sea tan descuidado con sus hijos, ilegítimo o no...

— Ah, pero era un tipo descuidado, mi padre. — Ella suspiró. — Lo quería mucho, pero era el tipo de hombre que prefería recorrer el mundo en busca de aventuras. Nosotros sólo lo veíamos cuando se aburría de viajar. Él entraba con regalos e historias, y en unas pocas semanas, se había ido de nuevo.

Maximilian conocía a hombres como él, cuyas propias necesidades y deseos prevalecían sobre su deber. Él no era uno de ellos, y sintió una extraña necesidad de imprimir eso en ella.

— ¿Es por eso que no confías en los hombres de rango? ¿Porque no son confiables?

— Y porque tienen tendencia a mentir.

— Yo no.

Ella lo miró de reojo.

— ¿Nunca?

— Nunca. No hay necesidad. — Él le lanzó una sonrisa arrogante. — Soy un duque. Digo lo que quiero, y todo el mundo tiene que soportarlo.

Eso la hizo reír, como él pretendía.

— Sí, podría decirlo por cómo se metió en mi casa.

— Ah, pero tienes la ventaja en ese encuentro.

La descarada tuvo la osadía de sonreír.

— Cierto. — Su sonrisa vaciló. — Pero no por mucho. Me hubieras dejado hoy si yo o los Greasley le hubiéramos dicho dónde estaba Tristán. Ya lo admitió.

— Sí, pero no te habría dejado en la miseria o sin recursos. Me habría asegurado de que volviera a subir a un carruaje a Londres, y le habría pagado al cochero para que te depositara a salvo en la puerta de Investigaciones de Manton.

Ella lo estudió un largo momento debajo de unas pestañas negras increíblemente gruesas.

— ¿Por qué no les dijo a los Greasley la verdad sobre nosotros? ¿Es porque se dio cuenta de que no sabían nada de todos modos? O... — Ella bajó la mirada. — No importa, no importa.

— ¿De verdad cree que te habría arruinado tan fácilmente como todo eso? — dijo irritado — ¿Le avergonzaria ante sus vecinos y le haría imposible volver a vivir una vida respetable en Bow Street?

Ella jugó con su tenedor, sin levantar la vista.

— No, supongo que no. Pero no quería esto, y podría haber aprovechado la oportunidad para salir de él.

— Así no. No todos somos su padre, sabe. O tu medio hermano mayor.

— Me reuní tanto. — El fuego iluminó su tenue sonrisa. — Sabía más sobre tu estado imaginario de lo que papá sabía sobre su estado real.

— Eso es porque no era imaginario. De hecho, tengo uno en Devonshire. Y tiene muchas ovejas. ¿Lo ves? Es como dije, nunca miento.

Finalmente, ella encontró su mirada, pero solo para lanzarle una mirada escéptica.

— No eres realmente un agente de tierras.

— De acuerdo — se quejó — pero no puede culparme por esa mentira. Me empujó a ello. Desde el principio le dije que me sentía incómodo con la actuación.

—Lo hzo, es verdad — admitió. — Y fue lo suficientemente inteligente como para ver lo que no pude, que tenía más sentido para usted ser un agente de tierras que un comerciante de algodón. Asumí que no estaría tan al tanto del funcionamiento interno de su patrimonio como mi padre. Y ahora George.

— ¿Rathmoor no cuida bien su patrimonio?

Ella resopló.

— Después de heredar, enajenó a todas las personas competentes que habían trabajado para Papa, incluido el agente de tierras, el Sr. Fowler. Luego, George aumentó las rentas, obligando a varios inquilinos a abandonar tierras que habían arrendado durante años. Ahora todo el lugar se va al infierno en una cesta de mano.

Eso despertó su curiosidad.

— ¿Cómo sabe todo esto? Pensé que usted y sus hermanos no habían estado allí en mucho tiempo.

— Dom se mantiene al tanto de ello. — Ella levantó su barbilla con pugnacidad. — Si hay justicia en el mundo y George muere prematuramente, Dom tendrá que recoger las piezas. Entonces tiene un espía que lo mantiene informado de lo que sucede en Yorkshire.

— Ah. Muy sabio de su parte. — Se recostó contra su silla. — Realmente está cerca de Manton y Bonnaud, ¿verdad?

Una leve sonrisa apareció en sus labios.

— Dom y Tristan tienen solo dos años de diferencia, por lo que crecieron juntos. Como la madre de Dom murió en el parto, mi madre se convirtió en una especie de segunda madre para él. Los niños jugaban juntos, y yo... los adoraba a ambos, así que a veces me dejaban ir. Papá no nos escondió, ya ves. En realidad nos animó a ser una gran familia feliz. Tal vez eso estuvo mal de él, pero...

— El duque de Clarence, actual heredero al trono, no esconde a ninguno de sus diez hijos ilegítimos de una actriz inglesa, así que no veo ninguna razón por la que su padre debería haber escondido a sus dos por una francesa. — Hizo algunos cálculos rápidos en su cabeza. — Si no recuerdo mal, Bonnaud es dos años mayor que tú.

— Tres, en realidad.

— Y, aficionado a causar estragos en la vida de sus hermanos, supongo.

— Sé que se ve de esa manera — respondió ella, — pero él no es quién cree que es.

— Todavía no he visto ninguna evidencia que me convenza de lo contrario.

Ella se volvió beligerante.

— Cuando tenía cuatro años y tenía miedo de los perros, era Tristan quien me levantaba sobre su espalda cada vez que algún hombre sarnoso corría hacia mí. Cuando tenía siete años, fue Tristán quien luchó contra tres niños de la aldea por dibujar una imagen vil en mi mejor capa. Cuando tenía ocho años, Tristán fue quien me enseñó a leer y escribir.

— ¿Por qué no le enseñó tu madre?

—Sólo podía leer francés. Papá hablaba bien el francés, así que... supongo que no vio ninguna razón para dominar el inglés. Además, papá siempre decía que me enviaría a la escuela. — Su voz se endureció. — Una vez que la guerra terminara y se casaron. Lo que nunca sucedió.

Sabía cómo se sentía al ser mentido una y otra vez por los padres en los que confiabas, pero no podía imaginar a un padre tan descuidado como para no asegurarse de que su propia hija pudiera leer.

— ¿No podría enviarte a la escuela primaria local?

—Tristan fue, pero no había escuela para chicas por allí. — bajó la voz. — Además, Maman no quería que entrara al pueblo cuando me llamaban la «*hija de la puta francesa*». Tristán era mejor tolerando los nombres que la gente del pueblo nos dio.

Maximilian hizo un juramento ante la idea de que una pequeña niña fuera vilipendiada por un simple accidente de nacimiento.

— Los aldeanos ingleses pueden ser mezquinos, — él mordió.

Ella se encogió de hombros.

— Especialmente cuando todo el país está en guerra con Francia. — Una mirada triste entró en sus ojos. — Además, después de la muerte de la esposa de papá, todas las mujeres solteras a menos de treinta kilómetros esperaban atraparlo como marido. El hecho de que fuera fiel a su «*puta francesa*» los molestó en extremo.

—Me imagino que sí.

—Nunca pertenecemos allí, eso es todo.

— ¿Y pertenecía a Francia?

Alejando su copa de vino, se levantó y comenzó a ordenar la mesa.

— Realmente no. Aquí soy medio francés. Ahí soy medio inglés. No pertenezco a ningún lado.

Ciertamente entendió eso. Había sido el segundo hijo hasta la muerte de Peter, cuando se convirtió abruptamente en el duque en espera. Entonces su padre se había vuelto loco y se había convertido en el heredero de un terrible legado que le pesaba más cada año. El día en que había ascendido al título había sido agrí dulce. Pero al menos en aquel entonces, sabía con certeza que era el duque de Lyon.

¿Y ahora?

Ahora, una vez más, no sabía quién era. Por eso todo este asunto con Bonnaud lo enojó tanto.

—Si eres de Devonshire, ¿verdad? — se aventuró mientras raspaba y apilaba platos.

—No exactamente. No vivo en mi finca en Devonshire, aunque la visito ocasionalmente. Vivo en Eastcote en Marsbury House.

Ella le lanzó una mirada de arco.

— Cuando no está en su casa de Londres o en una de sus muchas otras propiedades, quiere decir. Supongo que tienes un buen número. Necesitaría al menos cinco propiedades para ser un duque apropiado.

Pensó en decirle que la mayoría de la gente consideraba grosero y vulgar hablar de riqueza tan descaradamente. Pero ella probablemente lo sabía y obviamente no le importaba. Lo que lo intrigó bastante.

—El duque de Wellington tiene solo una — señaló.

—El duque de Devonshire tiene ocho, sin contar su mansión de Londres. — Ella lo miró fríamente. — ¿Cuántas tienes ¿Diez? ¿Once?

—Siete, sin contar mi «mansión de Londres» — dijo irritado.

Todos los demás estaban asombrados por sus riquezas. Ella actuó como si fueran un defecto en su personaje. Por otra parte, ¿qué podía esperar de una mujer francesa cuya madre afligida fue criada durante la Revolución?

— ¿Cuán malo fue en Francia después de la guerra? — preguntó él, queriendo apartarse del tema de su asqueroso lucro. — ¿Fueron los tres capaces de manejarse por su cuenta en Rouen?

Ella le lanzó una mirada oscura.

— Nunca viví en Rouen.

—París, entonces — dijo él intencionadamente.

Cruzando los brazos sobre su pecho, ella lo fulminó con la mirada.

— Me acaba de pedir que no le mienta. Así que deje de intentar averiguar de dónde soy, o no me dejará otra opción.

—Ah, pero luego recibiría otro beso — no pudo resistirse a recordárselo.

—Solo si sabes que he mentado — replicó ella, con los ojos brillantes.

—Excelente punto — dijo él con una sonrisa. Ella era la única mujer que había conocido que daba tan bien como ella. O al menos la único que también hizo que su sangre golpeara sus venas.

Como lo estaba haciendo ahora. Verla ocupada con tareas domésticas le recordó que ella era una mujer y que él era un hombre. Que se sentían atraídos el uno por el otro. Y que estaban solos en esta habitación, sin nadie más que ellos mismos para dictar su comportamiento.

Como si sintiera sus pensamientos, ella coloreó y renovó sus esfuerzos para ordenar.

—Puedes dejar eso para los sirvientes, ya sabes — dijo él.

—Suponiendo que uno de ellos se aventura aquí otra vez antes de la mañana — dijo ella irritada. — La posada está llena, y su personal no parece tener ninguna prisa por acomodarnos. Y no me gusta tener todo tan desordenado.

Se levantó.

— Sí, parecen desatentos. Ya deberían haber venido para averiguar si necesitamos algo más. Tendré que recordarles quién paga por todo esto.

Ella se echó a reír.

— ¿Qué es tan divertido? — él chasqueó.

— Es un agente de tierras, ¿recuerda? — señaló alegremente. — No creo que sean tan receptivos a la intimidación del Sr. Kale como lo serían al duque.

Maldición. Se había olvidado de su mascarada.

— Lo serán si les doy suficiente oro.

— Y eso nos atraerá aún más atención de la que ya tiene al tomar un conjunto de habitaciones.

Él resopló.

— Esto apenas califica como un conjunto de habitaciones.

— ¿No? Cuando Dom y yo viajamos a Londres hace seis meses, compartí una habitación de posada y una cama con una anciana que nunca había conocido, y él compartió una con su hijo.

— Dios santo — murmuró. — ¿La gente hace eso?

— Todo el tiempo. — Un brillo pícaro brilló en sus ojos. — Excepto, aparentemente, por el rico Sr. Kale, agente de tierras, que puede pagar un conjunto de habitaciones para él y su esposa, aunque afirma que no quiere llamar la atención sobre sí mismo.

Él estrechó su mirada sobre ella.

— Está disfrutando esto, ¿no?

— Inmensamente — dijo con una sonrisa. — Aunque no debería molestarse por eso. Me gusta tener mi propia habitación y mi propia cama. — Entonces su rostro cayó, y se volvió cautelosa nuevamente. — Es decir, mi propio lugar para dormir, porque por supuesto querrá la cama, y como definitivamente no estamos compartiendo eso...

— Oh, por el amor de Dios, ¿por qué tipo de caballero me toma? No voy a hacerle compartir una cama conmigo, y estoy seguro de que no te haré dormir en el sofá. Tomaré esta habitación; Tomas la habitación.

Ella lo miró con escepticismo.

— ¿Está seguro? Ese sofá no se ve terriblemente cómodo. — Su tono se endureció. — Y si viene arrastrándose a la cama conmigo en medio de la noche...

— Yo no haría eso. Cierra la puerta del dormitorio si no confías en mí. — Se enderezó. — Puedo dormir en otro lugar que no sea una cama por una noche.

— Si usted lo dices. — Se volvió hacia el dormitorio y luego se detuvo. — Hay un problema, sin embargo. Necesitaré ayuda... um... desabrocharme el vestido y el corsé.

— Maldito sea todo — murmuró en voz baja cuando una cruda imagen de quitarla de su ropa envió una sacudida de ardiente necesidad a través de él.

Ella lo miró con las mejillas escarlatas.

— ¿Qué?

— Iré a buscar un sirviente para eso. — Se apresuró hacia la puerta.

— Eso sería bueno, gracias — dijo con evidente alivio. — Aunque podrían preguntarse por qué no estás ayudando a tu esposa tú mismo.

— Déjalos preguntarse. — Con eso, huyó de la habitación.

Pero abajo encontró una escena de caos total. Aparentemente, un rico baronet había llegado con una gran cantidad de amigos para disfrutar de Brighton, y el personal de la posada se apresuró a hacerlos sentir cómodos. Rápidamente se hizo evidente que él y su «esposa» eran de menor importancia en comparación con Sir Alguien. La ironía no se le escapó.

Después de tratar de llamar la atención de alguien y ser desanimado una y otra vez, se resignó a la tortura de atender el mismo Lisette. Mientras subía las escaleras, se preguntó con qué frecuencia había confundido al personal de una posada cuando viajaba. Por supuesto, solía quedarse con amigos o en una de sus propias residencias a lo largo de su ruta, pero ocasionalmente tenía que arreglárselas en una posada.

Esa fue una experiencia muy diferente. Sus sirvientes fueron enviados con anticipación para preparar todo, él entró en una verdadera suite de habitaciones ya preparadas para su llegada, su comida estaba perfectamente ordenada y solo tuvo el inconveniente de tener una cama diferente a la que estaba acostumbrado.

Al entrar en su habitación ahí, miró a su alrededor y reprimió una mueca. Muy bien, entonces tal vez había estado un poco mimado en el pasado. Porque ese maldito sofá parecía más incómodo por el momento.

No había señales de Lisette, ella ya debía haberse retirado a la habitación, cansada de esperar su regreso. Llamó a la puerta cerrada. Sin respuesta. Cuando probó el mango y giró, sintió una oleada de satisfacción. Al menos ella confiaba algo en él.

Abrió la puerta y advirtió:

— Voy a entrar, Lisette. — Luego entró y la encontró profundamente dormida en la cama, completamente vestida.

Ella yacía de lado con la espalda hacia él. Cuando se acercó, notó que sus manos estaban escondidas debajo de su mejilla como las de una niña. Una tierna emoción desconocida se retorció en su pecho. Parecía pacífica, angelical incluso, con sus senos subiendo y bajando en un ritmo uniforme y su cabello tendido desordenado sobre la almohada. Ella debió haberlo soltado, porque parecía desprovisto de alfileres.

Una repentina y feroz necesidad de acariciarlo se apoderó de él, y reprimió un juramento. Nada de eso ahora. Solo aumentaría su inquietante atracción hacia ella. Por eso también no debería estar parado aquí mirándola boquiabierto como un pato embrujado. Él debería irse.

Pero yacer allí con su ropa no podría ser cómodo para ella. Al menos debería ayudarla a desnudarse. Aunque parecía una maldita vergüenza despertarla cuando dormía tan tranquilamente.

Bien, entonces él no la despertaría.

Con esa decisión tomada, caminó hasta el final de la cama, donde le quitó los zapatos. Sus pies eran más delicados de lo que él hubiera esperado para una mujer tan alta y rolliza. Tenía tobillos y pantorrillas delgadas, lo que él podía ver de ellos. Sus medias habían sido remendadas varias veces, y él frunció el ceño al verlo. No era correcto que una mujer tan inteligente y hermosa tuviera que vivir sin algo tan básico como medias nuevas. Si ella fuera su...

Pero ella no lo era, y él no quería que lo fuera. Cualquiera mujer que se casara con él tendría una vida de miseria por delante, y Lisette ya veía el matrimonio como una prisión. También había dejado claro que no tenía intención de ser la amante de ningún hombre.

Entonces no había futuro para ellos. Por eso no debería estar parado ahí, bebiendo la vista de ella dormida, preguntándose cómo sería meterse en la cama a su lado y besarla sin sentido.

Suprimiendo un juramento, se movió para pararse junto a su espalda. Tenía que terminar eso e irse, antes de hacer algo de lo que se arrepentiría.

Pero ahora llegaba la parte difícil. Arrodillándose, alisó su cabello a un lado para poder desabotonarle el vestido. Su respiración alteró su ritmo por un momento, luego se reanudó. Él le desabrochó los cordones y la tela se abrió para revelar una camisa de lino arrugada que le dejó sin aliento. Estaría desnuda debajo de esa camisa. Sería tan fácil pasar su mano dentro del corsé a lo largo de la curva de su columna vertebral. Para deslizarlo sobre las caderas llenas que estaban a centímetros de distancia...

Con un gemido, se levantó y salió de la habitación, cerrando la puerta del dormitorio firmemente detrás de él.

Se pasó la mano por la cara. Claramente, la tendencia familiar hacia la locura lo estaba atrapando temprano. De lo contrario, ¿por qué estaría contemplando acariciar el cuerpo de la mujer mientras ella dormía?

¿Por qué estaría parado ahí duro y excitado, sin posibilidad de obtener ninguna satisfacción por ello?

Maldiciendo cualquier impulso que lo hubiera hecho aflojar su vestido y sus cordones, contempló el sofá con el ceño fruncido. Necesitaría un poco de fortificación para poder dormir en ese mueble impío, especialmente en su estado actual.

Entonces se dirigió hacia la taberna.

Capítulo 7

Lisette yacía allí, tensa y esperando, hasta que escuchó al duque abandonar sus habitaciones por completo. Luego soltó un largo suspiro.

Ella había estado profundamente dormida hasta que él comenzó a tocar sus botones. Al principio pensó que era un sirviente, pero luego olió su agua de colonia y se dio cuenta de quién era. Resistiendo el impulso de revelar que estaba despierta, había esperado ver hasta dónde llegaría. Y ella le había pedido que la ayudara, después de todo. Él estaba haciendo lo que ella le había pedido, solo era cortés.

Excepto que no había nada cortés en el roce de su mano a lo largo de su columna vertebral, nada cortés en el largo momento que había pasado aparentemente contemplándola después de haberle desatado los cordones.

Y no había nada cortés en la forma en que su corazón todavía estaba acelerado. El diablo lo tomara por eso.

Bueno, al menos ahora podría desnudarse. Consideró brevemente cerrar la puerta, pero dudaba que él volviera pronto. Además, si no había hecho nada cuando tuvo la oportunidad, no era probable que lo hiciera más tarde.

Rápidamente, se puso su camión, luego se deslizó de nuevo a la cama, pero le tomó un tiempo volver a dormir. No podía conciliar al arrogante duque que había asumido que era la amante de Dom y que poseía siete propiedades con el hombre que desabrochó su vestido con cuidado y casi con ternura mientras dormía.

¿Quién era Max? ¿Y por qué le importaba tanto, de todos modos? Una vez que encontraran a Tristan y resolvieran este asunto del pañuelo, ella y el duque no tendrían más tratos entre ellos.

Asumiendo que las cosas salieron bien. Pero si no...

No, ella no se detendría en lo que Altivo Lyons podría hacerle a su familia si resultara que Tristan había estado tratando de engañarlo. Tristán no lo había hecho. Era imposible. Entonces no habría repercusiones. No debía haber

Ese pensamiento inquieto la atormentó por un largo tiempo, hasta que el agotamiento se apoderó y ella cayó en un sueño inquieto.

Ella no sabía cuánto tiempo había estado durmiendo cuando se despertó abruptamente, algún sonido la había despertado. Ella yacía allí con el corazón en la garganta, las mantas hasta la barbilla. Hasta que lo escuchó de nuevo. Canto. Hombre cantando.

¿Qué diablos?

Deslizándose de la cama, fue a abrir la puerta justo cuando una silla se cayó en la habitación contigua.

—Shh — dijo una voz no muy tranquila, con un ligero insulto. — Shh, no debe despertarla.

Buen señor. Era el duque. Y estaba borracho. Ahora, eso era algo que no había esperado. Ella entró en la habitación justo cuando él tropezó con la silla que había derribado.

— ¡Deja de moverte! — gruñó él en la silla. — Exijo que... que tú... — Hizo una pausa, como si tratara de encontrar su lugar en la oración. — Yo olvido. Pero sea lo que sea, deténlo.

—Dudo que la silla escuche — dijo secamente mientras caminaba hacia adelante. — Las sillas tienden a ser ajenas a las órdenes, incluso las que da un duque.

Se giró para mirarla y casi se cae.

— Estas despierta.

Ella se apresuró a apoyar su forma oscilante.

— Es difícil dormir cuando hay tanta raqueta.

Le pasó el brazo por los hombros y dijo en tono confiado:

—Estoy bebido.

—Lo sé. — Si ella no hubiera podido darse cuenta de su comportamiento, se habría dado cuenta por el brandy que le cortaba el aliento.

Ella lo condujo hacia el sofá.

— No puedo entender por qué te pondrías en tal condición la noche antes de que te arrojen por el Canal. Pero los hombres nunca son lógicos con respecto a la bebida.

Cuando él se dejó caer pesadamente sobre el sofá, ella se sentó a su lado y comenzó a desatar su corbata.

Él le dirigió una sonrisa casi infantil.

—Te quitaste el vestido.

Sonrojándose profundamente, ella mantuvo su atención en su corbata.

— Generalmente no duermo en eso. — Y se había apresurado ahí tan rápido que tampoco había pensado en arrojar su bata sobre su camión.

—Buena cosa. — Su mirada la recorrió, sensual y ardiente, haciéndola dolorosamente consciente de lo delgada que era su camión. — Me gustas más en tu camión.

Luchando por ocultar el calor que provocaban sus palabras, se arrodilló frente a él para quitarle las botas, algo que había hecho una o dos veces con sus hermanos.

Excepto que eso fue diferente. El era diferente. Cuando Tristán o Dom se emborrachaban, se convertían en bestias hoscas e inmanejables. Pero Max, quien hasta ahora había usado su aire de rígida reserva como un caballero con armadura medieval, se había convertido en un demonio arrugado y seductor.

—Eres tan bonita — murmuró mientras ella luchaba con sus botas. Pasó su mano sobre sus rizos, enredando sus dedos en ellos. — Tu cabello es como... es como... No lo sé. Algo

negro y brillante — Ella sofocó una sonrisa. Aparentemente, cuando el duque estaba picado, se volvió algo inarticulado.

— ¿Como los escarabajos, tal vez? — bromeó ella. — Son negros y brillantes.

—Cierto, escarabajos. — Parpadeó, luego frunció el ceño. — No escarabajos. No seas tonta. — Él había llenado ambas manos con su cabello y lo estaba alisando y acariciando. — Algo más bonito.

La ineptitud del cumplido era extrañamente entrañable, lo cual era ridículo. ¿Cómo podía tomar en serio una sola cosa que él dijo en este momento?

Arrojó a un lado la bota que había liberado y luego se puso a trabajar en la otra.

— Bueno, no esperes que te brinde un cumplido más bonito para darme. Estoy demasiado cansada.

—Yo también. Deberías ir a la cama. Aquí, déjame ayudarte. — Se inclinó para atraparla debajo de los brazos como para levantarla de su posición de rodillas. Luego se detuvo así, y antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, él inclinó sus palmas más para ahuecar sus senos.

Por un momento, ella estaba demasiado sorprendida para hacer otra cosa que mirarlo boquiabierto. Pero luego los amasó y murmuró:

—Estas también son bonitas, — lo que la impulsó a la acción.

— ¡Para! — Ella apartó sus manos. — Teníamos un acuerdo!

Él asintió solemnemente.

— No hay besos. — Entonces un brillo entró en sus ojos y él buscó sus senos nuevamente. — Sin embargo, no dije nada sobre esto.

Saltando sobre sus pies, ella espetó.

— Puedes cuidar tus propias botas rayadas, Su Gracia.

Ella comenzó a alejarse, pero antes de que pudiera escapar, la arrastró hasta su regazo. Mientras ella intentaba liberarse, él presionó su boca contra su oído y le susurró:

— ¿Quieres saber un secreto?

—No, — murmuró mientras trataba de alejarse de él.

—Me gustas.

Eso la detuvo. Ella giró la cabeza para lanzarle una mirada escéptica.

— ¿Lo haces? ¿O es solo el brandy que te nubla el cerebro?

—No — dijo, sus ojos se volvieron de un verde fundido. — Lo digo en serio.

Ella frunció el ceño hacia él. Justo cuando quería golpearlo en la cabeza con su bota, Altivo Lyons tenía que salir con algo así.

Aunque en este momento no se veía ni un poco elevado. Se veía como cualquier hombre después de un largo día, con su cabello castaño dorado despeinado, el crecimiento

de bigotes de un día sacudiendo su barbilla, y su corbata colgando flojamente de su cuello. Parecía atractivo ordinario por una vez.

Había algo tan íntimo en estar sobre su regazo en su camison. Le hizo preguntarse por primera vez cómo sería sentarse en la rodilla de un marido, que él la abrazara y la mirara como Max la miraba ahora... con interés, anhelo y demasiado calor.

Que Dios la ayude.

Su mirada se desvió por su cuerpo.

— Me gustas. Lo haces. — Luego llenó sus manos con sus senos. — Y realmente me gustan estos.

Empujándolo, ella se puso de pie de un salto y se giró hacia él para darle un pedazo de su mente. Pero ahora se estaba riendo, como poseído por una gran broma. Cuando ella entrecerró la mirada sobre él, él tuvo hipo y se desplomó sobre el sofá.

Ella lo fulminó con la mirada, esperando que él volviera a reír. Cuando él no solo se quedó callado, sino que permaneció desmesuradamente quieto, ella comenzó a preocuparse. Ella le dio un golpe en la rodilla con el pie. Para su alivio, él se movió, pero solo para arrastrar las rodillas sobre el sofá, ponerse de lado y...

Roncar.

Buen señor. Estaba bien y realmente desmayado.

¡Hombres!

Se dirigió a la habitación, completamente disgustada, pero luego se detuvo en la puerta. La había hecho sentir cómoda cuando dormía; ella debería hacer lo mismo por él, incluso si su sueño fue inducido por el brandy.

Diciéndose a sí misma que era tonta, se volvió hacia él. Yacía completamente inerte, aparentemente ajeno a su entorno. Gruñendo sobre tontos en sus tazas, ella se acercó y terminó de quitarle las botas. Solo murmuró y volvió a dormirse. Con un giro de sus ojos, encontró un cojín para deslizarle debajo de su cabeza y logró desabotonar su chaleco sin despertarlo.

Sin embargo, eso no iba a ayudarlo mucho. Su cuerpo era demasiado grande para el sofá y sobresalía por los bordes, un codo aquí, un pie de media allí. Por la mañana, iba a estar rígido en cada articulación después de estar abarrotado en esa posición toda la noche.

Sintiendo una punzada de culpa irrazonable, ella lo cubrió con su abrigo. No fue su culpa que ella le hubiera ofrecido la cama y él no la hubiera tomado. Y ciertamente no fue culpa suya que se hubiera dejado engañar lo suficiente como para hacer el ridículo, tropezando con sillas y desmayándose y diciendo cosas tan ridículas como...

"*Me gustas*".

Ella resopló. Probablemente no había querido decir una palabra, solo la había estado ablandando para poder agarrarle los senos.

Sin embargo...

—Tú también me gustas, patán mal educado. — Entonces, molesta consigo misma por admitirlo, agregó, — Pero si alguna vez vuelves a agarrarme los senos de esa manera, juro que te taparé las orejas.

Luego, girando sobre sus talones, se marchó a la cama.

A la mañana siguiente, Maximilian se paró en la barandilla del barco de vapor, mirando las aguas picadas y luchando contra un dolor de cabeza cegador. Gracias a Dios que él y Lisette habían llegado a tiempo para hacer el viaje. Había dormido más allá del golpe que se suponía que los despertaría temprano.

Afortunadamente, se había despertado una hora más tarde, y entre su pánico y su determinación de no perder el bote, se las arreglaron para prepararse con una rapidez asombrosa. Tiraron sus cosas en bolsas, pagaron la cuenta y se apresuraron a los muelles justo a tiempo para embarcarse con los otros sesenta pasajeros que se dirigían a Dieppe.

Pero había sido algo muy ajustado y no le gustaban las cosas ajustadas. Tampoco le gustaba tener que apresurarse hacia un artilugio ruidoso y balanceante mientras su cabeza todavía daba vueltas y su estómago aún se revolvía.

Aunque suponía que eso era lo que merecía por beber tanto brandy en unas pocas horas. No estaba seguro de cuánto, porque la mayor parte de la noche estuvo en blanco. Ni siquiera estaba seguro de cómo había vuelto a la habitación. Obviamente había llegado allí de alguna manera, porque se había despertado allí después de una noche de sueños extraños, pero le molestaba no recordar cómo.

Lisette se acercó para pararse junto a él en la barandilla. Ese día llevaba un traje de viaje de color azulado. Las mangas hinchadas, el corpiño ajustado y la falda ancha con volantes acentuaban su pequeña cintura y su gran pecho, aunque solo los vislumbró cuando el fuerte viento le abrió la capa de lana. La prefería mucho en su camión.

Espera, ¿cuándo la había visto en su camión? Debió estar pensando en esa mañana en la casa de su hermano. Pero no, ella había estado usando una bata entonces.

—El capitán dice que el viaje debería durar unas nueve horas — dijo ella alegremente.

Demasiado alegre para su dolorida cabeza.

— Maravilloso — se quejó él. — Así que tengo que escuchar esa raqueta impía todo el día.

— ¿Qué raqueta? Oh, te refieres a la máquina de vapor.

Podía sentir sus ojos sobre él, evaluándolo. Luego miró a su alrededor para ver si alguien estaba escuchando, pero los otros pasajeros se habían dirigido a la cabina del comedor para desayunar tan pronto como subieron a bordo, por lo que él y ella estaban bastante solos en la barandilla.

Se aferró a la barandilla cuando el bote se hundió repentinamente.

— ¿Nunca has cruzado a Francia en un barco de vapor?

—No, — él mordió. — Tengo un yate para eso.

—Por supuesto que sí.

Su tono agudo lo hizo erizar.

—Solía viajar mucho —, dijo irritado, — así que tenía sentido tener mi propio barco".

—Tendré que recordar avisarle a Dom sobre eso la próxima vez que se encuentre con unos cuantos miles de libras adicionales para gastar — dijo secamente. Cuando él no la mordió, ella cruzó los brazos sobre la barandilla a su lado y le lanzó una mirada curiosa. — ¿Por qué viajaste tanto? ¿Por placer? O por negocios?

Debatió qué decirle, luego optó por la verdad.

— En sus últimos años, mi padre estaba... enfermo. Entonces viajamos en busca de una cura. — La cual, por supuesto, nunca encontraron. — Una vez que murió, tuve que atender sus preocupaciones comerciales. Mi padre tenía muchos intereses extranjeros, así que pasé unos años vendiéndolos. Preferí concentrarme en mis propiedades.

— ¿Eso significa que ya no viajas?

—Solo por placer, que lamentablemente tengo menos tiempo para hacer de lo que quisiera.

—Así que disfrutas viajar, ver el mundo.

Él le dirigió una leve sonrisa.

— Cuando era joven, quería unirme a la marina. Seguí rogándole a mi padre que me comprara una comisión como guardiamarina.

De esa manera, podría satisfacer su impulso de ver el mundo y al mismo tiempo escapar del dolor desesperado de sus padres por su hijo desaparecido, el único que importaba.

La amargura se deslizó en su voz.

— No lo haría. Y luego cumplí dieciséis y Peter fue encontrado muerto, y me convertí en el heredero. Ese fue el final de cualquier conversación sobre mi entrada en la marina. — Captó la pena en su rostro y se obligó a aligerar su tono. — Así que ahora me contento con ver el viento llenar las velas de mi yate. Como desearía estar haciéndolo en este mismo momento.

Para su inmenso alivio, ella igualó su tono ligero.

— Te das cuenta de que no llegaríamos a Dieppe tan rápido en un yate de vela.

—Pero el viaje sería mucho más placentero. No tendría esa raqueta para agregar a los golpes en mi cabeza. — Cuando ella abrió la boca, él la interrumpió con, — Y antes de que lo digas, sí, sé que me lo provoque a mi mismo. Créeme, lamento profundamente esas últimas copas de brandy.

Un brillo travieso apareció en sus ojos.

— Uno pensaría que aguantaría mejor su licor, Su Excelencia. ¿Cuánto bebiste, de todos modos?

Dios, esto fue vergonzoso. Volvió su mirada hacia el mar.

— Demasiado. Especialmente para un hombre que rara vez bebe espíritus en exceso.

— ¿Oh? ¿Y por qué es eso? — preguntó ella, genuina curiosidad en su voz.

— Engañarme nunca ha sido mi entretenimiento preferido. No me gusta estar fuera de control.

Pero anoche, estaba decidido a desterrar su obsesión lujuriosa con la exuberante Lisette. En cambio, había tenido sueños salvajes con ella toda la noche. En uno de ellos, ella se arrodilló a sus pies en nada más que su camisón, su cabello cayendo sobre sus hombros y sus senos encajándose en sus manos tan bien que aún podía sentir la cálida plenitud de ellos.

— Si alguna vez vuelves a agarrarme los senos así, te juro que te taparé las orejas.

Las palabras, muy parecidas a algo que ella diría, lo detuvieron brevemente. Lo había soñado, ¿no? El debió hacerlo. Lisette nunca se habría arrodillado a sus pies. O tan poco vestido delante de él. Y seguramente incluso borracho no habría sido tan tonto como para "*agarrarla*" de los senos.

¿Lo haría?

El hecho de que ella hubiera caído extrañamente callada lo detuvo.

— Lisette... ¿hice... um... anoche algo por lo que debería disculparme?

— ¿Quieres decir, como agarrarme el pecho? — dijo ella mientras se ponía la capa con más fuerza para protegerse del rocío.

Se le escapó un gemido.

— Oh, Dios, no lo soñé.

— Temo que no. — Parecía extrañamente práctica para una mujer a la que prácticamente había atacado.

Él la miró con cautela.

— Lo siento, no lo recuerdo. Bueno, no mucho. Pensé que había soñado las pocas cosas que recuerdo. Acepte mis disculpas por... lo que sea que haya hecho.

Ella lo miró por debajo de las pestañas que ocultaban sus ojos... y sus pensamientos.

— Disculpa aceptada.

— Me sorprende que no me hayas golpeado en la cabeza por eso. — Él le dirigió una sonrisa irónica. — O tal vez lo hizo, y es por eso que tengo este horrible dolor de cabeza.

— No lo hice — dijo ella con firmeza — aunque lo consideré. Desafortunadamente, se desmayó antes de que tuviera la oportunidad.

— Ah. — Comenzó a preguntarse si alguno de sus "*sueños*" era un sueño. — No estuve consciente mucho tiempo, entonces.

Ella evitó su mirada.

— No mucho.

—Y la imagen que tengo de ti arrodillado a mis pies...

—Pensé que no se acordaba — dijo molesta.

—Algo de eso está volviendo a mí ahora — dijo arrastrando las palabras. — Es bueno saber que no soñé esa parte en particular.

—Le estaba quitando las botas — dijo ella, repentinamente a la defensiva. — Hago lo mismo con mis hermanos cuando están en sus copas.

— ¿Usando solo su camisón? — murmuró él, manteniendo su mirada fija en su rostro. Estaba disfrutando de su mortificación. No le gustaba ser el único que se había comportado tontamente anoche.

El viento sacudió su flequillo de rizos sueltos sobre sus mejillas sonrojadas mientras miraba a las pocas personas que salían de la cabina del comedor para caminar por la cubierta.

— Simplemente no esperaba... Al principio no me di cuenta de que estaba... — Ella lo fulminó con la mirada. — No es muy caballeroso de su parte señalar eso.

Él soltó una carcajada.

—No, pero parece que me convierto en un pícaro a su alrededor.

—Me di cuenta — dijo con un olfateo. — A veces un pícaro, y a veces un insensible, arrogante, presuntuoso...

—Suficiente — mordió. Su salvaje rosa francesa estaba mostrando sus espinas nuevamente, lo que podría significar solo una cosa. — Supongo que anoche me porté peor que lo que dije. ¿Qué más hice? Si no me das una minuciosa recitación de mis pecados, no puedo hacer las paces.

—No hay necesidad de que hagas las paces — dijo con inquietud. — No hizo nada de ninguna consecuencia.

Cuando él hubiera cuestionado más esa afirmación, ella se ajustó la capa con más fuerza y agregó:

— Ahora que la multitud se ha reducido, creo que iré a ver si queda algo de comida para comprar en la cabina del comedor, ya que no desayuné en la posada, gracias a que cierto caballero no se despertó cuando llamaron.

Con la cabeza bien alta, se alejó tan deprisa que tuvo que reírse. Su falsa esposa era todo un trabajo, todo el orgullo de una duquesa sin una pizca de contundencia para sostenerlo.

¡Contundente, maldito sea! Ella se fue a comprar comida. Eso lo había pasado justo en medio de sus púas y su estado de cosecha.

Él caminó detrás de ella. No iba a dejar que pagara nada cuando fuera perfectamente capaz de comprar lo que ella necesitaba. Déjala aferrarse a su orgullo y a ella sorprendentemente modales femeninos si es necesario, pero no iba a hacer que se pareciera a un marido negligente que no cuidaba de su propia esposa.

Además, tuvo que contrarrestar la impresión que había causado la noche anterior, de que era un poco mal educado...

«*También me gustas, patán mal educado*».

Una sonrisa tiró de sus labios. Entonces, a pesar de todos sus comentarios irritantes y agrios, Lisette no lo encontró casi tan "*insensible, arrogante y presuntuoso*" como decía.

Entonces se le ocurrió algo más. Ella había dicho: "*También me gustas*"

¿También? Dios santo, ¿qué le había dicho exactamente mientras estaba en sus copas?

Sería mejor que lo descubra y le pusiera fin rápidamente. Lo último que necesitaba era que una mujer como la señorita Bonnaud comenzara a asumir que había alguna esperanza de una conexión respetable entre ellos. No había Nunca podría haberlo.

Había visto cómo el corazón de su madre se rompía lentamente mientras ella presenciaba la locura invasora de Padre. Al final, apenas había sido capaz de cuidar de sí mismo, mucho menos de su hijo o su esposa. Madre se había dedicado por completo al padre y, por sus problemas, no había ganado nada más que dolor y angustia.

Ninguna esposa suya soportaría eso. Cuando se casara, si se casaba, sería un trato calculado con una mujer que entendía perfectamente lo que se avecinaba. Quien aceptaba dejar que otros lo cuidaran en sus últimos años. Tendría que ser del tipo que no le importaba renunciar a un encuentro amoroso a cambio de ser duquesa. Porque no tenía intención de ver morir la luz lentamente en los ojos de una mujer que realmente lo amaba.

Alguna mujer a la que realmente amaba.

Nunca podría poner a una mujer que amaba a través de eso, por lo que no podría haber una pareja de amor para él. Y con Lisette, sabía que no querría nada menos.

Capítulo 8

Frunciendo el ceño, Lisette se apresuró a través del comedor lleno de gente. Se había sorprendido esa mañana cuando Max no se disculpó por su comportamiento de la noche, pero lo atribuyó a su prisa por irse y su enorme arrogancia. Cuando él había dicho que lo había olvidado, ella había querido patearse a sí misma por mencionar que él le había agarrado el pecho, hubiera preferido que no lo recordara.

Pero por supuesto que lo hizo. Todo lo que se necesitó fueron unos minutos de conversación para que él lanzara esa sonrisa perezosa sobre su cuerpo como si recordara cada centímetro de ella en su camisión.

Recordando y disfrutando. Ella no quería que él disfrutara eso. Ella no lo hacía. Ella no quería que sus ojos escanearan su cuerpo y que su voz ronca le recordara que anoche había bajado sus defensas. Que le había gustado lo poco reservado que había estado.

Aparentemente había descubierto por sí mismo que a ella le había gustado, el diablo insolente. ¿Y cómo se atrevía a hacerlo sonar como si ella hubiera estado haciendo algo malo tratando de quitarle las botas? ¡Él había sido el que la había maltratado! Debería haberlo dejado tropezando por la habitación en lugar de tratar de ayudarlo.

Llegó al mostrador, todavía de mal humor. La mujer que vendía refrescos preguntó:

— ¿Y qué vas a tener, cariño?

Forzando una sonrisa en su rostro, ella preguntó:

— ¿Queda algo de desayuno?

—Sí. Desayuno completo, huevos duros, jamón frío, tostadas y té o café son dos chelines. Solo tostadas y té son medio chelín.

Abrió su retícula, observó sus escasos fondos y suspiró.

— Entonces tomaré la tostada y el té.

— Puedo comprarte el desayuno completo si quieres — dijo una voz masculina a su lado.

No era de Max. Mantuvo la mirada en su retícula, bien acostumbrada a esas atenciones no deseadas después de todos estos años en el mundo.

— Gracias, pero prefiero las tostadas y el té.

El hombre no entendió la indirecta.

— Ahora, señorita, puedo ver que quiere más. — Aprovechó la sala abarrotada para acercarse a ella y bajar la voz. — Y una chica bonita como usted no debería tener que prescindir, ¿eh?

— Y ella tampoco tiene que hacerlo — espetó otra voz detrás del hombre. — Ella tiene un esposo que está feliz de comprar lo que quiera.

El duque se interpuso entre ellos, mirando por la nariz al otro tipo. Por una vez, estaba bastante contenta con la noble actitud de Max.

Pero el otro hombre era sorprendentemente terco.

— Mira aquí, ahora, jefe, ella no dijo que estaba casada. Y ella no lleva anillo.

— Eso es porque nos escapamos. — Max colocó un brazo patentado sobre su cintura. — Estoy planeando comprar el anillo cuando lleguemos a Francia. Ya sabes lo que dicen, el oro es de mejor calidad allí. ¿No es así, querida?

Fue todo lo que pudo hacer para no sonreír ante la absurda idea de que el oro francés era diferente al británico.

— Absolutamente — Ella le sonrió al caballero. — Mi esposo es muy inteligente con estas cosas.

El otro hombre palideció al darse cuenta de que realmente había confundido la situación.

— Perdón, señor. No sabía que ella era tuya — murmuró, alejándose de ellos.

—Bueno, ella lo es — dijo Max con un tono de posesividad bastante convincente. — Y no pida mis disculpas. Pida las de ella.

—Max, no importa — murmuró ella.

—Me importa a mí.

—Sí, señor, y usted también tiene razón. — El hombre claramente había tomado la medida de Max y se dio cuenta de que no ganaría ninguna pelea con el hombre más alto y más pesado. Se tiró del ala del sombrero. — Perdón, señora, — murmuró. Luego huyó.

—Bueno, — gruñó Max mientras seguía la retirada del hombre con una mirada asesina. — Maldito insolente sinvergüenza.

Ella se rió, extrañamente satisfecha por la determinación de Max de protegerla.

— Estás siendo ridículo, lo sabes. No quiso decir nada con eso.

La mirada de Max se desvió hacia ella, solo un poco menos enojada.

— Oh si lo hizo.

—De acuerdo, supongo que lo hizo — admitió ella. — Pero él simplemente estaba actuando de la manera en que todo hombre lo hace cuando ve que lo que él supone es una mujer soltera disponible para tomar.

Sus ojos se entrecerraron sobre ella.

— Hablas como si te encontraras con esos idiotas todos los días.

—Yo sí — dijo simplemente. — Pero generalmente no tengo problemas para rechazarlos. Puedo cuidarme, ya sabes.

—El punto es que ya no tienes que hacerlo.

Ella se abstuvo de recordarle que su mandato como su protector era temporal. La mujer que servía la comida escuchaba su conversación con gran interés, y había otras personas alrededor.

— Y me alegro de eso, querida.

Se volvió hacia la mujer.

—Ahora, sobre esa tostada y té...

—Ella tendrá el desayuno completo — dijo Max.

Cuando la mujer asintió y colocó un plato con los artículos solicitados en una bandeja, Lisette le lanzó una mirada larga a Max.

— Gracias. ¿Pero qué hay de ti?

—No podría comer nada en este momento si mi vida dependiera de ello.

Se veía un poco verde sobre las branquias. Ella hubiera pensado que estaba mareado si no supiera cómo había pasado la noche anterior. Ella no quería sentir lástima por él, pero era difícil no hacerlo cuando él parecía tan miserable. Y, sin embargo, todavía guapo, también, con su abrigo y sus pantalones y botas de fuste, con el pelo revuelto por el viento y los ojos como un mar sacudido por la tormenta.

—Un pequeño brindis no te hará daño — dijo suavemente, — y al menos, necesitas beber algo — Se giró hacia la mujer. — Tostadas y té para Su Gracia, por favor.

— ¿Su gracia? — chilló la mujer.

Dios mío, lo que la había poseído para decir...

—Es una especie de broma entre nosotros — dijo Max. — Mi esposa me encuentra un poco... imperiosa.

Cuando la mujer parecía confundida, Lisette dijo:

— Grande y poderoso. Quiere decir que lo encuentro tan alto y poderoso como un duque.

La expresión de la mujer se aclaró.

— Correcto. Los hombres suelen ser así cuando se casan por primera vez. — Sirvió el té y agregó las tazas y un plato de tostadas a la bandeja. — Les lleva un tiempo darse cuenta de que las mujeres somos más fuertes de lo que piensan. Ninguna mujer que valga su peso es una flor desmayada, si sabes a lo que me refiero.

—Ciertamente, — dijo con tristeza. — Mi esposa está tan lejos de ser una flor desmayada como una mujer puede llegar. — Le sonrió a Lisette. — Gracias a Dios.

El inesperado cumplido la hizo sonrojar.

Levantó la bandeja, luego asintió con la cabeza a Lisette hacia una mesa cerca de una ventana, lejos del resto de la multitud. Después de sentarse, tomó un sorbo de té y luego apartó la taza.

— Maldición, esto es vil.

Ella sorbió la suya e hizo una mueca.

— Eso es todo lo que puedes esperar en un bote de vapor. No le proporcionarán el té de la más alta calidad por medio chelín. — Ella empujó su taza de té hacia él. — Pero es mejor que nada. Aunque el sabor es malo, aún así calmará tu estómago y te ayudará con el dolor de cabeza, lo prometo. Así que tómalo.

— ¿Quién es el imperioso ahora? — gruñó, pero tomó otro sorbo.

Ella reprimió una sonrisa. Era extraño, pero a ella le gustaba cuidarlo. Probablemente era un triste sustituto de sus cientos de sirvientes, pero por el momento disfrutaba interpretando el papel de esposa. Y ella no quería examinar por qué demasiado de cerca.

Él la estaba mirando de manera bastante extraña ahora. Ella ladeó la cabeza.

— ¿Qué?

—Puedes haber estado ansiosa por desempeñar este papel, pero no siempre eres muy bueno en eso, ¿verdad?

Dios mío, ¿había leído su mente? ¿Y qué quiso decir con que ella no era buena en eso?

— Estoy tratando de interpretar a tu esposa, — dijo irritada, — pero nunca he sido una esposa, y no sé...

—Estoy hablando de que me llamas «*Su Gracia*». Esa fue una desviación bastante espectacular del plan.

Ella hizo una mueca.

— Oh. Cierto. — Tomó su desayuno, muy consciente de la forma en que él la miraba fijamente.

Ociosamente, frotó su dedo alrededor del borde de su taza.

— ¿Era cierto lo que dijiste en The Golden Cross sobre querer ser uno de los hombres de tu hermano?

El brusco cambio de tema la puso en guardia.

— Si. ¿Por qué?

— Simplemente no parece el tipo de vida que una mujer desearía.

— ¿Y qué sabrías sobre el tipo de vida que una mujer quiere? Nunca te has casado, probablemente porque no has encontrado una mujer que esté a la altura de tus estándares impecables.

— No estamos hablando de mí — dijo, obviamente demasiado listo para ser incitado a decirle lo que se estaba muriendo por saber, por qué aún no se había casado. — Estamos hablando de ti. Entonces dime, ¿cuál es el tipo de vida que una mujer quiere? ¿Cuál es el tipo de vida que quieres?

La pregunta la dejó corta. Lo había pensado mucho, pero nadie le había pedido que lo articulara. Bajando la mirada hacia la taza de té que estaba girando en su mano, consideró qué decirle.

— Quiero poder arreglármelas por mí misma, nunca tener que depender de un hombre por dinero. — Eso fue lo primero y más importante. Pero también había más. — Yo quiero ver el mundo. — Mientras se acercaba a su tema, levantó la mirada hacia él. — Quiero usar mi cerebro y no tener que fingir que no tengo uno, solo para no pisotear el orgullo de algún hombre. Quiero ayudar a Dom a tener éxito en su negocio para que podamos mostrarle a George que lo hemos logrado a pesar de él.

Él no se rió ni se burló de sus palabras. Él solo la miraba fijamente.

— Y crees que la única manera de lograrlo es trabajando para Manton como uno de sus "*hombres*".

Ella levantó la barbilla.

— Si.

— ¿Cómo se siente al respecto?

— No se opone a la idea — dijo evasivamente. — Él solo quiere que yo aprenda la parte administrativa del negocio primero.

— Ah.

Esa palabra contenía una gran cantidad de significado. Ella lo fulminó con la mirada.

— Crees que no está interesado en eso, que me está aplacando. Porque crees que no puedo hacerlo. Crees que sería tonto contratarme como investigador.

— En realidad, creo que sería muy sabio, y que lo harías muy bien si te lo propones. Pero sospecho que no lo disfrutarías tanto como supones.

— ¿Por qué no?

El se encogió de hombros.

— Gracias a la desaparición y muerte de mi hermano, he tenido una vasta experiencia con investigadores, y he notado algunas cosas sobre ellos. Los buenos son cautelosos y meticulosos. Escuchan sin juzgar hasta que tengan todos los hechos. — Acercándose, él fijó su mirada penetrante en ella. — Mientras que, querida, te gusta decir lo que piensas, y no necesariamente quieres esperar los hechos antes de hacerlo.

— Puedo ser circunspecta cuando la situación lo amerita — respondió ella.

Él arqueó una ceja.

— ¿Incluso cuando un duque está golpeando tu puerta exigiendo acción? Tu hermano nunca hubiera tratado de echarme, admítelo. Hubiera sido más cauteloso con un hombre que podría arruinarlo con una palabra.

Ella se erizó ante eso.

— ¡Me insultaste y amenazaste a mi sirviente! ¿Esperabas que yo solo... parara allí y lo tomara?

— Por supuesto que no — dijo, claramente molesto. — Pero había un término medio.

— ¿Quieres decir que debí haberte molestado y calmar tu temperamento masculino?

— No, quiero decir... — Murmuró una maldición por lo bajo. — Mi punto es que tienes opiniones fuertes y te sientes apasionada. Y no hay lugar en la vida de un investigador para sentirse apasionadamente.

— ¡Eso no es cierto! — protestó ella, molesta porque él parecía haberla descubierto tan fácilmente. Cuando él sacudió la cabeza para indicar a las otras personas en la habitación, ella apretó los dientes y bajó la voz. — No es. Dom siente apasionadamente.

— ¿Y lo muestra? — murmuró Max. — Cuando le pregunta a alguien, ¿sabes lo que piensa? ¿Sabes cuáles son sus opiniones sobre un caso hasta que los dos estén solos?

Ella lo miró con el ceño fruncido, tratando de ignorar sus recuerdos de cómo Dom investigó un asunto, que era casi exactamente como lo describió Max. No significaba que no pudiera hacer lo mismo.

— Puedo mantener mis sentimientos cerca de mi pecho cuando lo necesito. Yo puedo.

— La pregunta no es si podrías, sino si lo harías. Y si incluso lo disfrutarías. ¿Realmente te gustaría ser siempre circunspecto, sopesar siempre tus opiniones? — Sus ojos brillaban hacia ella, burlándose de ella. — ¿Siempre sofocar tus sentimientos sobre cualquier tema para que puedas llegar a la verdad del asunto?

Dios lo pudra. ¿Qué sabía él al respecto? Se inclinó sobre la mesa para silbar.

— El hecho de que hayas pasado dos días fingiendo ser mi esposo no significa que me conozcas. No me entiendes, y nunca lo harás. — Ella se levantó. — Ahora, creo que iré a tomar un poco de aire fresco, si no le importa. Espero que sea lo suficientemente circunspecto para ti.

Al ponerse su capa sobre ella, comenzó a alejarse.

— ¡Volar enfadada simplemente aclara mi punto, querida! — la llamó.

Ella hizo una pausa para lanzarle una mirada fulminante.

— Vete al infierno.

Eso solo lo hizo reír, al engreído y arrogante patán. Ella caminó hacia la puerta. Pensó que lo sabía todo, él y su «*vasta experiencia con los investigadores*». Pero nunca había sido uno, ¿verdad?

«*Tú tampoco*», le recordó su conciencia.

Muy bien, eso era cierto, pero no tenía sentido. Él no podría saber cómo se comportaría ella hasta que ella realmente sirviera en esa capacidad. Ella era perfectamente capaz de frenar sus emociones y escuchar y todas esas cosas.

Su voz sonó en sus oídos: *la pregunta no es si podrías, sino si lo harías. Y si incluso lo disfrutarías.*

Maldición por eso. Bueno, ella podría tener que soportar las opiniones arrogantes de Altivo Lyons cuando se apiñaran en un carruaje o en una habitación de posada, pero no tenía que hacerlo en el bote de vapor.

Durante las siguientes horas, ella lo evitó de manera efectiva, uniéndose a un grupo de mujeres que estaban discutiendo modas y bellezas y lo difícil que era el aire salado y el sol en sus cutis. Era la charla más tonta imaginable, pero ella asintió y sonrió y fingió estar disfrutando.

No hizo ningún intento de invadir su pequeño grupo, lo que más bien la sorprendió. En cambio, se fue a una cabina donde algunos de los caballeros jugaban a las cartas. De vez en cuando él salía y ella podía sentirlo cerca, observando y probablemente regodeándose ante la impresión errónea que le había dado de que había ganado su discusión, pero a ella no le importaba. Estaba harta del duque en ese momento.

Horas después, cuando llegó la llamada de que se estaba sirviendo la cena, todavía estaba lo suficientemente molesta como para considerar cenar con sus nuevas amigas. Pero también era lo suficientemente práctica como para admitir que realmente no podía permitírselo. Además, la abandonaron para unirse a sus esposos y hermanos y otros compañeros varones de todos modos, lo que no le dejó otra opción.

Entonces, cuando Max se acercó para ofrecerle su brazo en la cubierta inestable y preguntarle:

— ¿Cenamos, querida? — ella tuvo el buen sentido de decir,

— Si gracias."

Pero ella se sintió incómoda, insegura de cómo continuar mientras caminaban hacia la cabina del comedor. Cuando ella y sus hermanos discutían, uno de ellos generalmente terminaba haciendo una broma. Desafortunadamente, ella no se sentía lo suficientemente cómoda con Max para hacer eso.

Después de un rato, dijo:

— Tenías razón sobre el té. Tan vil como era, después de la tercera copa, comencé a sentirme mucho mejor. Juro que podría comer un lado entero de carne en este momento.

Reconoció una rama de olivo cuando la vio.

— Bueno, no iría tan lejos como eso. Tu estómago probablemente se rebelaría. Pero un poco de carne y papas probablemente no dolería.

Él le lanzó una mirada divertida.

— Eso es algo muy ingenioso que decir.

— Estoy tratando de ser convincente en mi papel.

— Puedo pensar en varias formas más placenteras de ser convincente en tu papel. — Cuando ella lo miró de reojo, él se echó a reír. — Perdóname, pero no puedo sacar esa imagen de ti arrodillada frente a mí en tu camisón, fuera de mi cabeza.

Un impulso travieso la invadió.

— ¿Qué pasa con la imagen de mí en tu regazo?

Su diversión se desvaneció abruptamente.

— ¿Estabas en mi regazo?

— Oh, no tienes idea de las cosas que hicimos anoche — dijo a la ligera. — No me digas que no lo recuerdas.

— ¡No, maldita sea! — Él la miró con escepticismo. — Espera un minuto, ¿estás inventando eso?

— Ni un poco. — Se inclinó para susurrar, — ¿Cómo crees que terminaste con la corbata desabrochada y el chaleco desabrochado?

Él la fulminó con la mirada.

— Eres una mujer muy malvada, señorita Bonnaud.

— Ah, ah, te estás olvidando de tu papel — bromeó. — No debo hacer eso.

— Malvada y molesta — espetó.

— Por no mencionar el hambre — dijo ella, soltando su brazo para caminar hacia el mostrador donde estaban repartiendo platos.

Él la siguió de cerca.

— Yo también. Pero no por comida ahora, gracias a ti.

Un delicioso escalofrío se deslizó por su columna, a pesar de su determinación de no verse afectada por él.

— Recuerda, — advirtió, — tenemos un acuerdo.

— Sí, y empiezo a lamentar haber hecho un trato tan tonto.

Ella rió. Qué lindo haber encontrado una manera de vengarse de él por sus declaraciones tan arrogantes sobre su personaje.

Pero a medida que avanzaban por el comedor con sus platos y jarras de cerveza, se encontró preguntándose sobre su personaje. ¿Quién era ese duque que podía ser un caballero perfecto en un momento y un pícaro tentador al siguiente? ¿Su objetivo de la infancia había sido realmente convertirse en un guardiamarina? Simplemente no parecía él.

En el momento en que se sentaron, ella le preguntó al respecto.

— En realidad — le dijo mientras se alimentaba ansiosamente de su cena, — hay una larga historia de servicio naval entre los hijos más jóvenes del lado de la familia de mi padre, dos tíos, un primo, un tío abuelo... — hizo una pausa, como si algo lo molestara, luego continuó con una sonrisa forzada — Algunos de ellos me enviaron recuerdos de sus hazañas navegando bajo el almirante Nelson. Entonces, como te puedes imaginar, a la tierna edad de siete años, adoré a Nelson y esperé navegar con él un día.

— ¿De verdad? — dijo ella, tratando de imaginarlo.

— Fue justo después de la Batalla de Trafalgar, y los periódicos estaban llenos de historias sobre las valientes acciones de Nelson y su gloriosa muerte. Soñé con luchar por Boney, ascender rápidamente como mi héroe y convertirme en el mejor capitán naval que jamás haya navegado por los mares. — Una triste sonrisa tocó sus labios. — Por supuesto, tenía una idea juvenil de que la guerra continuaría para siempre.

— Se prolongó bastante tiempo. ¿Te decepcionó cuando terminó?

Su rostro se nubló.

— No, porque para entonces, cualquier posibilidad de alcanzar mi sueño había desaparecido, de todos modos.

Se había vuelto sombrío de nuevo. Ella observó, su corazón se retorció cuando él se concentró en estabilizar su plato cuando se deslizó hacia el borde de la mesa.

Intentando animarlo, dijo a la ligera:

— Perdóname, pero tengo problemas para imaginarte como un niño pequeño que sueña con una aventura en el mar. Pareces tan... ducalmente, surgió completamente formado del útero de una duquesa.

— ¿Ducalmente? — dijo con una ceja arqueada. — ¿Eso es una palabra?

— Si no es así, debería serlo — Ella le lanzó una sonrisa traviesa. — Significa "imperioso"

Eso le sonrió, para su enorme placer. Pero mientras ella miraba, él se puso serio.

— Te das cuenta de que en realidad podría no ser un duque. Si Peter está vivo...

— Dijiste que era imposible.

—Lo es. — Bebió un poco de cerveza. — Bueno, poco probable, en cualquier caso.

La curiosidad se apoderó de ella.

— Encontraron su cuerpo, ¿verdad?

Él suspiró.

— Encontraron el cuerpo de un niño de la edad adecuada para ser él. Pero cuando nos enteramos y pudimos viajar al continente, había estado enterrado durante meses.

— Entonces, ¿cómo supieron que era Peter?

Una mirada dura cruzó su rostro.

— Fue encontrado con su secuestrador, quien también murió en el incendio. Y su secuestrador fue identificado definitivamente por un anillo que llevaba.

— ¿Descubriste quién era su secuestrador? ¿Quién fue?

Se estremeció y luego bebió un poco de cerveza.

— Algún villano, eso es todo, — murmuró y forzó una sonrisa. — Entonces, ¿nunca me vas a decir exactamente qué pasó mientras estaba borracho anoche?

El cambio abrupto de tema la hizo suspirar. Él no confiaba en ella ni tan lejos, ¿verdad?

— No, — dijo ella, tratando de igualar su tono ligero. — Una mujer tiene que tener algunos secretos.

— Supongo. — Apartó su plato. — ¿Era tu sueño de la infancia ser investigador?

— Ciertamente no. Mi sueño no era muy diferente al tuyo. Quería ser un explorador.

Él se rió y las sombras se desvanecieron de sus ojos.

Las siguientes horas pasaron rápidamente. Cenaron y luego pasearon por la cubierta hablando. El mar se había suavizado en una sorprendente calma, lo que hizo que el viaje fuera bastante agradable. Mientras esquivaban el tema de su hermano y el secuestro, su conversación fue perfectamente amable.

El duque podría ser entretenido cuando quisiera. La deleitó con historias sobre su amigo salvaje Gabriel Sharpe, quien se había casado con la señorita Waverly, la prima de uno de los antiguos clientes de Dom, Lord Devonmont.

Pero ahora era muy consciente de cuán cuidadosamente Max evitaba hablar del secuestro, o incluso de su vida más allá de la edad en que su hermano supuestamente había muerto. También surgieron otras preguntas en su mente, como qué tipo de enfermedad podría haber contraído su padre que hizo necesario que los padres de Max lo llevaran con ellos en busca de una cura. Cuanto más sabía de él, más curiosa se volvía.

Cuando el barco de vapor se acercó a Dieppe, se encontró deseando tener el coraje de entrometerse. Por otra parte, era experta en evitar temas incómodos. Dudaba que un par de días con ella fuera a desbloquear su reticencia.

Al darse cuenta de que estarían atados por un tiempo en la orilla con las costumbres y cosas similares, se excusó para visitar lo necesario. Cuando terminó y volvió a dirigirse hacia

donde estaba Max, cerca de la parte delantera de la nave, casi chocó con un caballero con un traje gris que estaba doblando la esquina hacia ella.

Se quitó el sombrero y murmuró:

— Perdón, señora, — luego se apresuró a lo necesario. Pero no antes de que captara el familiar aroma vil de los cigarros españoles.

Su corazón se detuvo. Hucker

Al instante se reprendió por ser tan absurda. ¿Por qué estaría Hucker ahí en el vapor a Francia? ¿Por qué los seguiría desde Londres?

Aún así, anteayer, pensó que lo había visto en la calle frente a la casa. Y en la oficina del carruaje se había sentido casi segura de que alguien la estaba mirando.

Su sangre se heló en sus venas. Parecía poco probable, pero...

Ella vaciló, tentada a esperar hasta que el hombre volviera a salir para poder mirarlo bien y asegurarse de que no era Hucker. Pero si así fuera y se dio cuenta de que ella sabía de su búsqueda, escapar de él podría ser mucho más difícil.

Entonces se dio cuenta de por qué podría estar siguiéndola, para encontrar a Tristan. Dios mío, ¿podría Hucker estar buscando a su hermano?

Se apresuró por el pasillo y salió a la cubierta, secándose las manos húmedas con la capa. Quizás ella estaba siendo apresurada. Muchos hombres probablemente fumaban cigarros españoles. Y después de todos esos años, ¿por qué George enviaría a su hombre de negocios detrás de Tristán ahora?

Una vez que salieron de Yorkshire, George pareció abandonar la búsqueda, probablemente porque buscarlos en el continente le habría costado una fortuna, ya que no tenía idea de dónde habían ido. Y por lo que Dom había podido descubrir en aquel entonces, George no había tenido una fortuna. O es hora de cazar a Tristán. Sus manos habían estado ocupadas con la propiedad que papá había dejado atrás.

A medida que pasaron los años en Francia, comenzaron a sentirse seguros. Parecía que la sed de sangre de George se había saciado una vez que ella, Tristan y Maman estaban fuera de su cabello. Precisamente porque George ya no parecía una amenaza, Dom y Tristan se habían sentido seguros de que ella viniera de Francia para vivir...

Ella gimió. Dios mío, eso explicaría por qué Hucker podría estar dando vueltas de repente. La noticia de que ella vivía con Dom podría haber regresado a George. Le habría enfurecido escuchar que uno de los medios hermanos de los que se había librado estaba viviendo en Inglaterra nuevamente, audaz como el bronce. Al conocer a George, probablemente también estaba esperando que Tristán apareciera. Pensar en ellos viviendo a la intemperie en Londres con Dom lo volvería loco.

¿Pero lo suficientemente enojado como para enviar a Hucker detrás de ella? Ella no estaba segura.

Tenía que resolverlo sin alertar al hombre de que lo había reconocido, o no sería tan fácil darle el resbalón. Y tenían que darle el resbalón, porque no estaba dispuesta a dejar que arrastrara a Tristán de regreso a Inglaterra para que lo ahorcaran.

Mientras se agachaba en el comedor, miró furtivamente por una de las ventanas al hombre del traje gris. Cuando pasó, parecía estar buscando a alguien en la cubierta. Desafortunadamente, mantuvo su sombrero tan bajo sobre su rostro que ella no pudo distinguir sus rasgos.

Maldito sea todo. Tendría que pedir la ayuda del duque. Él apenas confiaba en ella y eso arruinaría eso. En el momento en que ella mencionara que los seguían, él sabría que había más en la situación de Tristán de lo que ella había dicho.

Peor aún, después de cómo ella le había ocultado la verdad, él nunca aceptaría ayudarla a menos que ella aceptara contarle todo.

Bien, entonces ella haría lo que debía. Tendría que rezar para que se le confiara los secretos de su familia.

Capítulo 9

Maximilian se apoyó en la barandilla cuando el bote se acercó a Dieppe. No podía creer cuánto se estaba divirtiendo. Era un día soleado, con nubes perezosas que se arrastraban arriba, reflejadas en un mar que era una lámina de vidrio verde, inusual para un cruce del Canal. Su yate de vela no se habría movido ni una pulgada en esta calma, pero el paquete de vapor avanzó con gran entusiasmo, surcando el mar detrás de él.

Curiosamente, el ruido de los motores ya no lo molestaba demasiado. Su barriga estaba llena, su cabeza había dejado de dolerle y pronto estaría en Francia, uno de sus lugares favoritos para visitar.

Lo mejor de todo, ni un alma le estaba prestando atención. ¿Quién podría haber sabido que ser una "*persona normal*" podría ser tan satisfactorio? Por primera vez en su vida, era realmente anónimo. Nadie se estaba acercando a él debido a su dinero y rango, nadie estaba grabando cada uno de sus movimientos para informar en algún trapo de chismes, y nadie, absolutamente nadie, estaba mirando para ver si se estaba volviendo loco.

Y menos de todo su encantadora compañera.

Él sonrió. La descarada nunca dejaba de sorprenderlo. En un momento, ella prometía su determinación de ser uno de los «*hombres*» de su hermano; al siguiente, ella se iba volando para hablar sobre gorros y telas con muchas mujeres charlando.

Ella lo desafiaba y se burlaba de él por turnos, mostró interés en su pasado pero nunca se entrometió. Y ella lo hacía arder. Ninguna mujer lo había hecho ya que la locura de su padre le había hecho repensar sus perspectivas de matrimonio. No había dejado que ninguna mujer lo hiciera, hasta ella.

No importaba cuánto se dijera a sí mismo que su deseo por ella no podía llevar a ninguna parte, no podía detenerlo.

Como si hubiera leído su mente, se acercó para pararse junto a él en la barandilla, y cada músculo en él se tensó solo ante su presencia. Dios santo, qué tonto era.

—Tenías razón sobre el barco de vapor — dijo conversacionalmente. — Llegamos aquí mucho más rápido de lo que lo haríamos en mi yate.

Ella no dijo nada en respuesta, lo que lo sorprendió. A Lisette nunca le faltó nada que decir. Él miró hacia abajo para encontrarla mirando al mar con una expresión seria.

Incluso eso no podría oscurecer su estado de ánimo.

— ¿No vas a exultarte que tenías razón? — bromeó.

—Necesito un favor tuyo — dijo ella en voz baja — y necesito que lo hagas sin hacer preguntas. El tiempo es la esencia.

—Eso suena ominoso — dijo Maximilian, divertido por su pronunciamiento dramático.

Ella no sonrió.

—Creo que hay un hombre a bordo del barco que nos siguió desde Londres. Si es quien creo que es, tenemos que deshacernos de él.

— ¿Qué tenías en mente? — Maximilian mantuvo su tono ligero, aunque sus modales comenzaban a perturbarlo. — ¿Apuñalar? ¿Estrangulación? ¿O simplemente arrojándolo por el costado?

Su mirada solemne se disparó hacia él.

— No seas ridículo. Tenemos que evitar que nos siga hasta... a dónde vamos.

Su diversión huyó.

— Vas en serio.

—Muy.

Un escalofrío lento se extendió sobre él. ¿Por qué alguien los estaría siguiendo?

Seguramente estaba dejando que su imaginación se fuera con ella. Él inclinó su cuerpo hacia ella y escaneó subrepticamente la cubierta detrás de ellos.

— ¿Cómo se ve él?

—Es de mi estatura y está construido como un pugilista. Lleva un traje gris y un sombrero que le cubre la cara.

— Veo a un tipo que se parece así. — Lo que era más, el hombre estaba desapareciendo de su vista, como si no quisiera ser notado.

Eso puso a Maximilian en guardia. Definitivamente no lo estaba imaginando. Y el hecho de que alguien los siguiera lo hizo detenerse. Porque significaba que había cosas que ella no le había contado, además de la ubicación de su hermano.

Cosas que sospechaba que no le gustaría.

Maximilian la miró fijamente.

— Dime quien es. O quién temes que sea.

— El hombre de negocios de George, un tipo llamado Hucker. — Sus palabras salieron a toda prisa. — Antes de ayer pensé que lo había visto fuera de Investigaciones Manton, pero supuse que estaba equivocada ya que no habíamos tenido contacto con George en años. Incluso ahora, no puedo estar segura de que sea él hasta que vea su rostro. Necesito que me ayudes con eso.

Ella todavía se negaba a mirarlo, lo que convirtió su sangre en hielo en sus venas. Era una señal de culpa.

— No te ayudaré con una maldita cosa hasta que obtenga algunas respuestas. ¿Por qué el hombre de negocios de Rathmoor te estaría siguiendo? ¿Qué o a quién busca?

Ella palideció.

— Tristan.

Por supuesto. ¿Quién más?

— ¿Por qué?

— ¡No tenemos tiempo para esto! — susurró ella, girando su rostro hacia el de él. Mostraba pánico, y eso hizo que su estómago se retorciera a pesar de su creciente ira. — Necesitamos tener un plan en su lugar antes de llegar a Dieppe para poder despistarlo. Te juro que te contaré todo una vez que estemos en camino a... a...

Que todavía estaba prevaricando alimentaba su temperamento.

— ¿A dónde, maldición? — él chasqueó.

Ella dudó, pero claramente sabía que ahora él tenía todas las cartas.

— París, — finalmente dijo ella. Su expresión estaba llena de súplica. — Ahora, ¿me ayudarás a descubrir si es Hucker? Y si es así, ¿me ayudarás a alejarme de él?

La confundió a las llamas. ¿Qué secreto estaba escondiendo? Tenía que estar ocultando algo, si Rathmoor enviaba hombres para seguirla.

— Todo bien. — Cuando un alivio palpable brilló en su rostro, agregó con tristeza, — Pero una vez que estemos a salvo, me dirás exactamente de qué se trata. No habrá más evasiones, no más omisiones. Quiero toda la verdad ¿Eso se entiende?

Ella tragó saliva, luego asintió. Mirando furtivamente en dirección al hombre, bajó la voz.

— Esto es lo que sugiero que hagamos, para averiguar si es Hucker.

Ella procedió a describir un esquema complicado que implicaba que Maximilian hiciera tropezar al hombre para que se le cayera el sombrero y pudiera ver su rostro.

— Tengo una idea más simple — dijo.

Dando la vuelta a la barandilla, se dirigió a la caseta del timón. Ella lo siguió, protestando en susurros bajos y urgentes que él ignoró. Por el rabillo del ojo, notó que su presa estaba haciendo grandes esfuerzos para evitar enfrentarse a ellos de frente.

Él frunció el ceño. Si ella hubiera dicho desde el principio que podrían ser seguidos, él habría sido más cuidadoso. Pero no, había tenido que mantener sus cartas cerca de su pecho para sus propios propósitos. Debería haber sabido no creerla cuando ella había afirmado que nunca le había mentado. Pero había sido incitado a pensar que ella era diferente a cualquier mujer que hubiera conocido.

Lo era, pero solo porque estaba jugando un papel. ¿Cómo no se había dado cuenta de eso después de su convincente actuación en el carruaje? Esa debería haber sido una pista clara de que no se podía confiar en ella.

Pero se había dejado llevar. La había dejado distraerlo de su propósito con respecto a su hermano, y ahora iba a pagar por ello. Debería haber hecho caso a sus instintos. Claramente, siempre había habido mucho más en esta situación de lo que ella había admitido. Y él podría llegar al fondo antes de que terminara este día.

Después de deshacerse del lacayo de Rathmoor.

Cuando entró en la timonera, le pidió al capitán que le mostrara el manifiesto del pasajero. Eso requería algo de dinero para cambiar de manos, pero afortunadamente había traído mucho para esta ridícula escapada. Cuando el capitán volvió a preparar el barco para atracar, Maximiliano comenzó a escanear la lista.

Lisette se preocupó a su lado.

— Hucker no va a usar su nombre real.

— Tiene que hacerlo, a menos que lleve consigo un pasaporte falso. — Él la miró de reojo. — ¿Es eso posible?

Ella coloreó.

— No lo creo. Para ser sincero, me sorprende que incluso tenga un pasaporte.

Maximilian volvió su atención al manifiesto.

— Aduanas utiliza el manifiesto de pasajero para determinar quién está a bordo antes de comparar los nombres y los pasaportes. Así que tuvo que proporcionar su nombre real para la compra del pasaje.

— Ni siquiera lo consideraré — dijo ella, luego lo agarró del brazo y siseó, — Oh, Señor, ¿qué pasa con nuestros pasaportes? No van a coincidir.

— Por supuesto que lo harán. Mi verdadero nombre es Maximilian Cale, después de todo. En cuanto a usted, ya le dije al capitán que no teníamos tiempo para cambiar su pasaporte después de casarnos, fue un asunto apresurado y tuvimos que apresurarnos a Francia para ver a su familia.

— Tú... ¿pensaste en todo el problema con los pasaportes?

— Ciertamente. Reservé nuestro pasaje. — Siguió escaneando la lista. — El capitán no cree que usar su apellido de soltera para pasar por la aduana sea un problema. Por un lado, tu nombre es francés. Por otro lado, si nos dan algún problema, simplemente ofreceré los incentivos financieros adecuados para mirar hacia otro lado.

— ¿Pretendes sobornarlos?

Él le lanzó una mirada dura.

— ¿Eso te molesta?

Ella suspiró.

—No. Solo desearía haber considerado todos los problemas que surgirían de nuestra mascarada.

—Tenías demasiada prisa por salvar a tu maldito hermano de mí, por eso — dijo, provocando un ceño fruncido. Pero no le importaba. Había encontrado el nombre que estaba buscando. — John Hucker? ¿Ese es el?

—Sí. — Ella se aferró a su brazo otra vez. — ¡Tenemos que evitar que nos siga una vez que salgamos de Dieppe!

—De acuerdo — dijo con acidez —, así que no encontrará a Bonnaud. Comprendí eso. ¿Qué hizo tu hermano para robar el tesoro familiar?

— ¡No! Bueno no exactamente. — El ruido del motor se apagó, y la preocupación iluminó su rostro. — Desembarcaremos en cualquier momento. Prometo que luego te contaré todo.

—Maldita voluntad. — Se acercó para devolverle el manifiesto al capitán, luego la agarró por el brazo para instarla con demasiada suavidad a que volviera a la cubierta. — Pero por ahora, si quieres esquivar a tu perseguidor, harás exactamente lo que te digo, sin protestar ni queja. ¿Está claro?

Ella se puso rígida pero tuvo el buen sentido de asentir.

—Todo bien. Entonces vamos a escapar del Sr. Hucker.

Lisette estaba asombrada de la eficiencia de Max. Había pensado en todo, los pasaportes, su entrada en Francia, los posibles problemas con la aduana. Debería haberlo pensado, pero solo había viajado a Francia una vez en su vida, y había estado con Maman, quien se había encargado de cuidar de todo. Tuvo suerte de haber pensado tirar su pasaporte en su bolso antes de salir de la casa.

Algún viajero del mundo que era.

Aún así, a pesar de la previsión de Max en esas áreas, a medida que avanzaba el día, ella comenzó a ser escéptica de su plan, lo que sea que fuera, para esquivar a Hucker. El hombre de negocios los persiguió durante las horas que pasaron pasando por la aduana, aunque a una distancia subrepticia. Max no pareció darse cuenta o no le importó. Pasó su tiempo charlando amigablemente con los oficiales de inmigración en un francés muy fluido, lo que la sorprendió bastante.

No debería, ya que él estaba naturalmente bien educado. Y él había dicho que había viajado mucho por el continente. Aun así, había esperado la carnicería inglesa habitual de la lengua de su madre, y le complació más de lo que debería descubrir que él era bastante hábil.

Cuando finalmente entraron en el Hôtel de la Ruse en Dieppe, ya era tarde en la noche. Max parecía conocer bien el hotel, lo que la hizo preguntarse con qué frecuencia visitaba

Francia. Hucker había entrado en el hotel con varios de los otros pasajeros, apenas tratando de esconderse, probablemente suponiendo que si no lo había reconocido de cerca en el bote de vapor, no lo haría.

Mientras tanto, estaba empezando a molestarse porque Max no había hecho ningún esfuerzo por evitar a Hucker. ¿Cuál fue el punto de pedir su ayuda?

— Mi esposa y yo quisiéramos una habitación para pasar la noche — dijo Max en inglés al dueño del hotel, que de alguna manera logró ser el primero en entrar. Tomó una bolsa de monedas de su bolsa y se la entregó al tipo. — Y entiendo que también podemos comprar la tarifa para la diligencia a Tours aquí.

— ¿Tours? Esa era una dirección completamente diferente a la de París. Seguramente no tenía la intención de internarse de la campaña francesa solo para deshacerse de Hucker. Y la diligencia, la versión francesa de una diligencia, era un vehículo muy público y pesado. Sería fácil seguir a caballo.

El dueño del hotel abrió la bolsa de monedas, con los ojos muy abiertos por la cantidad.

— Oh sí, señor — respondió el hombre en inglés vacilante. — Sale a primera hora de la mañana. Me aseguraré de que usted y la señora tengan asientos en el coupé.

— Gracias, eso sería preferible — dijo Max.

El coupé con diligencia, un compartimento cerrado sobre el asiento del conductor, siempre era el mejor lugar para sentarse, pero en este momento ni siquiera podía encontrar en su corazón estar contenta de que él lo arreglara. ¿Pensó que tomar asiento en una diligencia evitaría que Hucker los siguiera, por el amor de Dios?

— Ven por aquí, señor — dijo el dueño, caminando hacia las escaleras. — Te veré a tu habitación yo mismo. — Le ladró algunas órdenes a un lacayo, que recogió sus maletas y lo siguió.

Mientras los cuatro se dirigían hacia arriba, Lisette murmuró:

— No estoy segura de cómo esto nos ayudará.

— Prometiste seguir mis órdenes sin protestar ni quejarte —, replicó. ¿Ya lo has olvidado?

— No pero...

Él levantó una ceja.

— Puedes ser insufrible a veces — dijo. Estaba empezando a darle dolor de cabeza.

— Viene con ser un duque — le cortó. — Me disculparía, pero no estoy de humor para disculpas en este momento. Especialmente cuando sigues rompiendo tus promesas.

Eso la dejó corta. ¿Qué otra promesa había roto?

Correcto. La promesa de no mentirle. Ella no había roto eso, aunque él probablemente no lo veía así. E iba a estar aún más enojado una vez que ella le dijera que Tristán era buscado en Inglaterra por robar caballos.

El propietario se detuvo para abrir una puerta que conducía a un dormitorio lujosamente decorado.

— Esta es mi mejor habitación, Monsieur Kale. Espero que sea adecuado para usted y su esposa.

—Lo hará, ciertamente, — dijo Max, lanzando la habitación solo una mirada superficial antes de tomar las bolsas del lacayo y entrar, dejando a Lisette para seguirlo dentro.

— ¿Te invito a cenar, señor? — preguntó el dueño.

—Mi esposa y yo comimos en el barco de vapor — dijo Max. — No necesitaremos nada más esta noche, gracias.

—Pero señor, seguramente...

— ¿Me olvidé de mencionar que mi encantadora esposa y yo solo llevamos casados unos días? — Max deslizó un brazo por la cintura de Lisette, acercándola. — No necesitaremos nada más esta noche, te lo aseguro. De hecho, agradecería mucho que le diga a su personal que no nos moleste hasta la mañana.

Intentando no reaccionar a esa alarmante declaración, Lisette forzó una sonrisa.

El dueño del hotel tenía una expresión de complicidad.

— Oh si por supuesto. Entiendo, señor. No habrá disturbios.

Luego le entregó a Max la llave de la habitación, guiñándole un ojo a Lisette, que logró no arrojarle nada. Tan pronto como se fue, ella se liberó de Max y giró para fruncirle el ceño.

— Si crees que voy a ...

—Sostén la lengua, por el amor de Dios — siseó, luego se apresuró a abrir la puerta y mirar por el pasillo. — No tenemos mucho tiempo. Esperaría aquí hasta que todos se acuesten, pero cuanto más tarde esperemos, más llamativos seremos cuando salgamos de Dieppe.

— ¿De qué estás hablando? — Ella susurró. — Pensé que íbamos en el...

— ¿Quieres dejar a Hucker atrás o no? — Sin esperar una respuesta, abrió la puerta, metió la llave en la cerradura exterior y recogió las dos bolsas. — Rápidamente ahora, mientras el dueño trata con los otros pasajeros del barco. — Llevando sus bolsas al pasillo, agregó, — Cierra la puerta, luego desliza la llave debajo. Y date prisa.

Ella hizo lo que él le dijo. Ya se dirigía en la dirección opuesta a las escaleras que acababan de subir. Cuando llegó al final del pasillo, se detuvo frente a una puerta e indicó con un movimiento de cabeza que ella debería girar la manija.

Sorprendida cuando se volvió hacia ella, sostuvo la puerta abierta para él, luego lo siguió hacia lo que aparentemente era la escalera de sirvientes. Él asintió con la cabeza bajando las escaleras, y ella se apresuró a descender delante de él.

— ¿Cómo sabías que esto estaba aquí? — susurró mientras se arrastraban furtivamente hacia la planta baja.

— Mi familia se quedó en este hotel cuando tenía dieciséis años. Nos dirigíamos a París para consultar con el abogado de mi tío abuelo... — Su voz se volvió remota. — De todos modos, me escabullí por las escaleras traseras una noche.

— Oh, entonces empezaste tu hábito de ir a la taberna en las posadas a una edad muy temprana.

Su única respuesta fue una mirada asquerosa, porque habían llegado a la planta baja. Había dos puertas una frente a la otra, y podían escuchar voces al otro lado de una de ellas.

— Rápido, por aquí, — murmuró y se dirigió hacia la otra puerta.

Ella la siguió, sorprendida de encontrarse en un jardín. Pero Max no le permitió tiempo para detenerse, instándola a moverse detrás de un cobertizo... y justo a tiempo, también, porque alguien salió por la puerta para vaciar un caldero de agua en los arbustos.

Mientras el criado se demoraba para fumar un cigarro, se quedaron allí congelados, presionados uno contra el otro en el pequeño espacio. Max volvió su mirada hacia ella, y su aliento quedó atrapado en su garganta.

En la oscuridad no se parecía en nada al amable caballero a quien había encontrado tan entretenido en el bote de paquetes. Allí, detrás del cobertizo, él era el duque imponente, sus ojos brillaban hacia ella a la pálida luz de la luna. Provocó una sensación extraña en la boca del estómago que se sintió notablemente como el deseo.

¿Deseo? Disparates. Ella no deseaba al duque cuando él la estaba ordenando y exigiéndole todo a su manera. De ninguna manera.

Sin embargo, cuando el olor a tabaco quemado les llegó con la brisa y Max continuó mirándola, ella se estremeció sin control.

Él dejó las bolsas y le envolvió la capa con más fuerza. Su aliento se aceleró. Sus manos se demoraron en su capa, su mirada se posó en su boca, y ella casi pensó que incluso podría besarla.

Luego le soltó la capa como si le hubiera quemado los dedos. Dirigiéndose a la esquina del cobertizo, miró a su alrededor y luego le indicó que avanzara. Cuando volvió a recoger sus maletas, murmuró:

— Hay una puerta que conduce al callejón. Estoy justo detrás de ti.

Salieron del jardín en sigiloso silencio, pero en el momento en que llegaron al callejón, Max aceleró el paso, obligándola prácticamente a correr para seguirle el paso.

— Quédate cerca de mí — murmuró mientras corrían por el callejón. — No hay razón para pensar que Hucker estará fuera del hotel, pero no sé qué caminos tendremos que tomar, y a esta hora los hombres beberán en las tabernas y se pasearán por las calles. No quiero que te den problemas.

— Muy bien — dijo a través de un nudo en la garganta. A pesar de su ira, estaba preocupado por su seguridad. Eso la calentó incluso cuando él era tan dominante.

Caminaron por Dieppe en silencio, manteniéndose en las sombras, tomando callejones donde pudieron. Afortunadamente, el pueblo no era muy grande. Habían caminado menos de una milla cuando llegaron a otro hotel, el Hôtel de Londres. Cuando entraron, él dijo:

— Si quieres visitar lo necesario, ahora es el momento.

Y con ese enigmático comentario, se fue en busca del dueño. Se moría por saber qué estaba tramando, pero pensó que sería mejor que hiciera lo que él decía. Cuando regresó, Max estaba esperando para llevarla de regreso afuera, donde un carruaje estaba siendo apresuradamente preparado para un viaje.

Le entregó sus maletas a un mozo, quien las ató a la parte trasera del carruaje y luego le abrió la puerta.

— Ve, querida.

Cuando se dio cuenta, entró y se sentó en el viejo pero cómodo vehículo. Se subió detrás de ella y se recostó en el asiento.

— ¿Supongo que nos dirigimos a París? — preguntó ella cuando el carruaje se fue.

El asintió.

— El propietario del Hôtel de Londres me asegura que podemos estar allí a media tarde mañana, salvo cualquier problema, especialmente si tomamos el camino más corto y evitamos Rouen.

— Evitar Rouen es una buena idea, de todos modos. Está en el camino a Tours, así como a París.

Se quitó el sombrero y lo arrojó al asiento a su lado.

— Habremos pasado Rouen mucho antes de que Hucker incluso salga para Tours por la mañana, pero por si acaso...

— Te has asegurado de que si descubre esta noche que ya nos hemos ido, no nos alcanzará en Rouen.

— Ese es el plan.

Contempló las calles tenuemente iluminadas por luces de gas.

— Pero cuando vaya a abordar la diligencia a Tours por la mañana, seguramente se dará cuenta de que nos fuimos por la noche. Luego revisará todos los hoteles y descubrirá que partimos de ese otro hotel a París.

— No, no lo hará. Pagué bien al dueño para que se callara. El camino se enfriará aquí.
— Su voz se agudizó. — Y dudo seriamente que un hombre tan inglés como Hucker se aventuraría mucho más allá de la costa de Francia si no sabe a dónde ir.

Había pensado en todo, ¿no? Y gracias a Dios por eso, porque su cabeza estaba realmente palpitando ahora. Estaba cansada de viajar y no quería nada más que acurrucarse en una cama suave.

Obviamente eso no sucederá pronto. Se quitó el sombrero y lo colocó en el asiento junto a ella. Luego, quitándose los guantes, abrió su retícula y buscó su botella de perfume. Oler el perfume a base de hierbas ayudó a aliviar un poco su cabeza.

—Probablemente tengas razón en eso — dijo mientras restauraba el frasco en su bolso.
— George no le habrá pagado lo suficiente por buscar Francia. Si conozco a Hucker, estará ansioso por regresar a Inglaterra por la mañana.

—Y conoces bien a Hucker, supongo.

Ante su tono duro, ella dirigió su mirada hacia él. Podía ver poco de su expresión en la tenue luz, pero lo que vio le provocó un escalofrío en la espalda. Estaba listo para su juicio, y no cedería hasta que ella descubriera todos los secretos que su familia había guardado del mundo.

Ella dejó a un lado su retícula. Muy bien, si ese fuera el precio de su ayuda, entonces ella lo pagaría. Simplemente tendría que hacerle entender que, a pesar de todas las pruebas de lo contrario, Tristán no era el defraudador que Max estaba decidido a hacer que fuera.

—Sí —, dijo en voz baja. — Conozco a Hucker lo suficientemente bien. Nos echó a mí y a mi familia de nuestra casa el día después de que papá murió, porque George lo ordenó.

—Jugar con mis simpatías no funcionará, Lisette — dijo Max en un tono distante. — Quiero la verdad. Ahora.

—Lo sé. Y la tendrás.

Incluso si su actitud fría la estaba cortando hasta el corazón. Incluso si su regreso a ser Altivo Lyons la estaba matando.

Aún así, no mejoraría. Ella bien podría terminar con esto. Cuadrando los hombros, comenzó a contarle la larga y sórdida historia del día después de la muerte de papá.

Capítulo 10

Maximilian había pasado las últimas horas endureciendo su corazón contra ella, decidido a no dejar que el chiflado lo engañara. Se había preparado para evasiones, lágrimas, mendicidad. No se había preparado para Lisette relatando con calma y sin emoción una historia tan específica en sus detalles que solo podía ser la verdad. Especialmente porque retrataba a Bonnaud en una luz claramente desfavorable.

Cuando terminó de describir cómo su familia había escapado de Inglaterra en un viaje desgarrador a través del Canal en el bote de un contrabandista, tuvo que apretar los dientes contra los sentimientos que lo atravesaban.

Tenía catorce años, por el amor de Dios. ¡Catorce! Poco más que un niño. Su imprudente padre no había podido mantener a sus hijos y, como resultado, había tenido a la mitad de su familia y todas sus pertenencias le habían sido arrancadas de un solo golpe.

Cuando el pensamiento hizo que algo se retorciera en su pecho, dejó escapar una maldición baja. Se suponía que no debía importarle, ¡maldición! Ella lo había engañado. Probablemente lo estaba engañando incluso ahora.

— Así que tu hermano no es el santo que lo diste para ser cuando nos conocimos por primera vez — le cortó mientras el entrenador retumbaba toda la noche. — Es un maldito ladrón de caballos.

— ¡Tenía diecisiete! ¿Qué harías si tu padre te prometiera algo en su lecho de muerte y tu medio hermano hiciera que todo desapareciera por puro rencor?

Pensó en el lecho de muerte de su propio padre. A su madre parada sobre el cadáver de su padre, luciendo salvaje y asustado, con un frasco vacío de láudano en la mano.

«No era mi intención, susurró ella. Estaba tan infeliz y... seguía diciendo esas... cosas horribles y yo... solo quería que durmiera.»

Ah, sí, Maximiliano sabía algo sobre las confesiones en el lecho de muerte y lo que podían hacer.

Determinadamente, enterró los recuerdos oscuros. No se trataba de lechos de muerte. Se trataba de Bonnaud, que había comenzado una vida de crimen temprano. Bonnaud, que todavía lo eludía, gracias a la engañosa hermana del hombre.

Lisette estaba mirando por la ventana del coche, su expresión sombría a la luz de la luna.

— Tristán sintió que tenía que proveer para nosotros, por lo que hizo lo único que se le ocurrió. Y no lo consideró un robo, ya que papá le había dejado el caballo de todos modos.

Cuando eso tiró de las simpatías de Maximilian, él espetó:

— De todos modos, tomar y vender ese caballo fue imprudente y estúpido.

— Eso es lo que dijo Dom. — Entonces su mirada se dirigió a Maximilian, llena de beligerancia. — Pero sin ese dinero, nunca habríamos llegado a Francia. Y después de llegar, nos habríamos muerto de hambre en los meses que le tomó a Maman y Tristan encontrar trabajo. — Su voz se endureció. — Sin ese dinero para engrasar las palmas de nuestras relaciones "amorosas", habríamos terminado en la calle. Siempre habían odiado que Maman hubiera avergonzado a la familia al convertirse en la amante de un lord inglés. Y que incluso después de regresar a Toulon, tuvo la osadía de provocar chismes nuevamente al subir al escenario.

— ¿Toulon? — Su temperamento estalló nuevamente. — Pensé que íbamos a París.

— Estamos. Te lo dije, Tristán trabaja para el gobierno ahora.

— Dije que no hay prevaricaciones, Lisette. ¿Qué rama del gobierno? ¿Dónde? ¿Cómo puedo encontrarlo?

Ella parpadeó, luego levantó la barbilla.

— Estoy llegando a eso. Teniendo en cuenta que no llegaremos a París por horas, eres terriblemente impaciente.

— Con buena razón — gruñó él. — Por lo que sé, creaste esta persecución de ganso salvaje en primer lugar para alejarme de Londres para que tu hermano...

— ¿Podrías hacer qué? Configurar un impostor como su reemplazo, supongo. — Ella lo miró con fría ironía. — Sí, todo el tiempo he estado diseñando un plan maestro para destruirte. Por eso te llamé «*Su Gracia*» cuando se suponía que estaba ocultando tu identidad. Por qué tuve que confiar en ti para pagar nuestro pasaje... y nuestras comidas y los sobornos para los funcionarios de aduanas. — Su voz se ahogó. — ¿Por qué no podría escapar de Hucker sin tu ayuda? Porque soy muy hábil en los esquemas diabólicos, en pretender ser otra persona e intentar guardar secretos y...

— Suficiente — interrumpió. — Veo tu punto.

Esa era la Lisette que había llegado a conocer, la que soñaba con ser investigadora y luego se volvía espinosa cuando señaló que ella no sabía lo primero. De mala gana admitió que ella tenía razón. Si ella era una maestra manipuladora, no era muy buena en eso.

Por un momento, no hubo sonido en el carruaje, excepto el de los cascos del caballo golpeando la tierra y el crujido de los resortes del carruaje.

Luego bajó la mirada a sus manos.

— Es como te dije desde el principio, no sé dónde está Tristan. La última vez que lo vi, cuando salí de París hace seis meses, estaba trabajando para la Sûreté Nationale.

Eso lo tiró desprevenido.

— ¿La policía? ¿Tu hermano el ladrón de caballos estaba trabajando para la policía?

Ella le lanzó una mirada desafiante.

— ¿Por qué crees que no quería que corrieras aquí para hablar con su empleador? Sabía qué harías tu mejor esfuerzo para que despidieran a Tristan.

— Tienes razón, ¡lo hubiera hecho! — Ante su ceño fruncido, él luchó para contener su temperamento. Hasta el momento, no había llegado a ninguna parte con Lisette cuando estaba enojado. Forzó un poco de calma en su voz. — Supongo que su empleador no sabe que es un criminal.

— No. Y si él se entera... — Se fue apagando con un nudo en su voz que lo acertó.

Maldita sea. Ella lo había puesto en una posición insostenible. De nuevo. No sabía qué lo enfurecía más, que su hermano realmente había resultado ser sombrío o que ella todavía persistía en defender al tonto.

— Con semejante pasado, ¿cómo logró Bonnaud ser contratado?

— Bueno... no es como si se hubieran publicado costados en todo el mundo sobre su único acto criminal. George tenía las manos ocupadas lidiando con el patrimonio de papá, por lo que no lo persiguió más allá de Inglaterra. Y él no sabía a dónde habíamos ido. — Ella se encogió de hombros. — Además, cuando Tristán fue a trabajar para el Sûreté, Vidocq todavía estaba a la cabeza y no le importó.

— ¿Eugène Vidocq? — Maximilian irrumpió.

— ¿Lo conoces?

— No personalmente, no, pero he oído hablar de él por el hombre que investigó la muerte de Peter. No pudimos venir a Francia a buscar hasta después de que Napoleón había sido encarcelado y enviado a Elba. El investigador fue el que se enteró de que Peter ya había muerto en ese incendio en Bélgica.

— ¿Fue el mismo viaje cuando viniste a consultar con el abogado de tu tío abuelo? — preguntó ella, claramente perpleja. — ¿El abogado sabía algo al respecto?

Maldiciéndose a sí mismo por decir lo suficiente como para haber conectado a esos dos hechos en su mente, evitó la pregunta.

— Sé que Vidocq es famoso en algunos sectores, pero el tipo que contratamos no tenía nada bueno que decir sobre él. Afirmó que tenía fama de contratar delincuentes. Lo que explica cómo su hermano terminó siendo empleado por él.

Con una última mirada curiosa hacia él, ella asintió.

— Vidocq contrata criminales precisamente porque él mismo fue uno una vez. Durante ese tiempo aprendió mucho sobre cómo funcionaban. Luego, cuando ahorcaron a un amigo, comenzó a darse cuenta de que los delincuentes generalmente tienen un mal final. Así que fue a trabajar para el otro lado, y lo más eficaz, también, dado su conocimiento interno.

Odiaba admitirlo, pero eso tenía una especie de sentido perverso. Además, nunca había estado tan impresionado con el hombre que su padre había contratado para encontrar a Peter.

— Me atrevo a decir si Vidocq había estado investigando la muerte de tu hermano — continuó — sabrías mucho más sobre eso que tú".

No importa que haya estado pensando en algo similar; Su evidente admiración por el famoso investigador le hizo detenerse.

— Parece que conoces muy bien al hombre.

— Lo hago. Antes de que renunciara el año pasado, también trabajé para él.

De repente, varios fragmentos extraños sobre ella cayeron en su lugar.

— Vidocq también es conocido por contratar mujeres como agentes.

Ella se movió un poco en el asiento oscilante.

— Yo no era un agente. Yo quería serlo, y él quería contratarme como uno, pero Tristán no lo permitió.

Maximilian sonrió sombríamente.

— Mi respeto por tu hermano aumentó un poco.

— ¡Ahora ve aquí, podría haber sido muy buena en eso!

Levantó una ceja.

—De acuerdo — se quejó ella — tal vez no tan bueno como siempre imaginé, pero solo porque no tenía entrenamiento. Si hubiera tenido tiempo de entrenarme adecuadamente, podría haber tenido éxito.

—Si lo hubieras hecho o no es irrelevante, — Maximilian gritó. — Una cosa es ayudar a Manton a interrogar a la gente. Pero ser agente de Vidocq sería un trabajo traicionero. Tu hermano habría sido un tonto si te dejara ponerte en peligro.

Ella miró por la ventana.

— Eres como él, lo sabes.

— ¿Vidocq? — dijo incrédulo

—Tristan. Ambos piensan que lo saben todo. Son orgullosos y dominantes, y los dos...

—Te cuidan — terminó por ella. Cuando su mirada se disparó hacia él, maldijo su lengua rápida. — Lo suficiente como para no querer verte lastimada.

Un largo silencio se extendió entre ellos, atrapándolos a ambos en una maraña de deseo frustrado. Luchó por ignorar el hecho de que estaban solos en la oscuridad, que ella estaba sentada a centímetros de él, luciendo bonita, vulnerable y sola. Tan solo como se sentía en este momento.

No, no se dejaría atrapar por sus encantos, ¡maldición!

— Entonces, si no trabajaste para Vidocq como agente, ¿qué hiciste por él?

—Lo mismo que hago por Dom, sobre todo. Vidocq solía hacer un seguimiento de cada criminal con el que había tratado. Tenía sus características, sus alias, sus hábitos criminales, sus guaridas conocidas, todo, escrito en tarjetas. Cuando fui a trabajar para él, tenía sesenta mil, y todas tenían que organizarse. Nos llevó a cuatro de nosotros trabajar a tiempo completo solo para hacer un seguimiento de todos ellos.

— Ahora, me imagino que eras bueno en eso

Una suave sonrisa iluminó su rostro.

— Lo era, en realidad. Puede que hayas notado que me gusta mantener las cosas ordenadas. — Ella soltó una risa triste. — Y lo juro, Vidocq no tiene idea de lo que es ordenado y cajas de tarjetas y Dios sabe qué es todo. El hombre es brillante como investigador, pero no es muy bueno para cuidar de sí mismo.

El evidente afecto que sentía por su antiguo empleador lo picó. Como recordó, Vidocq también era conocido por ser un pícaro con las mujeres.

— Así que no solo te encargaste de su oficina, — dijo con voz hueca. — Tú también te encargaste de él.

—Podrías decir eso. Especialmente después de que su esposa murió y todo se fue al infierno en una cesta de mano.

— ¿No estaba casado cuando trabajabas para él?

— Los últimos años, sí. ¿Por qué?

—Así que valientemente entraste para cuidar al pobre hombre. — Aunque podía escuchar el tono celoso en su voz, no podía dejar de hablar. — ¿Y qué implicaba eso exactamente? ¿Haciéndole té? ¿poniéndole sus medias? ¿Calentando su cama?

Para su molestia, ella se echó a reír.

— ¿Estás loco? Vidocq tiene la edad suficiente para ser mi padre, por el amor de Dios.

—Pero él no es tu padre, ¿verdad? — Dijo Maximilian, los celos aún lo persiguen a pesar de su ligereza sobre el tema. — Y él tiene bastante reputación con las mujeres, me han dicho.

Como la profundidad de su obsesión parecía hundirse con ella, ladeó la cabeza para mirarlo atentamente.

—De hecho lo hace. — Sus ojos brillaron en la oscuridad. — Es bastante guapo para su edad. Y puede ser bastante encantador cuando quiere.

—Oh, estoy seguro de que puede — se quejó, sin estar seguro de si ella lo estaba atormentando deliberadamente o simplemente era honesta. — Eso es todo lo que te importa, supongo. No importa que el hombre solía ser un criminal, que conoce la mitad del inframundo. Es guapo y encantador, y eso es lo suficientemente bueno para ti.

—Es mejor que ser huraño e irritante como cierto duque problemático — respondió ella. — Al menos Vidocq sabe cómo tratar a una mujer.

—¿Que se supone que significa eso?

—Él no asume a cada paso que ella es una criatura poco confiable comprometida en planes para arruinarlo.

Apretó los dientes ante esa descripción adecuada de cómo había reaccionado.

— ¿Puedes culparme por sospechar? Tu hermano es un ladrón y no te molestaste en decirme.

—Si lo hubiera hecho, ¿estaríamos aquí? ¿O me habrían arrestado y obligado a revelar su paradero? ¿Habrías destruido los negocios de Dom solo para encontrar a Peter? — Ella cruzó los brazos sobre su pecho. — Estaba protegiendo a mi familia. Tu de todas las personas debería entender eso.

Lo hacía, maldita sea. Él entendía y simpatizaba. Ese era el problema con las rosas silvestres, crecían bajo las defensas de un hombre cuando él no estaba mirando. A pesar de toda su determinación de no ser admitido, había sido admitido.

O tal vez él acababa de reconocer lo que había sentido todo el tiempo, que en el fondo era franca y leal. El tipo de mujer que su madre había sido, manteniéndose al lado de su esposo hasta el final, defendiéndolo durante la peor de las locuras de su padre. El tipo de mujer que desearía para una esposa.

Apartó el pensamiento de su mente antes de que pudiera tentarlo.

Tenía razón en una cosa, si hubiera sabido del pasado de Bonnaud, no habría estado tan ansioso por hacer ese viaje. Quería pensar que no la habría arrestado a ella y a Manton, pero había estado bastante enojado esa mañana. No se sabe lo que pudo haber hecho.

Pero ahora que la conocía mejor, era difícil no ver las cosas desde su perspectiva.

— ¿Qué pasa ahora? ¿Hablamos con el nuevo jefe del Sûreté para averiguar dónde ha ido tu hermano?

— En realidad... um... Estaba pensando que deberíamos hablar con Vidocq primero.

El nerviosismo en su voz lo puso nervioso.

— ¿Por qué? Si Tristan trabaja para la Sûreté, entonces es más probable que sepan a dónde fue en su último caso.

— Bueno, sí, pero el nuevo jefe del Sûreté no es exactamente a fin aTristán.

Maximilian la miró con el ceño fruncido.

— ¿Por qué eso no es una sorpresa?

La luna a través de la ventana proyectaba un suave resplandor en sus tensos rasgos.

— Mi punto es, en el momento en que un duque de tu consecuencia comienza a hacer preguntas...

— Tienes miedo de que despidan a tu hermano.

— Bueno, acabas de decir que lo harías.

— Yo estaba enojado. Y estaba hablando de lo que hubiera hecho antes.

— ¿Pero no ahora? — Cuando él no respondió, agregó, — Vidocq es más probable que sepa dónde está Tristán, de todos modos. Son grandes amigos y Tristan no asumiría ningún caso importante sin hablar con Vidocq. El francés tiene unos instintos tan excelentes y sabe mucho sobre...

— Solo quieres volver a ver a Vidocq — espetó. — Admitelo.

Un ceño frunció su ceño.

— No sé a qué te refieres.

— Oh, sí. Vidocq es más encantador que yo, más entendido, más brillante. — Impulsado una vez más por los celos que no podía comprender, se movió al asiento a su lado para poder mirarla. — Claramente no puedes esperar para verlo de nuevo.

Ella lo miró boquiabierta.

— Estás completamente loco.

— Sí lo estoy. Me haces sentir así, cada vez que abres la boca y comienzas a alabar a ese maldito francés.

— Oh, así que ahora me vas a culpar por tu maleducado...

Él la cortó con un beso. Uno duro, nacido de los celos y el mal genio y la necesidad de borrar a Vidocq de su mente.

Pero solo le llevó un momento convertirse en algo más. Un beso real, nacido de la obsesión, la necesidad y el deseo profundo. Dios, fue dulce besarla de nuevo. Tan malditamente dulce.

Enganchando su mano detrás de su cuello, la sostuvo quieta mientras moldeaba su boca con la suya, exultante cuando ella gimió y separó sus labios. De inmediato, él profundizó el beso, hundiendo su lengua profundamente, reclamándola de la única forma en que ella lo dejaría, la única forma en que él debería permitirse.

Durante un largo momento, no hubo ningún sonido en el carruaje sino el de su pulso rugiente en sus oídos mientras bebía de su boca una y otra vez, deleitándose con el sabor embriagador de ella, el aroma del perfume francés en su cabello, la sensación de sus manos agarrando su abrigo, acercándolo.

De repente ella lo empujó lejos. Ella lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos y cautelosos, su respiración se convirtió en jadeos urgentes.

— No dijimos más besos. Prometiste.

— Prometiste nunca mentirme — respondió. — Rompiste tu promesa.

— No, — susurró ella. — Nunca te mentí, lo juro. Ni una sola vez.

Quería discutir el punto, pero al pensar en sus conversaciones, no podía recordar que ella dijera mentiras reales. Aún así, eso no cambió nada.

— Puede que no hayas mentido, pero me engañaste sobre tu hermano, que es prácticamente lo mismo.

— No, no es. Hablando estrictamente, seguí nuestro acuerdo al pie de la letra.

— Entonces estrictamente hablando, también seguiré nuestro acuerdo al pie de la letra.

Tirándola a su regazo para que ella no se alejara de él, él sujetó un brazo alrededor de su cintura para mantenerla quieta.

— ¿Qué crees que estás haciendo? — protestó ella mientras trataba de liberarse.

Presionó sus labios contra su oído.

— Acordamos no besarnos, pero no dijimos nada sobre tocarnos. Y si puedes llamar justo engañarme, entonces puedo llamar justo tocarte.

Luego levantó la mano para ahuecar su pecho dentro de su capa. Ella se congeló. Él no esperó su protesta; él la acarició descaradamente, burlándose de su pezón hasta un punto tenso a través de su vestido. Desde la noche anterior, lo habían atormentado recuerdos a medias de lo que había hecho, cómo se había sentido en sus brazos. Así que esa vez, por Dios, lo iba a hacer mientras pudiera recordarlo.

Casi esperaba que ella discutiera o al menos intentara liberarse. Pero ella solo se sentó allí respirando con dificultad. Cuanto más la acariciaba, más se arqueaba contra él, sus manos clavándose en sus muslos.

— Max — dijo ella con voz ronca — no deberías... no deberías...

— Aun así lo hare — murmuró él contra su oído. — Y a ti también te gusta, admítelo.

Deslizand su mano para acariciar el otro seno, tiró de su oreja con los dientes. El pequeño gemido que ella dio en respuesta disparó su sangre casi tanto como la sensación de su hermoso pecho llenando su mano.

—Probablemente no te acuerdes — se ahogó, — pero anoche juré... te taponaría las orejas si alguna vez... me agarrases el pecho otra vez".

—Recuerdo. Simplemente no me importa. Además, no puedes alcanzar mis oídos, — murmuró, sintiéndose arrogante ahora que la tenía derritiéndose en sus brazos. — Y de todos modos no quieres encajonarlos, ¿verdad?

Ella giró la cabeza para mirarlo, su aliento era un rápido staccato.

— Yo quiero yo quiero...

—Dime lo que quieres, cariño, y te lo daré. — Soltó un suspiro largo y tembloroso. — Te sientes como el cielo en mis manos. El cielo puro He querido hacer esto prácticamente desde el momento en que te vi...

Sus ojos estaban perdidos y luminosos a la luz de la luna.

— Mentiroso, — susurró ella. — Querías estrangularme.

—Solo para poder ponerte las manos encima. Tenía tantas ganas de tocarte que apenas podía pensar con claridad. — Le deslizó la mano por la pierna para poder levantarle las faldas. Había más que quería tocar. — Anoche fue pura tortura... desabrocharte la bata... desatar tu corsé... Puede que no te des cuenta, pero yo fui quien lo hizo mientras dormías. No un sirviente.

—Lo sé — dijo ella, sorprendiéndolo.

—Pero no tienes idea de lo que sufrí al hacerlo. ¿Por qué crees que fui a la taberna y me bebí tontamente? Así no me subiría a la cama contigo y te pondría las manos encima, como quería cuando te estaba desatando.

—Yo esperaba que lo hicieras. Esperé a que tú... — susurró ella.

— ¿Estabas despierta? — dijo incrédulo

—Parte del tiempo. Contuve el aliento y esperé a ver qué harías... Tenía tanto miedo... Se congeló justo cuando su mano rozó su rodilla cubierta de medias...

—Seguramente sabes que nunca te haría daño, querida.

Sus ojos se encontraron con los de él.

— Eso no es a lo que le tenía miedo. Tenía miedo de que si te metías en la cama conmigo y me cubrieras las manos, podría... dejarte.

Su corazón tronó en sus oídos. Ella lo deseaba. Lo que es más, ella admitía que lo deseaba.

Eso fue todo lo que hizo falta para que él la besara de nuevo. Ahora estaba en sus brazos, y él deseaba desesperadamente, necesitaba, probarla. Así que al diablo con su estúpido trato. Él la tenía ahora, y no la dejaría ir hasta que tuviera su gusto.

Capítulo 11

Claramente, el dolor de cabeza anterior de Lisette había convertido su sentido común en queso suizo. Esa era la única explicación de por qué estaba dejando que Max la acariciara y la besara.

«Te llamó querida. Dos veces.»

Lo absurdo de ese pensamiento hizo que una risa burbujeara en su garganta, pero sus besos fueron tan feroces y voraces que murieron allí. No debería importarle una cosa tan tonta como un cariño.

Pero ella lo hizo. Max no estaba enojado. No la tenía prisionera ni tomaba represalias. La estaba besando como si ella tuviera la llave del sentido de la vida, como si quisiera obtenerla haciendo que ella lo deseara locamente.

Su mano se deslizó entre sus piernas y dentro de la hendidura en sus cajones, sorprendiéndola.

— ¡Max!

—Déjame darte placer, querida — dijo él con voz ronca, volviendo a fundir sus objeciones con esa dulce palabra. — Déjame mostrarte cómo se siente el deseo.

Entonces él ahuecó sus partes tiernas, y cada centímetro de ella saltó en alerta máxima.

— Oh, señor... Max...

Él comenzó a frotarla allí, acariciándola tan diabólicamente que ella gimió. ¿Sabía cómo la hacía anhelar más?

—Te gusta eso, descarada —Dijo en un tono satisfecho de sí mismo.

Oh sí, lo sabía.

— Es muy interesante...

—Interesante, hmm. -- Se burló de ella sin piedad. — Puedo hacer esto toda la noche. Admítelo. Te gusta.

—Eres un demonio. — Ella hundió sus dedos en su brazo. — De acuerdo, sí... me gusta. Por favor... Max... por favor... — Ella no sabía lo que estaba rogando. Todo lo que sabía era que había más. Podía sentirlo, sentirlo, más allá de ella.

—Haré lo que quieras, querida. Solo dime una cosa. — Él rastrilló besos por su mandíbula hasta su garganta. — ¿Realmente te tuve en mi regazo anoche?

Sus caricias calientes le dificultaban pensar. Ella luchó para aclarar su mente.

— Sí... en tu regazo... sí...

— ¿Así?

— ¡No!

—Gracias a Dios. Me gustaría recordar eso, por supuesto.

Ella ahogó una carcajada. Luego su dedo se deslizó dentro de ella, donde ella sentía dolor, resbaladiza y hambrienta, y su diversión se convirtió en puro deseo ardiente. Él deslizó su dedo dentro y fuera, jugando con el pequeño botón allí, haciéndola retorcerse y presionar contra su mano como un insensato descarado, queriendo más.

— ¿Bien, descarada? — dijo con voz ronca. — ¿Disfrutas esto?

— Me estás volviendo loca...

— Bien — le susurró al oído. — Me has vuelto loco desde el día en que te conocí.

El balanceo del entrenador la hizo balancearse sobre su regazo, y ahora sintió algo duro presionando contra su trasero. ¿Su excitación? Debía ser. Ella sabía mucho sobre el cuerpo de un hombre. Oh, Señor, ¿era así como se sentía su... su cosa? ¿Tan grueso y resistente?

Ella retorció su trasero sobre él nuevamente, y él gimió.

— Dios santo, Lisette... no... hagas eso.

— Es mi turno — dijo tímidamente, repitiendo el movimiento. — ¿Cómo te gusta que te molesten?

— Me gusta... demasiado — gruñó.

Tomándola por sorpresa, de repente la movió para que se sentara de lado sobre sus rodillas. Luego él buscó a tientas sus pantalones, y lo siguiente que supo fue que estaba presionando su mano sobre algo caliente, largo y duro.

Ohh, era su cosa. Que fascinante. Nunca había pensado que sería tan firme. Pero flexible, también.

— Por favor — dijo con voz gutural. — Acaríciame, cariño.

— ¿Cómo?

— Me gusta esto. — Él cerró su mano alrededor de su carne, luego le mostró cómo tirar de él. — No demasiado duro.... Sí... Oh, Dios, sí, exactamente así.

Su gemido la hizo exultarse. Era tan un prisionero del deseo como ella. Qué emocionante tenerlo tan indefenso en sus manos, tan emocionante como cuando se dio cuenta de que en realidad estaba celoso de Vidocq. Max incluso había admitido que la cuidaba. ¿El duque arrogante y poderoso acosado por ella? Parecía imposible.

Sin embargo, él respiraba aún más fuerte que ella, su arma era rígida como una piedra y se hacía más y más duro con cada golpe, y la llamaba querida y descarada con lo que parecía un verdadero afecto.

Luego le soltó la mano para poder volver a acariciarla entre sus piernas, y ella jadeó. Se sintió maravilloso, más maravilloso de lo que había esperado.

Y la mejor parte fue que fue Max quien lo hizo, Max besando su cuello y hombro, Max que estaba golpeando ese dulce y pequeño botón entre sus piernas con un toque tan experto que podía sentir algo que se elevaba profundamente en su vientre, una tensión retorcida luchando liberarse.

—Max... Oh, señor, Max...

—Sí, querida — dijo con voz áspera. — Toma lo que quieras... tómallo...

Su sangre era como una fiebre en sus venas y su corazón se aceleró y en cualquier momento se iba a deshacer como un vaso... vibrando tan furiosamente que se sacudió... se sacudió... ¡se hizo añicos!

— ¡Señor sálvame! — gritó ella, sacudida por un placer penetrante.

Luego él también se separó, en su mano. Cuando soltó un grito, algo húmedo se derramó sobre sus dedos y sobre su muslo desnudo, sorprendiéndola.

Por un momento ambos se quedaron sentados allí, sus cuerpos temblando y su respiración pesada.

Luego le acarició el oído con un beso.

— Lisette, mi salvaje rosa francesa... eres una maravilla, — murmuró él, su boca arrastraba besos lánguidos sobre su cabello y su cuello.

Una vergüenza poderosa la invadió, y ella agachó la cabeza contra su hombro para ocultar sus mejillas llameantes, lo cual era ridículo porque estaba oscuro. ¿Qué había hecho ella? Ella había jurado no dejarlo tan cerca, y ahora...

Sacó un pañuelo del bolsillo y comenzó a limpiarle la mano. Después de que él también se había limpiado la suya, ella le quitó el pañuelo para limpiarle el muslo.

La mortificación la inundó. ¿Qué le pasaba a ella? ¿Cómo podría haber alentado eso, deleitándose con eso? ¿Fue debido a placeres como esos que mamá se había vuelto tan cautivada por papá?

Los hombres eran demonios. Increíbles, dulces demonios que hacían que una mujer olvidara quién era.

—Lisette... — comenzó en voz baja.

La luz de gas inundó de repente el carruaje. Dirigió su mirada hacia la ventana para ver casas que pasaban rápidamente. Estaban en una ciudad, y ahora el carruaje estaba disminuyendo la velocidad.

—Oh no — susurró ella — ¡nos detenemos para cambiar de caballo! — ¿Ya había pasado tanto tiempo?

Murmurando una serie de maldiciones francesas que habrían enorgullecido a Maman, saltó de su regazo al otro asiento y luego comenzó a arrastrar las faldas hacia abajo. Él también estaba maldiciendo, mientras se abrochaba apresuradamente los calzones.

—Deberíamos haber corrido las cortinas — se quejó.

—No. No deberíamos... haber... hecho lo que hicimos. — Dios mío, ella ni siquiera sabía cómo llamar a lo que acababan de hacer.

Él la miró con la mandíbula tensa.

— Correcto, — cortó él. — Tienes razón.

Su corazón se hundió. No tenía que estar de acuerdo con ella tan fácilmente. ¿Y cómo podría arrepentirse ya? No es que ella pudiera culparlo. Ella ya lo lamentaba.

¿Lo hacía, no?

El carruaje se detuvo en un patio interior y los mozos se apresuraron a cambiar los caballos. Para su sorpresa, Max abrió la puerta y saltó.

— La cena fue hace horas, — dijo mientras sostenía la puerta abierta para ella. — Prepararé una cena para nosotros. Y probablemente quieras visitar lo necesario.

Aunque ambas sugerencias fueron consideradas, la tomaron por sorpresa, siguiendo los pasos de lo que acababan de hacer. Pero ella asintió con la cabeza, incapaz de hablar mientras agarraba su retícula y dejaba que la ayudara a bajar. En unos momentos bendecidos estaban dentro de la posada donde ella podía huir de él, al menos temporalmente.

La posada tenía una sala de retiro para damas bastante bien equipada, que estaba abandonada en este momento. Gracias a Dios. Una mirada en el espejo le dijo que parecía asustada incluso a la luz de las velas, que le faltaba el sombrero y que tenía el pelo despeinado y los labios enrojecidos por los muchos besos de Max. Cualquiera que la mirara la conocería instantáneamente por la descarada insensata que era.

Por otra parte, supuestamente estaba casada.

Una risa loca se le escapó. Bueno, al menos había eso. Y Max incluso se estaba comportando como un marido, pasando de tocarla y acariciarla a hablar de traer la cena. ¡Qué hombre! Había tenido su placer, y ahora estaba listo para llenarse el estómago.

Tuviste tu placer también.

Ella tragó saliva. Si. Se había comportado como una tonta, dejándolo tocarla por todas partes, acariciarla por completo, besarla hasta que le doliera y anhelara y...

¡Para! ella se reprendió cuando su cuerpo comenzó a derretirse de nuevo, solo recordando las cosas que había hecho. Se suponía que no debía dejar que un inglés arrogante la hiciera sentir así, todo porque él le había dado placer y ella le había hecho lo mismo.

Mirando su mano ofensiva, mordió una maldición, luego llenó el lavabo del cántaro cercano y comenzó a frotar su mano con el jabón, tan furiosamente como Lady Macbeth podría haberlo hecho. Cuando se lo frotó, se levantó las faldas y se lavó el muslo.

Era extraño cómo su cuerpo se veía exactamente igual que antes, pero se sentía tan completamente diferente. Ella se sentía completamente diferente.

Fue entonces cuando las lágrimas comenzaron a fluir. La verdad era que lo volvería a hacer si tuviera la oportunidad. No solo porque lo había disfrutado, sino porque Max había sido quien le había dado el placer. En algún momento, lo que él pensaba de ella había comenzado a importar. Ella había comenzado a querer que él... la deseara. No, para cuidarla.

Qué completamente tonta. ¡Ella sabía mejor! Un duque de su consecuencia nunca podría sentir otra cosa que deseo por una mujer como ella. Y eso no era lo que ella quería. O no era todo lo que ella quería, de todos modos.

Se secó las manos y se sonó la nariz, luego se puso a parecer más presentable. El tiempo se agotaba y tenían que poner tantos kilómetros entre ellos y Hucker como fuera posible, pero ella sintió la urgente necesidad de devolver todo como estaba.

Por un momento, se miró a sí misma. Tenía los ojos rojos, pero parecía medio decente. Desafortunadamente, todavía olía a... a lo que habían hecho, como la habitación de Maman siempre olía después de las visitas de papá.

Con un gemido, sacó su botella de perfume y se limpió un poco de perfume en las muñecas, luego se agregó un poco en el cuello como medida. Probablemente lo había exagerado, pero no le importaba. Era mejor que oler algo que le recordara lo que habían estado haciendo. Porque ella no podía dejarse caer en la misma trampa con él como Maman había hecho con Papá.

Cuando regresó al carruaje, Max estaba esperando para ayudarla. Si notó su fuerte perfume, no dijo nada. Y una vez que estuvieron en el carruaje juntos, un aroma diferente se hizo cargo, uno celestial de productos horneados y carne asada de la caja que había puesto en el piso.

—Convencí a la esposa del posadero para que nos vendiera algunas sobras de la cena — dijo Max en un retumbar. — Incluso incluyó una botella de vino.

Lisette no se había dado cuenta hasta que olió la comida lo realmente hambrienta que estaba. Eso incluso podría explicar su dolor de cabeza antes.

Cuando el carruaje partió, Max sacó una hogaza de pan crujiente, un poco de queso y un par de palomas asadas envueltas en papel. Ella cayó en la comida como un perro voraz, en parte porque tenía hambre y en parte para evitar hablar con él.

Después de unos momentos, ella se dio cuenta de que él no estaba comiendo con tanta avidez. En cambio, su mirada estaba fijamente inquietante en ella. Normalmente saborearía el queso y el pan francés que tanto había echado de menos en Londres, sin mencionar las palomas cocinadas con un poco de sabor y no al estilo aburrido de los ingleses. Pero tenerlo observándola tan intensamente amortiguó su disfrute.

—De lo que pasó antes, Lisette...

—No, no necesitamos hablar de eso. Entiendo. — No podía soportar escucharlo decir las mentiras habituales; ella tan pronto fingiría que no había sucedido.

Ella se inclinó para sacar una manzana de la caja, pero él la agarró por el brazo para detenerla.

— Necesitamos hablar de eso, y no lo entiendes. No quise que sucediera. Necesito que sepas que yo...

— ¡Lo sé! — Soltando su brazo, se recostó en el asiento y se envolvió con su capa como un escudo. — Ya sé lo que dirás. Que fue un error. Que no deberíamos habernos dejado llevar. Y estoy de acuerdo. — Forzó una levedad en su tono que no sintió. — Nos divertimos mucho, pero no significaba nada.

—Malditamente bien significaba algo para mí — gritó.

— ¿Lo hizo? ¿Qué exactamente? — Cuando soltó una maldición y miró hacia otro lado, agregó, — no tienes que decirlo. Disfrutaste... lo que hicimos juntos, pero eres un duque y no puedes casarte con alguien como yo.

Su mirada volvió a ella.

— Eso no es lo que yo diría. — Respiró profundamente. — De acuerdo, no puedo casarme contigo, pero no por quién eres, por tu parentesco o tu posición o cualquiera de esa podredumbre. Ni siquiera porque soy duque. Yo solo... no puedo.

¡Por eso no había querido hablar de eso, maldígalo! Ella ya estaba creciendo para cuidarlo profundamente, y no podía soportar la humillación, el dolor, de escuchar exactamente lo poco que le importaba.

—Como dije, — ella mordió, — lo entiendo. Así que no hay razón para hablar más de eso. No se puede casar conmigo y no quiero casarme case contigo, así que...

—Realmente no tienes ganas de casarte conmigo. — Sus manos se flexionaron sobre sus rodillas como si luchara contra el impulso de alcanzarla. O estrangularla. — ¿Ni siquiera un poco?

¿Que quería él? ¿Que ella le suplique que se case con ella para que él pueda pisotear todo su orgullo mientras continúa con su no puedo casarme contigo? ¡Ella no lo haría!

— No, Señoría, ni siquiera un poco. Me gustas, pero no busco un marido. Entonces, olvidemos lo que sucedió antes, ¿de acuerdo?

— ¿Tu puede hacer eso? — dijo él, su voz repentinamente desigual. — Porque no creo que pueda.

—Tendras que. Me niego a entablar una aventura, y no tienes interés en nada más. Entonces, una vez más, nos encontramos en un callejón sin salida. Excepto que no creo que este impasse particular pueda resolverse.

Se pasó una mano por el pelo y luego asintió con la cabeza.

— Quizás tengas razón. Tal vez sería mejor si tratamos de olvidar lo que pasó.

—Sí, creo que sería lo mejor — se ahogó, luego estabilizó sus hombros. — Ahora, ¿no dijiste que había vino?

Sus ojos brillaron hacia ella a la tenue luz del carruaje, y por un largo y tentador momento, pensó con certeza que él arrojaría precaución al viento y la arrastraría a sus brazos y la besaría nuevamente. Y si lo hacía, sabía que no tendría la fuerza para resistir.

Pero no lo hizo. Con un tembloroso aliento, se volvió para buscar en la caja.

Mientras observaba su cabeza doblada brillando dorada a la luz de la luna y recordaba cuán dulcemente la había besado, su garganta dolía con lágrimas no derramadas y su corazón se sentía arrancado de su pecho. Sí, sería mejor si ella olvidara cómo la había acariciado y besado y le había llamado bonitos nombres. Realmente lo haría.

Así que fue una lástima que no hubiera ninguna posibilidad en el infierno de que eso sucediera.

Capítulo 12

Maximilian se quedó allí entumecido, mucho después de que Lisette se hubiera quedado dormida. Lo había manejado todo mal. Primero la había acusado de toda clase de perfidia y se había comportado como un tonto celoso y embrujado, luego casi había tomado su inocencia, y finalmente había hecho ese idiota discurso sobre no poder casarse con ella.

No es de extrañar que se haya retirado de él para ocultarse en su orgullo.

Si eso era lo que ella había estado haciendo. Tal vez lo había dicho en serio cuando dijo que no deseaba casarse con él. Dado lo que había soportado ver a su padre arruinar la vida de su madre, sería comprensible.

Pero él había ido a la sala de retiro a buscarla y la oyó llorar por la puerta. El sonido de esas lágrimas aún resonaba en su cerebro. No, no lo había dicho en serio.

Fue una medida más de lo diferente que era de otras mujeres. Cualquiera otra mujer habría aprovechado su ventaja, tratado de extraerle la promesa de un futuro después de que él le hubiera puesto las manos encima tan insolentemente.

No era su Lisette. Ella estaba demasiado orgullosa para eso. En cambio, se fue y lloró con el corazón solo. E incluso sabiendo eso, todavía la había lastimado.

Era un culo insensible y arrogante.

Como mínimo, debería haberle revelado por qué no podía casarse con ella. Debería haberle dicho que tanto su tío abuelo como su padre habían muerto enloquecidos, que era muy probable que él también lo hiciera, y que a ella no le gustaría verlo.

Pero después de hora tras hora de que la mujer lo tratara como una persona normal, no había querido renunciar a eso. Porque si supiera la verdad, lo miraría de la misma manera que cualquier otra mujer, como el duque que seguramente degeneraría en locura en cualquier momento.

Al menos otras mujeres sopesaban las ventajas de estar casadas con un rico duque frente a la posibilidad de la locura y algunas veces optaron por ignorar esto último. Pero a ella no le importaba lo primero, así que solo vería lo segundo. Eso lo mataría. Mejor que ella piense que era un imbécil.

No solo un imbécil sino un pícaro desalmado.

¿Qué había dicho ella? *«Me niego a entablar una aventura, y no tienes interés en nada más»*

Poco sabía ella. La idea de casarse con Lisette había comenzado a tener un atractivo embriagador. Sabía que solo terminaría en tragedia, pero no podía dejar de imaginar cómo sería.

Le pondría la aristocracia en la oreja. Las señoras chismearían sin cesar sobre ella, y cuando se dieran cuenta de que no le importaba un ápice, la adorarían. Porque la

aristocracia siempre adoraba a quien no los usaba, especialmente cuando esa persona era la esposa de un duque rico.

En esas largas y solitarias noches en Marsbury House, él tendría que abrazarla, bromear con ella, burlarse de ella. Ya no tendría que acostarse en su cama esperando que comenzara la locura. Ella lo distraería de eso.

Pero solo hasta el día en que su mente comenzara a irse. Y dado que Lisette sin duda se preocuparía profundamente por él para entonces, la idea de lo que le haría a ella era más de lo que podía soportar.

Se movió inquieta en el asiento, levantando las piernas debajo de su capa como si tratara de calentarlas. Hacía bastante frío en el carruaje. Puede que sea primavera, pero las noches aún son frías.

Diciéndose a sí mismo que solo quería hacerla sentir más cómoda, se deslizó en el asiento a su lado, la atrajo hacia él y los cubrió a ambos con su abrigo. Con un suspiro, ella se enterró en él, y su corazón se contrajo en su pecho.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, fingiendo que estaban casados, que ella era su esposa y que viajaban a París por placer. Se sentó así mucho tiempo, pensando que nunca podría quedarse dormido él mismo, con ella tan fragante y cálida en sus brazos.

Pero para su sorpresa, la próxima vez que abrió los ojos, era de día. En algún momento de la noche, debió haberse tendido en el asiento de espaldas, porque ella yacía tendida sobre él. Sus rizos negros se habían soltado de sus alfileres, y él no pudo resistir el impulso de acariciarlos.

Despertándose, abrió los ojos para mirarlo en clara confusión.

—Buenos días... Lisette — murmuró, ahogando la palabra querida justo a tiempo.

—Max. — Una suave sonrisa tocó sus labios que hicieron que su corazón se disparara. Luego, para su disgusto, ella se despertó completamente y gritó: — ¡Max! — y se arrojó de él hacia el otro asiento.

Ella no lo miraba mientras se arreglaba las faldas.

— Lo siento mucho. No sé cómo terminé usándote para una cama.

—Todo está bien. No me importó

Si eso era lo más cerca que podía llegar de tenerla en sus brazos, incluso temporalmente, lo tomaría.

—Supongo que parezco un susto — murmuró, pasando los dedos por sus rizos salvajes.

—No podrías asustarme si lo intentaras.

Ella le lanzó una mirada cautelosa, luego miró por la ventana.

—Hicimos buen tiempo, ¿no? No podemos estar a más de una hora de París. Creo que deberíamos ir al alojamiento de Tristán y ver qué podemos encontrar allí. Eso también nos dará la oportunidad de presentarnos antes de hablar con Vidocq.

Reprimiendo un estallido de celos, dijo:

— No tenemos tiempo para perder, Lisette. Solo pasemos todo el tiempo que necesitemos con su hermano, suponiendo que no resulte estar allí.

— Todo bien.

— Y podemos consultar con Vidocq, pero si él no sabe nada...

— Tendremos que hablar con el jefe de la Sûreté. Entiendo.

— Bien. — Porque no importa cuán tentador la encontrara, no cedería en llegar al fondo de este asunto con su hermano y Bonnaud.

Para sorpresa de Maximilian, los alojamientos de Bonnaud resultaron estar en Faubourg Saint-Germain, un área aristocrática de la ciudad. O el hombre lo había hecho bien en París, o tenía un amigo en lugares altos que se lo había alquilado.

Pero resultó que su calle, la rue de l'Hirondelle, era mezquina y estrecha y sus habitaciones, situadas en una porción del bloque de edificios, parecían desiertas. Cuando entraron usando la llave de Lisette, estaba claro que nadie había vivido allí en algunas semanas. El polvo cubría los muebles y los pisos sin alfombra.

— ¿Qué sigue? — preguntó. — ¿Tiene su hermano un escritorio o caja fuerte donde podría haber guardado notas o cartas sobre sus asuntos comerciales? Podríamos rastrearlo de esa manera.

— La habitación que usó como estudio está por allí. — Señaló a una puerta cerrada. — Supongo que podríamos encontrar algo en sus registros.

Una voz que hablaba francés llegó desde la puerta.

— Ya era hora de que regreses de visita, mi ángel.

Maximilian se volvió para ver a un hombre imponentemente alto de unos cincuenta años entrar en la habitación. A pesar de sus cejas pobladas, el tipo era lo que algunos podrían considerar atractivo, con una complexión sanguínea, ojos de color azul brillante y cabello rubio y rizado.

— ¡Vidocq! — Lisette lloró y corrió para darle un beso en la mejilla.

Tensándose, Maximilian observó al maldito investigador, pero la expresión de Vidocq era más parecida a la de un padre indulgente que a un amante apasionado.

— Supongo que estás buscando a tu hermano — continuó Vidocq en francés, lanzando a Maximilian una mirada cerrada.

— Ciertamente, — respondió Lisette. — Este es Maximilian Cale. Tiene algo de prisa por encontrar a Tristan.

Maximilian estaba contento de que ella no lo hubiera presentado como el duque de Lyon. Si pudieran enterarse del paradero de Tristán sin tener que revelar su identidad completa, mucho mejor para su reputación, especialmente si se podía contar con que Vidocq fuera discreto.

—He escuchado mucho de usted, señor — dijo Maximilian en francés, tendiéndole la mano al hombre.

—Qué raro — dijo el hombre en inglés, negándose a tomar la mano de Maximilian. — Porque no he sabido nada de ti. Al menos no de mi angelito.

Con una mirada ansiosa a Maximilian, Lisette cambió al inglés también.

— Perdóname, Vidocq, pero no tenemos mucho tiempo. Tenemos una necesidad urgente de Tristán. Entonces, si sabes dónde está...

—Sé a dónde se dirigía cuando se fue de aquí. — Vidocq miró fijamente a Maximilian. — Pero solo te diré después de que expliques por qué viajas solo con el duque de Lyon.

Cuando Maximilian gimió, Lisette dijo:

— ¿Sabes quién es Max?

—Por supuesto. La familia Cale tuvo tratos con la policía cuando vinieron aquí en busca del joven heredero hace años. El nombre de su hijo sobreviviente fue mencionado a menudo. Es un nombre difícil de olvidar.

—Especialmente para un hombre que se rumorea que tiene una memoria excelente — dijo Maximilian con voz apagada. No podía creer que no había considerado la posibilidad de que Vidocq conociera su familia. El investigador de padre probablemente había consultado con la policía de París varias veces en el curso de su búsqueda.

—Ven, — dijo Vidocq, ofreciéndole a Lisette su brazo, — vamos a mi casa donde podamos estar más cómodos. Te unirás a mí para le déjeuner y me contarás de qué se trata todo esto. Entonces te diré a dónde se dirigió Tristán por última vez. — Lanzó a Maximilian una mirada velada. — Sospecho que ambos lo encontrarán más interesante.

Maximilian forzó una sonrisa.

— Agradeceríamos cualquier ayuda que pueda brindar, señor — dijo, — y nos honraría unirnos a usted para el desayuno. — Incluso si sentía que acababa de tropezar con un escenario sin guión.

La casa de Vidocq resultó estar a través de un patio hacia el siguiente edificio. Cuando Maximilian le lanzó a Lisette una mirada inquisitiva mientras se dirigían a las habitaciones más espaciales, ella murmuró:

— Tristan alquila de Vidocq.

Tan pronto como se sentaron en un pequeño pero caro comedor decorado con sirvientes corriendo para organizar su desayuno, Vidocq se volvió hacia Lisette con una sonrisa brillante.

— He encontrado un editor para mis memorias. Supongo que no considerarías regresar aquí para ayudarme a editarlos, ¿mi ángel?

—Su "ángel" ya tiene una posición para ayudar al Sr. Manton con sus negocios en Londres — dijo Maximilian con firmeza, inexplicablemente molesto ante la posibilidad de que Lisette regresara a París para vivir. — Entiendo que es una muy buena posición.

— ¿Y ahora también hablas por ella, Su Gracia? — dijo Vidocq suavemente. — ¿Además de arrastrarla por el país sin una chaperona y arruinar su reputación para que nunca pueda encontrar un marido respetable?

—Suficiente, ustedes dos, — interrumpió Lisette con una mirada oscura a Maximilian. Se giró hacia Vidocq. — Vine por mi propia cuenta. Viajamos como una pareja casada: el señor Kale, el agente de la tierra, y su esposa.

En ese momento, uno de los sirvientes volvió a entrar en la habitación, y Lisette dijo en francés:

— Si por favor nos das unos momentos...

El criado asintió y se fue.

Lisette frunció el ceño a Vidocq.

— Si realmente te preocupas por mí, debes mantener la ficción frente a los sirvientes. Mis vecinos ya piensan que me casé. Y Su Gracia señaló que me será fácil decirle a la gente que mi esposo murió convenientemente mientras estábamos en el extranjero. — Ante el resoplido de Vidocq, agregó: — Es probable que sea la única persona en el mundo que reconocería el nombre real del duque. Ni una sola persona ha cuestionado nuestro disfraz.

— ¡Disfraz! — dijo Vidocq. — No es un disfraz cuando usas nombres reales. — Echó una mirada despectiva a la ropa de Maximilian. — Y Su Gracia se parece tanto a un agente de tierras como yo a un duque. Sus uñas están demasiado limpias, usa ropa de cama fina debajo de ese traje fustano y habla con un alumno de Eton.

—Oh, por el amor de Dios... — comenzó Maximiliano.

— ¿Lo ves? — dijo Vidocq. — Como eso.

— ¡Para! — Lisette reprendió. — Dime dónde está Tristán, antes de que Su Gracia te desafíe a un duelo o algo más absurdo. Es muy volátil.

—No lo soy — se quejó Maximilian.

Ella simplemente levantó una ceja hacia él, luego frunció el ceño a Vidocq.

— Tristan, ¿por favor?

—Muy bien — dijo Vidocq. — Se fue hace dos meses, persiguiendo a un falsificador escapado al norte de Bélgica.

— ¡Bélgica! — exclamó Maximiliano.

—¿No es Bélgica donde tu hermano fue encontrado muerto? — preguntó Lisette.

Maximilian se inclinó hacia delante, con los ojos clavados en Vidocq.

— ¿A dónde se dirigió Bonnaud en Bélgica?

—Amberes — dijo Vidocq. — Lo que hace que sea muy curioso que estés aquí buscándolo, Su Gracia, porque Amberes está cerca de...

—Sé lo que está cerca, — Maximilian mordió.

Los ojos de Vidocq se entrecerraron. Miró a Lisette y luego a Maximiliano.

— Dime, ¿mi angelito sabe de tu familia?

Maximilian lanzó un bajo juramento.

Eso llevó las gruesas cejas de Vidocq a un nivel superior.

— No pensé. Y no quieres que ella lo sepa, ¿verdad?

— Pero supongo que se lo vas a decir de todos modos — respondió Maximilian, sintiendo que su estómago se contraía.

Vidocq se encogió de hombros.

— Ella lo descubrirá tarde o temprano. — Su voz se endureció. — Mejor que sea antes si tratas de llevarla a tu cama.

— ¡Vidocq! — gritó Lisette, un sonrojo manchando sus mejillas. — Él no es... nosotros no somos...

— No estoy ciego, mi ángel — La mirada de Vidocq nunca abandonó la cara de Maximilian. — Ya veo cómo te mira. Veo cómo lo miras. Y como él es un duque y el matrimonio no es tan probable, eso deja solo...

— Dile a la ligera, viejo — murmuró Maximilian — o podría desafiarte a ese duelo para defender su honor. — Mantuvo una mirada oscura sobre el hombre.

Vidocq se recostó para mirarlo con consideración, aunque sin aparente temor.

Lisette miró de Maximiliano a Vidocq.

— ¿Qué es lo que Max no me cuenta sobre su familia? ¿En qué se encuentra Amberes?

Con esta nueva información, no había forma de evitar decirle la verdad.

— Amberes está cerca de un pueblo llamado Gheel — dijo Maximiliano, su garganta repentinamente apretada y cruda. — A veces se hace referencia a Gheel como la Colonia de Maníacos, porque es donde muchos de los locos van en un último intento de curarse. — Dio un suspiro tembloroso. — También es donde mi loco tío abuelo llevó a mi hermano en los últimos años después de secuestrarlo. Y donde ambos murieron en un incendio.

Capítulo 13

En ese momento, los sirvientes entraron con un desayuno típico parisino, carne asada y pollo, pasteles, uvas y peras, un ragú y un buen pan y queso, sin mencionar té, café y vino ordinario.

Fue una excelente distracción para Lisette, ya que apenas podía ver lo que Max acababa de revelar. No fueron solo sus palabras las que la sorprendieron, tampoco, fue su

tono atormentado. Parecía repentinamente cansado, y ella no quería nada más que consolarlo.

Pero no delante de Vidocq. Su viejo amigo ya había adivinado demasiado sobre ella y Max. ¿Y por qué Max no le había dicho esto, de todos modos?

Porque era un duque. Los duques no hablan sobre debilidad o enfermedad. No revelaban secretos oscuros sobre sus familias.

Aun así, le dolía que no hubiera que podía confiar en ella con el conocimiento. Recordó lo que él había dicho cuando le preguntó quién era el secuestrador: villano. Eso dejó de lado muchísimo.

—Así que, Max — dijo ella rotundamente después de que Vidocq despidió a los sirvientes — fue tu tío abuelo quien secuestró a tu hermano. ¿Por qué?

—Ojalá supiera. Ni siquiera sabía que era él quien lo hizo hasta el incendio. — Su tono se endureció. — Tenía casi cuatro años cuando Peter desapareció; Papá me acaba de decir que un villano lo había robado. Durante años, temí que hubiera villanos en todas partes esperando en los arbustos para robarme a mis padres.

—Oh, Max, eso es horrible — dijo en un tono comprensivo que hizo que Vidocq levantara una ceja. Ella lo ignoró.

Max parecía ponerse aún más tenso.

— Cuando tuve la edad suficiente para cuestionar lo que me habían contado, mis padres dijeron que tenían investigadores que buscaban a Peter en Inglaterra y América. Me dijeron que no tenían idea de quién lo había llevado. Eso fue una mentira. Sin embargo, se aferraron a eso hasta después del incendio, cuando ya no pudieron ocultarlo.

Ella recordó lo que él había dicho sobre que su familia le mintió. A eso se refería.

— Quizás no sabían que el secuestrador era tu tío abuelo.

—Tenían que saberlo. — Max se sirvió algo de comida. — Me llevó años reconstruir todo el cuento, pero aparentemente mi tío abuelo Nigel, un capitán naval apuesto, era bastante salvaje. Él y mi padre tenían solo diez años de diferencia, por lo que solían ir a beber juntos cada vez que el tío Nigel estaba de licencia, antes de casarse. O así pude distinguir las cosas que dijo mi padre y las historias que escuché de otros miembros de la familia. Más bien me sorprendió. Padre nunca parecía del tipo salvaje.

Max escogió un rollo caliente.

— Y aparentemente los días salvajes de mi padre no duraron mucho. Un par de años después de casarse con mamá, el padre se peleó amargamente con el tío Nigel una noche. Solo puedo suponer que el Padre se negó a seguir siendo su compañero en el pecado. Lo que sea que lo provocó, mi tío abuelo regresó a su barco y no tendría nada más que ver con la familia.

Miró fijamente hacia adelante como si mirara al pasado.

— No supieron nada de él durante cinco años. Entonces llegó la paz de Amiens, y la guerra entre Francia e Inglaterra cesó. El tío Nigel, que tenía unos cuarenta años para

entonces, solicitó y se le concedió el retiro. Vino a Marsbury House con ganas de hacer las paces, pero supongo que no fue bien. Unos días después, desapareció... y también Peter.

Lisette frunció el ceño mientras servía té para ella y Max.

—Entonces fue obvio quién lo llevó. Si tus padres lo supieran, ¿por qué no podrían encontrar a tu hermano?

—No dejó noticias con la marina ni con nadie más sobre a dónde iba. Mis padres asumieron que estaba en algún lugar de Inglaterra. Enviaron investigadores a todo el país, pero mi tío abuelo y mi hermano habían desaparecido. Papá también habría enviado hombres al continente, pero para entonces la guerra se había reanudado y nadie podía viajar de Inglaterra a Francia.

— ¿Por qué las autoridades no intentaron encontrarlo? — preguntó Vidocq.

—También ellos lo intentaron, pero sus manos estaban algo atadas. Mis padres inexplicablemente se negaron a dejar que hablaran sobre mi tío abuelo a la prensa. — Un leve indicio de asco entró en su voz. — Creo que mi padre estaba mortificado ante la idea de que un miembro de su familia hiciera tal cosa. Y sospecho que siempre esperó que mi tío abuelo llevara a Peter a casa un día, cuando el tío Nigel se cansara de cuidar a un niño.

— ¿Entonces tu tío abuelo crió a Peter en Gheel? — preguntó Lisette mientras se servía algo de ragú.

—No lo creemos, pero nunca escuché dónde estaba antes de eso — Max se comió un momento en silencio. — Tienes que entender, cuando ocurrió el incendio, nadie sabía de su conexión con nosotros. El tío Nigel les dijo a todos que Peter era su hijo y, por supuesto, nunca mencionó sus relaciones. Él y Peter incluso fueron por sus nombres reales. Pero era Bélgica durante la guerra, ¿quién asociaría a Peter Cale con el heredero desaparecido del duque inglés de Lyon, especialmente trece años después del secuestro?

Contuvo el aliento.

— Afortunadamente, después del incendio, alguien tuvo la previsión de salvar el anillo que llevaba mi tío, o más tarde ni siquiera hubieran podido identificar con certeza quién había sido.

Lisette se estremeció al pensar que Max podría haberse ido toda su vida sin saber qué pasó.

— ¿Cómo su familia se enteró del incendio?

—Las muertes fueron eventualmente reportadas en los periódicos de París, lo cual fue notado por el investigador que el padre había contratado poco después del exilio de Napoleón a Elba. El hombre le escribió a mi padre. Mientras estábamos en camino a París, el investigador fue a Gheel para ver qué podía averiguar. Por supuesto, cuando llegó allí, los cuerpos llevaban mucho tiempo enterrados. Interrogó a los residentes y le devolvió el anillo a mi padre.

Max dio un largo suspiro.

— Se enteró de que mi tío abuelo tenía un abogado en París, y aparentemente mi padre habló con el hombre, pero el abogado desconocía por completo la perfidia de mi tío. O eso me dijeron.

— ¿Descubrió su investigador algo en Gheel sobre por qué su tío abuelo secuestró a su hermano? — preguntó Vidocq.

—No. Nadie sabía nada de eso.

—La grieta entre tu padre y tu tío abuelo debió haberlo provocado, — añadió Lisette.
— Claramente, tu tío abuelo lo hizo para vengarse de tu padre.

—Esa es una explicación — dijo Max con firmeza. — Aunque secuestrar al heredero de mi padre parece bastante extremo. Y tampoco podría haberlo hecho por dinero, ya que en ese momento estaba muy lejos en términos de herederos. Yo era el segundo en la fila, ¿por qué no secuestrarme a mí también? Nunca tiene sentido para mí.

Vidocq cortó su rosbif en cuadrados precisos.

— Tu tío inicialmente podría haber actuado impulsivamente. La forma en que lo describiste señala a un hombre que rara vez piensa en el futuro. Pero una vez que se hizo el acto y su temperamento se enfrió, se encontró en un dilema. Si regresara a tu hermano, se enfrentaría a un posible juicio como secuestrador, tal vez incluso ejecución. Tal vez simplemente decidió criar al niño para evitar las consecuencias de devolverlo.

—Supongo — dijo Max. — Entonces siempre está la explicación de mi madre, que él simplemente estaba loco. El investigador determinó que el tío Nigel estaba en Gheel por esa razón. Y después de leer algo sobre el lugar, sé que permiten que sus locos vivan en paz con una familia que es contratada para cuidarlos. Supongo que dado que se creía que Peter era su hijo, también vivía con ellos.

—La locura hará que la gente haga cosas extrañas. — Vidocq fijó su mirada en Max. — Como bien sabes, su gracia.

Antes de que Lisette pudiera preguntarse eso, Max frunció el ceño a Vidocq.

— No veo cómo nada de esto nos ayuda a encontrar Bonnaud.

—Todavía no has dicho por qué lo estás buscando. — Vidocq bebió un poco de vino.
— ¿Qué tiene que ver Tristan con los problemas de tu familia?

—Tristan le envió al duque una nota que implicaba que Peter podría estar vivo — explicó Lisette. — Dijo que un amigo suyo tenía el pañuelo de Peter. Y dado que Tristán estuvo recientemente en esa parte de Bélgica, incluso podría ser cierto.

Max la miró con recelo.

— O porque estaba en esa parte de Bélgica, escuchó la historia completa de la muerte de mi hermano y decidió capitalizarla. Cuando determinamos que Peter estaba muerto, no dijimos a la prensa nada más que murió en un incendio en el continente. Esa fue la historia oficial, y esa es la historia que su hermano conoció hace años cuando lo conocí.

Ampliando su mirada para incluir a Vidocq, agregó:

— Dijiste que fue a Bélgica en busca de un falsificador. Bueno, tal vez llegó a un acuerdo con el hombre y lo convenció de que produjera la copia del pañuelo a cambio de que Bonnaud aceptara dejarlo ir.

Antes de que Lisette pudiera protestar por esa suposición escandalosa, Vidocq dijo:

— Tristan nunca haría eso. Es un hombre de carácter.

—Para un ladrón de caballos — gritó Max. Cuando Vidocq le lanzó una mirada de sorpresa, Max agregó: — Sí, sé todo sobre su pasado criminal. Rathmoor envió a alguien para que nos siguiera, por eso Lisette tuvo que contarme al respecto, para que pudiéramos tomar medidas para evadir al hombre.

—Entonces sabes por qué Tristán robó ese caballo — respondió Vidocq. — Para salvar a su familia. No lo culpo por eso.

—Obviamente, desde que lo contrataste — murmuró Max.

—Lo contraté porque era listo y estaba dispuesto a aprender. Vi potencial. Y también tenía razón sobre él. Es muy bueno en lo que hace.

—Lo que hace es actuar como agente de la policía secreta, lo que requiere cierto grado de engaño. Tal vez pensó que era hora de que usara sus talentos para su propio bien. Y con un falsificador en su poder...

—Dijiste que el pañuelo no se podía copiar — dijo Lisette acaloradamente.

—Bonnaud no lo sabe — señaló Max. — Podría haberlo pensado posible. Nunca vimos el resultado final, ¿verdad?

—Si Tristán estaba tan convencido de que podría engañarte con un fraude elaborado — respondió ella — ¿por qué no apareció en Londres?

Vidocq resopló.

— Porque Tristán nunca iría a Londres.

— ¡Eso es lo que dije! — Lisette miró a Max. — Pero él no me escuchará. Sigo diciéndole que no tiene sentido. Tristán simplemente no correría el riesgo de ser atrapado.

Max le lanzó una mirada oscura.

— Pero un hombre arriesgaría mucho por la oportunidad de una fortuna ducal. Si él y el falsificador estuvieran juntos...

—Por lo que sabes — respondió ella — el falsificador lo secuestró y falsificó la nota.

—Entonces, ¿cómo supo el falsificador de mi conexión anterior con tu hermano? Si el falsificador está involucrado, deben estar juntos. — Max se recostó para cruzar los brazos sobre el pecho. — Tu teoría es la que no tiene sentido.

Vidocq murmuró una maldición por lo bajo.

— Bien podrían estar casados, dada la forma en que ustedes dos pelean. ¿Alguno de ustedes explicaría todas sus tonterías acerca de que Tristán está en Londres?

Max sacó la nota y el roce del pañuelo que Tristán había enviado, luego los arrojó sobre la mesa a Vidocq.

— Recibí esto de Bonnaud hace unos días. Eso es lo que nos envió a viajar aquí en busca de él. Me convocó para reunirme con él y luego no apareció.

Obviamente despertó su curiosidad, Vidocq sacó un par de gafas para examinar la nota más de cerca. Sin decir una palabra, salió de la habitación, solo para regresar momentos después con otra hoja de papel. Dejando a un lado su plato, dejó la nota de Tristan al lado de la otra hoja, que Lisette también podía ver con la firma de Tristan.

Cuando Lisette comió un pastel y Max comenzó a separar una pata de pollo, Vidocq miró de un lado a otro entre las paginas repetidamente. Finalmente anunció:

— Puedo decir con certeza que la nota no está falsificada. Tristán la escribió.

— Sí, pero ¿de dónde fue enviada? — Max gruñó. — ¿Estaba realmente en Londres? ¿Y a dónde desapareció después de escribirlo?

— Es muy extraño — comentó Vidocq. — Esto acerca de no confiar en su mensajero, está siendo evasivo.

— Eso lo deduje yo mismo — se quejó Max.

Vidocq olió la nota y frotó el papel entre sus dedos.

— No creo que el papel se levante y anuncie dónde ha estado — dijo Max secamente.

Lisette lo pateó debajo de la mesa. Cuando su mirada se dirigió a ella, ella dijo:

— Deja que Vidocq trabaje. Este es su fuerte. Hizo su fortuna desarrollando papel a prueba de manipulaciones para bancos.

— Y el papel puede decirte dónde ha estado — agregó Vidocq con una mirada aguda a Lisette. — Diría por la textura desigual que este papel ha estado en algún lugar donde absorbió humedad con el tiempo.

— ¿En el mar, tal vez? — dijo Lisette.

— Quizás. — Luego, Vidocq examinó el roce del pañuelo. — Y esto es un roce real, no la interpretación de algún artista. El papel se plantea en los lugares correctos.

Max parpadeó.

— No se me ocurrió que un artista podría crear un roce.

— Un falsificador ciertamente podría engañar a los ojos. Pero engañar a la mano sería prácticamente imposible. — Vidocq se quitó las gafas. — Si ustedes dos pueden permanecer en París hoy, iré al Sûreté y veré qué pueden decirme sobre la misión de Tristán. Al menos puedo saber si Tristán informó haber encontrado el falsificador. Entonces podemos descartar la posibilidad de que él esté trabajando con el hombre. Su superior incluso podría saber exactamente hacia dónde se dirigía Tristán.

— Quería hablar con el jefe de la Sûreté primero, pero ella no me dejaba — dijo Max asintiendo con la cabeza a Lisette.

— ¡Porque querías que despidieran a Tristan! — Lisette respondió. — ¡Lo admitiste!

—El jefe no te hubiera dicho nada, de todos modos — dijo Vidocq suavemente. — Eres un duque inglés. Te habría adulado y prometido investigar el asunto, y luego, como dice Lisette, habría despedido a Tristán sin una audiencia. El hombre es un asno.

—Un estúpido trasero — murmuró Lisette. — Está dando por sentado a su mejor agente.

—El hombre no reconoce la brillantez, ni siquiera la mera competencia — dijo Vidocq. — Solo le importa si se siguen las reglas. Y a Tristan siempre le importaron más los resultados que los métodos necesarios para obtenerlos.

—Así que si este jefe no aprecia la «brillantez», dijo Max con la más mínima sonrisa, ¿cómo conseguirás que te diga la información que necesitas?

—Ciertamente no consultando con él. Es mejor mantenerlo fuera por completo. — Vidocq dio su sonrisa astuta. — Tengo conexiones, otras con las que puedo hablar. No se preocupe, sabré todo lo que la Sûreté sabe sobre Tristán al caer la noche.

—Eso nos dará tiempo para mirar más detenidamente la casa de Tristán — dijo Lisette. — Podríamos encontrar algo allí para decirnos quién es ese amigo suyo. El que él piensa es Peter.

Max asintió con la cabeza.

— Vale la pena intentarlo.

—Y le dará a Su Gracia la oportunidad de contarte todas las partes de la historia que ha dejado de lado sobre su familia — dijo Vidocq, mirando a Max.

El color se fue de la cara de Max.

— Gracias por recordármelo, Vidocq. — Max miró sombríamente su taza de té. — ¿No se supone que vas a ir a algún lado?

Vidocq se levantó.

— Si no se lo has dicho cuando regrese, se lo diré yo mismo.

—Entiendo. — Max se levantó. — No importa si ella lo sabe de todos modos — agregó en un tono que le dijo a Lisette que le importaba mucho. — Ella seguramente se enteraría de ello eventualmente.

—Muy bien. Entonces me voy a la Sûreté. Ustedes dos deben terminen su déjeuner. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, ya sea aquí o en las habitaciones de Tristan. Pide a mis sirvientes lo que necesites, «Sr. Kale »Estarán encantados de atenderle. Ellos conocen bien a Lisette. — Se acercó para darle un beso en la frente a Lisette, luego murmuró en francés: — Cuidado, mi ángel. Estás jugando un juego peligroso con este duque.

Ella se inclinó para susurrarle al oído.

— No es tan malo como parece pensar.

Vidocq parecía escéptico pero no respondió. Simplemente inclinó su cabeza hacia Max y se fue.

Regresó a su desayuno, muy consciente de la mirada de Max sobre ella mientras mordía una pera. El no estaba comiendo. En cambio, se sentó allí bebiendo té y rompiendo el resto de su rollo en migajas.

Le rompió el corazón. Se veía tan perdido.

— Max, no sé por qué Vidocq está tan ansioso de entrometerse en los asuntos de un extraño, pero...

— Solo quiere protegerte. — Soltó una risa ahogada. — Ciertamente entiendo eso.

Su sorprendente defensa de Vidocq la tomó por sorpresa.

— ¿Lo haces?

Max parecía sombrío.

— Parecen muy... cómodos juntos.

— Lo estamos — dijo simplemente. — Es como un padre para mí.

— Podría decirlo.

Al menos no lo dijo con el tono celoso que había tenido la noche anterior. Ella se relajó un poco.

— Contrató a Tristan en un momento en que Maman y yo necesitábamos desesperadamente los fondos. Luego, después de la muerte de Maman, Vidocq también me dio un puesto. Así que le estoy muy agradecida. — Después de limpiarse la boca con la servilleta, se levantó de la mesa. — Pero eso no significa que haga lo que él diga.

Había visto lo suficiente como para saber que el orgullo y la dignidad de Max habían sido golpeados a fondo ese día. Si realmente se preocupaba por él, necesitaba darle su privacidad. No importaba lo que dijo Vidocq.

En ese momento, ella tomó una decisión.

— Simplemente ignora las demandas de Vidocq de que me diga la «verdad». Puedes guardar tus secretos, Max. No me importan.

Capítulo 14

Lisette estaba cansada de tratar de entender a Max, cansada de cómo la obsesionaba. Si él quisiera cerrarse de cualquiera que pudiera preocuparse por él, entonces ella lo dejaría.

Con esa resolución, dejó la mesa y salió por la puerta del comedor. Uno de los criados la llamó en francés desde el otro extremo del pasillo.

— ¿Está todo bien, señorita? ¿Hay algo que podamos conseguirte?

—No, nada — respondió ella. — No necesitaremos más sus servicios esta tarde. Tenemos trabajo que hacer en el alojamiento de mi hermano.

—Muy bien, señorita — dijo el criado.

Cuando Lisette se apresuró por el pasillo, escuchó el ruido de la silla de Max en el comedor. Luego él la siguió mientras ella atravesaba la casa de Vidocq y el patio hacia la otra casa.

—Mis secretos son más preocupantes para ti de lo que crees — dijo Max al entrar en las habitaciones de Tristan.

Cuando hubiera seguido atravesando la pequeña área pública de Tristan hasta el estudio, Max se apresuró a adelantarse para bloquear su camino.

— Mis secretos son la razón por la que no puedo casarme contigo. Que no me casaré contigo.

Llevaba esa mirada cerrada que siempre la hacía sentir como si fuera a pisar suavemente. Solo que esta vez, pudo ver el dolor detrás de él.

De repente su corazón latía con fuerza. Fue una tontería de su parte, pero no importaba lo que se hubiera dicho hasta ahora, no importaba lo que le hubiera dicho, ella quería ser su esposa. Y la forma en que lo mencionaba le decía que era algo que él había considerado.

O eso, o él era como el padre, jugando con sus emociones.

Ella obligó a su voz a ser ligera.

— No me digas que tienes una esposa secreta escondida en alguna parte, como el rey inglés con su señora Fitzherbert.

Su risa seca la alivió.

— No, la única relación secreta que tengo puede ser un hermano. O no. Ya no lo sé.

Ella se abalanzó sobre eso para evitar volver a visitar su negativa a casarse con ella. Ella no creía que pudiera soportar escuchar su razón. Debía ser realmente grave si Vidocq lo sabía.

— Entonces, ¿crees que Tristán podría haber encontrado a tu hermano?

—Es posible, supongo — dijo. — La historia del incendio siempre me ha dejado con demasiadas preguntas. Si mi tío estaba loco, ¿cómo estaba lo suficientemente cuerdo como para ir a Gheel a buscar una cura? ¿O fue puesto allí? Y si las autoridades lo encarcelaron allí, como a veces hacen locos violentos, ¿por qué no hay registros de ello? El problema es que nunca podré obtener respuestas a mis preguntas. El investigador murió hace mucho tiempo, y los informes que le dio a mi padre desaparecieron.

Ella parpadeó.

— ¿Por qué?

— Mi padre los quemó no mucho antes de morir.

Eso la sorprendió.

— Pero eso... ¡eso no tiene sentido! ¿Por qué haría una cosa tan loca? — Instantáneamente se arrepintió de su pobre elección de palabras.

Pero Max solo dijo rotundamente:

— Probablemente porque estaba loco.

Un miedo repentino e innumerable se apoderó de su corazón.

— ¿Qué quieres decir?

— Eso es lo que Vidocq quería que supieras. — Dio un suspiro tembloroso. — No solo tuve un tío abuelo que se volvió loco en sus últimos años, sino un padre que también lo hizo. Y dada esa historia, es probable que yo también me vuelva loco antes de morir.

¿Loco? ¿Pensaba que se iba a volver loco? Se le heló la sangre. ¡Su pobre querido Max! ¿Ese era el secreto que le había estado ocultando?

Sin esperar su respuesta, Max giró sobre sus talones y se fue al estudio de Tristan.

Su mente se aceleró mientras usaba la nueva información para reexaminar todo lo que había dicho y hecho en los últimos días. Pero una cosa se destacó por encima del resto.

— No, — dijo ella mientras corría tras él.

Eso hizo que se detuviera, luego se giró para mirarla.

— ¿Que quieres decir no?

— Solo porque tu padre y tu tío abuelo se volvieron locos no es motivo para creer que tú también lo harás.

— Dios, ayúdame, Lisette, tienes que escuchar...

— ¡No! ¡No lo haré! — Tal vez fue solo la desesperación la que la condujo, pero ella sabía en su corazón que él estaba dando un salto que no debería. — ¿Estaba loco tu abuelo? ¿Y tu bisabuelo?

Él la miró sombríamente.

— No, pero eso no significa nada.

— ¡Claro que lo hace! No eres como tu padre, estoy segura de eso. Eres el hombre más sano que conozco.

— Por ahora lo soy. ¿Quién sabe lo que seré en diez o veinte años? No los golpeó hasta que fueron mayores.

Ella lo miró fijamente, la comprensión amaneciendo.

— ¿Es por eso que no dejas a nadie acercarse? ¿Porque tienes este terrible miedo sobre tu cabeza de que terminarás loco?

— ¡No seas condescendiente conmigo! — se aplastó. Ella se estremeció, y él suavizó su tono. — No te dejé acercarse porque no quería que lo supieras. — Sus ojos, tan profundamente atormentados, buscaron en su rostro. — Por primera vez en mi vida, una mujer me miró sin prejuicios, sin medirme por mi riqueza o por los chismes sobre mi familia. — El anhelo en su rostro hizo que su corazón le doliera por él. — Eras la única mujer que no me miraba y

se preguntaba, cada vez que decía algo fuera de lo común, «¿Está comenzando? ¿Recogerá un tenedor en cualquier momento y me pinchará con él?»

Su voz se volvió fría.

— Así es como la sociedad se enteró de Padre. Un día, en una cena con el duque de Wellington, imaginó que vio a un asaltante, y le clavó un tenedor en el brazo a uno de los mejores invitados de Wellington. Después de eso, no había forma de ocultar el hecho de que estaba perdiendo su mente. — Él la miró fijamente. — Y tampoco había forma de ocultar el hecho de que era probable que yo fuera igual.

— Si eso es lo que la gente en tus círculos te ha estado diciendo, entonces ellos también están locos — dijo.

— Tal vez, — gruñó él. — Pero todavía me miran, esperan que muestre signos de ello. Y sé, si nadie más lo hace, que con dos de esas relaciones en mi familia, es muy probable que lo herede.

Podía ver que él realmente lo creía. Luchando contra las lágrimas, ella puso su mano sobre su brazo, pero él se la sacudió.

— ¡No me compadezcas tampoco, maldita sea! — gruñó, la ira ardiendo en su rostro.

Pero esta vez no dejaría que él la alejara.

— No confundas la preocupación con la piedad. — Se ahogó las lágrimas, luchando contra el impulso de llorar por todo lo que había sufrido. — Lamento lo que has soportado, pero no me convencerás de que significa que estás destinado al mismo destino. No me lo puedo creer. No lo creeré.

— Esa es la otra razón por la que no te conté sobre Padre. Porque sabía que ignorarías lo obvio. — Dio una risa áspera. — La misma mujer que cree en la bondad de su hermano, incluso cuando todo apunta en la otra dirección, ciertamente no va a creer que un hombre que parece perfectamente cuerdo en este momento podría no seguir siéndolo. — Bajó la voz a un murmullo dolorido. — Especialmente cuando se trata de un hombre que le importa.

Su corazón saltó a su garganta.

— Me preocupo por ti. Demasiado para dejarte seguir temiendo que tengas un futuro tan horrible. A veces solo tienes que ignorar tus miedos.

— ¿La forma en que ignoras los tuyos? — cortó él.

Ella se congeló.

— ¿De qué estás hablando?

— Tienes tanto miedo que terminarás como tu madre, sola con un par de hijos y sin medios para cuidarlos. Tanto miedo de que los hombres te decepcionen. No te veo ignorando tus miedos, Lisette.

Él estaba en lo correcto. Había estado tan ocupada protegiéndose para que el duque no pisoteara su corazón que no había notado al hombre torturado dentro del castillo dorado.

Bueno, ciertamente lo estaba notando ahora. Ese era el secreto que lo mantenía rígido, remoto y temeroso de sus propios deseos, temiendo que un pequeño desliz revelara alguna

locura al acecho. Era el secreto que lo hizo sufrir por todo lo que había perdido cuando su hermano había muerto, dejándolo para heredar el ducado.

También fue el secreto que lo hizo comportarse amablemente a veces. Porque sabía lo que era ser burlado secretamente. ¿Quién hubiera adivinado que ella y un duque tendrían algo tan esencial en común?

— Sí, es verdad — se las arregló mientras luchaba contra la simpatía que estaba segura de que debía mostrar en su rostro. — He dejado que mis miedos gobiernen mi vida demasiado tiempo. Pero empiezo a pensar que perdí mucho en el proceso. Quizás es hora de que deje de vivir en el pasado de mi madre.

Claramente, esa no era la respuesta que esperaba, porque comenzó a sacudir la cabeza.

— Es sabio preocuparse por los hombres, y sin duda por mí. Definitivamente te decepcionaré.

— Al menos nunca me mientes — dijo. — No eres como papá, que usó la esperanza de un matrimonio para llevar a mamá a su cama. Nunca afirmaste que podríamos tener algo más allá de tu... tu...

— ¿Una pasión salvaje por ti que me posee a pesar de todos mis intentos de pisotearla? — Su mirada se quemó con la de ella. — No. Pero eso no hace que esto sea más fácil.

Ella no quería hacer que le fuera más fácil tirar su vida por un miedo que nunca podría suceder.

— ¿Entonces quieres decir que nunca te casaras? — preguntó ella sin rodeos. — ¿O solo soy yo con la que estás decidido a "*no poder casarse*"?

Él cuadró los hombros.

— Si me caso depende en gran medida de si Peter está vivo. Si no es así, tengo que proporcionar un heredero para el ducado. No hay nadie para heredar, y me niego a dividir toda mi propiedad y venderla. Tengo inquilinos que dependen de mí, miles de sirvientes en mis propiedades, no puedo defraudarlos al no casarme.

Eso la confundió.

— Entonces te refieres a casarte.

— Si Peter no está vivo, sí. Pero tendrá que ser un tipo particular de matrimonio.

— ¿Y de qué tipo es eso? — ella gestionó.

— Vi a mi madre morir lentamente por dentro mientras mi padre se volvía loco. Estaba tan destruida por eso que juré que nunca pondría a una mujer que me importara por eso. Ni una que se preocupara por mí. — Cuando ella frunció el ceño, agregó, — Pero hay mujeres que con gusto renunciarían a un encuentro amoroso por el privilegio de ser duquesas. Mujeres que se preocupan más por su rango y posición que por el afecto, cuyos corazones no se romperán cuando vean a sus esposos volverse locos, siempre y cuando sepan que su lugar en la sociedad está asegurado para siempre.

— ¿Y realmente crees que quieres que ese tipo de mujer te cuide si te vuelves loco? — ella reclamó. — Algunas... algunas arpías que se paran sobre tu cama esperando que mueras.

Él palideció ante su contundente descripción.

— Mejor que una mitad viuda llorosa, mitad esposa, que viva en el infierno mientras dure la locura. Para mi padre, duró cuatro años. Cuatro años, Lisette. Imagina mirar alguien que te importa olvidar todo lo que fue. Pasar de ser un hombre de gran posición a una broma susurrada en los pasillos de las casas elegantes.

— Eso no significa que la respuesta sea encontrar a alguien a quien no le importes.

— Tomará a alguien así para aceptar mis condiciones. — La obstinación hizo que su mandíbula se tensara. — Cualquiera mujer con la que me case debe aceptar entregarme a los cuidadores una vez que comience la locura. Mi madre se desvaneció tratando de cuidar a mi padre en sus últimos días, por lo que murió solo un año después.

— Tal vez ella simplemente lo extrañaba, — dijo Lisette gentilmente. — Las parejas casadas a menudo se siguen hasta la muerte, especialmente si eran particularmente cercanas.

— Eso no es por qué — mordió. — Murió destrozada por una tonta culpa. Ella se culpó a sí misma por su muerte, porque él murió después de que ella le administrara un poco de láudano para ayudarlo a dormir. Eso fue después de que ella pasó los años de su locura llevándolo por el continente buscando una cura, durante el cual la acompañé.

Ah, por eso había viajado tanto, por qué tenía un yate privado.

— Hubiera hecho lo mismo.

— ¡Exactamente! — se aplastó. — Nunca aceptarías dejar mi bienestar a otros. Nunca te lavarías las manos. No eres ese tipo de mujer.

— ¡Ciertamente no, gracias a Dios! — Indignada por su idea del único matrimonio que le permitía, ella preguntó, — ¿Se te ha ocurrido alguna vez que las parejas casadas soportan ver a sus cónyuges envejecer, debilitarse y senil todo el tiempo? ¿Qué es parte del matrimonio? Una parte difícil, sin duda, pero no tan difícil que uno simplemente renuncia a la institución por completo.

— Eso no es lo mismo. — Él la fulminó con la mirada. — Han tenido una vida juntos, mucho tiempo para estar juntos, para saborear las partes buenas del matrimonio, para que puedan mantenerse a través de las partes malas.

— ¿Tuvo mi padre una vida con su esposa, que murió con Dom? No, no lo hizo. Y eso sucede más a menudo de lo que piensas. La gente muere joven a veces. Así es la vida. — Ella ahuecó su querido rostro atormentado en sus manos. — Por eso debes saborearla mientras puedas. Porque nunca se sabe cuándo será arrebatada. Papá siguió posponiendo lo que sabía que debía hacer, seguro de que tendría tiempo más tarde. Y luego nunca llegó.

— No lo estoy posponiendo — dijo suavemente, cubriendo sus manos con las suyas. — Simplemente no lo estoy haciendo en absoluto. — Su mirada se volvió feroz. — Y es por

eso que si Peter está vivo, no me casaré con nadie. Que sea él quien transmita el legado de la locura si lo desea. Entonces estará fuera de mis manos, gracias a Dios.

Se alejó y comenzó a pasearse.

— El testamento del padre no hizo provisiones para mi herencia o posición en la familia si Peter está vivo, por lo que tendré que depender de la generosidad de mi hermano. Lo que significa que podría no... Poder pagar los médicos y asistentes necesarios para tratar con alguien que se volvió loco. Así que no voy a infligir esa carga a una esposa también.

Ella marchó para agarrarlo por el brazo y detenerlo.

— En cambio, ¿te refieres a aislarte de alguien que se preocupe por ti? ¿Vivir una existencia estéril en un matrimonio frío y sin amor o sin ningún tipo de matrimonio? ¿Ese es tu plan para tu futuro?

Poniéndose rígido, encontró su mirada con una enojada.

— No puedes entenderlo. Es mucho más fácil para mí no permitirme... preocuparme por una mujer que preocuparme por ella con el conocimiento de lo que un futuro conmigo traerá.

— En primer lugar, no sabes con certeza qué te deparará el futuro. Ninguno de nosotros lo hacemos. — Cuando él comenzó a responder, ella presionó un dedo contra sus labios. — Y en segundo lugar, es demasiado tarde para no preocuparte. — Ella acarició su mejilla cortada. — Ya te importa. Sobre mí. Lo dijiste anoche. A menos que fuera mentira.

— Sabes que no fue así — susurró él.

Porque él nunca mintió. Y la razón completa de eso la golpeó. Nunca mintió, porque sus padres le habían mentado desde su infancia. Porque la locura en sí misma era una mentira gigante, jugando trucos en la mente de uno.

Por eso aborrecía tanto el engaño. Y por qué ella no podía ser más que honesta con él.

Era hora de ser honesta consigo misma también. Aparte de sus hermanos, nunca había conocido a un hombre tan honorable y bueno como él. Así que arrojarlo a un lado porque no cumplía con las estrictas condiciones que ella había creado para protegerse del dolor parecía ridículo.

Ella solo podría tener una oportunidad con él, y esa era la suya. Una vez que encontraron a Tristán, cualquier cosa podría pasar. Pero durante estas pocas horas, ella quería ser suya, saber cómo era estar en los brazos de un hombre que amaba.

¿Amaba? No, ella no era tan tonta. Porque casi con toda seguridad rompería su corazón.

Pero no importaba. Si él dejara de lado sus miedos, entonces ella tendría que dejar de lado los suyos primero.

— Si te preocupas por mí, muéstramelo. — Le rodeó el cuello con los brazos. — Porque Dios sabe que me importas.

Su expresión se volvió severa, cruda.

— Lisette, no hagas esto.

— ¿Qué me importas? ¿Qué te deseo? Eso no desaparecerá solo porque hayas decidido que debe hacerlo. — Podía sentir la tensión en él, la forma en que él se mantenía aparte, como si negara sus propios deseos por pura voluntad.

Estaba luchando muy duro para no reaccionar.

— ¿Qué pasó con tu no querer ser la amante de un duque? — se ahogó.

—No deseo ser la amante de ningún hombre. — Rindiéndose al impulso de arrojar precaución al viento, se presionó contra su cuerpo rígido. — Pero eso no significa que quiera pasar mi vida como monja tampoco.

Eso tuvo una reacción muy firme, tanto en la flexión de su mandíbula arriba como en la flexión de... algo completamente inferior.

Obviamente, él también lo sabía, porque la agarró por los brazos como si se los quitara del cuello.

— No te voy a arruinar para ningún otro hombre.

Ella se aferró a su cuello, decidida a ganar lo que quería, él en su cama.

— Demasiado tarde. ¿De verdad crees que podría mirar a otro hombre después de ti?

Cuando el calor chispeó en sus ojos y él la agarró por los brazos más como un hombre ahogado que uno peleando, ella aprovechó su ventaja.

—Si voy a pasar el resto de mi vida sin ti debido a tus condiciones y tus reglas y tus temores por el futuro, entonces al menos dame algo para recordar y déjame pasar una tarde en tu cama.

La palabra cama tuvo el efecto deseado. Él la miró un largo momento, su lucha interna evidente en cada línea cincelada de sus rasgos audaces.

Luego murmuró:

— Tenía razón, realmente eres una mujer malvada, malvada.

Y su boca se estrelló contra la de ella.

Capítulo 15

Maximilian sabía que no debería estar haciendo eso, pero no se había resistido cuando se enteró de la maldición familiar. Ella no lo había mirado de manera diferente. A lo largo de todo, ella había seguido siendo Lisette. Su Lisette

Metiendo las manos en las mangas hinchadas de su vestido, la besó salvajemente, exuberantemente. Él violó su boca, luego su mandíbula, luego su garganta, y cuando sintió

su pulso saltar bajo sus labios y escuchó sus suaves y dulces gemidos, comenzó de nuevo al principio.

Se dijo a sí mismo que la besaría lo suficiente como para saborear este dulce momento. Se dijo a sí mismo que la alejaría de él después de haber bebido hasta saciarse. Pero él sabía que mintió. En el momento en que ella comenzó a luchar por él, él comenzó a perder la batalla para resistirla.

¿Y cómo podría terminar con esto cuando sus respuestas febriles demostraron que estaba dispuesta y tan ansiosa como él?

— Debemos parar — gruñó él contra su garganta. — Alguien entrará.

— No, no lo harán. — Ella le quitó el abrigo de los hombros. — Vidocq no volverá por horas, y ya les dije a los sirvientes que no los necesitábamos.

Incluso cuando eso disparó su imaginación y su deseo, despertó su alarma. Especialmente cuando ella comenzó a desabrocharle los botones del chaleco.

Agarrando sus manos, trató de apartarla firmemente de él.

— ¿Qué haces querida?

Ella lo miró con una inclinación insolente de los labios.

— Tentándote — murmuró ella, exactamente como lo había hecho en Brighton. Luego, con los ojos brillantes, frotó la parte inferior de su cuerpo contra su polla que se endurecía rápidamente y añadió: — Y parece estar funcionando bastante bien.

Dios lo ayude. ¿Cuándo se había convertido en una seductora tan talentosa?

— No debes hacer esto, — se atragantó.

— Es tu culpa. — Levantó la mano que todavía agarraba la suya y la presionó contra su pecho hasta que él pudo sentir su tenso pezón incluso a través de su vestido. — Tú empezaste. Me introdujiste al deseo, me enseñaste a sentirlo, a quererlo. Por lo tanto, lo menos que puede hacer es satisfacer los impulsos que despertaste.

Cuando ella volvió a pasarle la mano por el pecho, él gimió y la soltó, pero solo para poder acariciarla él mismo mientras ansiaba hacerlo. Con una sonrisa tentadora, ella se estiró para besarlo.

La atrapó por la cintura con una mano para poder amasar su pecho con la otra mientras devastaba su boca una y otra vez. Ella sabía a mantequilla y miel, tan deliciosamente delicioso que apenas podía evitar comerla.

Maldita sea, estaba perdiendo esta batalla. La había deseado demasiado tiempo, la necesitaba demasiado tiempo. Su sangre cantaba, Más. Ahora. Más de Lisette, y su cuerpo escuchó el grito con gran entusiasmo.

Después de todo, él no tenía que tomar su inocencia. Podrían hacer lo que habían hecho en el carruaje, darse placer mutuamente. Podía satisfacerla lo suficiente como para saciar su curiosidad y aliviar su hambre, sin arruinarla.

Con eso decidido, la tomó en sus brazos y gruñó.

— ¿Dónde?

Ella parpadeó pero lo agarró por el cuello como una rosa salvaje que enviaba corredores, luego le lanzó una mirada sensual que hizo que su sangre se calentara.

— Mi dormitorio. — Ella asintió hacia una puerta entreabierta al lado del estudio de su hermano. — Ahí.

— ¿Tienes un dormitorio aquí? — preguntó mientras caminaba hacia él.

— Viví con Tristán durante tres años después de la muerte de Maman.

— Ah bien. — Por el momento, era todo lo que podía hacer para recordar su propio nombre, con ella tendida suave y fragante y cediendo en sus brazos.

La llevó dentro de la habitación de techo alto, luego se detuvo en seco. Empapelado en un patrón de lavanda y blanco con pequeñas violetas que se arrastraban a lo largo de las rayas, el dormitorio era un santuario bastante femenino. Bordados con cintas adornaban cada silla y cada cubierta, y las cortinas eran de encaje y volantes.

Entonces Lisette se quitó el chaleco y le desabrochó la camisa, y cada pensamiento lúcido huyó. Todo lo que vio fue a ella tratando de seducirlo con una mezcla de ingenuidad y anticipación que solo una virgen podía exhibir. Su respiración se aceleró y su sangre se convirtió en fuego, incluso cuando se recordó a sí mismo que no iba a tomar esa inocencia.

Dándole una sonrisa rápida y nerviosa, le dio la espalda.

— Tendrás que deshacer mi vestido. No puedo manejarlo.

Él dudó. Aferrarse a su plan de solo complacerla sería decididamente más difícil si ambos estuvieran completamente desnudos. Pero no podía soportar renunciar a su única oportunidad de ver lo que había debajo del camisón que había tentado sus pensamientos en los últimos días.

Con una urgencia nacida de una ferviente necesidad de tocarla y abrazarla y verla como la Naturaleza la había deseado, la despojó de su turno, luego le dio la espalda para mirarlo.

— Quítatelo — gruñó, queriendo verla hacerlo.

Ella lo miró por debajo de las pestañas bajas.

— Solo después de quitarte la ropa también.

No lo dudó. Quería sus manos sobre él, quería que ella pasara esos dedos largos y delicados por su pecho y vientre y directamente hacia la polla que era tan dura para ella, que ya estaba luchando por liberarse de sus pantalones.

Una vez que se desnudó hasta sus cajones, dijo con voz ronca:

— Quiero verte desnuda, querida. Déjame verte.

De repente tímida, bajó la mirada y se concentró en desatar su turno. Luego se lo puso sobre la cabeza y lo dejó caer al suelo, y él pensó que había muerto y se había ido al cielo.

O tal vez el infierno, porque verla, tan perfecta, tan hermosa, lo hacía querer más de lo que podía permitirse.

Su piel era como porcelana fina que rogaba ser acariciada y acariciada, y sus senos... Oh, Dios, sus senos estaban llenos y pesados, sus pezones rosados tan tentadores que era todo lo que podía hacer para no tirarla a la cama y enterrar su rostro en su seno.

Pero había más que quería ver, así que bajó la mirada sobre su vientre ligeramente curvado con su ombligo que hacía señas a los suaves y oscuros rizos que ocultaban los misterios de su carne femenina.

La carne que no podía esperar para saborear, chupar y saquear.

—Eres una diosa encarnada — gruñó mientras la atrapaba en sus brazos. Y por ahora, ella era su diosa encarnada.

La besó un largo momento, complaciendo su impulso de llenar sus manos con sus dulces pechos desnudos. Solo cuando la hizo jadear y apoyarse en él, la dejó caer en la cama y se acostó a su lado para poder chupar los tensos pezones que lo estaban molestando.

Ella apretó sus manos en su cabello, sosteniéndolo cerca mientras jadeaba y gemía debajo de las pestañas de su lengua sobre sus exuberantes senos.

— Oh... mon Coeur... eso se siente tan... muy... bien.

¿Ella lo había llamado mi corazón? Regodeándose en el cariño, la besó por el vientre hasta el centro cubierto de rocío que quería devorar. Cuando él cubrió su carne con su boca, ella casi se levantó de la cama.

— ¡Max! ¿Qué estás haciendo?

—Satisfaciendo tu deseo — murmuró contra su piel sedosa.

Luego se puso a ello. Y Dios, ¿era embriagador probarla, tener su lengua dentro de ella de la forma en que ansiaba meter su polla dentro de ella? Como no podía hacer lo último, usó todo el conocimiento que había adquirido en sus aventuras juveniles con bailarines y actrices de ópera para despertarla y burlarse de ella, hasta que ella se retorció y rogaba debajo de su boca.

Cuando ella agarró su cabeza y comenzó a jadear, él supo que ella estaba casi allí, y tomó todo su control no levantarse y empujarla.

En cambio, redobló sus esfuerzos, la satisfacción rugió a través de él cuando ella presionó con fuerza contra su boca y encontró su liberación con tanta fuerza que sintió los espasmos contra su lengua cuando ella gritó.

Mucho después de que ella llegó, él se quedó allí entre sus hermosos muslos, besándola, acariciándola mientras luchaba por controlar su ansiosa polla. ¿Se atrevió a pedirle que volviera a hacer por él lo que había hecho en el carruaje? ¿Podía controlar su control si ella lo hacía?

Porque tenerla solo complaciéndolo con su mano ya no era suficiente. Nunca podría ser suficiente. Tan pronto como terminara, la querría una y otra vez, hasta que la hiciera suya. Por eso debería abandonar la cama ahora mismo.

Sin embargo, la tentación de tener sus manos sobre él era demasiado grande para resistirla. Acostado junto a ella, apartó los calzones y luego cerró los dedos alrededor de su polla.

Para su sorpresa, ella se resistió.

— No, — susurró ella. — Te quiero a ti dentro de mí."

—No lo haré — se atragantó. — Si no quieres complacerme, está bien, pero no voy a tomar tu inocencia.

La terquedad estalló en su rostro.

— Crees que no, ¿verdad? — Se deslizó lo suficientemente cerca como para acunar su polla contra su vientre. Entonces ella se onduló contra él.

—Maldita sea, Lisette — refunfuñó mientras su polla iba de dura a piedra — estás jugando con fuego.

—No estoy jugando. Estoy peleando. Quiero que te lleves mi inocencia. Sólo tú. — Cuando trató de alejarse, ella agarró sus caderas y agregó desesperadamente, — Lo juro, Max, que esto es lo único que te pediré. No necesito una promesa de matrimonio, sé que no puedes ofrecer eso. Solo quiero esto una vez contigo. Y tú también lo quieres. Yo sé que si.

—Te mereces algo mejor — dijo con voz ronca, empujando impotente contra la piel satinada de su vientre. — Te mereces todo.

—Pero ¿estás seguro de que lo tendré? Incluso si encuentro a otro hombre conmigo, ¿cómo puedes estar seguro de que me tratará bien? Podría perder mi inocencia ante un hombre que demuestra ser despiadado o cruel.

Cerró los ojos contra las palabras, pero eso solo lo empeoró, porque ahora podía imaginarlo con gran detalle. Podía verla con un trasero que, en el mejor de los casos, la daría por sentado y, en el peor, podría lastimarla. Quien seguramente nunca la apreciaría como él.

—Entonces tal vez — agregó ella en un susurro herido — tal vez eso no te importe.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—Maldita sea, sabes que sí. — Y dejar que ella pelee con lógica, no con lágrimas. Ella sabía cuán susceptible era él a una discusión razonable. — No juegas limpio.

—Yo juego tan limpio como tú, que me enseñaste a desearte y ahora espero que olvide que me duele por ti, que necesito...

La besó con fuerza en un intento de borrar sus palabras, pero no funcionó. Porque él también la necesitaba. Y ella lo sabía, su tentadora mentirosa.

Rodando sobre ella, gruñó.

— Maldita seas, Lisette. — La besó bruscamente mientras separaba sus muslos con las rodillas. — Maldición — le raspó los labios cuando encontró la entrada a su pasaje de seda. — No descansarás hasta que... me tengas completamente esclavizado...

—Sí... mon Coeur...

Con esas dulces palabras sonando en sus oídos, se deslizó dentro de ella.

El corazón de Lisette se disparó. Apenas capaz de creer que había ganado, jadeó de alivio contra su boca. Ella había ganado y él no la había dejado, lo que significaba que le importaba. Significaba que, sin importar lo que dijera sobre lo que deberían o no deberían hacer, sin importar sus condiciones y sus reglas, él tenía sentimientos profundos por ella.

Ella lo tenía por fin.

Pero ella parecía tener un tigre por la cola, porque él era grueso y duro dentro de ella, mucho más grande y más intrusivo de lo que esperaba.

—Oh, Dios, Lisette — murmuró — te sientes maravilloso.

—Asi... tú — se las arregló para ahogarse, diciéndose a sí misma que solo era un poco falso. Se sentía maravilloso que su cuerpo la rodeara, sus fuertes brazos la abrazaran, su cabello le rozara las mejillas cada vez que besaba su frente, sus labios o su garganta.

Él dejó de avanzar lentamente dentro de ella y retrocedió para mirarla, con una diversión impía en sus ojos.

— Todavía no me has mentado, descarada. No empieces ahora. Sé que no puede ser cómodo para ti. — Se inclinó para susurrar, — Entonces, imagínanos solos juntos en mi yate privado en un hermoso día de verano en el Mediterráneo.

Ella se relajó un poco, y él se deslizó más profundamente dentro de ella.

—Eso es todo — susurró. — Imagina que el sol calienta nuestra piel. Imagínanos descansando el día, alimentándonos uno al otro naranjas y bebiendo vino.

Cerrando los ojos, lo imaginó y se relajó un poco más. Acomodó su cosa más adentro, pero se sintió menos... incómodo de alguna manera.

— ¿Mejor ahora? — él raspó.

Esa vez ella dijo la verdad.

— Un poco.

El asintió.

— Agárrate a mí, querida. Al principio será difícil navegar, pero una vez que obtengas las piernas del mar, será mejor de lo que esperas.

—Ciertamente espero que sí — dijo ella con ardor, haciéndole reír.

Luego se lanzó con fuerza. Sus ojos se abrieron de golpe y agarró sus brazos. Pero el dolor fue realmente solo una pizca y no duró mucho. Ni siquiera fue tan malo como Maman había descrito.

Él permaneció inmóvil, besándola y acariciándola hasta que ella dejó de agarrarlo por los brazos.

— ¿Todo bien?

Ella tragó saliva y asintió.

Fue entonces cuando comenzó el verdadero amor. Mientras su boca arrastraba cálidas y dulces caricias por su cuello, se deslizó dentro y fuera de ella en movimientos largos y lentos que al principio parecían incómodos, luego interesantes, y luego más bien cálidos.

Fue la experiencia más deliciosamente íntima.

Su mirada ardiente sobre ella lo hizo aún más, aunque mirar hacia otro lado no cambió eso, ya que ella todavía podía escuchar sus respiraciones agudas, aún olía el leve aroma del eau de colonia debajo del almizcle de la bestia pura masculina... aún sentía los fuertes empujes de él dentro de ella que se aceleraron y se volvieron más agradables por momentos.

Él jadeaba ahora, y ella también. Algún instinto la hizo arquearse contra él, y una promesa de placer la estremeció que la hizo hacerlo una y otra vez.

— Ah... querida... sí... así, — él raspó contra su garganta.

Había pensado que nada podría igualar que su boca la excitara, pero tenerlo dentro y alrededor de ella, haciéndola sentir dolor y añorar, era aún más encantador. Su carne provocó una tormenta desde abajo que rápidamente se convirtió en una tempestad y luego en un torbellino que sacudió todas las barreras entre ellos.

Y como su atronador empujes se aceleró y se arrastró sus dedos por su espalda, mientras sus respiraciones trabajosos entrelazados con los de ella y sus cuerpos se movían en conjunto, se convirtieron en un ser, bailando en el torbellino hasta que abovedados en un cielo glorioso.

Estuvieron juntos allí por un momento espléndido cuando sintió que se derramaba dentro de ella. Luego cayeron a tierra y él se derrumbó encima de ella.

Enredada con él, gastada, cálida y contenta, sintió que podía acostarse para siempre en sus brazos.

Mientras lo sostenía cerca, el placer aún temblaba en su cuerpo, él susurró:

— Ah, mi tentadora peligrosa... Me matas.

Si alguien había asesinado, era él. Había matado su resistencia a él, a su deseo de ser independiente, sola. Sin embargo, él también había matado sus malos recuerdos, sus inseguridades... sus miedos. Por eso, ella siempre estaría agradecida.

Ahora era su turno de matar sus miedos y malos recuerdos. Ella lo quería por su cuenta, y la única forma de tenerlo era desterrar el pasado y enseñarle a abrazar el futuro. Pero ella no estaba segura de cómo hacerlo. Max no era como cualquier hombre que hubiera conocido.

Con un suspiro irregular, él rodó fuera de ella, la atrajo hacia sí para que se acostaran como una cuchara, luego acarició su cuello. Su lánguida satisfacción regresó. Al menos le importaba. Ella lo sabía con certeza.

— Siempre hueles tan bien — murmuró.

Ella puso su brazo sobre el que él había envuelto casualmente alrededor de su cintura.

— Tú también.

— Ahora no, me temo. Espero que tu hermano tenga una bañera en alguna parte.

Ella volvió la cara hacia él y sonrió.

— Extrañas tus comodidades djucuales, ¿verdad?

— Algunos de ellas — admitió él, sonriéndole y rozándole un beso en los labios. Luego echó un vistazo rápido a la habitación. — Sin embargo, esto es bastante cómodo. No es lo que hubiera esperado de un alojamiento de soltero.

— Estamos en deuda con Vidocq por eso — murmuró.

— ¿Vidocq también es responsable de la decoración? — preguntó en tono burlón.

¿El duque en realidad le estaba tomando el pelo? Ya estaba progresando, y sin siquiera intentarlo.

— Puedes culparme de eso. La lavanda es mi color favorito.

Apoyó la cabeza sobre un codo mientras miraba a su alrededor más lentamente.

— Nunca lo habría adivinado, — dijo secamente. — Pero en realidad no estaba comentando sobre el fondo de pantalla o el bordado en todas partes. Son las tallas africanas ubicadas entre los volantes de tu tocador, el colmillo de marfil apoyado contra tu reloj ormolu y la daga de ébano sobre tu cómoda adornada con flores que proporcionan una nota algo exótica.

Ella rió.

— Oh, esos vinieron de papá. Él siempre traía algo de sus viajes para mí. Y, por supuesto, tengo que mostrarlos a todos. — Miró sus tesoros con nostalgia. — Es un recordatorio de que algún día espero reunir algunos tesoros extranjeros propios.

Su mirada se volvió pensativa.

— Para mí, son un recordatorio de que eres un estudio en contradicciones.

Girándose para mirarlo completamente, pasó la mano sobre la mejilla fuertemente barbuda que representaba su propia contradicción, el duque rígido y apropiado con barba de dos días.

— Tristan dice que mi habitación parece el castillo de una princesa que un pirata ha invadido.

— ¿Eso me convierte en pirata?

— Ciertamente no. Te convierte en el príncipe que ha venido a matarlo.

Aunque ciertamente tenía complexión de pirata, musculoso y magistralmente armado. La idea misma de que se volviera loco parecía absurda, cuando yacía allí extremadamente sano y vigoroso, como un corsario notorio y elegante con un deseo de princesas.

— Por supuesto, te verás más como un príncipe después de bañarte, afeitarte y cambiarte de ropa.

— No necesitas nada para parecer una princesa. — Le pasó los dedos por el pelo. Cuando ella sonrió, él agregó: — O una duquesa.

El aliento se le quedó atascado en la garganta.

—Max...

—Sabes que tenemos que casarnos. Hoy, si es posible, pero ciertamente tan pronto como regresemos a Inglaterra.

Por un momento ella se regocijó en su oferta, que era más de lo que papá le había dado a su madre. ¡Ah, y cómo quería aceptar! Para ser su esposa, no podía imaginar nada más maravilloso.

Si fuera un matrimonio real. Pero ella podía decir por la forma en que lo había dicho que no sería un matrimonio real.

— No, — respondió ella. — Nosotros no.

Él buscó en su rostro.

— ¿No quieres casarte conmigo?

Más que la vida.

— Solo si te olvidas de tus condiciones. Las que dicen que no debo preocuparme demasiado por ti. Que debo dejarte sufrir solo en tus últimos días. Que debo abandonarte cuando la situación se vuelve demasiado difícil.

Un músculo hizo tictac en su mandíbula. Luego, murmurando un juramento en voz baja, buscó a tientas sus calzones, que yacían enredados en la colcha, y dejó la cama.

— Lo siento, pero esas condiciones no son negociables.

La desesperación la agarró mientras arrastraba los calzones sobre su trasero extremadamente firme.

— Entonces no me casaré contigo, — dijo suavemente. — No seré esposa por mitades. No con nadie, pero especialmente contigo.

Se detuvo un momento dándole la espalda, sin decir nada. Luego se volvió hacia ella con una mirada decidida.

— No lo entiendes.

—Lo hago. Quieres controlar tu futuro. — Se sentó y tiró la colcha sobre sus senos, colocándola debajo de sus brazos. — Pero también quieres controlar el mío. Y no seré controlada.

Él la miró fijamente, luego sacudió la cabeza para indicar dónde había manchado su sangre la sábana debajo de ella.

—No tienes elección. Te he arruinado.

—A mi voluntad. Ciertamente no voy a castigarte por hacerlo haciéndote adherir a alguna regla de conducta que incluso mi propia madre se burló.

— ¡No sería un castigo, maldita sea! — dijo él, y el fuego en su rostro brevemente le dio esperanza. Luego volvió a darle la espalda para buscar su ropa. — Y es la única opción que tenemos. A diferencia de tu padre, creo en comportarme con honor. Quiero cuidarte ahora que yo...

—Solo si me dejas cuidarte a cambio — dijo suavemente. — Te tengo sin culpa en esto, Max. Sé que una esposa como yo no estaba en tus planes.

—Los planes cambian — dijo.

Un nudo atrapado en su garganta.

— Tienes suficientes cosas cambiando en tu vida en este momento. Este no es momento para tomar decisiones apresuradas.

—Quieres decir que no quieres casarte conmigo si resulta que no soy el duque después de todo — dijo molesto.

La pura ridiculez de eso la hizo reír.

— Sabes perfectamente que no me importa si eres el duque. Pero de todos modos no hay nada que podamos hacer al respecto en este momento. No es que podamos casarnos hoy, ni siquiera somos ciudadanos franceses.

—Confía en mí — replicó él — podría arreglarlo.

Probablemente también podría hacerlo.

— Ah, pero entonces la prensa se enteraría y estaría chismorreando acerca de que te casaras con alguien, y comenzarían a buscar información, y todo lo que te preocupaba en primer lugar cuando te negabas a viajar conmigo pasaría.

Cuando él maldijo por lo bajo, ella agregó:

— Es mejor que permanezcamos de incógnito en este momento. No creo que debamos actuar sobre nada hasta que descubramos qué está pasando con tu hermano y el mío. — De repente se le ocurrió una idea y se le encogió el estómago. — Además, es posible que no quieras casarte conmigo después de que sepamos la verdad sobre eso.

Su expresión se suavizó.

— Lo que sea que haga tu hermano no tiene nada que ver con nuestro futuro juntos. No para mí, de todos modos. De eso puedes estar segura.

Eso la satisfizo enormemente. Quizás aún podían tener una oportunidad juntos. Algún día.

— De todos modos, debemos esperar para tomar una decisión hasta que su vida y su futuro estén resueltos. — Hasta que pudiera estar segura de que sus sentimientos eran más profundos que la mera pasión. Que estaba dispuesto a estar juntos en la enfermedad y en la salud, hasta la muerte, los separara. Ella no aceptaría nada menos de él.

¿Y amor? ¿Qué hay del amor?

Su garganta se apretó mientras se alejaba de ese pensamiento. El amor era demasiado pedir. Si ella lamentaba eso de él, si se permitía enamorarse de él, realmente había una buena posibilidad de que él le rompiera el corazón.

Desafortunadamente, su corazón no parecía inclinado a escuchar sus precauciones. Ya estaba medio enamorada de él.

Le estaba incitando a extender su mano hacia él.

— Estoy cansada de hablar, — susurró ella, queriendo olvidar, aunque sea brevemente, las complicaciones de su situación actual. — Regresa a la cama. Vidocq no volverá hasta la noche, así que tenemos unas horas juntos. Deberíamos aprovecharlo al máximo.

Ella quería perderse en él una vez más.

El calor estalló en su rostro, y sus ojos siguieron un camino de fuego por su cuerpo. Luego estabilizó sus hombros y volvió su mirada a la de ella.

— Hasta que aceptes casarte conmigo, no volveremos a hacer esto.

El shock rápidamente dio paso a la irritación.

— ¿Estás tratando de chantajearme para que haga lo que quieras, Su Excelencia? — dijo ella con firmeza. — Porque le aseguro que, aunque disfruté lo que hicimos juntos, no estoy tan desesperado por la atención masculina que aceptaré cualquier demanda suya para obtenerla.

—No es chantaje. — Se cruzó de brazos sobre el pecho. Su pecho todavía desnudo, todavía magnífico. — Pero cada vez que hacemos el amor, corremos el riesgo de concebir un hijo, y no dejaré que traigas a un bastardo a este mundo para ser burlado y ridiculizado.

Ella lo miró boquiabierta, con el corazón en el estómago.

— De todos los insultos... — Con su ira furiosa, saltó de la cama, arrastrando la colcha con ella. — ¿Cómo puedes pensar que alguna vez dejaría que mi hijo sufriera las crueldades de ser un bastardo?

Él la miró fijamente.

— Te niegas a casarte conmigo. ¿Qué más debo pensar?

Ella se acercó para meter su dedo en su pecho.

— Si me encuentro con un niño, te aseguro que me casaré contigo. ¡No soy tan tonta como eso!

Cuando una súbita satisfacción brilló en sus ojos, la consciencia surgió. El diablo tomara su temperamento! Ella acababa de decirle exactamente lo que quería saber, que tenía una manera de hacer que se casara con él.

—En ese caso — dijo arrastrando las palabras, agarrando su mano y tratando de atraerla hacia él, — volvamos a la cama.

Ella le arrebató la mano.

— Oh, no, no lo haces. No me vas a hacer tonta en un intento de tenerme embarazada. — Girando sobre sus talones, marchó hacia el armario y encontró una bata que había dejado para cada vez que lo visitaba. — Creo que tienes razón, Max. No deberíamos hacer esto de nuevo. — Al menos no hasta que se diera cuenta de que el único matrimonio que valía la pena era uno real.

Cambiando la colcha por la bata, ella le lanzó una mirada aireada.

— Ahora creo que voy a llamar para bañarme. Bien podría aprovechar el tiempo que debemos pasar esperando a Vidocq.

Se dirigió hacia la puerta, pero vaciló al pensar en algo. Volviendo a la cama, se quitó la sábana manchada de sangre y la arrojó a la chimenea. Max observó en silencio mientras ella prendía fuego encima.

Pero cuando ella avivó las llamas, él dijo:

— Deshaciendote de la evidencia, ¿verdad?

Sin dejar de mirarlo, recogió su ropa.

— Los criados creen que estamos casados, ¿recuerdas?

Esa ceja irritante de él se arqueó.

— Eso no es lo que te preocupa. Te preocupa que le digan a Vidocq lo que sucedió, y que él le cuente a tus hermanos al respecto, lo que me los enviaría directamente. — Su voz se volvió arrogante. — Y sabes muy bien que si se enfrentan a mí, no dudaré en decirles que no soy el que se opone al matrimonio.

¡Oh, estaba tan seguro de sí mismo! Y tan abominablemente correcto.

Incluso negándose a dignificar sus comentarios con una réplica caliente, se apresuró hacia la puerta. Tenía que alejarse de él antes de hacer algo imprudente, como... ¡como empujar el arrogante y molesto trasero por un balcón!

O aceptar su oferta de matrimonio, condiciones infernales y todo.

Las lágrimas picaron sus ojos. Maldito sea, Max era el único hombre que conocía que podría convertir lo que debería haber sido el momento más romántico del mundo en una propuesta de negocios calculada.

Pero cuando ella comenzó a irse, él agregó en voz baja detrás de ella,

— Te lo advierto, cariño. Tampoco juego limpio cuando se trata de obtener lo que quiero.

Una emoción la atravesó. Muy bien, entonces tal vez su propuesta no había sido del todo fría. Pero eso no lo hacía mejor. O más aceptable.

Luchando por la calma, ella lo enfrentó. A pesar de su cabello revuelto y su barbilla sin afeitar y la falta de vestimenta decente, todavía parecía todo un duque. Todavía llevaba el aire de suprema confianza en sí mismo que la atormentaba y enloquecía.

Y sus ojos brillaron con resolución.

— No me rendiré fácilmente, Lisette.

Ella lo miró fijamente.

— Yo tampoco.

Entonces ella huyó.

Capítulo 16

Con el corazón en la garganta, Maximilian vio a Lisette irse. Dios santo, lo había manejado mal. ¿Qué demonios le pasaba? Ni siquiera un duque podía ordenarle a una mujer que se casara con él. Las mujeres no apreciaban ese tipo de desprecio por sus sentimientos.

Se pasó una mano por la cara. Desafortunadamente, algo sobre la oscura y sensual Lisette rompía su autocontrol cada vez y lo hacía comportarse como un tonto.

Probablemente esperaba palabras dulces y promesas de amor y una larga vida de felicidad connubial. No una lógica y racional declaración contundente como «*Sabes que tenemos que casarnos*».

Pero maldita sea, la lógica y la razón eran todo lo que podía ofrecerle. Una larga vida de felicidad connubial era altamente improbable. Aunque amor, tal vez...

Apretando los dientes, comenzó a vestirse. No estaba enamorado de Lisette, ¡maldita sea! No podía ser tan tonto. Estar enamorado hacia que los hombres hicieran cosas como ceder el control por completo a las mujeres que amaban. No iba a hacer eso, sin importar cuánto había disfrutado tener a Lisette en su cama.

Se detuvo con la camisa en la mano. Realmente lo había disfrutado. Y no solo la parte en la que habían hecho el amor, tampoco, la forma en que lo había tentado y provocado para que se acostara con ella, y luego se entregó a él con una dulzura insoportable.

Eso había sido memorable, pero era la parte posterior que nunca olvidaría. Acostada allí tan amigablemente con ella, con la mirada hacia él con una ternura que se derretía en su rostro... incluso haciendo que rechace su oferta de matrimonio.

A pesar de todo lo que había dicho sobre el matrimonio como una prisión para mujeres, casi había esperado que ella jugara con su sentido del honor y exigiera que se casara con ella. Cualquier otra mujer virginal lo habría hecho, especialmente cuando la persona que había tomado su inocencia era un soltero elegible como él.

Pero no Lisette, oh no.

«Sabes perfectamente que no me importa si eres el duque».

¡Y se había reído! Ella lo quería por sí mismo, no por su título o riqueza. Ella lo quería a pesar de la verdad sobre la maldición de su familia.

Un nudo atrapado en su garganta. Solo Lisette miraría más allá del chisme al hombre. No el duque de Lyon, sino Maximilian Cale. O Max, como ella lo llamaba tan jocosamente.

Eso también era algo a lo que no estaba acostumbrado. Ella se atrevió a burlarse de él. Ninguna mujer había hecho eso, ni siquiera las hermanas y esposas de sus amigos. Estaban demasiado intimidados por el frío y distante duque.

Pero Lisette lo trataba como a un igual. Era malditamente intoxicante. Le hacía quererla tanto como a su duquesa que mataría dragones para tenerla.

Él gimió. Eso en sí mismo debería servir como una advertencia de que debe proceder con precaución. Tenía que casarse con ella, por supuesto, no estaba dispuesto a dejarla sufrir las consecuencias de su ruina, pero tendría que asegurarse de que ella lo hiciera bajo sus términos. Tendría que entender y aceptar las peculiaridades de su situación.

El problema era que ella sentía demasiado, deseaba demasiado. Tenía que aprender a no hacer eso si iban a tener un matrimonio aceptable.

Y todavía.

«*Mon coeur*». Ella lo había llamado « *mi corazón* ».

Su pulso se aceleró. Solo el recuerdo de las palabras, pronunciadas con tanto cariño, despertó los sentimientos que había luchado durante tantos años por encarcelar en la fortaleza de su corazón. Como la rosa salvaje que era, estaba creciendo sobre las paredes, en las grietas, rompiendo la piedra...

¡No, maldita sea! No la dejaría destruir sus muros. De esa manera yacen el dolor y el sufrimiento. ¿No había tenido suficiente de eso en su vida?

La haría su esposa. Cumpliría su deber con ella, y lo disfrutaría, pero eso era todo lo que se permitiría. Amor... No, el amor no era parte de eso. No podría ser parte de eso, no si él quisiera protegerla al final.

Echó un vistazo a la habitación que era tan visiblemente suya, juró y salió por la puerta. Por ahora tenía que apartar a la encantadora Lisette de su mente el tiempo suficiente para apuntalar sus defensas. Quizás algún tiempo dedicado a buscar el estudio de Bonnaud haría eso.

Desafortunadamente, después de una hora, se dio cuenta de que no había nada en el maldito lugar que le dijera algo útil. Había cajas llenas de papeles... pero ninguno de ellos tenía nada que ver con su familia.

Y las notas de Bonnaud estaban escritas en un código críptico que mostraba que el hombre era aún más paranoico que su padre en su máxima locura. Aunque eso era de esperar de un agente de la policía secreta francesa.

Acababa de cerrar la última caja cuando el sonido de una garganta aclarada lo detuvo. Se giró para encontrar al mayordomo de Vidocq parado en la puerta.

— ¿Si? — dijo Maximilian en francés. — ¿Qué es?

— Madame dice que tal vez quieras bañarte.

Con un pequeño apretón en su corazón ante la consideración de Lisette, Maximilian dijo:

— De hecho lo haría. Gracias.

El sirviente soltó un jadeo de molestia típico francés. Maximilian estaba acostumbrado a la insolencia de los sirvientes franceses, pero esto fue más allá de la palidez.

— ¿Es eso un problema? — él chasqueó.

—Meramente pensé que deberías saber que quizás tengas que esperar un rato. Madame insiste en que tienes agua fresca y que llevará tiempo calentarla. Si el agua dulce es lo que prefiere.

Ahora Maximilian estaba desconcertado.

— Por supuesto que prefiero agua fresca. ¿Qué más hay ahí?

El mayordomo puso los ojos en blanco, como frustrado por tratar con alguien tan ajeno a Maximiliano.

—Las esposas y los maridos a menudo comparten agua de baño en Francia, Sr. Kale. Olvidé que su inglés puede ser... fastidioso.

Varias cosas golpearon a Maximiliano a la vez. Uno, había olvidado que se suponía que estaban casados. Dos, había olvidado que los sirvientes no sabían que era un duque. Y tres, ¿la gente realmente compartió el agua del baño?

Antes de que pudiera comprender algo tan escandaloso, Lisette apareció. Le informó al mayordomo que era mejor que le diera a su esposo un baño caliente y rápido, o que Vidocq tendría su cabeza. El mayordomo respondió con algunas palabras selectas sobre el inglés y sus tonterías, y ella respondió con algunas propias.

Mientras tanto, Maximilian había dejado de prestar atención a la conversación en el momento en que se dio cuenta de lo bien que la bata de Lisette rozaba sus atractivas curvas. Llevaba el pelo envuelto en una toalla, pero unos mechones le rodearon el cuello, haciéndola lucir aún más deliciosa de lo habitual. Y Dios, ella olía a flores.

Ella siempre olía a flores. Le hizo quererla de nuevo.

Cuando aparentemente ganó la discusión y el mayordomo se escabulló para cumplir su orden, miró a Maximiliano.

— ¿Encontraste algo en los documentos de Tristan?

—No. — Eso fue todo lo que pudo ahogar más allá de su imagen de una Lisette desnuda.

Afortunadamente, ella no parecía darse cuenta de lo mucho que estaba disfrutando la vista de su cuerpo escasamente vestido.

—Temía eso. Esperemos que Vidocq descubra algo en la Sûreté.

—Sí, esperemos.

—Bueno, entonces voy a tomar una siesta. Disfruta tu baño.

— ¡Lisette! — la llamó mientras ella se alejaba.

Ella se detuvo para mirarlo.

— ¿Qué?

— ¿Las parejas casadas realmente comparten agua de baño en Francia?

Una sonrisa engreída cruzó su rostro.

— En Francia, en Inglaterra, y probablemente en la mitad de los países de Europa, Su Excelencia. Ahorra la molestia de calentar y transportar cubos de agua. Y tampoco se trata solo de parejas casadas. A veces familias enteras se bañan en la misma agua.

—Dios santo — murmuró. - Eso es... eso es...

— ¿Repugnante? Sí lo es. Alégrate de que los sirvientes de Vidocq tengan en cuenta que eres uno de esos "*ingleses fastidiosos*". — Se rió alegremente. — Cuando se trata de baños, yo también soy uno de esos "*ingleses fastidiosos*".

—Una pena — dijo rápidamente antes de que ella pudiera irse de nuevo. Cuando ella le dirigió una mirada burlona, él rastrilló su cuerpo con una mirada acalorada. — Podría disfrutar compartir un baño contigo.

Ella parpadeó. Entonces el color se elevó en sus mejillas.

— Qué pena, entonces, que es poco probable que tengas esa oportunidad. — Se marchó, con la espalda rígida, pero él había logrado su objetivo.

Si no pudiera ganarla usando la lógica y la razón, la ganaría por seducción. Ella era una mujer sensual que lo deseaba. Seguramente eso sería suficiente para que ella se case con él al final.

Sin embargo, eso no le sirvió de nada en este momento. Cuando ella desapareció en su dormitorio, él quedó una vez más infructuosamente excitado. Reprimiendo un suspiro, regresó por el patio a la casa de Vidocq para bañarse, al que asistieron un par de criados más serviciales que el que se había quejado de calentar el agua del baño.

Cuando terminó, estaba hambriento. Afortunadamente, el cocinero de Vidocq se mostraba amable con los ingleses y amontonó una bandeja llena de pan, queso y fruta para que él lo llevara al alojamiento de Bonnaud para compartir con Lisette.

Maximilian la encontró profundamente dormida y contuvo el aliento. Se veía tan atractiva cuando dormía, con sus delicadas manos recogidas debajo de su mejilla, su cabello caído sobre la almohada, y la piel de alabastro de su hombro mostraba dónde se había deslizado su envoltura.

Ansiaba acariciarla como lo hacían los rayos del sol poniente, bailando sobre su cuerpo. Quería meterse en la cama y despertarla con largos y perezosos besos.

Pero ella necesitaba dormir. No se sabía cuándo volverían a tener la oportunidad, dependiendo de lo que descubrió Vidocq.

Entonces se fue al pequeño comedor donde había puesto la bandeja de comida, se sentó a la pequeña mesa y comenzó a comer. No había estado allí mucho tiempo cuando llegó Vidocq.

El francés se unió a él en la mesa.

— ¿Dónde está Lisette?

—Dormida. Ella estaba cansada.

— ¿Le dijiste la verdad? — preguntó Vidocq.

Maximiliano se puso rígido.

— Yo lo hice.

— ¿Cómo lo tomó ella?

— Mejor de lo que esperaba — dijo Maximilian fríamente.

Vidocq se recostó para examinarlo con desconcertante minuciosidad.

— ¿Te acostaste con ella?

Una feroz oleada de ira brotó en él.

— Eso no es asunto tuyo.

— Lo que significa que lo hiciste.

Maximilian se levantó, apretando los puños a los costados.

— Ahora, mira aquí, Vidocq, si alguna vez le dices una palabra a alguien sobre tus escandalosas suposiciones...

— Nunca le haría daño a ella ni a su reputación. — Lanzó a Maximiliano una mirada dura. — Pero no estoy seguro de poder decir lo mismo de ti.

Maximilian se sonrojó, lo que nunca le sucedió. Pero entonces, nunca antes se había enfrentado con el padre sustituto de una mujer con la que acababa de acostarse.

— Le ofrecí su matrimonio.

— ¿De verdad? — dijo Vidocq, curiosamente sin sonar sorprendido.

— Me rechazó.

Vidocq se puso pensativo.

— Ahora, eso es inesperado.

— Con ella, lo inesperado es lo esperado — espetó Maximilian. — Nunca he conocido a una mujer más impredecible en mi vida.

— Tiende a seguir su propio camino. — Vidocq hizo un gesto hacia la silla, y Maximilian retomó de mala gana su asiento. — Pero siempre puedes contar con que ella tenga una debilidad por las causas perdidas. Y ciertamente eres eso, Su Gracia.

Maximiliano se frotó el puente de la nariz.

— Entonces, ¿por qué me rechazó?

— Tal vez ella piensa que esa es la forma de salvarte.

No puedo ser salvado.

Pero eso no era algo que se atreviera a admitir al demasiado perceptivo Vidocq. El hombre ya sabía demasiado sobre él y sus asuntos.

— En cualquier caso, eso no tiene nada que ver con por qué estamos aquí. — Se cruzó de brazos sobre el pecho. — ¿Qué descubriste sobre Bonnaud?

Vidocq se puso rígido, luego asintió rápidamente en dirección a la habitación de Lisette. Maximilian se giró para verla en la puerta, con aspecto arrugado, somnoliento y completamente encantador.

Excepto por el brillo en sus ojos.

— Espero que no estuvieras planeando tener esta discusión sin mí — dijo ella, caminando lánguidamente hacia ellos.

Vidocq sonrió.

— No lo soñaría, mon ange.

Cuando Maximilian se levantó para darle su silla, se preguntó si había escuchado la otra parte de la conversación. Él esperaba que no. Ella no apreciaría que hablaran de ella a sus espaldas.

Se sentó y Maximilian se apoyó contra el bufé con marcas que parecía servir como la parte de la «cocina» de la habitación. Solo deseaba que ella estuviera usando más que esa maldita bata. Le dificultaba concentrarse en otra cosa que no fuera ella.

—No pude averiguar mucho — dijo Vidocq, — pero descubrí dos cosas importantes. Mientras todavía estaba en Amberes hace dos meses, Tristán escribió y solicitó un mes de licencia, que le fue otorgado. Y no saben por qué todavía no ha regresado. — La voz de Vidocq se tensó. — Aparentemente, todos creían que él simplemente había dejado la Sûreté para trabajar para mí sin molestarse en renunciar.

—En cambio, se fue a seguir su propio plan — dijo Maximilian cínicamente. — Es justo como lo he dicho todo el tiempo, ha encontrado una mejor manera de asegurar su futuro que llegar a la fama en la Sûreté.

Cuando Lisette lo fulminó con la mirada, Vidocq dijo:

— En realidad, tampoco creo que sea eso. Tristán capturó al falsificador y lo colocó en una celda en Amberes, luego escribió a sus superiores para enviar a alguien a buscar al prisionero debido a asuntos personales que Tristán tenía que atender.

— ¿Dónde? — preguntó Lisette.

—Londres, obviamente, — intervino Maximilian.

—Espero que no — dijo Vidocq. — Ostende es donde Tristán habría ido a tomar el bote de vapor a Londres, y ha habido un brote reciente de cólera allí.

—Oh no, — dijo Lisette ansiosamente.

Vidocq le dio unas palmaditas en la mano.

— Es joven y saludable. Estoy seguro de que incluso si fue a Ostende, no contrajo el cólera.

—Bueno, obviamente todavía tenía buena salud la semana pasada cuando me escribió esa nota — señaló Maximilian. — A menos que estuviera delirando con fiebre en ese momento.

—Eso no podría ser — dijo Lisette con desdén. — Si hubiera tenido cólera, ni siquiera lo habrían dejado entrar... — Se detuvo, con los ojos muy abiertos. — ¡Cuarentena!

Maximilian instantáneamente siguió sus pensamientos.

— Si. Eso explicaría mucho. Ni siquiera es necesario que haya una enfermedad a bordo de un barco para que las leyes de cuarentena entren en vigencia. Se requiere que el capitán levante una bandera amarilla cada vez que su barco provenga de una ciudad donde hay una enfermedad infecciosa desenfrenada. En el momento en que el barco llegó a Londres, habría sido puesto en cuarentena, incluso sin enfermedad a bordo. El Consejo Privado tiende a ser... — Se detuvo, notando la extraña forma en que Vidocq lo estaba mirando. — ¿Qué es?

—Sabes muchísimo sobre la cuarentena, Señoría.

—He viajado mucho — dijo a la defensiva. — Y varios miembros de mi familia sirvieron en la marina. — Cuando Vidocq levantó su ceja, Maximilian se levantó rígidamente. — Y tengo un amigo en el Consejo Privado.

Lisette lo miró con recelo.

— Por supuesto que sí.

—Mi punto es que el Consejo Privado decide si poner en cuarentena un barco, y tiende a ser demasiado cauteloso. Una vez que se ha tomado la decisión, la cuarentena puede durar semanas.

—Eso explicaría por qué Tristan no podría simplemente ir a tu casa con tu... con su amigo — señaló Lisette. — Nadie los habría dejado salir de la nave, incluso si no estuvieran enfermos. Las reglas son muy estrictas.

Dios santo, comenzó a parecer cada vez más como si Bonnaud realmente hubiera encontrado a Peter.

Su corazón comenzó a latir con fuerza. Por primera vez, se permitió esperar que su hermano pudiera estar vivo. Puede que ya no esté solo con la maldición familiar.

—Es una teoría interesante — dijo Maximilian, alejándose del buffet para caminar por el piso, — pero no explica todo. Supongamos que Bonnaud pagó a un oficial de cuarentena para pasar de contrabando esa nota que me envió. Es altamente ilegal, y cualquiera que lo acepte estaría arriesgando la pérdida permanente de su posición, así como una multa considerable, pero podría hacerse.

Se detuvo para enfrentarlos.

— Sin embargo, sacar a una persona de un barco en cuarentena es más difícil. Los barcos patrullan esos barcos todas las noches para asegurarse de que nadie intente nadar. Entonces, ¿cómo podría Bonnaud haber pensado en verme? Parecía que estaba enviando esa nota directamente desde el lugar de reunión, como si ya estuviera allí esperando.

—Cualquier cosa es posible con suficiente dinero — dijo Vidocq, — especialmente cuando se trata de sobornar a funcionarios gubernamentales mal pagados.

— ¿Pero Bonnaud tendría fondos suficientes para eso?

Vidocq se encogió de hombros.

—Cualquier agente de cuarentena que lo estuviera ayudando tendría que saber que estaba tratando de comunicarse con un duque. Tristán podría haber prometido que ofrecerías una recompensa suficiente.

—Por otro lado — dijo Lisette — Tristán podría haber tenido suficiente dinero para sacar a una persona de contrabando del barco, pero no dos. Por eso no pudo llevar a su compañero. Aunque no entiendo por qué no solo esperó a bordo hasta que terminó la cuarentena.

Maximilian señaló:

— La otra pregunta es, si se tomó tantas molestias para bajar del barco, ¿por qué no se quedó para recibirme?

—Dijiste que llegaste tarde — respondió Lisette. — Quizás el oficial de cuarentena lo llevó hasta los muelles de Londres, pero se impacientó cuando no apareciste de inmediato. El hombre podría haber comenzado a preocuparse de que los atrapen. Como dices, las consecuencias de eso son graves.

Vidocq asintió con la cabeza.

— Incluso podría haber decidido que Tristán había confundido la situación, o no tenía una conexión con el duque de Lyon, después de todo. ¿Quién sabe? Cuando se trata con funcionarios de aduanas ingleses, pueden ocurrir muchas cosas.

—Dios sabe que es verdad — dijo Maximilian.

—Y otra cosa — dijo Lisette. — Siempre me molestó que Tristan no intentara ponerse en contacto conmigo o con Dom. Pero no podría haberlo hecho si estaba en cuarentena y era tan difícil.

—En realidad — dijo Maximilian — habría tenido más sentido que se pusiera en contacto con ustedes dos y que se reunieran conmigo para llevarme a él.

Vidocq sacudió la cabeza.

— Tristan nunca se arriesgaría a involucrar a Dom o Lisette. Si George se entera, podría acusar a Lisette, tal vez incluso a Dom, de albergar a un fugitivo.

—Desafortunadamente, eso es cierto — dijo Lisette con un suspiro. — Y Tristan definitivamente nos mantendría al margen si pensara que es más seguro.

—Todo esto sigue siendo una suposición — dijo Vidocq. — Ni siquiera sabemos con certeza si Tristán estuvo alguna vez en Ostende.

— ¿Podríamos hablar con el falsificador? — preguntó Maximilian. — Quizás Tristán le contó algo de sus planes.

—Si lo hizo, entonces el hombre los llevó a su tumba — dijo Vidocq. — Fue ejecutado la semana pasada.

Maximilian parpadeó.

— ¿Tan rápido?

Vidocq se encogió de hombros.

— El sujeto había sido condenado y sentenciado a la guillotina antes de escapar. Así que no quedaba nada más que hacer que cumplir su sentencia una vez que los oficiales lo trajeron de vuelta aquí.

— Y no creo que hayan hablado con Bonnaud.

Vidocq negó con la cabeza.

— Ya se había ido cuando llegaron allí. Podrías hablar con el carcelero. Quizás podría contarte más

— No podemos viajar a Bélgica, Max — dijo Lisette con una mirada ansiosa. — Dom regresa pronto a Londres, y si no regresa, es probable que te persiga con las dagas desenvainadas. No puedo confiar en que Skrimshaw no le diga con quién me voy.

— Puedo manejar a Manton — le aseguró Maximilian. Simplemente le diría al hombre que quería casarse con ella, y eso sería todo. — Pero estoy de acuerdo, un viaje a Bélgica, tratando de volver sobre los pasos de Bonnaud, está fuera de discusión. Llevaría demasiado tiempo, y si está en cuarentena en Londres y podría terminar en cualquier momento, cada minuto cuenta.

Además, cuanto más tiempo viajara con Lisette, más se arriesgaba a que su reputación sufriera daños irreparables. Si bien eso podría ser una ventaja para él forzarla a casarse, él no quería eso para ella.

— Así que creo — continuó — que nuestra mejor opción es regresar a Londres y explorar qué barcos están en cuarentena. Será bastante fácil descubrir si Bonnaud está en alguno de ellos. Todo lo que necesitamos hacer es pedir ver los manifiestos de los barcos.

— Tristán no habrá usado su nombre real — señaló Lisette.

— Tal vez no, pero mi hermano lo habría hecho. — Maximilian suspiró. — Si Bonnaud realmente ha encontrado a Peter, eso es.

— Parece que al menos cree que sí. — Vidocq se levantó de la mesa. — Puedo darte una lista de los alias habituales de Tristan. Estoy seguro de que usaría uno de esos para viajar. Y en realidad, solo hay dos para los que tiene documentos oficiales.

— Conocer los alias ayudará, gracias. — Maximiliano miró a Lisette. — ¿Has tenido la oportunidad de descansar? ¿Crees que podríamos irnos de una vez?

Ella asintió.

— Hay una diligencia que parte de los Messageries Royales de la rue Notre-Dame-des-Victoires para Calais.

— ¿Por qué Calais? — preguntó Maximilian. — Pensé que Dieppe era el camino más cercano.

— No podemos volver a pasar por Dieppe. No podemos arriesgarnos a que Hucker siga allí.

— Ah. Excelente punto

— No viajas con diligencia — interrumpió Vidocq. — Es demasiado incómodo. Te llevarás mi carruaje de viaje. Mi cochero te llevará a Calais y luego me devolverá el carruaje.

Si salen ahora y viajan toda la noche, puede estar allí mañana por la noche y en el barco de vapor a Londres a la mañana siguiente.

— ¿Hay un barco que va directamente a Londres en estos días? — preguntó Maximilian.

— Sí — dijo Vidocq. — Tarda unas doce horas y te deja en la Torre. Pero pasas más tiempo en agua picada, por eso la mayoría de las personas pasan por Dover o Dieppe. ¿Es el mareo un problema para usted, Su Gracia?

— Solo si no pasa demasiado tiempo en la taberna — dijo Lisette con ardor.

Maximilian la ignoró.

— No es un problema.

— Pero honestamente, Vidocq, no hay razón para que usemos tu carruaje — dijo. — No nos ahorrará mucho tiempo, y no nos importa viajar en diligencia. ¿Verdad, Max?

Él comenzó a estar de acuerdo con ella; entonces se le ocurrió por qué quería montar en un carruaje pesado con otras diez personas. Ella no quería estar sola con él. Lo que significaba que probablemente era más susceptible a él de lo que quería admitir.

Aprovecharía al máximo eso.

— Por el contrario, — dijo, — necesitamos cada hora extra que podamos obtener. — Usó la única tachuela que seguramente la influiría. — Existe la posibilidad de que su hermano pueda ser descubierto y arrestado cuanto más tiempo permanezca atrapado a bordo de un barco. Y ese es un riesgo que no debemos tomar.

Ella palideció, luego se volvió hacia Vidocq.

— Gracias, entonces usaremos tu carruaje.

Vidocq lo miraba con recelo, pero a Maximilian no le importaba. Para ganarse a Lisette como su esposa, necesitaría mucho tiempo a solas con ella para poder cortejarla.

Y acababa de comprarse esa vez.

Capítulo 17

La parte nocturna de su viaje en carruaje fue mejor de lo que Lisette esperaba, principalmente porque estaba demasiado cansada de todos sus viajes para hacer otra cosa que dormir. Max también se quedó dormido tan pronto como salieron de París, y afortunadamente se quedó de su lado del carruaje toda la noche.

Pero todo cambió una vez que salió el sol. Primero, se despertó para encontrar que el carruaje se detuvo y Max se había ido. En pánico, saltó justo a tiempo para verlo a él y al

cochero en mangas de camisa enrolladas preparándose para empujar el equipo por una colina empinada con la que los caballos estaban teniendo problemas. Ella solo podía quedarse allí boquiabierta mientras le daban la espalda.

La semana anterior ella nunca hubiera imaginado que Altivo Lyons podría, o lo haría, subir un carro cuesta arriba. Pero Max hizo su parte tan admirablemente que mucho después de que el carruaje hubiera llegado a la cima y hubieran continuado su viaje, ella no pudo borrar la imagen de él con los antebrazos flexionados y el cabello soplado por el viento, dorado como el sol de la mañana.

No mejoró a medida que pasó el día. Estaba tramando algo; Ella lo sabía. No mencionó el conflicto entre ellos, pero siguió tocándola. Al principio, ella pensó que era accidental, su pantorrilla pateada golpeó la de ella en un giro, su codo rozó su muslo cuando se inclinó hacia adelante para sacar algo de su bolso, que estaba guardado debajo de su asiento.

Pero el carruaje no era tan pequeño; No había ningún motivo para que la tocara. Y cuando desembarcaron para cenar en una posada al mediodía y su mano se demoró en la de ella mientras la ayudaba a salir del carruaje, ella se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba intentando sutilmente seducirla, el astuto demonio. Todavía estaba empeñado en tratar de tenerla con un hijo, por lo que tendría que casarse con él en sus términos.

Muy bien. Pelearía la batalla a su manera. Ella lucharía contra ella.

Tan pronto como volvieron a subir al carruaje, ella sacó el bordado de la cinta que había llevado con ella pero que no había tenido la oportunidad de trabajar, y comenzó a adornar una funda de almohada. La próxima vez que él "*accidentalmente*" frotó su rodilla contra la de ella, ella "*accidentalmente*" golpeó su rodilla con su aguja.

— ¡Ay! — lloró y frunció el ceño, frotándose la rodilla. — ¿Por qué fue eso?

Ella le dirigió una mirada inocente y continuó trabajando.

— No sé a qué te refieres. Está tan cerca aquí que tienes que esperar un poco de choque uno contra el otro.

Él la miró con recelo. Después de mirarla por unos momentos hoscos, preguntó:

— ¿Haces eso a menudo?

— ¿Qué? ¿Apuñalar a duques sinvergüenzas en la rodilla con mi aguja? — bromeó ella.

— Bordar. Noté mucho en tu habitación y en la de Manton y en tu vestido. ¿Lo hiciste todo tú misma?

Se sorprendió al encontrarlo tan observador.

— De hecho, sí.

Se cruzó de brazos sobre el pecho.

— Parece una actividad demasiado doméstica para una mujer que quiere ser investigadora.

—Tenía mucho tiempo libre cuando era niña y era del tipo inquieto — explicó ella. — Entonces, cada vez que me ponía demasiado nerviosa, Maman me sentaba con una aguja, tela y cintas y me enseñaba cómo hacer bordados de cintas.

— ¿Eso funciona?

—Para mí lo hizo. Calmó el frenesí en mi mente. — Se detuvo para mirar por la ventana, recordando. — Solía amar esos momentos con mamá. Había aprendido la habilidad de su madre, a quien no conocía, así que pude escuchar historias sobre mi familia francesa. Finalmente, elegí hacer el bordado para mi propio placer. Todavía lo hago; me calma cuando estoy agitada.

Y ella ciertamente estaba agitada a su alrededor.

Forzando ese pensamiento de su mente, levantó lo que estaba trabajando.

— Por supuesto, mis temas no son exactamente... típicos.

Cuando vio su cinta plateada que representaba una daga que papá había traído de uno de sus viajes, se echó a reír.

—Déjate en ti descubrir cómo combinar la domesticidad con un anhelo de aventura.

Con una sonrisa volvió a su trabajo.

Después de un momento, dijo:

—Mi madre solía bordar.

Algo que había mencionado hace unos días tiró de su memoria.

— ¿Ella bordó ese pañuelo que dijiste que era tan distintivo?

—Lo hizo, ciertamente.

No queriendo entrometerse, inclinó la cabeza sobre su trabajo.

La miró un momento y luego dijo:

— Lo que hace que el pañuelo sea distintivo es lo que se encuentra entre el bordado y el lino. — Abrió su abrigo para revelar un bolsillo oculto detrás de la solapa. Luego sacó un pañuelo de lino color marfil que ella no había visto antes.

Lo miró fijamente, la suavidad se extendió sobre sus rasgos. Luego se la entregó.

Se deslizó más cerca de la ventana para examinarlo a plena luz del sol. Al principio, parecía un pañuelo muy elegante, con la insignia ducal bordada en una variedad de hilos de colores, incluidos los dorados y plateados. Pero dado lo que había dicho, ella notó que los trozos de tela que se veían a través del bordado no eran de lino cremoso. Eran blancos, posiblemente algodón o muselina.

Cuando ella lo miró desconcertada, él dijo:

— Mi madre tomó un trozo de nuestros vestidos de bautizo y lo cosió a un pañuelo para cada uno de nosotros, luego los bordó por todas partes. No es el tipo de cosa que alguien notaría sin saber buscarlo. Ciertamente, no es nada que Bonnaud hubiera notado al ver mi pañuelo por unos momentos hace años.

— ¿Por qué se lo enseñaste entonces?

Max le quitó el pañuelo y lo miró.

— Cuando era niño, era más informal con él, llevándolo en el mismo bolsillo con mi pañuelo regular. Pero siempre buscaba un pañuelo y sacaba el equivocado, que es lo que hice con tu hermano ese día. Luego me sentí obligado a explicar por qué tenía dos, uno de los cuales estaba adornado. Por supuesto, no le conté sobre la tela del vestido de bautizo. — Levantó su mirada para mirarla a la de ella. — Nunca le dije a nadie más que a ti.

El hecho de que él confiara en ella la conmovió profundamente.

— No se lo diré a nadie.

Él asintió, luego metió el pañuelo reverentemente en su bolsillo secreto.

—El trabajo en eso está muy bien. Tu madre debe haber sido talentosa con una aguja.

—Sin duda pasó suficiente tiempo en eso. Antes de que Padre... se enfermara. Después de eso, estaba demasiado ocupada para hacer mucho aparte de cuidarlo.

— ¿Qué edad tenías entonces? — ella preguntó.

—Veintiuno. Acababa de llegar a la mayoría de edad.

—Cuéntame al respecto — dijo ella suavemente.

Cuando él se tensó, ella pensó con certeza que él se retiraría a su prisión autoimpuesta. Pero luego comenzó a hablar. Y su corazón se rompió un poco más por él con cada palabra.

Cuando se acercaron a Calais, ella comenzó a comprender por qué tenía tanto miedo de dejar que alguien se acercara demasiado. Tal vez ella también lo estaría, si hubiera visto a su padre olvidar su nombre, hacer acusaciones alocadas sobre su madre y enloquecer por los delirios de que la gente intentaba asesinarlo. Lo peor de todo fueron las historias de Max de retener a su padre para evitar que lastimara a su madre o a sí mismo. Eso la hizo querer llorar.

Claramente le estaba diciendo todo eso para convencerla de que su idea de un matrimonio era la mejor. Pero la hizo aún más decidida a nunca abandonarlo al cuidado indiferente de sirvientes y médicos.

Llegaron a Calais después del anochecer. Las posadas estaban llenas de pasajeros que se dirigían a Inglaterra al día siguiente, y tuvieron que ir a tres hoteles antes de encontrar alojamiento.

Tan pronto como entraron en su pequeña habitación, ella gimió. Solo contenía una cama, una cómoda y una silla delgada.

Max vino a tomar su capa.

— Compartiremos la cama. Ambos necesitamos una buena noche de descanso. No se sabe qué encontraremos una vez que lleguemos a Londres.

—Pero...

—Prometo ser un caballero — interrumpió. — Confía en mí, estoy demasiado cansado para ser otra cosa.

Aunque ella le dirigió una mirada escéptica, sabía que tenía razón acerca de que necesitaban dormir.

— Todo bien. — Ella forzó una levedad en su tono. — Quédate fuera de la taberna esta noche, ¿quieres?

—Oh, por el amor de Dios — dijo con irritación, — me emborraché en una taberna solo una vez en toda mi vida, y tú estuviste cerca para verlo. Supongo que nunca lograre que lo olvides.

—Perdón, ¿pero qué pasa cuando tenías dieciséis años y fuiste sigilosamente a la taberna de esa posada en Dieppe? — bromeó ella. — ¿No te emborrachaste entonces?

Él se sonrojó.

—No es por eso que me escabullí por esas escaleras. Estaba saliendo al jardín para encontrarme con una criada que había coqueteado conmigo en la cena. Estaba sintiendo mi avena, eso es todo.

Su corazón se apretó cuando imaginó a un joven Max, lleno de juventud y vigor, tratando de robar un beso en un jardín trasero. Antes de que su vida fuera arrancada de él por responsabilidades, deberes y tragedias.

—Después de todo, ¿no es ese el trabajo del segundo hijo? — bromeó a medias. — ¿Ser un bribón?

—Bueno, ya no eres un segundo hijo, así que será mejor que mantengas tus manos esta noche.

—Si no lo hago, siempre puedes apuñalarme con tu aguja de bordar — dijo secamente. — Parece que dominas esa técnica.

Ella logró sonreír.

— Dudo que sea necesario.

Un silencio incómodo descendió sobre ellos. Murmurando algo sobre la cena, desapareció.

El resto de la noche fue tan difícil como había esperado. Compartir una habitación con él se sentía claramente diferente ahora que ella había compartido su cama. La conversación en la cena se interrumpió, y prepararse para la cama fue incómodo ya que ella necesitaba su ayuda para quitarse el corsé.

Sus manos al deshacer su vestido se sentían íntimas, sus dedos desabrochando su corsé se sentían íntimos... solo sentir su aliento en su cuello se sentía íntimo. No hizo nada que fuera incorrecto, pero no importó. Todo lo que hizo la hizo quererlo.

Se metió en la cama usando solo su camisa y cajones y se apartó de ella. Se sentó en la cama y se tomó su tiempo para cepillarse el pelo, esperando escuchar el ritmo uniforme de su respiración. Afortunadamente, llegó pronto.

Solo entonces se quitó el vestido suelto, el corsé y las enaguas, dejándola en su turno y cajones. Ella no estaba a punto de cambiarse a su camión; eso sería tentar al Destino.

Se deslizó cuidadosamente debajo de las sábanas para evitar despertarlo, pero él ni siquiera se despertó.

Eso debería haberla hecho relajarse, sin embargo, permaneció allí acostada durante mucho tiempo pensando en lo que él le había dicho, preguntándose si estaba cometiendo un error al insistir tanto en cómo debían seguir juntos. Le había ofrecido matrimonio, por el amor de Dios. ¿Estaba siendo tonta por rechazarlo?

Cuando por fin se durmió fue para soñar con Max, fuerte y vigoroso, empujando el carruaje de Vidocq colina arriba. Excepto que en su sueño Max no llevaba nada más que un sombrero. Aunque ella le dijo que debía tener cuidado, ya que estaba desnudo y todo eso, simplemente le inclinó el sombrero y volvió a empujar el carruaje.

De repente, el carruaje comenzó a deslizarse hacia atrás y Max comenzó a deslizarse cuesta abajo, incapaz de controlarlo, e intentó gritar, pero no pudo, y corrió hacia él colina abajo y corrió y corrió...

Ella se despertó sobresaltada. Estaba agarrando algo cálido debajo de ella. Todavía medio dormida y desorientada, la miró y se dio cuenta de que estaba usando a Max como cama. De nuevo.

Entonces sintió algo duro presionando su vientre, que parecía crecer más fuerte por el momento. Cuando captó la mirada de Max brillando hacia ella a la luz gris del amanecer, él arrastró las palabras.

— Si quieres que cumpla mi promesa de ser un caballero, querida, te sugiero que te retires a tu lado de la cama.

Por un largo momento, ella solo lo miró, su cabello despeinado y su barbilla y su mandíbula apretada. En la cara que se hizo más querida por ella cada día. Entonces ella lo besó.

Se tensó como si estuviera en estado de shock, luego rápidamente la hizo rodar debajo de él. Sus manos entrelazaron sus hombros, y bajó su boca a unos centímetros de la de ella.

— Dime que quieres esto — gruñó él.

El calor desenfrenado en sus ojos la hizo tragar, pero ella ya había decidido qué hacer.

Tal vez fue el recuerdo persistente de su sueño. O la sensación de su cuerpo tan cálido y real contra el de ella, o la forma en que permaneció completamente inmóvil todo el tiempo que ella se había extendido sobre él. Tal vez fue el hecho de que ella sabía que no tendrían otra oportunidad de estar solos así.

Cualquiera sea la razón, tenía que sentir su boca sobre la de ella una vez más, tenía que tocarlo y estar con él. Realmente estar con él.

Ella deslizó sus manos debajo de su camisa.

— Quiero esto. Yo quiero...

Él asfixió la palabra con un beso fuerte.

Después de eso, no hubo vuelta atrás. Cuando él saqueó su boca, ella puso sus manos sobre él, presionó su cuerpo contra él, llenó sus sentidos con él. Ella no podía tener suficiente de él.

Aparentemente él sintió lo mismo. El sol salió cuando él chupó sus pezones con fuerza a través de su turno mientras la acariciaba con movimientos largos y firmes de sus dedos inteligentes, haciéndola aún más impaciente por él.

—Max — susurró ella , Max, por favor... por favor... te necesito ahora.

—Bien — dijo con voz ronca mientras se acomodaba entre sus piernas. — Porque no puedo esperar más para tenerte.

Lo siguiente que supo fue que la había atravesado por la abertura de sus cajones. Ella casi se salió de su piel cuando él se enterró hasta la empuñadura.

—Lisette — se ahogó. — Dios, Lisette...

Luego comenzó a moverse. Era tan diferente de antes, sin dolor, sin incomodidad. Solo Max se unió a ella, reclamándola, haciéndola suya.

El brillo imprudente en sus ojos cuando la empujó con empujes duros y ansiosos le dijo que cuando eran así, él no era el duque. Él era su amante salvaje.

—Así es como... siempre debe ser — gruñó mientras aceleraba sus golpes. — Tú... en mi cama... en mis brazos... siempre.

Por el momento, se entregó a ese sueño. Él era truenos, relámpagos y lluvia, y ella era la tierra y las flores que absorbieron la tormenta. Él era el único hombre que ella quería, el único hombre que ella querría, y ella era su única pareja.

Sintió que su liberación se acercaba, levantándose para agarrarla y empujarla hacia arriba... hacia arriba... hacia arriba... hasta que Max dio un empujón final dentro de ella y dejó escapar un grito irregular que desencadenó su propia explosión gloriosa.

En ese momento, cuando la apretó contra él y la llenó con su semilla, ella supo que había perdido la batalla para proteger su corazón. Ella lo amaba. Oh, Señor, cómo lo amaba.

Después de un rato, su respiración se ralentizó. Él inclinó la cabeza para besar su mejilla y acariciar su cuello. Luego se deslizó para acostarse junto a ella boca arriba, mirando hacia el techo.

Aunque sabía que había hecho lo más tonto de su vida, se acurrucó contra él.

— Eres una cama excelente.

Él rió.

— No dudes en utilizarme como quieras cuando quieras. — Él la rodeó con el brazo y la abrazó, acariciando su cabello. — Podríamos despertarnos así todas las mañanas, ya sabes.

Ella frotó su mejilla sobre su pecho.

— Al menos hasta que empezaras a imaginar que veías signos de locura en ti mismo. Hasta que me enviaras lejos para protegerme, si quería o necesitaba protección.

Cuando él lanzó un largo suspiro, ella tragó su decepción. ¡El hombre era tan terco! Y tan decidido a tener todo a su manera.

Ella se deslizó de la cama.

— Tenemos que irnos. El bote de vapor partirá en breve.

Se sentó.

— Lisette, quiero que sepas que pase lo que pase una vez que encontremos a Bonnaud, mi oferta de matrimonio se mantiene. No me importa lo que haya hecho tu hermano o quién fue tu madre, o si demuestro ser el duque o no. Eres la única mujer con la que elegiría casarme.

Intentando no llorar ante esas dulces palabras, sonrió con tristeza.

— Y mi respuesta sigue en pie. Es porque eres el único hombre con el que me quiero casar porque debo tener un matrimonio real. Eso no va a cambiar.

Murmuró una maldición por lo bajo. Pero al menos no discutió con ella.

Una hora después, estaban a bordo del paquete de vapor con destino a Londres. Esa vez, el cruce resultó tan miserable como su estado de ánimo. Surgió un chubasco que arrojó el bote al agitado mar tan fácilmente como un fósforo. Así que pasaron su tiempo acurrucados en la cabina principal con los otros pasajeros, tratando de mantenerse calientes y secos.

— ¿Todavía extrañas tu yate? — ella le preguntó. — Me atrevo a decir que se habría roto en pedazos durante esta tormenta.

Sacudió la cabeza.

— Tengo un capitán capaz y un barco muy bueno. Ha hecho la travesía más veces que tú, apuesto. — Sus ojos brillaron hacia ella. — Y hará el cruce muchas veces más. Después de todo, tengo la intención muy pronto de tomar una esposa que tenga conexiones familiares en Francia.

Ella suspiró y desvió la mirada. No se rendiría, ¿verdad? Ella no sabía si estar emocionada por su determinación o desesperarse de que él continuara insistiendo en que fuera en sus términos.

Pero una cosa era segura: si ella no se alejaba de él pronto, él ganaría. Porque con cada momento que pasaba, ella perdía más de su voluntad para resistirlo.

Capítulo 18

Maximilian estaba parado en el oscuro muelle de Londres con Lisette y sus maletas, después de pasar las horas desde su llegada organizando esa reunión. Su corazón latía con fuerza mientras veía un bote de farolas ser remado hacia ellos durante la noche. No podía ver el buque de carga más allá, pero sabía que estaba allí. El griego había sido puesto en cuarentena justo aquí, bajo sus narices, desde que había llegado a Londres con una bandera amarilla hacia seis semanas.

Había encontrado dos nombres en el manifiesto de pasajeros, Jack Drake, un alias común de Bonnaud y Victor Cale. Maximilian no estaba seguro de por qué Peter había elegido ir con otro nombre cristiano después del incendio, pero no podía ser una coincidencia que el apellido fuera Cale. Él y Lisette habían encontrado la aguja en el pajar por fin.

Increíble lo que un hombre podría descubrir una vez que supiera dónde buscar... y una vez que pudiera usar su título. Maximilian había pasado las últimas horas intimidando a los miembros del Consejo Privado y a los funcionarios de envío por igual para obtener información y hacer arreglos para ser llevados a bordo del griego.

Una sonrisa cínica cruzó sus labios. Aparentemente, subir a un barco en cuarentena era una vista más fácil que bajarse de uno. Especialmente cuando las autoridades no podían ponerse de acuerdo si había alguien con cólera a bordo.

En este caso, la locura en su familia fue una ayuda para él. Nadie estaba terriblemente sorprendido de que el duque de Lyon hiciera algo tan loco como subir a un barco en cuarentena. Había tenido cuidado de no revelar por qué. Ni siquiera había mencionado los nombres de los hombres que quería ver. No tiene sentido darle a la prensa más forraje antes de que él supiera la situación. Además, estaba el asunto de que Bonnaud viajaba bajo un nombre falso y era un hombre buscado.

Había sido más difícil lograr que las autoridades aceptaran dejar a Lisette a bordo, especialmente porque se había negado a decirles quién era ella. Pero unos pocos sobornos encubiertos los habían convencido.

Miró a Lisette.

— ¿Seguro que quieres hacer esto? — preguntó, luchando por no tomar su mano frente al oficial de cuarentena que los acompañaba. — Una vez que estemos a bordo, es posible que no nos dejen partir hasta que se levante la cuarentena. ¿Qué va a pensar tu medio hermano si llega de Escocia y descubre que todavía no estás en casa?

— Envié un mensajero con una nota para que Skrimshaw se la diera a Dom, en caso de que vuelva pronto. — Le lanzó al oficial de cuarentena una mirada furtiva. — No le dije dónde estaba, solo que estaba a salvo. No quería alarmar a Dom por la cuarentena. Pero le advertí sobre Hucker.

—Buena idea. Es probable que el hombre ya haya regresado a Inglaterra, y puede muy bien volver a ver Investigaciones de Manton.

—Lo sé. Por eso tengo que subir a bordo contigo, tengo que hablar con mi... amigo sobre lo que está arriesgando al venir aquí.

—Entiendo. — Por eso Maximilian no la había empujado a irse a casa. Después de todo lo que habían pasado, ella merecía que sus preocupaciones sobre Bonnaud descansaran.

Además, una pequeña parte egoísta de él la quería allí para ese encuentro con el hombre que bien podría ser su hermano. Estaba demasiado agitado para pensar con claridad en este momento, y sabía que ella lo haría.

— ¿Entonces hay alguien a bordo del barco con fiebre o no? — preguntó Lisette. — Si el barco ha estado aquí durante seis semanas y todos tienen un estado de salud limpio, ya no debería estar en cuarentena. Como me obligaste a permanecer en el carruaje durante la mayor parte de tus visitas a los funcionarios del gobierno, nunca tuve la historia completa.

— Para ser sincero, yo tampoco. A lo sumo hay un pasajero enfermo a bordo. Sin embargo, no podían decirme si era cólera o no. Mi amigo en el Consejo Privado solo decía que habían estado consultando con médicos. — Él le lanzó una rápida mirada. — Esa es mi única preocupación por llevarte allí. La idea de que contraigas cólera me provoca escalofríos.

Una suave sonrisa iluminó su rostro.

— Siento lo mismo por ti. Pero dudo que sea cólera, y si solo un pasajero lo tiene, es posible que ni siquiera nos encontremos con la persona enferma.

Él esperaba que no.

El bote llegó al muelle. Hicieron el corto viaje a la nave en un silencio interrumpido solo por el golpe de las olas contra las tablas y el ruido de los remos a través del agua.

Una vez que abordaron, fueron recibidos por el capitán del barco. El oficial de cuarentena los presentó como el duque de Lyon y su « *dama acompañante* », lo que hizo que Maximilian se estremeciera pero no parecía preocupar demasiado a Lisette. Luego, el funcionario se apresuró a retirarse apresuradamente al bote.

—Bueno, Su Gracia. — preguntó el capitán cuando estaban solos. — Espero que hayas venido a levantar la cuarentena.

Eso tomó a Maximiliano por sorpresa.

— En realidad, necesitamos ver a dos de sus pasajeros: Jack Drake y Victor Cale.

Los ojos del capitán se entrecerraron.

— ¿Son amigos tuyos?

—Podrías decir eso — replicó Maximilian. — ¿Por qué?

—Porque Victor Cale es la razón por la que el griego todavía está sentado aquí. Después de que nos obligaron a ponernos en cuarentena, Cale se enfermó. El médico de mi barco, en quien confiaría mi vida, está convencido de que tiene neumonía, por lo que no hay razón para continuar la cuarentena solo por él. Pero los malditos oficiales de cuarentena no

lo levantarán sin el permiso del Consejo Privado, y el Consejo Privado tiene demasiado miedo de sacarle el cuello. Entonces mis hombres y mi carga están atrapados aquí hasta que se recupere. O muera

Maximiliano se tensó.

— ¿Hay alguna posibilidad de que muera?

— Ha estado muy enfermo por más de dos semanas. El Dr. Worth está comenzando a desesperarse. Y el amigo de Cale, Drake, pasa cada hora de vigilia ayudando a cuidarlo.

Maximiliano agarró la mano de Lisette. Ella lo apretó reconfortantemente, y eso lo tranquilizó un poco.

— Entonces me gustaría hablar con Drake y el doctor.

El capitán asintió e inclinó la cabeza hacia una escotilla.

— Ambos están debajo de la cubierta en la enfermería.

— Gracias — dijo Maximilian.

Una vez que descendieron por la escotilla, no tuvieron que ir muy lejos antes de encontrar la enfermería. Era la única cabina con una luz encendida debajo de la puerta. Sin embargo, antes de que pudieran entrar, un hombre salió al oscuro pasillo, la luz de la linterna del interior iluminó brevemente su rostro.

— ¡Tristan! — Lisette lloró, aparentemente olvidando todo sobre el alias de su hermano mientras pasaba junto a Maximilian para lanzarse contra el hombre.

— ¿Lisette? — Dijo él claramente desconcertado mientras ella lo abrazaba. Él se apartó para mirarla. — ¡Dios mío, eres tú! ¿Qué demonios haces aquí?

— ¡Debería preguntarte lo mismo! — Ella bajó la voz. — ¿Has perdido la cabeza al venir a Inglaterra? George ha tenido a un hombre husmeando por lo de Dom, y si supiera que estás tan cerca...

Bonnaud le dirigió la sonrisa arrogante que Maximilian recordaba de su conversación en las carreras hace años.

— Seguramente tú y Dom fueron demasiado cuidadosos para eso. — Entonces él miró más allá de ella. — ¿Cómo sabías que estaba aquí? ¿Ese es Dom contigo?

Maximilian salió a la luz.

— No, es el duque de Lyon.

Bonnaud lo miró boquiabierto.

— ¡Me encontraste!

— Tomó algo de trabajo — dijo Maximilian — pero sí.

Bonnaud echó un vistazo a la habitación detrás de él. Podían escuchar tos violenta proveniente del interior.

— Por aquí, — dijo, señalando por el pasillo. — Podemos hablar.

— Quiero verlo primero — espetó Maximiliano.

No es necesario preguntar a quién se refería, dijo Bonnaud:

— Está muy enfermo.

— El capitán nos lo dijo — dijo Maximilian.

Cuando Maximiliano entró con Lisette a su lado, miró la figura demacrada en la cama. Al lado de la cama estaba sentado un joven que intentaba inútilmente que el paciente tomara un trago con olor a químicos.

— Su Gracia, este es el Dr. Worth — respondió Bonnaud. — Ha estado cuidando a Víctor. — Miró al doctor. — Dr. Worth, este es el duque de Lyon, una... posible relación de Víctor. Y la señora con él es mi hermana, señorita Bonnaud.

Cuando Maximilian le lanzó una mirada aguda, sorprendido de haberle dado al hombre su nombre real, Bonnaud se encogió de hombros.

— El doctor y yo hemos pasado días juntos. Ya no tenemos secretos. Él fue quien arregló para que me sacaran de contrabando del barco la semana pasada.

— No podíamos esperar a que se levantara la cuarentena — explicó el Dr. Worth. — La posibilidad de que el Sr. Cale pudiera morir se hizo más pronunciada cada día, y el Sr. Bonnaud pensó que querrías verlo antes... que se enfermara demasiado.

Bonnaud frunció el ceño.

— Ese maldito oficial de cuarentena no me dejaba ir más allá de los muelles ni revelarte que estábamos en un barco de cuarentena, por temor a que aparecieras aquí y lo saquearan. Lo despidieron de todos modos, pasando de contrabando un par de días después.

Le lanzó a Maximilian una mirada de disculpa.

— Realmente pensé que tendría la oportunidad de hablar contigo, o no habría sido tan reservado en la carta. Pero el maldito oficial se asustó cuando vio soldados e insistió en que volviera con él de inmediato, ya que ya los habíamos esperado un tiempo.

— Lo sé, lo siento. — Los ojos de Maximilian estaban fijos en el hombre en la cama. — Estaba fuera cuando llegó su mensaje. Pero recordé tu conexión con Manton y fui a su alojamiento. Manton no estaba allí, pero la señorita Bonnaud sí, y finalmente lo descubrió.

No tiene sentido revelar cómo, o el hecho de que habían pasado los últimos días solos juntos.

Víctor comenzó a toser y Maximilian se tensó. Lisette metió su mano en el hueco de su brazo.

— ¿Estás bien?

— No. — El miedo crudo apretó su garganta. — Se ve muy enfermo de verdad. — Él le apretó la mano y luego se acercó a la cama. — ¿Cuánto tiempo ha estado así? — le preguntó al Dr. Worth.

— Ha estado enfermo durante dos semanas, señorita — dijo el médico. — No fue tan malo al principio, pero luego se empeoró hace una semana, y desde entonces ha estado febril e insensible. Los próximos días son cruciales. Él sobrevivirá o morirá. He visto a hombres de su juventud y vigor sobrevivir a la neumonía sin efectos negativos después del

tratamiento. Y he visto a hombres más fuertes que él morir bajo el mismo tratamiento. En este punto, es difícil saber qué hará.

— ¿Eres tú, padre? — dijo «*Víctor*», alejando con inquietud la copa del doctor. — No quiero más gachas. Odio las gachas.

Maximiliano contuvo el aliento. Gachas había sido la cura favorita de la madre para la enfermedad. ¿Había sido también del tío Nigel para el niño que había tratado como su hijo? ¿O Víctor posiblemente recordaba aún más atrás, las enfermedades de su infancia en casa?

El hombre parecía que podía ser Peter. Parecía tener la edad adecuada, y se parecía débilmente a Padre. Peter había sido rubio cuando era niño, mientras que el cabello de Víctor era marrón medio, pero el de Maximilian era solo un tono más claro que el marrón, y también había sido rubio cuando era niño.

— ¿De qué color son sus ojos? — preguntó Maximilian.

Cuando el médico parpadeó, Maximilian se dio cuenta de que debía parecer una pregunta muy extraña.

—Son avellana, — dijo el doctor. — ¿Por qué?

Los ojos de Peter habían sido avellana.

Agarró la mano de Lisette. ¿Podría ser? ¿O estaba agarrando pajitas, desesperado por recuperar a su hermano?

— ¿No hay nada que puedas hacer por él?

—Me estoy asegurando de que beba solución salina y azufre. Algunos médicos también insisten en tomar ventosas y sangrar al paciente, pero nunca me ha gustado tal tratamiento. — El médico limpió la frente del hombre con un paño húmedo. — Sin embargo, ayudaría si pudiera abandonar el barco. El aire aquí está demasiado húmedo para sus pulmones, y el ruido de los marineros lo perturba. Necesita estar en un lugar tranquilo, seco y tranquilo.

— ¿Estás seguro de que no tiene cólera? — preguntó Maximiliano.

El Dr. Worth resopló.

— No está vomitando, no está evacuando sus intestinos cada hora... por supuesto que no tiene cólera. Se lo he explicado a los oficiales de cuarentena repetidamente, pero no actuarán.

— Ahora lo harán — dijo Maximilian sombríamente — si tengo que llevar a todos los condenados miembros del Consejo Privado a los muelles para asegurarlo.

El doctor le dirigió una sonrisa cansada.

— Gracias. Levantar la cuarentena le haría mucho bien, creo. — Cuando Víctor entró en otro ataque de tos, el Dr. Worth se enjugó la frente. — Juro que haré todo lo que esté en mi poder para salvarlo, Su Gracia.

— Si tienes éxito — recortó Maximilian, — te conseguiré cualquier cita médica que desees.

El médico dijo suavemente.

— Lo que suceda será su propia elección, me temo, no mía o incluso tuya. Tendrá que luchar si quiere vivir.

Maximilian asintió con la cabeza, pero sintió la misma desesperación impotente que había sentido durante la locura de Padre y los últimos días de Madre antes de la muerte. ¿De qué servía ser el maldito duque de Lyon si no podía salvar a los que amaba?

Asumiendo que este hombre era uno de los que amaba.

Se giró hacia Bonnaud.

— Es hora de que tengamos esa charla.

Con un movimiento de cabeza, Bonnaud los condujo fuera de la habitación y por el pasillo hasta una pequeña cabaña. Aparentemente era el que Bonnaud había compartido con Víctor, ya que contenía dos literas encajadas una encima de la otra.

Bonnaud se dejó caer con cansancio en la litera más baja y Lisette se apresuró a sentarse a su lado. Maximilian entendió por qué, pero hizo que algo se sacudiera en su pecho al ver a los dos hermanos Bonnaud alineados contra él.

Sin embargo, sí reforzó cuán extraño era el parecido entre hermano y hermana. Ambos tenían ojos de cristal azul, ambos tenían mandíbulas puntiagudas y ambos tenían rizos oscuros, aunque los de Bonnaud estaban cortados justo debajo de la barbilla.

Una cosa era segura, Bonnaud parecía escurrido. No parecía un hombre involucrado en algún tipo de fraude.

—Supongo que primero quieres ver el pañuelo — dijo Bonnaud, buscando debajo de la litera un pequeño baúl.

—No. — Maximilian cruzó los brazos sobre el pecho. — Quiero saber por qué arriesgaste tu vida para regresar a este país con un hombre que creías que era Peter Cale. Tú y yo nos conocimos hace solo unos años, ¿por qué molestarme tanto? Porque no creo que sea por la bondad de tu corazón.

Aunque Lisette le lanzó una mirada herida, Bonnaud encontró su mirada de manera uniforme.

— No es. No sé cuánto te ha contado Lisette, pero me querían en Inglaterra por robar un caballo cuando tenía diecisiete años. Esperaba que si pudiera reunirte con tu hermano, usarías tu influencia para que se retirara el cargo en mi contra.

Maximilian parpadeó. No había esperado eso. Y tenía que admirar al hombre por no solo admitir su crimen, sino no tratar de disculparlo.

—No me malinterpreten — continuó Bonnaud, — disfruto de mi trabajo en Francia para la Sûreté. Pero extraño Inglaterra. — Tomó la mano de Lisette y la apretó. Cuando continuó, su voz era ahogada. — Y extraño a mi hermano y hermana. Con Lisette y Dom aquí, no tengo a nadie. Mi casero, Eugène Vidocq, es muy bueno conmigo, pero...

—Él no es familia. Entiendo eso. — Especialmente como alguien que se había quedado solo durante los últimos años, sin nadie con quien compartir su dolor y pena.

Hasta que Lisette apareció.

— Te aseguro, Bonnaud, que si Victor Cale demuestra ser mi hermano, haré todo lo que esté en mi poder para devolverte a Inglaterra y a tu familia. Es lo menos que puedo hacer.

—Gracias, Su Gracia — dijo Bonnaud cuando Lisette le dirigió a Maximilian una sonrisa de fusión que le calentó el corazón.

—Entonces, ¿cómo comenzó, encontrando a Victor? — preguntó Maximilian.

—Lo conozco de vez en cuando desde hace algunos años. Nunca lo relacioné con tu familia porque no recordaba que tu apellido era Cale. Cuando te conocí, todos se referían a ti como Lord Maximilian.

Eso había sido antes del incendio, cuando Maximilian todavía era solo un segundo hijo.

—Además, — continuó Bonnaud, — ni Víctor ni yo hablamos mucho sobre nuestro pasado. Para ser sincero, pensé que era un huérfano. Había pasado algunos años después de la guerra sirviendo en el ejército permanente de Prusia, después de haber luchado con ellos contra los franceses en Waterloo.

—Peter solo tendría dieciocho años entonces.

—Creo que Victor tenía diecisiete años cuando se unió, sí.

Maximiliano reflexionó un momento.

— Eso probablemente hubiera sido justo después de la muerte de mi tío abuelo. El momento se ajusta. — Miró a Bonnaud. — Pero, ¿cómo escapó del fuego? ¿Quién fue el niño muerto en el incendio si no fue Peter? Y si Víctor es Peter, ¿por qué cambió su nombre?

—No lo sé. No conocía suficientes detalles sobre el incendio, incluso para poder hacerle las preguntas correctas, y de todos modos no hablará de eso. Dice que solo se lo contará a su familia.

Eso despertó las sospechas de Maximilian. Tenía que tener cuidado aquí y no dejar que su deseo de que este extraño fuera Peter se hiciera cargo de su buen sentido.

—Dime cómo lo conociste.

—Hace unos años, estaba en un caso en Amberes. Necesitaba un intérprete y me remitieron a Víctor, ya que él habla varios idiomas y dejó el ejército para trabajar solo. Después de que me ayudó con ese caso, lo usé cada vez que necesitaba un intérprete. Más recientemente me ayudó a localizar a un falsificador.

Bonnaud respiró hondo.

— Una noche durante esa investigación, Victor y yo fuimos a beber. Sacó un pañuelo, y reconocí que era igual que el tuyo, hasta el elegante bordado. Fue entonces cuando recordé que tu apellido era Cale.

—Muéstreme el pañuelo — dijo Maximiliano.

Arrastrando su pequeño baúl, Bonnaud retiró una pieza doblada de lino. Con manos temblorosas, Maximilian lo tomó y lo sostuvo a la luz de la linterna. Estaba desgastado, deshilachado y lúgubre, pero el bordado aún estaba intacto, y era exactamente así en el pañuelo de Maximilian. Realmente no necesitaba ver la franja blanca que se veía a través de él. Ya había sentido el grosor de la tela extra en el medio.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

— ¿Bien? - preguntó Lisette suavemente.

Se lo entregó a ella.

— Es de Peter. Al menos Víctor lo conocía, o conocía a alguien que lo conocía. — Miró a Bonnaud hacia abajo. — Entonces, cuando viste el pañuelo, ¿le dijiste qué? ¿Que pertenecía al heredero de un duque?

— ¡Dios no! No soy tonto. Victor es un tipo bastante decente, pero ha llevado una existencia bastante dura. Desde que dejó el ejército, ha sido un soldado a sueldo de quien lo contrate. Pensé que era prudente ser circunspecto.

El alivio se apoderó de Maximilian. Ahora sabía por qué Vidocq había hablado tan bien de Bonnaud.

Entonces se le ocurrió algo.

— Pero le dijiste al doctor quién era yo.

Bonnaud se frotó los ojos llorosos.

— Una vez que Víctor empeoró y se volvió delirante, no parecía tener sentido mantener este asunto en secreto del Dr. Worth. No le dije que Victor podría ser tu hermano; Solo dije que podría estar relacionado con el duque de Lyon. Víctor ni siquiera sabe su propio nombre en este momento, mucho menos lo que estamos diciendo. La mayor parte de lo que balbucea es una tontería. Y tenía que confiar en alguien, aunque solo fuera para obtener ayuda para salir del maldito barco.

Eso tenía sentido, especialmente bajo las circunstancias.

— Continúa entonces, continúa tu historia. Estabas bebiendo en una taberna, viste el pañuelo...

—Le pregunté cómo lo obtuvo. Eso lo puso en guardia. Quería saber por qué preguntaba, y le dije que había visto uno igual en Inglaterra. Eso lo emocionó. Dijo que había tenido un padre inglés, que había muerto en un incendio en Gheel unos meses antes que Waterloo.

La emoción recorrió a Maximilian. No fue mucho más claro que eso. Pero, ¿cómo pudo ese maldito investigador perderse que Peter todavía estaba vivo? ¡Maldito sea! A Maximilian nunca le había gustado el hombre, y ahora le gustaba aún menos.

Bonnaud continuó.

— Dijo que le habían dicho que no tenía otra familia, pero siempre se había preguntado si esa era la verdad.

— ¿Dicho por quién? — exigió Maximiliano.

—No lo sé. En el momento en que comencé a hacer preguntas, él se cerró. Me preguntó si sabía quién era su familia, y luego me cerré. No pensé que querías que revelara demasiado.

—Tenías razón — dijo Maximiliano. — Gracias.

—Así que llegamos a una especie de acuerdo. Le dije que lo llevaría a conocer a su familia, si me dejaba organizar la reunión. Pero estoy seguro de que él ya sospecha que su familia tiene alguna consecuencia. Comentó sobre el hecho de que el bordado parecía ser un escudo familiar.

— ¿Por qué no le escribiste al duque con toda esta información? — Lisette intervino.

Bonnaud la miró con recelo.

— Ni siquiera sabía si Lyons recordaba nuestra conversación hacia tantos años, y no iba a arriesgarme a que él nunca viera la carta. Además, Víctor era inflexible acerca de querer conocerlo, y yo...

—Esperabas mi ayuda con el cargo de ladrón de caballos — dijo secamente Maximilian.

—Exactamente. Ambos pensamos que venir en persona era la mejor idea.

Lisette resopló.

— Sí, porque tomar un barco desde una ciudad infestada de fiebre siempre es un buen plan.

—No fue tan malo cuando llegamos allí — se quejó Bonnaud. — Y de todos modos, ¿cómo iba a saber que se enfermaría? Por el amor de Dios, fue herido en Waterloo y sobrevivió. — Sacudió la cabeza. — No puedo creer que haya superado eso solo para que una maldita neumonía lo haya hundido.

Maximilian se sentó allí un momento, asimilando todo lo que Bonnaud había dicho.

— ¿Entonces todo lo que sabes con certeza es que el padre inglés de Víctor murió en un incendio en Gheel?

—Y que su apellido es Cale, y ha sido todo el tiempo que lo conozco. Se niega absolutamente a decir nada más sobre su familia, siempre y cuando me niegue a contarle nada más.

Maximilian se pasó la mano por la cara. Había pensado en obtener respuestas. En cambio, solo tenía más preguntas.

La puerta de la cabina se abrió y el Dr. Worth metió la cabeza. Necesito mezclar más de mi remedio ¿Puede uno de ustedes sentarse con él?

Lisette se puso de pie.

— lo haré.

—No, no lo harás, — agregó Maximilian. — Estás exhausta. Me sentaré con él. Es muy tarde para hacer algo sobre la cuarentena esta noche. Me ocuparé de eso por la mañana.

El médico le sonrió a Lisette.

— Si quiere, señorita, puede descansar en mis habitaciones. He estado durmiendo en la enfermería de todos modos, no dejaré al Sr. Cale hasta que lo peor haya pasado.

—Muy bien — dijo ella — pero no voy a dormir mucho. Tristan obviamente está demasiado cansado para hacer algo más esta noche, y Max también necesita dormir, si quiere ser bueno para nosotros mañana.

— ¿Max? — Bonnaud intervino. — ¿Estás llamando al Duque de Lyon Max?

Cuando se sonrojó, Maximilian dijo:

— Tu hermana y yo nos hemos hecho amigos en medio de esto. Eso es todo. — Al menos hasta que él pudiera convencerla de casarse con él.

Los ojos de Bonnaud se entrecerraron, pero él simplemente dijo:

— Entonces está arreglado. Su Gracia levantará la cuarentena, y Lisette y yo nos turnaremos para sentarnos con Víctor hasta que esté mejor.

Asumiendo que él mejore. Maximilian sofocó el pensamiento. El hombre tenía que vivir, maldita sea. Se negaba a aceptar cualquier otro resultado.

La noche siguiente, Lisette entró en las habitaciones estrechas del médico y arrojó su bordado de cintas sobre la pequeña mesa atornillada a la pared. Se sentía como un saco de papas que había sido arrastrado por una colina rocosa y arrojado por un barranco.

Tristán entró detrás de ella, después de haber ido a jugar a la criada de la dama antes de retirarse.

— ¿Alguna palabra sobre si la cuarentena ha sido levantada? — ella le preguntó.

—Acabo de ver al duque y dijo que vendrían por la mañana para hacer oficial que todos podemos abandonar el barco.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Gracias a Dios.

— ¿Cómo está el paciente? — preguntó Tristan.

— Lo peor que lo he visto, — dijo ella, sofocando su desesperación. — Su fiebre todavía es horrible y su delirio empeora por momentos.

Gracias a Dios, Max había estado demasiado ocupado tratando con el Consejo Privado y los oficiales de cuarentena para pasar tiempo en la enfermería con Víctor. El día anterior había visto la mirada embrujada en sus ojos cuando Víctor tosió con tanta violencia.

— Si Victor muere, no sé cómo Max lo soportará. Sin embargo, no veo cómo Víctor puede sobrevivir, sin importar cuántos de esos remedios deslice el Dr. Worth.

—Victor es más fuerte de lo que parece. No lo descuentes aún. — Caminando detrás de ella, Tristan desabrochó los botones de Lisette. — El Dr. Worth es un buen hombre.

Ella suspiró.

— No eso otra vez.

— Simplemente lo estoy señalando. Es joven, es guapo... habla bien de ti.

— No estoy interesada en casarme con el Dr. Worth — dijo bruscamente, — así que para.

Estuvo callado un largo momento.

— Espero que no seas tan tonta como para haber puesto tus ojos en «Max».

— ¿Por qué no? Es joven, es guapo... habla bien de mí.

— Muy graciosa — gruñó Tristán mientras le soltaba los cordones. — Pero no estoy bromeando, Lisette. El es un duque. Eso significa algo aquí en Inglaterra.

— ¿Crees que no lo sé?

Ver a Max usar su rango para tratar con todos esos funcionarios anoche y hoy le recordó con bastante fuerza que él estaba muy por encima de ella en posición. Inminente locura o no, podría tener a cualquier mujer que quisiera. Y cualquier otra mujer con gusto cumpliría sus condiciones.

Pero habiendo visto su angustia, sabía que nunca podría hacerlo. Ella lo amaba demasiado como para dejarlo en manos de extraños en sus últimas horas. Y considerando cómo se había dedicado a cuidar el bienestar de un hombre que ni siquiera estaba seguro de que fuera su hermano, debería entender.

— Por supuesto, si Víctor resulta ser el hermano de Lyons — dijo Tristán cuando terminó de soltar sus cordones, — entonces Maximilian Cale ya no es el duque, ¿verdad? Así que mejor me apresuro a ir a la enfermería, o podría haberlo descubierto y decidido terminar con Víctor.

Ella se giró para fruncirle el ceño.

— ¡No te atrevas a decir algo tan vil! ¡Ni lo pienses!

— Estaba bromeando, Lisette. — Tristan la miró fijamente. — Y supongo que has puesto tus ojos en el duque.

Levantando la barbilla, ella lo fulminó con la mirada.

— No seas ridículo. Solo porque defiendes su carácter...

Su hermano resopló.

— No solo defiendes su carácter. Lo atiendes como nunca te he visto atender a nadie, ni siquiera a mí y a Dom. Cuando no estabas cuidando a Víctor hoy, era "*Max necesita esto*" y "*Debo asegurarme de que Max coma*"

Dios mío, ella no había querido ser tan transparente. Ella dejó escapar el aliento en un largo suspiro, y el impulso de confiar en alguien, cualquiera, era demasiado abrumador para resistir.

— No lo entiendes. Estoy enamorada de él.

Una mirada de lástima cruzó su rostro.

— Oh, querido corazón...

—No lo digas. Sé que es inútil. — Aunque no por las razones que él pensó. — Y estoy bien, de verdad.

—No parece estar bien. Ustedes dos prácticamente prenden fuego el uno al otro cuando están juntos en una habitación. — Sus ojos se entrecerraron. — Me hace preguntarme qué pasó entre ustedes mientras intentaban encontrarme. Especialmente porque persiste en no decirme cómo lo logró.

—No fue nada — mintió. — Y no pasó nada. Max, el duque, era un caballero perfecto.

—Hmm.

—No hagas esperar al doctor — dijo a la ligera.

Tristán le lanzó otra mirada preocupada y luego se fue. Tan pronto como él se fue, ella se cambió a su camison y se dejó caer en la litera estrecha. Debería dejar que el balanceo de la nave la durmiera.

Pero Tristan la tenía agitada ahora, obsesionada con preguntarse lo mismo que había estado preguntando desde el día anterior. Si Victor demostraba ser Peter, ¿cómo reaccionaría Max? Y si Peter, Victor, moría...

Oh, Señor, eso no soportaba pensarlo.

Llamaron a la puerta. Se levantó y la abrió, solo para encontrar a Max parado allí. La sobresaltó. No había intentado verla una sola vez desde que habían subido a la nave.

Él la miró con el rostro pálido y los ojos sombríos a la luz de la linterna. Aparentemente ajeno a su atuendo escaso, entró en la pequeña cabina y se sentó en la litera, diciendo con voz destrozada:

— Finalmente encuentro a mi hermano, y me lo van a arrancar antes de que lo conozca. Se está muriendo.

Capítulo 19

Maximiliano sintió como si el destino hubiera estado jugando con él por diversión. ¿De qué servía haber encontrado a Peter, solo para perderlo al final?

— ¿Viste a Víctor? — preguntó Lisette con voz temblorosa.

—Justo ahora. Yo... entré para decirle al médico que la cuarentena había sido levantada, y... — Su garganta se cerró. — Víctor estaba tan enfermo que el médico había recurrido a sangrarlo. Estaba golpeando, y tuve que ayudarlo... sujetarlo. Dios mío, mi hermano se está muriendo. ¡Y no hay una maldita cosa que pueda hacer para detenerlo!

Después de cerrar la puerta, ella se sentó a su lado en la litera.

— En primer lugar, aún no estamos seguros de que sea tu hermano. — Ella le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la mano. — Y en segundo lugar, definitivamente no estamos seguros de que vaya a morir.

Maximilian ignoró la parte de que Víctor no era su hermano. El parecido con el padre era demasiado fuerte para ignorarlo. Víctor tenía que ser Peter.

Lisette entrelazó sus dedos con los de él.

— Tristan dice que es más fuerte de lo que parece.

—No esta noche, no lo es. — Maximilian la miró con la garganta llena de miedo. — Está muy caliente con fiebre. Y está delirando como... como...

—Lo sé — susurró ella. — Y me imagino que es aún más difícil para ti mirar que para mí.

—Ver el cuerpo devastado de Víctor sacudir el agarre del médico es como ver a Padre de nuevo — admitió.

—Sin embargo, no es lo mismo — dijo amablemente. — El delirio de Víctor proviene de la fiebre. Pasara.

—Asumiendo que él vive. — Apretando su mano, él se atragantó, — Y no creo... no creo... lo hagá.

—Shh, mon coeur, shh, — canturreó abrazándolo a ella. — Todo saldrá bien.

— ¡Nunca estará bien! — gritó, alejándose de ella mientras el miedo le marcaba el corazón. — Todos estos años, he tratado de enfocar mi futuro lógicamente, para planear que mi fin sea digno. Para que no lastime a nadie más que a mí. Pensé que podría aferrarme a ese plan. Pero ahora me doy cuenta, mirándolo... — Agarrando su mano entre las suyas, luchó por respirar. — No soy tan fuerte. No puedo soportar terminar como Víctor. Al menos nos tiene a nosotros. Pero no tendré a nadie. Solo un médico fríamente eficiente, un asistente que lucha por someterme.

La piedad se extendió por su rostro, y era una señal de lo aterrorizado que estaba que ni siquiera le importaba.

—Oh, Dios, Lisette, no puedo soportar la idea — dijo. — Tenía la intención de quedarme en esa maldita habitación con él esta noche, pero verlo morir... es demasiado difícil. No puedo... no puedo...

Ella le dio un beso en la boca como para calmarlo. Pero solo lo hizo más desesperado por el contacto, el afecto... la vida más allá de la tumba.

Agarrando su rostro en sus manos, la besó ferozmente, apasionadamente. Necesitaba que ella borrara el miedo, para hacerlo sentir nuevamente en control.

—Prométeme que te casarás conmigo, Lisette, — susurró contra sus labios. — Prométeme que no me dejarás morir solo.

—Max, yo...

—No, no puedes rechazarme esta vez. No debes. — Su respiración se volvió irregular, áspera. — No te dejaré.

Tirando de ella sobre su regazo, comenzó a devorar su boca. Necesitaba sentirse completo, vivo. Necesitaba saber que había una persona en esta tierra que se preocupaba por él. Porque si Victor muriera, estaría solo otra vez, y simplemente no podría soportarlo. La idea de continuar en su existencia vacía sin nadie...

Él arrastró besos con la boca abierta hasta su oreja.

— Pensé que estaba resignado a mi futuro solitario con una mujer que no me importaba. Pensé que podría lograr... aceptar mi suerte. — Su voz se ahogó. — Entonces llegaste y aprendí lo que es el verdadero infierno. Es conocer a la mujer que quieres y darte cuenta de que no puedes tenerla.

—Puedes tenerme, Max — susurró ella mientras se alejaba de él. — Si no fuera por tus condiciones...

—A las llamas con mis condiciones — gruñó. Ella había roto sus paredes, y él sabía que nunca podría reconstruirlas. Ya no quería hacerlo. — Te llevaré como pueda, querida. Es completamente egoísta, pero ya no puedo soportar la idea de volverme loco sin ti a mi lado para facilitar el camino. Especialmente si significa que me privarán de ti por la parte de mi vida que vale la pena vivir.

Sus ojos estaban llenos de una suavidad derretida que calmaba su dolor desigual.

— No tienes que ser privado de mí, mon coeur, — murmuró ella, rozando besos en sus mejillas, mandíbula y labios. — Nunca te dejaré ahora. Nunca.

Él buscó en su rostro.

— ¿Lo prometes? ¿Lo juras?

Ella sonrió.

—Lo juro.

—Te casarás conmigo.

—Sí. Oh sí, Max. Tan pronto como quieras.

—Gracias a Dios — le gruñó, el alivio lo inundó. Incluso si Victor muriera, ya no tendría que estar solo.

La besó de nuevo, dolorosamente, a fondo.

—Te quiero, cariño. — Se soltó los botones de su camisa. — Necesito estar dentro de ti. Necesito que me recuerden que hay vida en algún lugar fuera de este barco maldito. Eres la única que me ha dado esperanza, y nunca supe lo desesperadamente que la necesitaba hasta que apareciste. Incluso si es una esperanza inútil, necesito creer que mi futuro no es todo sombrío.

—No lo es — jadeó cuando él la movió para que él pudiera arrastrar su tren nocturno sobre su cabeza. — Sé que no lo es. Tendremos una vida juntos, lo juro.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, Lisette — susurró. — Cualquier tiempo que tengamos es suficiente. Haremos que sea suficiente.

Apresuradamente, se desabrochó los pantalones y luego los cajones, desesperado ahora por tenerla. La acomodó a horcajadas sobre él.

— Hazme el amor, querida. — Frotó su rampante polla contra ella.

Sus ojos se agrandaron.

— Una mujer puede...

—Sí — dijo con voz ronca. — Arrodíllate y llévame dentro de ti.

Solo decir que las palabras lo habían excitado aún más: la imagen de ella montándolo lo poseía. Entonces, cuando ella murmuró: «*Muy bien*», pensó con seguridad que había salido allí mismo.

Especialmente porque se veía tan hermosa encaramada a horcajadas sobre él, con su piel luminosa a la luz de la linterna y sus ojos brillantes. Y cuando ella se detuvo y cayó sobre él como una diosa embriagadora, él se entregó a ella. Ella lo envolvió, su salvaje rosa francesa, creciendo en cada grieta en sus paredes, rodeándolo con el aroma del perfume y la dulzura de sus pétalos.

Y él sabía que nunca podría desarraigarla ahora. Eso era lo que la hacía tan peligrosa que ya no quería hacerlo.

Él ahuecó sus senos, amasando, glorificándose en ellos cuando ella comenzó a ondularse sobre él. Su polla era como el hierro dentro de ella. Esparció besos sobre cada centímetro de piel que pudo alcanzar, calificándola como suya para siempre.

—Toma todo — se ahogó. — Es tuyo.

—Solo te quiero a ti.

Entonces lo besó, entrelazando su lengua con la de él y luego volviéndola a meter en su boca. Cuando ella envolvió su polla debajo, él entró en su boca arriba, estableciendo un ritmo que ella hizo eco en sus movimientos.

Su sangre cantaba mientras ella lo montaba. Ella era una insensible natural, segura de su poder femenino y usándolo para mantenerlo cautivo. Siempre había temido exactamente esto, estar poseído por el deseo. Pero ella le había enseñado a no tenerle miedo. Y al lado del miedo a estar solo, no era nada.

— ¿Te gusta eso, mi pirata? — bromeó ella, inclinándose para pasar sus dedos por su cabello, sus pechos presionando contra su rostro. Los chupó con fuerza, sintiendo su liberación venir.

—Más rápido, cariño — raspó contra su dulce pecho. — Más. Móntame más fuerte.

—Sí, mon coeur. — Ella aceleró sus movimientos. — Lo que quieras.

—Te deseo.

—Ya me tienes. — Su respiración se rompió, áspera. — Lo tienes todo, si solo lo tomas... mi cuerpo... mi corazón... mi amor... Te amo, Max.

Las palabras lo enviaron al límite. Él la empujó con fuerza, luego se perdió dentro de ella. Cuando ella gritó y lo ordeñó para que se secase, sus dulces palabras tronaron en su cabeza.

«*Te amo, Max*».

Y en ese momento, la fortaleza que rodeaba su corazón se rompió de arriba a abajo.

Lisette yacía en los brazos de Max, su cuerpo acurrucado en el de él en la estrecha litera. Él todavía estaba completamente vestido y ella estaba desnuda, lo que debería avergonzarla. Pero ella había pasado el punto de la vergüenza con Max. Lo cual supuso que era algo bueno, ya que había aceptado su propuesta de matrimonio.

Solo deseaba no haber proclamado su amor por él. No estaba listo Si ella no fuera cuidadosa, demasiada cercanía lo haría expulsarla.

Sin embargo, él la abrazó con tanta dulzura y ternura, besándola en el pelo y acariciando su cadera.

— ¿Lo decías en serio? — murmuró él detrás de ella.

Ella se tensó. No había duda de lo que estaba hablando, pero ella había esperado que él fingiera que no lo había dicho.

— Prometí nunca mentirte, ¿recuerdas? Por supuesto que lo decía en serio.

Girándose en sus brazos, ella miró su rostro sombrío e intentó leer lo que estaba pensando.

Su expresión era pensativa.

— Ninguna mujer, aparte de mi madre, por supuesto, me ha dicho esas palabras.

Ella ahuecó su mejilla.

— Entonces has pasado tu tiempo con muchas mujeres tontas.

El fantasma de una sonrisa cruzó su rostro.

— Quizás.

— O los has bloqueado tan a fondo que no se atrevieron.

Se puso serio.

— Eso es probablemente más cercano a la verdad. Aunque, para ser justos, ninguna mujer ha luchado tanto para superar mis bloqueos como tú.

Ella le alisó el pelo.

— ¿Te molesta?

— A veces. No estoy acostumbrado a... dejar que la gente se acerque.

— Me di cuenta — dijo ella, ocultando una sonrisa.

Un ceño frunció su frente.

— Lisette, yo... bueno, es solo que...

Ella presionó sus dedos contra sus labios.

— No tienes que decir nada. — Aunque ella anhelaba escuchar que el también la amaba, ella no lo apresuraría.

— Es solo que... Mi mundo ha estado revuelto desde el día en que tu hermano me envió esa nota. Pero hay una cosa de la que estoy seguro: te quiero como mi esposa.

Ella contuvo el aliento.

— ¿Para ricos o pobres, hasta que la muerte nos separe?

El asintió.

— Sin condiciones.

Con un nudo en la garganta, ella se acurrucó contra él.

— Eso es lo suficientemente bueno para mí. — Por ahora.

Se quedaron allí amigablemente otro momento. Luego se apoyó sobre un codo

— Yo debería ir. Debería estar con Víctor.

Sus torturadas palabras llegaron antes a su mente. «*Tenía la intención de quedarme en esa maldita habitación con él esta noche, pero verlo morir es demasiado difícil. No puedo... no puedo...*»

— No, — dijo ella con firmeza. — Tristan y el doctor están con él. Necesitas descansar. Pasaste todo el día luchando por él y estás exhausto. Si parece que Víctor realmente está al final, el Dr. Worth vendrá a buscarnos.

— Otro motivo por el que debería irme. Probablemente no sea una buena idea que alguien nos encuentre aquí así.

— ¿Porque podrían obligarte a casarte conmigo? — bromeó ella.

Él sonrió.

— Buen punto.

— Ven ahora — dijo ella acariciando su rostro. — A dormir.

— Eres mandón, ¿lo sabes? — dijo él, pero se recostó.

— Eso es lo que me dicen mis hermanos. Pero realmente no lo soy. Es solo que los hombres piensan que nadie debería decirles qué hacer, a menos que sea un general blandiendo una espada en el campo de batalla.

Se rio entre dientes.

— Es una pena para Napoleón que nunca te haya tenido en su ejército, — murmuró, con los ojos cerrados. — Habría ganado la guerra. O tal vez solo... solo...

Cuando él se calló y su respiración se ralentizó, ella sonrió y se acurrucó contra él. Después de un rato, ella también se durmió.

Ella no sabía cuánto tiempo había permanecido allí cuando llamaron a la puerta. Sin embargo, debía haber pasado algún tiempo, porque podía ver la luz del sol a través del ojo de buey. Cuando volvieron a llamar, un poco más fuerte, se sentó.

— ¿Sí? — gritó ella.

— Es el Dr. Worth — dijo la voz del médico al otro lado de la puerta.

Su corazón se congeló en su pecho. Sintió que Max se tensaba a su lado y supo que él también estaba despierto, pero eso no impidió que se apresurara hacia la puerta.

Lo abrió lo suficiente como para ver al médico parado allí.

— ¿Qué es? — preguntó ella, con la sangre palpitando. — ¿Qué ha pasado?

Él sonrió ampliamente.

— El Sr. Cale ha reaccionado. Su fiebre bajó hace unas horas y anoche durmió de verdad. Todavía está muy débil, pero está despierto, está lúcido y parece que se recuperará por completo.

— Gracias al buen señor — dijo ella con voz ronca. — ¡Esa es una noticia maravillosa!

— Fui a decirle al duque pero él no estaba en las habitaciones de Bonnaud.

Ella forzó una sonrisa.

— Lo encontraré y se lo diré.

— Gracias. Necesito volver con mi paciente.

Cerró la puerta, se recostó contra ella y luego sonrió a Max, que estaba sentado allí aturdido.

— No puedo creerlo — dijo con voz ronca. — Tenía tanto miedo... — Una sonrisa dividió su rostro. — De hecho, puedo tener un hermano.

— Pero eso significa que tal vez ya no seas el duque — no pudo abstenerse de señalar.

— No importa — dijo, su mirada cálida. — Te tengo. A menos que estés planeando arrojarme si demuestro que no soy el duque — bromeó.

Ella fingió considerar eso por un momento.

— Bueno... espero que consigas tu yate.

Cuando él parpadeó, luego se echó a reír, ella se relajó. Ambos sabían que sus vidas nunca serían las mismas después de este momento. Pero si a él no le importaba, a ella no le importaba.

Mientras lo tuviera, mientras tuviera la esperanza de que algún día él pudiera aprender a amarla, ella estaba contenta.

Capítulo 20

Poco tiempo después, mientras Maximilian seguía a Lisette por el estrecho pasadizo hacia la enfermería, se preguntaba por qué se había negado a decirle que la amaba.

Porque la amaba. Le encantaba lo dulce que podía ser y lo agrio. Amaba tanto la rosa como las espinas. Le encantaba que en un momento ella pudiera mimarlo y al siguiente recordarle que había tenido la suerte de haber nacido duque de dos padres que lo habían amado, locura o no.

Entonces, ¿por qué no le había dicho las palabras?

Él suspiró. Porque después de poner al descubierto sus miedos la noche anterior, después de mostrarle cuán desesperadamente la necesitaba, se sintió obligado a mantener una parte de sí mismo aún invulnerable. Una parte de sí mismo aún bajo su control.

Cobarde.

Quizás. Pero descubrir el corazón de uno era un riesgo, incluso con su querida Lisette. Simplemente no estaba listo para correr ese riesgo.

Aunque cuando ella le dedicó una sonrisa suave justo cuando él abría la puerta de la enfermería, casi cambió de opinión al respecto.

Luego vio al hombre que había querido conocer toda su vida, y el momento pasó. Porque un Victor Cale, demacrado y pálido, sentado erguido y con un aspecto decididamente más lúcido que antes, con el cabello castaño despeinado y la barba bastante avanzada, era la viva imagen del padre en sus últimos días.

Ahogado por el nudo en la garganta, Maximilian entró en la habitación con Lisette a su lado.

— Sr. Cale, — logró decir formalmente, — es bueno verte luciendo bien.

Víctor desvió la mirada del médico hacia Maximilian, con curiosidad en sus ojos color avellana.

— ¿Quién demonios eres?

Ese no era momento de disfrazar palabras.

—Creo que puedo ser su hermano.

La cara de Víctor cambió, se volvió aún más pálida, si eso fuera posible. Miró a Bonnaud.

— ¿Es la «*familia*» que hemos venido a ver?

Bonnaud asintió con la cabeza.

— Y esa es mi hermana Lisette allí con él. Te he hablado de ella.

—Sí — dijo Víctor, lanzando una mirada superficial a Lisette antes de volverse para estudiar a Maximiliano con un brillo extrañamente hostil. — Siempre supe que mi bastardo de un padre tenía otra familia en alguna parte. Siempre fue tan cauteloso con mamá sobre su viaje a Inglaterra esa única vez.

— ¿Madre? — dijo Maximiliano con voz ronca. — ¿qué madre?

—Mi madre — dijo Víctor.

—Nunca dijiste que tenías una madre — intervino Bonnaud, sobresaltado.

—Nunca preguntaste. En cualquier caso, ella murió mucho antes de conocerte. — Cruzando los brazos sobre el pecho, Víctor escaneó a Maximiliano con frialdad. — Y sí, hermano, estoy seguro de que la considerarías muy por debajo de la dignidad de nuestra familia. Solo puedo decir por tu ropa que tienes bastante. Ella era solo una doncella de la taberna, y mi maldito padre nunca la dejó olvidarlo. Pero ella amaba al bastardo hasta el día de su muerte, y eso debería contar para algo.

Maximilian luchó por comprender el extraño giro de esta conversación.

— ¿Estás diciendo que Nigel Cale no solo fingió ser tu padre, sino que también te impuso una madre fingida?

Era el turno de Víctor para asustarse.

— No se pretendía nada de mi madre, te lo aseguro. Y a menos que ella me estuviera mintiendo, Nigel Cale era mi padre.

Maximilian estaba completamente confundido.

— No, tu verdadero padre era Sidney Cale, y tu verdadera madre era Tibby Cale. Nigel te secuestró cuando tenías casi cinco años.

— ¡Me secuestró! — dijo Víctor. — Al diablo lo hizo. Recuerdo cuando tenía cinco años, y mi padre ya había dejado la marina para... — Se congeló. — «Peter», — susurró. — Esto es sobre Peter.

Lisette se movió al lado de Maximiliano.

— ¿No eres Peter?

—No, — dijo Víctor. — Era mi medio hermano. Mi padre nos dijo que... Peter fue un golpe secundario de su madre que murió. — Su expresión se volvió sombría. — Debería haber sabido que era una mentira.

El dolor golpeó a Maximilian con tanta fuerza que apenas podía respirar. Víctor no era su hermano. ¡Víctor no era Peter! Maximilian había estado tan seguro...

— Pero tienes el pañuelo de Peter — dijo con voz ronca. — Asumí que... eso...

—Supusiste mal — dijo Víctor volviéndose beligerante. — Peter lo dejó en su escritorio cuando se enfureció para ver a papá en Gheel.

— ¿No viviste en Gheel? — preguntó Lisette.

—No — dijo Víctor con tristeza. — Los tres, mamá, Peter y yo, vivíamos en una cabaña en el pueblo vecino, donde mamá ganaba un poco de dinero lavando la ropa para pagar la

"cura" de padre, que nunca llegó. — Hizo una pausa para toser un poco. — Peter y yo éramos aprendices de carpinteros... pero hablamos de unirnos al ejército y luchar juntos contra Boney.

Maximilian escuchó todo eso como a través de la niebla. ¿Peter, el heredero de un duque, se había visto obligado a trabajar como aprendiz de carpintero? Dios santo, ¿qué había estado pensando el tío Nigel para alejarlo de su familia por eso?

—El día que Peter fue a Gheel — continuó Víctor — algo que había visto o leído lo había provocado. Dijo que iba a sacarle la verdad al padre sobre quién era su madre. — Víctor jadeó un poco, el dolor brillaba en sus ojos. — Nunca volvió. Más tarde, alguien en Gheel me dijo que él y padre discutieron. La opinión general era... que uno de ellos derribó una vela que prendió fuego a la cabaña.

En algún lugar en medio de la recitación de Víctor, Lisette había tomado la mano de Maximilian, y se dio cuenta de que la estaba apretando lo suficiente como para imprimir sus uñas en su palma.

Ella no pareció darse cuenta. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Para él. Por él y su pérdida.

— Lo siento, Max. Lo siento mucho.

Víctor comenzó a luchar por respirar, y el Dr. Worth miró a Maximilian.

— ¿Podríamos continuar esto más tarde?

—No, — Victor se atragantó. — Solo necesito... un momento. Vine hasta aquí... para encontrar a mi familia. Ahora quiero saber la verdad.

Con preocupación en su rostro, el Dr. Worth presionó una copa de vino en su mano. Victor tragó un poco y su respiración se calmó. Luego miró a Maximiliano.

— Entonces eres el hermano de Peter — dijo con voz hueca. — No el mío.

—Sí, — Maximilian se las arregló.

Una clara decepción cruzó la cara de Víctor.

— Pensé que quizás mi padre tenía... otra familia legítima en Inglaterra. Que incluso podría tener otro medio hermano. — Su expresión parecía tan vacía como Maximilian se sentía. — Pero no tengo a nadie.

—En realidad — dijo Maximilian, simpatizando con el dolor del hombre, — ya que Nigel Cale era mi tío abuelo, si eres su hijo legítimo, entonces eres mi primo hermano, una vez retirado.

— ¿Lo soy? — dijo Víctor, con una repentina esperanza en su voz. Pero luego frunció el ceño. — Eso apenas cuenta, ¿verdad?

— ¿Qué quieres decir?

— Todo ha sido sobre Peter. Encontrar a Peter. — Tosió unos minutos. Entonces su voz bajó. — A nadie le importó encontrarme.

La irritación raspó los nervios de Maximiliano.

— Ni siquiera sabía que existías hasta ahora. Nadie lo supo.

Víctor sacudió la cabeza.

— Ese investigador debe haber hecho un informe a su padre. Lo cual ignoró. Y lo ignoraste.

— ¿Qué investigador? — preguntó Maximilian bruscamente.

La sospecha se alineó en la cara de Víctor.

— No finjas que no sabes sobre él. Apareció en nuestro pueblo un mes después del incendio. — Víctor respiró hondo un momento y luego continuó. — Vino a preguntarnos a mamá y a mí sobre padre. Cuando mamá preguntó... si teníamos alguna relación, el hombre dijo que no lo creía, pero nos lo haría saber. — La voz de Víctor se endureció. — Pasaron unos seis meses, y el hombre apareció mientras yo estaba trabajando. Habló con mamá. Le dije que le debía algo de dinero... la herencia de mi padre. — Jadeó un momento. — Que lo conseguiría todo mientras aceptara firmar un papel. No sabía leer inglés, por lo que no sabía lo que decía el papel, pero lo firmó. Cualquier cosa para conseguirnos dinero. — Un músculo hizo tictac en la mandíbula de Víctor. — Esa fue la última vez que vimos al tipo. Y tampoco descubrí lo que decía ese maldito papel.

Le tomó un momento, pero cuando la verdad cayó en Maximilian, la ira rugió en él.

— Maldito sea. Maldito sea al infierno.

Ante la virulencia en la voz de Maximilian, Lisette y Bonnaud intercambiaron miradas. Pero Víctor simplemente entrecerró la mirada.

— ¿Quién?

— Mi maldito padre. Él sabía. Tenía que haberlo sabido. Ese investigador, padre le pagó al hombre para averiguar qué le había sucedido a Peter. Si ese investigador hablaba con tu madre, entonces sabía que tío tenía una familia. Y tuvo que habérselo contado a mi padre. Padre no quería que lo supiera.

— ¿Por qué demonios no? — preguntó Bonnaud.

La mirada de Maximilian se cruzó con la de Lisette.

— Porque Víctor sería el próximo en la fila para el ducado.

Víctor lo miró boquiabierto.

— Espera un minuto. ¿Mi padre estaba relacionado con un duque?

— Tu padre era el hijo menor del sexto duque de Lyon — dijo Maximilian con voz apagada. — Y así hermano del séptimo duque y tío del octavo. — Hizo una pausa para mirar a Víctor. — También fue tío abuelo del noveno duque. Yo.

— Mierda, — murmuró Víctor. Miró a Maximilian con cautela. — ¿Soy tu heredero?

— No directamente. Así no es cómo funciona. Pero usted y yo somos actualmente los únicos descendientes masculinos de mi, nuestro bisabuelo, el sexto duque de Lyon. Si muero sin un heredero, heredarás el ducado. — Maximilian curvó sus manos en puños. — Y

claramente papá despreciaba la idea de que la progenie de su tío tuviera la oportunidad de heredar el ducado. No después de lo que hizo el tío Nigel.

— Por eso tu padre quemó los documentos — dijo Lisette suavemente.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Maximilian.

— Lo hizo deliberadamente, porque no quería que nadie supiera de la existencia de Víctor. Pensé que lo hizo en un ataque de locura, pero ahora no estoy tan seguro.

— ¿Locura? — dijo Víctor. — ¿Tu padre también se volvió loco?

Tragando con fuerza, Maximilian dijo:

— Temo que sí. Es la maldición familiar.

La expresión de Víctor se endureció.

— ¿Sabes si tu padre alguna vez tuvo sífilis?

Maximilian se congeló.

— De hecho, lo hizo. ¿Qué tiene eso que ver con algo?

— Mi padre también lo tenía. Uno de los médicos de Gheel creía que la sífilis puede causar locura más adelante en la vida, incluso si elimina la enfermedad temprano.

— También lo he notado — añadió el Dr. Worth. — He visto varios casos de locura en los que la víctima había contraído sífilis en algún momento de su vida.

— ¿Entonces la locura podría ser el resultado de la enfermedad? — preguntó Lisette con voz emocionada. — ¿Podría no tener nada que ver con nada más que eso?

Maximilian contuvo el aliento, un repentino rayo de esperanza abriéndose en su oscuro futuro.

— Posiblemente — dijo el Dr. Worth. — Mira lo "loco" que la neumonía hizo a Víctor. Creo firmemente que la enfermedad funciona tanto en la mente como en el cuerpo. Y la sífilis es una enfermedad virulenta.

Con su sangre latiendo ferozmente por las venas, Maximilian agarró la mano de Lisette. Ella le sonrió mientras comprendía claramente la dirección de sus pensamientos.

Si la locura hubiera sido el resultado de la sífilis... Dios santo, ¡en realidad podría tener la esperanza de una vida!

Bonnaud frunció el ceño.

— Es una coincidencia bastante extraña que tanto el padre del duque como el tío abuelo contraigan sífilis, ¿no le parece?

— No necesariamente — dijo Maximilian. — Solían beber juntos.

— Beber está muy lejos de prostituirse — dijo Bonnaud. — Y esperarías que el duque al menos sea más cuidadoso con esas cosas.

Maximiliano asintió con la cabeza.

— Lo sé, siempre pensé que era extraño para mí que mi padre hubiera ido a una prostituta. Nunca parecía del tipo.

—Quizás no contrajo la sífilis de una prostituta — dijo Víctor con frialdad.

—Tampoco tenía una amante — agregó Maximilian, sin saber por qué importaba cómo había contraído la sífilis. — Estaba loco por mi madre. Por supuesto, todo eso sucedió antes de casarse con ella.

— ¿Lo sabes a ciencia cierta? — Victor tosió un poco, luego continuó sin descanso. — ¿Sabes con certeza que se enfermó antes de conocer a tu madre?

Algo en el tono duro de Víctor estaba empezando a irritar a Maximilian.

— No, el doctor me lo contó después de que se volvió loco. Pero estoy seguro...

—Porque hay otra posibilidad. — La mirada de Víctor se clavó en la de Maximilian. - Quizás mi padre la consiguió y se la dio a una mujer con la que él y tu padre tenían intimidad.

—Pero quién lo haría... — Maximilian se tensó cuando las últimas palabras de su padre le vinieron a la mente. "¿Entonces solo tengo un hijo, entonces?"

Santo Dios. Oh sangriento, maldito infierno. ¿A eso se refería Víctor?

—No. La idea misma es repugnante, — dijo Maximilian bruscamente. — Es imposible.

Víctor frunció el ceño.

— Mi padre siempre afirmó que Peter era su hijo, incluso durante sus delirantes locuras, incluso cuando estaba loco. Peter era su hijo. Nunca se desvió de eso, nunca habló de un secuestro, nunca mencionó a un sobrino.

— ¡Me importa un comino lo que habló! — gritó Maximilian. — ¡Estaba mintiendo, el maldito bastardo! ¡Secuestró a mi hermano!

— ¿Por qué tendría que hacer eso? — preguntó Víctor. — ¿Qué razón podría haber tenido para hacer algo así si Peter no fuera su hijo?

La pregunta había perseguido a Maximilian y a sus padres durante años. Pero esto... esta no era la respuesta.

—Estaba enojado — exclamó Maximiliano. — Tú mismo lo dijiste.

—No me malinterpretes, mi padre era un imbécil, pero no se volvió loco hasta que cumplí los catorce años, mucho después de haber traído a Peter a casa. — Victor luchó por respirar. — Para cuando perdió la razón, había estado en el ejército como un hombre alistado durante años... luchando por su país y moviéndonos por todo el continente. Estaba lo suficientemente lúcido como para mantener su posición como soldado... hasta el día en que... trató de estrangular a Madre. Que es cuando lo trajimos a Gheel.

Víctor desvió la mirada, su rostro se oscureció, y Maximilian sintió un momento de simpatía por el hombre que había compartido su propio infierno. Pero su simpatía desapareció cuando recordó lo que el hombre estaba tratando de reclamar sobre Madre.

—Estás equivocado — siseó Maximilian. — Mi madre era una santa, te lo digo. Ella nunca habría tenido una aventura con el tío de su esposo. ¡Incluso la idea es espantosa!

Lisette le puso una mano en el brazo.

— Dijiste que estaba llena de culpa. ¿Es posible que hayas confundido la fuente de su culpa? Si ella supiera que le había dado sífilis a tu padre después de estar con su tío...

— ¡No! — Él le quitó el brazo de encima. — ¡No! ¡No es posible! ¡No me convencerás de lo contrario! — Él la miró, abrumado por la traición. — ¿Y cómo podrías por un momento creer lo que dice mi primo? ¡Un primo que nunca conocí hasta hoy! Te dije lo que sufrió mi madre, lo que soportó. ¿Cómo te atreves a ponerte de su lado?

—No voy a tomar el lado de nadie, Max — dijo en voz baja. — Solo digo que es una solución que tiene sentido.

— ¿Tú lo crees, ¿verdad? — Los miró fijamente, las miradas compasivas en sus rostros, y cada centímetro de él retrocedió. — ¡Solo porque sus madres eran prostitutas no significa que la mía también lo fuera, maldita sea!

La sala quedó misteriosamente silenciosa.

Cuando la cara de Lisette se volvió ceniza, Maximilian podría haberle arrancado la lengua. Él la alcanzó pero ella apartó su mano.

—Lo siento, Lisette. No quise decir...

—Si lo hiciste. — Ella se acercó a su hermano con una mirada de tal dolor que le cortó el corazón. — Siempre estaremos debajo de ti, ¿no?

Bonnaud la rodeó con el brazo protectoramente mientras le lanzaba a Maximilian una mirada de acero.

— Te lo dije, querido corazón. El es un duque. No es como nosotros.

Al enterarse de que su maldito hermano obviamente la había estado advirtiendo contra él, aumentó el temperamento de Maximiliano.

— Tienes razón, Bonnaud. — Miró al hombre hacia abajo. — No soy como tú. No hablo mal de un hombre a sus espaldas mientras al mismo tiempo le pido su favor. — Desvió su mirada hacia Victor. — Y no hago acusaciones viles sobre personas que no conozco. Yo no...

Se atragantó con cualquier otra cosa que pudiera haber dicho, consciente de que estaba fuera de control. Muy, muy fuera de control. Girando sobre sus talones, cortó,

— Al diablo con esto. Debo ver a los oficiales de cuarentena. Vendrán a bordo en cualquier momento.

Y antes de que pudiera romperse por completo, se dirigió hacia la puerta.

Pero aún no lo había alcanzado cuando una pequeña voz preguntó:

— ¿Qué hay de mí, su gracia? ¿Qué cosa cruel te he hecho?

Su corazón se retorció en su pecho al escuchar el dolor en la voz de Lisette.

«*Me hiciste enamorarme de ti*».

Él ahogó las palabras. No era tan tonto. Ya se había rendido lo suficiente por ella. Se había desviado de sus planes, le había ofrecido matrimonio... ¿y para qué? ¿Entonces ella podría mirarlo como un... tonto patético y equivocado que no podía ver que su familia era un sumidero decadente de la humanidad?

—No hiciste nada, Lisette — se las arregló para decir. — Siempre te has comportado por encima de cualquier reproche. Ahora me tengo que ir.

Y con eso, escapó de la enfermería.

Capítulo 21

Tan pronto como Maximilian salió, Lisette se apartó de Tristán y se dirigió a la puerta.

—No irás tras ese trasero, espero — dijo Tristán mientras la agarraba del brazo.

Ella se detuvo para mirarlo.

— No es un idiota.

El doctor dijo,

— Debería ir a ayudar a Su Gracia con los oficiales de cuarentena. Tendrán que hablar conmigo. — Y salió corriendo por la puerta.

Tan pronto como se fue, Tristán espetó:

— Llamó a nuestra madre puta.

—Y mi madre también — intervino Víctor — No sé sobre tu madre, pero la mía estaba legítimamente casada con mi padre. Ella podría haber sido una criada de la taberna, pero eso no la convirtió en una prostituta.

— ¡Deja de decir esa palabra! — gritó Lisette, envolviendo sus brazos alrededor de su cintura en un intento inútil por contener su dolor. Finalmente se había compartido con Max, cuerpo y alma, e incluso le dijo que lo amaba, y él la había clavado en el corazón.

¿Cómo pudo él? Siempre había parecido simpatizar, siempre parecía entender a Maman.

Inadvertidamente, volvió a ver la traición en la cara de Max cuando estuvo de acuerdo con la opinión de Víctor sobre el secuestro.

Dios mío. Por eso lo dijo. Max solo había hecho lo que cualquiera haría cuando estaba acorralado, había respondido con fuerza. Y lo habían acorralado de la peor manera. Sin duda se había sentido abandonado de nuevo... por su madre, por su padre y su tío, y esta vez, por ella. No fue justo de su parte y no era correcto, pero ella podía entenderlo.

Dirigiendo una mirada sombría tanto a su hermano como a Víctor, dijo:

— ¿Te das cuenta de lo que ambos han hecho? Y sin razón, tampoco, excepto para lastimarlo. Nada de lo que señaló realmente importa, todo está en el pasado. Sin embargo, ambos se sintieron obligados a decirle a Max que su madre, a quien ha adorado toda su vida, podría haber tenido una aventura con su tío abuelo. Que el hombre podría haberle engendrado un hijo. Que su madre sagrada incluso podría haber causado la locura de su padre. — Ella tragó saliva cuando todo la golpeó a la vez. — Y ahora se da cuenta de que toda su vida ha sido una mentira. Que todo lo que pensaba sobre su pasado era una mentira, que cada historia que sus padres le contaban sobre el secuestro de su hermano era una mentira. Que su padre incluso mintió acerca de que tenía un primo. Y Max aborrece que le mientan más que a nada.

Ella levantó la barbilla.

— Entonces, ¿cómo esperabas que reaccionara? ¿Para agradecerte por revelar la oscuridad debajo de las mentiras de su familia? ¿Esperabas que no retrocediera horrorizado y nos atacara a todos? ¿No lo harías?

El ceño de Tristan se suavizó una fracción.

— Bueno, cuando lo pones así...

— Y él también tenía razón sobre ti, Tristán. Regresaste a Inglaterra queriendo algo de él. Luego, en el momento en que no manejó todas sus especulaciones con gran aplomo, tu te vuelves hacia él insinuando que tu y yo habíamos estado hablando de él a sus espaldas. Lo que se le ha hecho una y otra vez durante toda su vida. Lo odia.

Se giró hacia Víctor.

— En cuanto a usted, señor, ¿por qué vino aquí? ¿Fue realmente para encontrar a su familia? ¿O fue solo para que pudiera castigarlos por abandonarle?

Victor la fulminó con la mirada.

— Considerando cómo nos sacaron completamente de sus vidas, creo que tenía derecho a castigarlos.

— Bueno, ciertamente encontraste una buena manera de hacerlo — dijo suavemente. — Y ahora el hombre que no tuvo nada que ver con tu abandono está en cubierta usando toda su influencia para levantar la cuarentena para que puedas convalecer en un lugar más cómodo que las entrañas de un barco. Realmente es un hombre terrible, ¿no?

Se giró hacia la puerta. No estaba segura de qué decirle a Max, pero no podía dejar las cosas como las habían dejado.

— Dime una cosa, Lisette, — gritó Tristán desde detrás de ella. — ¿Dónde estuvo este modelo de virtud anoche? Él no estaba en nuestra cabina. Y maldita sea, no estaba aquí.

Su corazón cayó en su estómago. Ella podría ser tan culpable de su "ruina" como Max, pero Tristán nunca lo vería así.

— ¿Dónde estuvo él? — dijo ella con rigidez. — Estaba de luto por el hermano que pensaba que estaba a punto de perder una vez más.

Luego salió y se dirigió a la escotilla. Deja que los dos se cocinen un poco. Victor había sido implacable en sus especulaciones, y Tristán había sido el que los había creado en primer lugar. No es de extrañar que Max hubiera retrocedido. Ambos podrían haberlo hecho más suavemente.

Ella tampoco había ayudado. Estaba tan emocionada ante la idea de que la locura podría no ser hereditaria después de todo, que Max finalmente podría tener algunas respuestas. Ella no se había detenido a considerar cómo consideraría él lo que dijeron. Que destruiría su fe en su madre.

«El hecho de que tus madres fueran prostitutas no significa que la mía también lo fuera, ¡maldita sea!»

A pesar de entender por qué lo había dicho, el hecho de que la incluiría en una vida tan cruel la hizo tambalearse. Porque si en el fondo, realmente la veía solo como la hija bastarda de una prostituta...

En realidad, había comenzado a creer que a él no le importaba su ilegitimidad. Pero claramente lo hacía. ¿Y si nunca pudiera dejar eso fuera de su mente? ¿Y si se avergonzara de ella?

Manteniéndose firme ante la perspectiva de verlo, respiró hondo y salió de la escotilla. Pero se sorprendió al encontrar la cubierta casi vacía. No había falange de funcionarios, solo el capitán escribiendo algo en un cuaderno y Max parado con el médico en una conversación profunda.

Se acercó al capitán, porque eso era más fácil que acercarse a Max.

— ¿Qué pasó con los oficiales de cuarentena?

— Se fueron. Todo terminó en cuestión de minutos. — El capitán asintió hacia el mástil, donde un marinero bajaba la bandera de la fiebre. — Vinieron, nos informaron que estábamos fuera de cuarentena y se fueron.

Max y el médico se acercaron a ellos, y ella se tensó. Especialmente cuando Max se abstuvo de mirarla.

— Capitán — dijo — ¿puede prescindir de un par de hombres para ayudar al señor Cale a subir a la cubierta? El Dr. Worth y yo estamos de acuerdo en que esta demasiado débil para subir la escalera solo. Y mi carruaje ya está en el muelle, esperándolo.

— Ciertamente, señorita — dijo el capitán. — Lo veré ahora mismo.

Lisette miró a Max.

— ¿A dónde lo llevas?

— A mi casa de la ciudad, donde puede ser atendido adecuadamente. El Dr. Worth ha aceptado supervisar su convalecencia.

— Harías eso por Víctor... ¿después de lo que dijo? Es muy bueno de tu parte.

— Apenas. — La mirada fría de Max se encontró con la de ella. — Sigue siendo el único otro heredero del ducado. Y él sigue siendo mi única familia cercana, incluso si parece resentirse por el hecho en este momento.

Y Max no era nada sino leal a su familia.

En ese momento, un marinero salió de la escotilla detrás de ellos y se agachó para atrapar a Víctor bajo los brazos cuando otro marinero lo entregó. El médico se apresuró a supervisar que Victor fuera puesto en una litera. Podía escuchar un bote remando hacia el barco. Otro marinero se apresuró a asegurarlo a un lado.

Entonces oyó al marinero decir:

— ¿Eres el sirviente de Su Gracia, vienes a ayudarnos con el enfermo?

—No, — dijo una voz familiar, — definitivamente no soy el sirviente de Su Gracia.

Cuando Max se volvió hacia el sonido de la voz, Lisette gimió.

— Dom ha llegado.

Su medio hermano tenía una mirada de fuego en los ojos cuando subió a la cubierta desde la escalera del barco. Cuando Max se puso rígido, como preparándose para otro encuentro polémico con un miembro de su familia, se apresuró hacia su hermano para evitarlo.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — ella preguntó. — ¿Cómo supiste dónde encontrarme?

—No fue exactamente difícil, querida niña — gruñó, lanzándole a Max una mirada asesina. — Skrimshaw me dijo cuando llegué ayer por la tarde que te habías escapado con Lyons, solo y sin acompañante, en una persecución para encontrar a Tristan. Entonces fui a la casa del duque y sus criados me dijeron dónde estaba. Entonces vine aquí. Para estrangular al bastardo.

—No vas a estrangularlo.

—Oh sí, lo haré — dijo Dom, empujándola.

Pero Max ya estaba avanzando para encontrarse con él.

— No debes preocuparte por la reputación de tu hermana, Manton. Ya le he ofrecido matrimonio.

Eso dejó sin aliento a las velas de Dom.

— ¿Lo has hecho? — Miró a Lisette. — ¿Es eso cierto?

Ella solo se quedó allí mirando boquiabierta a Max. No había esperado que él mencionara eso, no después de lo que acababa de suceder en la enfermería.

Aún así, no importaba. Había dejado muy claro que realmente no quería casarse con la hija de una «puta» francesa. ¡Ni siquiera podía decir que la amaba! Simplemente estaba tratando de salvar su honor, y no necesitaba molestarse.

—Es cierto — le dijo a Dom. — Él ofreció matrimonio, pero yo me negué.

Max parecía aún más sorprendido que Dom. Podía verlo retirarse en sí mismo, cerrando su expresión.

Su corazón se hundió. Iba a aprovechar la oportunidad que ella le estaba dando para escapar de casarse con ella. Y ella no podía culparlo. No estaban tan bien como ella pensaba.

—No es así como lo recuerdo, Lisette — dijo Max.

Las palabras roncadas la tomaron por sorpresa. ¿No estaba aprovechando la oportunidad después de todo?

Por medio momento, su corazón dio un salto. Él la quería a ella. Ella casi se arrojó en sus brazos para decir que tampoco era así como lo recordaba.

«El hecho de que sus madres fueran prostitutas no significa que la mía también lo fuera, ¡maldita sea!»

Eso la detuvo. No importa lo que reclamara en este momento, nunca podría olvidar quién era ella. Y ella nunca sería capaz de encajar en su mundo. ¿Qué había estado pensando?

Además, ya no tenía que preocuparse por morir loco y solo. Tenía a su primo y, dado lo que habían dicho Víctor y el Dr. Worth, era muy probable que la locura no estuviera en su futuro. Entonces ella se negaba a aceptar una oferta que él había hecho bajo circunstancias muy diferentes.

Lo apreciaría más tarde y se felicitaría por haber escapado por poco. Como ella.

O eso intentó decirse a sí misma.

— Quizás no es... exactamente lo que dije, — comentó suavemente. — Pero creo que estarás de acuerdo en que es lo mejor que no nos casemos.

— Diablos es eso — contestó Dom. — Según Skrimshaw, los dos partieron para viajar a mitad de camino a través de Inglaterra y Francia...

— Bajo alias — dijo Lisette. — Mi reputación está intacta. — Trataría con la Sra. Greasley más tarde. No tenía sentido decirle a Dom en este momento que su hermana pronto tendría que fingir ser la viuda afligida de un agente de tierras.

— La reputación es una cosa — espetó Dom. — Pero si Lyons te puso una mano encima, Lisette, lo juro...

— Su Gracia fue un caballero perfecto — dijo ella, tragándose las lágrimas que le tapaban la garganta. Ella juntó las manos a la espalda para ocultar su temblor a Dom. — No tengo nada que reprocharle.

Algo brilló en los ojos de Max, aunque no podía decir si era ira o deseo. O ambos.

Pero antes de que pudiera hablar, el capitán se le acercó.

— El Sr. Cale está en la costa ahora, Su Excelencia. Le están esperando.

— Gracias. Dígalos que estaré allí en breve. — Max se enfrentó a Lisette. — Debo ir a instalar a Víctor y al Dr. Worth, y tengo varios asuntos importantes que atender. Pero lo llamaré en unos días, lo prometo. Esto no ha terminado.

Luego se fue.

Deseó poder creerle, pero lo sabía mejor. Una vez que se diera cuenta de que no tenía más razones para temer casarse con alguien de su propio rango, la olvidaría.

Una pena que ella nunca lo olvidara.

Se le llenaron los ojos de lágrimas que luchó poderosamente por contener.

— ¿Qué demonios acaba de pasar? — preguntó Dom. — ¿Y quién es Victor Cale? Skrimshaw me dijo que ustedes dos fueron a buscar al hermano del duque, pero pensé que dijo que se llamaba Peter. — Sus ojos se estrecharon en ella. — ¿Y por qué lloras?

Se limpió las lágrimas sin piedad.

— No lo estoy. Es solo este aire marino. Me hace llorar los ojos.

— Lisette...

— No quiero hablar de eso, Dom. — Dirigiéndose a la escotilla para ver qué estaba reteniendo a Tristan, ella cambió de tema. — Supongo que evitaste que Hucker te siguiera aquí.

Dom se congeló.

— ¿Hucker? ¿El hombre de negocios de George?

Se le heló la sangre. Ella se volvió hacia él.

— Recibiste mi nota, ¿verdad?

— No, no recibí una maldita cosa. ¿De qué estás hablando?

— ¡Tienes que haber recibido mi nota! — ¿Cómo podría no haberlo hecho? Oh, señor, ¿y si Hucker lo hubiera seguido? — Tenemos que sacar a Tristan de este barco. ¡Ahora, antes de que Hucker y George lleguen!

La voz de Tristán llegó desde la escotilla abierta. — ¿Por qué vienen Hucker y George aquí?

En el momento en que vio a su medio hermano, Dom palideció.

— ¿Estás loco, maldito tonto? ¿Qué haces en Inglaterra?

— Es una larga historia — dijo Lisette. — Tenemos que irnos. Probablemente no tengamos mucho tiempo.

— ¿Dónde está el duque? — preguntó Tristan.

— Ido. Y estoy seguro de que cumplirá su promesa si puede, pero no sé si hay mucho que pueda hacer si realmente te arrestan. ¡Entonces tenemos que sacarte de este barco!

— Déjame buscar mi baúl — dijo Tristán y corrió por la escotilla.

Ella bajó tras él.

— ¡No hay tiempo, maldito seas!

Pero él ya estaba en su cabina, empacando. Cuando ella se apresuró y trató de que se fuera, él dijo:

— Relájate, Lisette, incluso si Hucker siguió a Dom al muelle, no tiene razón para pensar que Dom vendrá a verme. ¿Por qué iba a pensar eso?

Oh, Dios, se había olvidado de que Tristán no sabía que había estado en Francia con Max.

— Porque el duque y yo fuimos a Francia detras de ti, y él lo sabe.

— ¿Qué? — dijo Tristan. — ¿Viajaste sola con Lyons?

— ¡No tenemos tiempo para esto!

— Tiene razón en eso — dijo Dom desde la puerta. — Si George hizo que Hucker la siguiera a Francia, debe estar ansioso por arrestarte.

— ¡Exactamente! — ella lloró. — ¡Así que vamos!

Los dos llevaron a Tristan a la cubierta. Luego se detuvo.

— ¿Qué hay de tu bolso, Lisette?

— ¡No importa! — dijo ella, frustrada. — ¡Tenemos que sacarte del barco!

— Demasiado tarde para eso — dijo una nueva voz.

El corazón de Lisette se derrumbó cuando se giró lentamente para encontrar a George subiendo a cubierta con Hucker siguiéndola. Y después de ellos, una veintena de oficiales subieron a bordo.

— Señor, sálvanos — susurró ella.

— Maldición, George — gruñó Dom.

Su hermano los ignoró a ambos.

— Buenos días, Tristán — dijo George con una mirada de pura satisfacción. — Odio decírtelo, pero la única forma de salir de esta nave es encadenado.

Él asintió con la cabeza a Tristán, y uno de los oficiales se apresuró a agarrar a su hermano.

— Tristan Bonnaud, te arresto en nombre del rey por...

No podía escuchar el resto sobre la sangre que le latía en los oídos. A pesar de todos sus intentos de evitarlo, George finalmente había conseguido a Tristan exactamente donde lo quería. Y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Capítulo 22

Mientras el carruaje se abría camino a través del tráfico de la mañana en Londres, Maximilian solo podía mirar por la ventana. El Dr. Worth fue llevado por un carruaje de alquiler a su propia morada, diciendo que recogería algunos medicamentos y luego se reuniría con ellos en la casa de la ciudad. Víctor, que yacía en el asiento de enfrente, estaba durmiendo después de su agotador traslado del barco al carruaje de Maximilian.

Maximilian estaba entumecido. Lisette lo había rechazado. Gracias a sus crueles palabras, la había perdido.

No debería haber llamado a su madre puta. Lo lamentaba profundamente. Pero maldita sea, tenía derecho a estar enojado. Ella pensaba que era un aristócrata mimado, un asno arrogante que ni siquiera admitiría los vicios de su familia, vicios que ella y los demás habían surgido de algunas afirmaciones de su loco mentiroso de un tío.

—Eres un tonto, ¿sabes? — Se escuchó la voz de Víctor frente a él.

Él se puso rígido. Eso era lo último que necesitaba en este momento, más idiotez de su primo.

— Gracias por tu opinión, pero por el momento no quiero saber nada de ti. Creo que ya he escuchado suficiente hoy.

Un largo silencio cayó entre ellos, interrumpido solo por la tos de Víctor. Entonces el hombre luchó por sentarse, y Maximilian lo miró con el ceño fruncido.

— Para. El doctor dice que necesitas descansar.

—No me gusta ser un maldito inválido — se quejó Víctor, aunque puso la manta sobre su regazo. — Y vas a escuchar mi opinión, te guste o no, primo.

Maximilian frunció el ceño.

— Ya tuve suficientes insinuaciones desagradables sobre...

—No me refería a eso — Por primera vez desde que se conocieron, Víctor se veía claramente incómodo. — Yo... er... no debería haber especulado sobre la relación entre tu madre y mi padre. Como dijiste, no conocía a tu familia, no tenía derecho a asumir nada. La señorita Bonnaud lo dejó muy claro.

Maximiliano se congeló.

— ¿Lo hizo ella?

—Nos dio una buena conferencia después de que dejaste la enfermería. — Tosió un poco, luego lo controló. — Ella nos dijo que deberíamos estar avergonzados de nosotros mismos por decir cosas que no sirvieron para nada excepto herirte. Y ella nos llamó a los dos ingratos.

— ¿Ambos? — dijo Maximilian, sorprendido.

—Sí. Bonnaud tuvo lo peor. Ella pensó que él se portaba mal, a la luz de lo que dijiste que harías con respecto a la orden en su contra.

—Quise decir lo que dije — respondió Maximilian. — Tan pronto como lo consiga, veré que se retiren los cargos en su contra. Tengo que averiguar más al respecto y saber quién es el magistrado que juró la orden, pero deberíamos tener tiempo para eso. Como viajé bajo un alias, no se activarán alarmas en la aduana. Y estoy seguro de que Lisette y Manton encontrarán un lugar para mantenerlo escondido mientras tanto.

Aunque probablemente debería haber hablado con Manton sobre todo eso. Había estado tan... enojado por la situación. No había estado pensando en los problemas de Bonnaud.

—Tristan realmente no podría culparte si eliges no ayudarlo — cortó Víctor. — En realidad no encontró a tu hermano, ¿verdad?

Maximiliano lo arrastró con una mirada firme.

— No, pero encontró a un miembro de mi familia, y eso es tan valioso para mí. No he tenido mucho de nadie hasta ahora.

—Yo tampoco. Por eso viajé aquí. — Se recogió el pelo despeinado. — Aunque la señorita Bonnaud me acusó de venir a Inglaterra no para encontrar a mi familia, sino para castigarlos.

— ¿Es eso cierto? — preguntó Maximilian.

—Parcialmente, supongo. — Su mirada se volvió resentida. — Mi madre murió unos meses después que papá. Ella nunca se recuperó de la pérdida de él y Peter. A pesar de que le habían dicho que él era solo el resultado de algún enlace previo de Padre, ella amaba a tu hermano como a un hijo.

—Estoy seguro de que lo hizo — se ahogó Maximilian. — Pero Peter tenía una madre que lo extrañaba desesperadamente. Quien murió preguntando por él. Lo que hizo tu padre fue... inconcebible.

—Sí, pero lo que hizo tu padre en respuesta también fue cruel. ¿Cómo pudo haber ocultado el hecho de que mamá y yo teníamos familia? Su investigador le dio una miseria, que apenas cubrió nuestras deudas en Gheel con respecto al cuidado de mi padre. Y una vez que mamá murió, tuve que usar lo poco que quedaba para enterrarla. — Su voz se endureció. — Mis buenas relaciones podría haber mostrado alguna caridad cristiana y al menos asegurarse de que la cuidaran, incluso si no querían reconocerme.

Maximiliano se puso rígido.

— Lo siento. Estoy de acuerdo en que Padre se equivocó al hacer lo que hizo. Aunque difícilmente puedes culparlo, teniendo en cuenta que su hijo había sido secuestrado por tu padre.

— ¡No tuve nada que ver con eso! — Víctor dijo acaloradamente. Se detuvo y agregó: — Madre no tuvo nada que ver con eso. Ni siquiera lo sabíamos.

—Y no tuve nada que ver con que el padre te interrumpiera. Lo juro.

—Sí, deduje eso. — Con una mirada hosca, Victor cruzó los brazos sobre su pecho. — Pero mamá era la esposa legítima de mi padre, sin importar lo que dijeras sobre ella.

Maximilian hizo una mueca al recordar sus palabras acaloradas.

— ¿Tienes alguna prueba de eso?

—De hecho, lo hago. Sabía que me lo pedirían, así que lo traje conmigo. — Metiendo la mano en el bolso que habían colocado en el carruaje con él, sacó un viejo pergamino y se lo entregó.

Maximilian lo examinó. Líneas matrimoniales, entre Elizabeth Franke y Nigel Cale. Supuso que el documento podría haber sido falsificado, pero para hacerlo Victor habría

necesitado saber de antemano qué tan significativo sería, y no lo había hecho, según lo que Bonnaud había dicho.

— Padre conoció a Madre mientras la Armada británica estaba en el puerto de Ostende — explicó Víctor. — Ella era una moza de taberna belga, y él la tuvo con un hijo. Entonces se casó con ella.

Tomando el documento de Maximilian, lo devolvió a su cartera. Respiró con dificultad por un momento antes de continuar.

— Ahora que sé que era hijo de un duque, me doy cuenta de que es milagroso, pero mi madre siempre dijo que la amaba. Esa fue la razón que le dio para retirarse de la marina, para poder terminar con esa vida.

— Puede haber sido la verdad. La guerra se detuvo en ese punto. Quizás por eso visitó Inglaterra, para establecer un lugar para usted y su madre. Como capitán naval retirado, podría haber tenido una vida cómoda aquí, suponiendo... — Reflexionó Maximilian un momento. — Para reinsertarse en la sociedad inglesa con una esposa extranjera de bajo perfil, habría necesitado que padre y madre la aceptaran en la familia. Quizás le mencionó a su padre con qué tipo de mujer se había casado y él se negó a ayudarlo. Entonces el tío Nigel secuestró a Peter por despecho.

O tal vez el padre se negó a ayudarlo porque sabía de la aventura del tío Nigel con la madre.

El pensamiento errante lo hizo ponerse rígido. ¡Eso no fue lo que sucedió, maldita sea!

— Tal vez, — dijo Víctor, obviamente ahora cauteloso de decir algo sobre el tema.

Maximiliano debería dejarlo caer, ya que les causó mucho dolor a ambos. Pero no podía dejarlo ir. No entender por qué Peter había sido secuestrado siempre lo había roído, y tenía que llegar al fondo.

— Entonces, después de que tu padre llevó a Peter de regreso a Bélgica, se alistó en el ejército británico. ¿Correcto?

Víctor asintió.

— Dijo que tenía que hacer su parte por su país una vez que la guerra volviera. Madre le preguntó por qué no regresaba a la marina, pero él le dio alguna razón por la que no podía.

— Bueno, no pudo volver a la marina porque mi familia lo habría encontrado. Y ya no podría haber sido un oficial, podría haberse encontrado con alguien que lo conocía. Tenía que mantenerse bajo. Si tenía la intención de permanecer en el ejército, no tenía más remedio que alistarse.

— Siempre dijo que pelear era todo lo que sabía hacer. Así que supongo que estar en el ejército era la mejor opción para estar en la marina. Y como nos llevó a los tres a sus ubicaciones, fue mejor que cuando estaba en el mar.

— Peter... — Maximilian tragó saliva. — ¿Podría recordar a su familia de antes? ¿O qué pasó cuando fue llevado?

—Si lo hizo, nunca me lo dijo. Debes darte cuenta de que todavía no tenía cuatro años cuando lo trajeron a casa. Ni siquiera lo recuerdo. Para mí, él siempre fue solo... mi hermano mayor. — Su voz se ahogó. — ¿Por qué crees que guardé su pañuelo todos estos años? Porque era suyo.

—Acababa de cumplir cuatro años cuando lo llevaron, así que no lo recuerdo en absoluto. — Maximilian sintió la injusticia como un puñetazo en el estómago. Tenía todo tipo de cosas de Peter en Marsbury House, pero no significaban nada para él. — Háblame de mi hermano. ¿Cómo era él?

En el largo viaje desde el muelle hasta Mayfair, Víctor lo deleitó con historias sobre Peter. Maximilian se sintió agrisado al enterarse de su hermano de segunda mano, pero al menos le distrajo de las especulaciones de Víctor antes.

Sin mencionar mantener su mente fuera de Lisette.

Ya habían entrado en Mayfair y Víctor se había quedado callado, mirando por la ventana la grandeza que estaban pasando, cuando de repente dijo, con voz vacilante:

— Entonces tu padre también se volvió loco.

Maximiliano se tensó.

— Realmente de forma espectacular, sí.

— Esa es una buena forma de decirlo. Casi mata a mi madre verlo.

Un nudo atrapado en la garganta de Maximiliano.

— A la mía también.

Se dio cuenta de que no solo había encontrado familia ahora, sino que había encontrado una familia que entendía lo que había sufrido. Eso significaba mucho. Significaba que tal vez también había encontrado un amigo.

Dependiendo de lo que su nuevo primo pensara de él, eso es.

— Dijiste antes que era un maldito tonto. Nunca dijiste por qué.

Víctor le dirigió una mirada directa.

— No conozco muy bien a la señorita Bonnaud, solo lo que Tristán me ha contado sobre ella, pero puedo decir que se preocupa profundamente por ti. Ella te defendió vigorosamente, incluso después de lo que habías dicho. Y ella parece una mujer que se quedaría con un hombre contra viento y marea. Sin embargo, la dejaste allí.

Su corazón dio un vuelco en su pecho. Entonces a ella todavía le importaba. Ella no pensaba lo peor de él.

Y todavía...

— Le ofrecí matrimonio. Ella lo rechazó.

— Entonces no lo ofreciste bien.

Maximilian lanzó un suspiro tembloroso.

— En realidad, la noche anterior había conseguido que aceptara casarse conmigo, pero esta mañana ella se negó.

— Después de lo que dijiste en la enfermería.

El asintió. No podía pensar en eso ahora sin detestarse.

— Ella me dijo que los dos sabíamos que era lo mejor si nos separáramos. Lo que significa que ella piensa que es mejor que nos separemos.

Y tal vez lo era. Estar casado con Lisette significaría abrir su corazón al cuchillo, derribar sus paredes, renunciar a su existencia ordenada con precisión a una mujer que siempre decía lo que pensaba. Si cenaban con el rey, ella probablemente le informaría a Su Majestad que él podría usar más ejercicio.

Cuando ese pensamiento hizo sonreír a Maximilian, sacudió la cabeza. Bien podría admitirlo, él daría su brazo derecho por verla decirle lo que piensa al rey Jorge. Se paraba allí con una copa de champán en la mano, animándola y disfrutando cada minuto. Luego la llevaría a casa y le haría el amor hasta que saliera el sol.

Las imágenes llenaron su mente, Lisette acostada en la cama en su dormitorio con volantes, Lisette quitándose el camisón... Lisette lo confortó la noche anterior mientras se desmoronaba.

Su pulso se aceleró a pesar de todo. Estar casado con Lisette también significaría pasión, luz y amor. Significaría el final de sus noches solitarias y días solitarios. Significaría niños.

Por primera vez desde que la conoció, pensó en tener hijos con ella. Niños que desterrarían la maldición de su familia al crecer sanos, fuertes y hermosos... como su madre. Niños que poblarían la guardería muerta hacia mucho tiempo, quien recogería flores en los enormes jardines de Marsbury House y flotarían en miniatura en el estanque y...

— Maldición, ella estaba equivocada — Maximilian mordió. — No es lo mejor que nos separemos. No para ninguno de nosotros.

Víctor le lanzó una mirada dura.

— ¿Le dijiste eso?

Maximilian pensó en la conversación, cómo se había quedado allí protegiendo su corazón y su dignidad. Cómo se había marchado justo cuando ella había terminado de decirle a su hermano que no tenía nada que reprocharle.

Cobarde.

— No, — dijo, arrepintiéndose de haberlo golpeado como un golpe en el pecho.

— Ah. — Víctor levantó una ceja. — ¿La amas?

— Sí. — Era curioso cómo ni siquiera tuvo que pensarlo. Lo sabía hasta los huesos, tal como sabía que casarse con Lisette sería maravilloso.

— ¿Le dijiste eso?

Él gimió. Realmente había arruinado su separación, ¿no?

— No.

Víctor resopló.

— Bueno, ahí es donde te equivocaste, primo. No sé mucho sobre mujeres, pero sí sé que decirle a una mujer que la amas, suponiendo que ella también te ame, es la única forma de ganársela. Porque si ella cree que la amas, ella te seguirá hasta los confines de la tierra. — Sacudió la cabeza. — Las mujeres son así de irracionales.

—No Lisette. Ella es perfectamente racional.

Por otra parte, cuando la conoció por primera vez, ella tuvo una idea tonta acerca de querer convertirse en uno de los agentes de Dom. Y había sido su idea para él hacerse pasar por una «*persona normal*». Ella había sido la que se había arrojado a su cama por completo porque no podía soportar que él tuviera la intención de pasar su vida en un "*matrimonio frío y sin amor*".

Ahora que lo pienso, la mujer no era racional en absoluto. O al menos no cuando se trataba de él. Entonces tal vez todavía tenía una oportunidad con ella.

Si no fuera por una cosa.

—Llamé a su madre puta. — Ahogo la bilis. — Realmente la lastimé. Y ella no se lo merecía.

—Si ella te ama, encontrará una manera de perdonarte. Siempre y cuando dejes en claro que realmente lo sientes. — Víctor se puso pensativo. — No, eso no es suficiente. Mi padre solía arrojarle el bajo nacimiento de mi madre cuando discutían y luego se disculpaba. Solía enfurecerme. — Le dio una mirada larga a Max. — Tienes que disculparte y nunca volver a hacerlo.

—Confía en mí, no tengo intención de repetir mi error.

Estaban deteniéndose frente a su palaciega casa de la ciudad de Londres ahora, pero Víctor se limitó a echar una rápida mirada antes de volver su mirada hacia Maximiliano.

— Y hablando de llamar a las madres de las personas "*prostitutas*", también lamento lo que dije. No quise manchar la memoria de tu madre.

— Acepto la disculpa — dijo Maximilian secamente.

—No solo estaba siendo cruel, sin embargo. Realmente pensé que una aventura entre tu madre y mi padre explicaba mucho. — Cuando Maximiliano lo fulminó con la mirada, dijo rápidamente, — Pero obviamente estaba equivocado.

—Obviamente — dijo Maximilian cuando el carruaje se detuvo.

Sin embargo, mucho después de haber presentado a Víctor al personal como su primo y haberlo ubicado y haber saludado al médico, las palabras de Víctor se quedaron en su mente.

Maximilian odiaba admitirlo, pero explicaba mucho. Explicaba esas extrañas palabras de Padre cerca del final. Y el hecho de que Padre había contraído sífilis a pesar de nunca haber sido del tipo de prostitución.

Incluso explicaba la culpa de Madre, que él nunca había entendido. No es que una aventura le hubiera dado una razón para culparse por la locura, no habría pensado que hubiera alguna conexión entre la sífilis y la locura.

Pero podría haber sido como Lisette había insinuado, la culpa de la madre por el asunto y el secuestro resultante la había hecho ferozmente decidida a compensar esas cosas amando a Padre devotamente en sus últimos días.

Después de que Maximilian se pusiera la ropa más apropiada para un duque, se quedó mirando el jardín, con la garganta apretada y las manos apretadas. Había una persona que podría arrojar luz sobre el tema, el médico de familia Cale. Suponiendo que todavía estuviera vivo, seguramente sabría si mamá alguna vez tuvo sífilis... y más importante, cuando ella y su padre la contrajeron.

Entonces, antes de que Maximilian fuera a cortejar, sería bueno tener todos los hechos en su mente.

Le llevó solo unas pocas horas perseguir al hombre. El médico tenía casi noventa años y su memoria era defectuosa, pero había guardado abundantes notas sobre sus pacientes, y estaba perfectamente feliz de mostrárselas al hombre cuya familia prácticamente lo había enriquecido.

Y allí, enterrado en las notas, había una referencia al ataque de la madre de la «*viruela*», casi exactamente nueve meses antes del nacimiento de Peter. Entonces Max revisó el resto y encontró la notación de los primeros signos de que Padre tenía la «*viruela*». Aparentemente había sido más virulento que el de Madre. Y había venido después del de mamá.

Salió de la casa del médico en un torbellino de emoción. Todos esos años, había tenido todo mal. Había planeado cada detalle de su futuro, basándolo en una monumental mentira. Quizás era hora de que dejara de intentar predecir el futuro. Quizás era hora de que abrazara el presente.

O más bien, tal vez ya era hora de que abrazara a la única mujer que hacía habitable el presente. La única mujer que nunca había vacilado en su fe en él.

La única mujer que podría amar.

Victor tenía razón, era un maldito tonto si al menos no intentaba convencerla de que se casara con él, sin importar lo que ella pensara que era "*mejor*" para los dos.

Con esa decisión tomada, se dirigió a Investigaciones de Manton. Cuando llegó allí, el lugar parecía inquietantemente tranquilo. Extraño, solo eran las ocho en punto.

Llamó a la puerta. Cuando nadie respondió, siguió tocando más fuerte hasta que se abrió la puerta. El extraño mayordomo de Manton estaba allí mirándolo mientras se ataba una capa voluminosa.

— ¿Le informaría a su ama que deseo hablar con ella? — dijo Maximilian.

—Ciertamente te tomaste tu dulce tiempo para llegar aquí, ¿no es así, Su Excelencia?
Maximilian parpadeó.

— ¿De qué está hablando?

—Señorita Bonnaud le envió un mensaje desesperado hace horas.

Su corazón dio un salto. ¿Ella había cambiado de opinión? ¿Ella realmente le había pedido que fuera a ella?

— No he estado en casa por horas. Entonces, si me anunciaras...

—Ella no está aquí — dijo el Sr. Shaw con un olfato, obviamente aún no está listo para perdonarlo por su negligencia, — y llego tarde al ensayo.

Mientras el mayordomo bajaba apresuradamente los escalones de entrada, Maximilian le seguía el paso.

— ¿Donde está ella?

—No es que sea de su incumbencia, Su Excelencia, pero después de que ella y el Sr. Manton intentaron sin éxito sacar al Sr. Bonnaud de la cárcel...

— ¿Qué diablos? ¿Cómo terminó allí?

Shaw lo miró con recelo.

— Rathmoor lo hizo incautar antes de que pudieran abandonar la nave. Aparentemente, el Sr. Manton sin saberlo lo condujo allí, ya que ese sinvergüenza el Sr. Hucker interceptó una nota de la señorita Bonnaud que se suponía que advertía al Sr. Manton. Parece que el Sr. Hucker ha estado vigilando el lugar.

—Dios santo — dijo Maximilian cuando la realidad completa de eso cayó sobre él. — Después de que Hucker nos perdió en Francia, debe haber regresado aquí para reanudar su espionaje hasta que pudiera encontrarnos.

Shaw trotó por el camino.

— El Sr. Manton pasó la tarde intentando convencer a Sir Jackson Pinter, su amigo en la oficina del magistrado, de liberar al Sr. Bonnaud, pero eso no funcionó.

El corazón de Maximilian latía con fuerza.

— No, Pinter no es del tipo que infringe la ley para alguien que la violó, incluso el medio hermano de Manton. Además, Bonnaud robó un caballo y lo vendió. Los hechos son irrefutables, por lo que entiendo.

—Entonces "*la ley lo golpeará*", me temo. — Cuando Maximiliano lo miró de manera extraña, agregó, — es Shakespeare.

—No está ayudando. Entonces, si no tuvieron éxito en Bow Street, ¿dónde están ahora?

—Fueron a Rathmoor para rogarle indulgencia. — Shaw frunció el ceño y aceleró el paso. — No tiene sentido eso. *«Porque la piedad es la virtud de la ley, / y nadie más que los tiranos la usan cruelmente»*. Rathmoor es sin duda un tirano.

—Entonces dime dónde puedo encontrarlo — espetó Maximiliano. — No voy a dejar que Tristan Bonnaud cuelgue.

Shaw se detuvo.

— ¿Tienes un plan para prevenirlo?

Maximilian pensó por un momento, y una sonrisa se extendió por su rostro.

—Creo que sí. Pero necesitaré ayuda para lograrlo.

Shaw suspiró profundamente.

— Supongo que pueden prescindir de mí en el ensayo por una noche. — Con una floritura de su larga capa, caminó hacia donde se encontraba el carruaje de Maximilian esperando frente a las Investigaciones Manton. — Espero que su plan sea suficiente para liberar al Sr. Bonnaud.

—Creo que lo será. Esto es lo que necesito que haga...

Capítulo 23

Lisette paseó por el salón de la casa de George. Se volvió hacia Dom y le preguntó:

— ¿Crees que George realmente se ha ido? ¿O solo está fingiendo que se fue para hacernos guisar?

Dom cruzó los brazos sobre el pecho.

— Conociendo a George, es lo último.

—Entonces deberíamos buscarlo en la casa y mantenerlo presionado hasta que acepte retirar su reclamo de robo contra Tristán, — ella mordió.

— ¿Entonces puede acusarnos de intento de asesinato o alguna tontería? Tenemos suerte de que no haya podido acusarnos de albergar a un fugitivo esta mañana. Si hubiera hecho que Tristan se apoderara de las Investigaciones Manton, o si el capitán no hubiera sido lo suficientemente bueno como para afirmar que acabábamos de abordar el barco, estaríamos sentados en la cárcel con Tristan en este momento.

Lisette suspiró. Dom tenía un punto.

— Pero, ¿qué es lo que le impide decir que le robamos algo después de salir de aquí?

— ¿El hecho de que no tenemos nada en los bolsillos? — Dom bromeó.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Lo sé, no es hora de bromear. Pinter está haciendo todo lo posible para ver qué recurso legal tenemos, pero la verdad es que ahora George tiene todas las cartas. Entonces, si estar sentado aquí esperando su tiempo libre le da una pequeña satisfacción, entonces siéntate aquí, lo haremos.

—Sabes que George nunca cederá. ¿Por qué debería él? — dijo ella desesperadamente — Estoy tratando de mantener la esperanza de que Max responda a mi nota, pero esa esperanza se hace más pequeña por el momento.

—Puede que todavía lo haga. No lo descuentes.

Se dejó caer en una silla junto a Dom y sacudió la cabeza.

— Me atrevo a decir que en el momento en que regresó a su hermosa casa de pueblo, pensó mejor en ofrecermelo alguna vez.

—No puedes culparlo si lo hizo. Lo rechazaste. La mayoría de los hombres no lo toman bien, pero ¿un duque? También podría dispararle por el culo.

—Siempre supe que me rompería el corazón al final — dijo en voz baja.

Dom le dirigió una mirada de búsqueda.

—Ha sido mi experiencia, querida niña, que si uno entra en algo seguro del resultado, uno hace todo lo que está en su poder para asegurar ese resultado.

Ella levantó la barbilla.

— ¿Qué estás diciendo? ¿Qué me traje esto?

—No. Estoy diciendo que debes dejar de pensar en ti como la hija ilegítima de Claudine, condenada a seguir sus pasos. Puedes hacer lo que te propongas. Especialmente si puedes aprender a verte como lo hacemos nosotros, como una mujer vibrante y hermosa con mucho que ofrecer a cualquier hombre.

¿Dom tenía razón? ¿Había hecho todo lo posible para evitar cualquier oportunidad que tuviera con Max? ¿Había envuelto su corazón con tanta lana protectora que ya no tenía aire para respirar?

—Disculpe, — llegó una voz femenina desde la puerta, — pero ¿estás aquí para visitar a alguien? Escuché hablar y...

La voz se apagó cuando Dom se levantó.

— ¿Jane? — dijo con voz ronca. Luego se puso rígido. -- Perdóneme, señorita Vernon. Olvidé que podrías estar aquí.

Lisette también saltó de su silla. Jane Vernon era prima de la esposa de George. También había sido una vez la prometida de Dom. Hasta que Dom terminó sin un centavo.

La joven y bella mujer palideció.

— Buenas tardes, señor Manton. No tenía idea... no estaba al tanto... — Miró a Lisette, y eso pareció ayudarla a dominarse. — No me di cuenta de que ustedes dos estaban esperando. Estamos cenando arriba. No sé por qué el mayordomo no te envió.

Dom la miró con recelo.

— Venga, señorita Vernon, no es tonta — cortó él. — Sabes perfectamente bien por qué el mayordomo no nos envió.

Jane estabilizó sus hombros, luego lo miró fijamente.

— Veo que no ha cambiado en absoluto, Sr. Manton. Sin cortesías para un tipo inteligente como tú. — Le lanzó a Lisette una media sonrisa. — Voy a buscar a George. ¿Asumo que él es a quien has venido a visitar?

Lisette asintió con la cabeza.

— Gracias.

Tan pronto como Jane se fue, Lisette se volvió hacia Dom.

— No tenías que ser desagradable con ella.

—No estaba siendo desagradable. Estaba siendo sincero.

Ver a Jane obviamente había molestado a Dom, generalmente de mal genio. Los ojos de Lisette se entrecerraron. ¿No erta tan interesante?

Llamaron a la puerta principal y los sorprendieron a ambos. El mayordomo se apresuró a abrirlo, y una figura alta pasó junto a él por el pasillo.

— Gracias, mi buen hombre — dijo una voz arrogante que reconoció demasiado bien.

— Informe al vizconde Rathmoor de que el duque de Lyon está aquí para hablar con él.

Lisette se congeló, sorprendida por completo, cuando el mayordomo prácticamente golpeó a Max con sus reverencias y raspaduras.

¡Max había ido! Lo había hecho por Tristán, por supuesto, porque ese era el tipo de hombre que era, un hombre de honor y carácter. ¿Pero tal vez lo hizo un poco por ella?

Su sangre comenzó a latir con fuerza y trató de no esperar demasiado. Pero fue difícil cuando Max estaba parado allí en la carne, demostrando que no la había olvidado a ella, ni a su familia, en absoluto.

El mayordomo tuvo una repentina expresión de pánico en su rostro cuando aparentemente se dio cuenta de que el salón de entrada estaba lleno, y que tal vez no debería poner al duque con criaturas tan bajas como el hermano separado del vizconde y su hermana ilegítima.

Pero mientras todavía se tambaleaba, Max miró hacia el salón y los vio.

— Ah, veo que mis amigos llegaron aquí antes que yo. Me uniré a ellos, gracias.

El mayordomo tartamudeó.

— M... muy bien, Su Excelencia, — y prácticamente saltó las escaleras.

—Bueno, eso debería hacer bajar a George en un instante — le murmuró Dom.

Max se acercó a ellos con una mirada urgente en su rostro.

— Supongo que aún no has hablado con tu hermano.

Ella sacudió la cabeza, incapaz de hacer más que mirarlo.

—Bueno. Entonces ustedes dos deben permitirme manejar esto. ¿Crees que Hucker está cerca?

—Probablemente — dijo Dom. — Nunca está lejos. ¿Por qué?

—Porque si me reconoce como el Sr. Kale, solo ayudará al plan que Shaw y yo hemos preparado.

— ¿Shaw? — dijo Lisette. — ¿Nuestro Shaw?

—Si. Buen hombre, ese. Aunque un poco extraño.

Ella no sabía si estar de acuerdo o reírse histéricamente.

— ¿De verdad crees que puedes liberar a Tristán, Su Excelencia?

Él arqueó una ceja.

— No si sigues llamándome así, querida. ¿Qué le pasó a «Max»?

La había llamado querida. Las lágrimas picaron sus ojos.

— No estaba segura de si Max todavía estaba cerca — dijo ella, luchando con una sonrisa. — Estaba siendo tan ducal justo ahora.

— Bueno, ser ducal es aparentemente lo que mejor hago, según cierta mujer de lengua agria.

George apareció en la entrada del salón.

— No te preocupes, mi amor. Todo estará bien, - murmuró.

¿Mi amor? Oh, cariño, le estaba dificultando aferrarse a su resolución de no casarse con él.

Con los latidos de la sangre en los oídos, observó a Max girarse para saludar a su medio hermano.

— Buenas tardes, Rathmoor.

George lo miró con cautela.

— ¿Nos conocemos, Su Excelencia?

— No, no creo que lo hayamos hecho. — El tono de Max se congeló. — Aunque he escuchado mucho de ti de mis amigos aquí.

La sangre se drenó de la cara de George.

— ¿Amigos? — chilló él.

— Si. Me dicen que has arrestado a un hombre que está a mi servicio.

Cuando Lisette contuvo el aliento, George frunció el ceño.

— Tristan Bonnaud está en el empleo de Su Gracia.

— De hecho lo está. Lo contraté a él, a la señorita Bonnaud y al señor Manton para encontrar a mi primo perdido y devolverlo a los brazos de su amada familia. Lo lograron admirablemente. Víctor Cale, el hombre que fue la razón por la que estaban en el barco que abordaron, ahora está instalado en mi casa de la ciudad.

Lisette apenas podía contener su emoción. ¡Qué esquema tan brillante! Y ayudaba que pudiera usar su título como un garrote cuando fuera necesario.

Era bastante ducal mientras miraba a George.

— Solo lamento no haber estado allí cuando llegaste para llevarte al Sr. Bonnaud. Mi primo se está recuperando de un desagradable episodio de neumonía, así que tuve que

llevarlo al cuidado de un médico de inmediato. Si hubiera sabido que iba a aparecer y arrestar a mi mejor investigador, el hombre que es el principal responsable...

— Está diciendo que contrató a Tristan, un conocido fugitivo, para encontrar a su primo — dijo George, con una vena palpitante en la sien.

— No sabía que era un fugitivo. Estoy bastante sorprendido de escucharlo. Trabajó para la Sûreté Nationale en Francia durante algunos años.

Eso pareció sorprender aún más a George.

— ¿La policía secreta francesa? ¿Todo este tiempo?

— De acuerdo con Eugène Vidocq, es un agente muy competente. ¿De qué es acusado el Sr. Bonnaud?

— Robar un caballo — dijo George secamente.

— Eso es bastante difícil de sortear. ¿Cuándo esto pasó?

George tiró nerviosamente de su corbata.

— Hace doce años.

— Veo. Supongo que también se lo robó a un ciudadano prominente.

— Me lo robó.

Max fingió conmoción.

— ¿Pero no eres tú su relación? — Dejó que eso se hundiera, luego agregó, — Ah, ya veo. Un joven muchacho a caballo. Entonces esto es más una cuestión de una disputa familiar que de un robo real.

George se erizó ante eso.

— No es una «*disputa familiar*», su gracia. Robó un pura sangre muy caro y luego lo vendió para su propio beneficio.

— ¿Tienes testigos? ¿Evidencia?

— Tengo un testigo — dijo George con inquietud. — Y la evidencia es el caballo perdido, que nunca fue recuperado.

Max levantó una ceja.

— Suena como un caso endeble para mí. Especialmente dado que sucedió hace doce años. No estoy seguro de que tengas éxito en procesarlo. Y parece una maldita vergüenza arruinar la vida y el futuro de un hombre por un malentendido.

— ¡No es un malentendido! — gruñó George. — Y perdóname por mi impertinencia, Su Gracia, pero tampoco es asunto tuyo.

— Ah, pero lo es. — Max le lanzó a George una leve sonrisa. — Él está en mi trabajo ahora. Y odiaría pensar que después de todo lo que ha hecho por el ducado, terminaría ahorcado. Tomaría eso como una afrenta personal.

En ese momento, entró Hucker. Cuando vio a Max, corrió hacia George para murmurarle algo al oído.

George miró a Lisette y luego miró al duque.

— Hucker me dice que toda esta historia tuya está hecha de tela entera. No los contrataste en absoluto. Dice que has estado viajando solo con mi media hermana bajo un nombre falso.

— ¿Nos seguía el señor Hucker? — Dijo Max con fingido indignación.

Eso hizo que George se sintiera un poco incómodo.

—Solo así mellevaría al fugitivo.

—Tu medio hermano, quieres decir — dijo Max en un tono duro. — Viajamos juntos, señorita Bonnaud y yo, al continente para encontrar al señor Bonnaud después de que no supiéramos nada de él sobre su misión. No sabíamos que había sido detenido en cuarentena aquí con mi primo. No pude usar mi título en nuestro viaje, no quería alertar a la prensa sobre el hecho de que mi posible heredero había sido encontrado, no hasta que estuviese seguro de los hechos. — Se quitó la pelusa del abrigo. — Por supuesto, el Sr. Manton estuvo con nosotros. Supongo que el Sr. Hucker no le dijo eso.

— ¡Esa es una maldita mentira! — gritó Hucker. — El señor Manton no estaba con usted en absoluto. Se fue a Escocia.

—¿Realmente lo hizo? ¿Lo viste allí?

Hucker palideció.

— Bueno, no, pero... escuché...

—Escuchaste. Veo.

Lisette luchó por mantener una cara seria. Para un hombre que odiaba el engaño, Max podría ser muy bueno cuando lo necesitara. Aunque la mayor parte de lo que dijo era la verdad, simplemente se realineó creativamente en otra cosa.

—No estuvo contigo en ese viaje — insistió Hucker.

—No en el viaje en acarruaje a Brighton, pero nos estaba esperando allí dentro de la posada. Seguramente lo viste.

—Bueno... no... Yo... no entré en la posada.

— ¿No lo hiciste? — Max arqueó una ceja. — Qué extraño para un investigador. En cualquier caso, Manton salió temprano de Londres para poder viajar a Brighton para asegurarnos las habitaciones de la posada y los boletos para el barco de vapor. Seguramente lo viste en el bote de paquetes.

—No, no lo hice — dijo Hucker con rigidez. — Él no estaba allí.

—Hubo sesenta personas a bordo. ¿Los miraste a todos?

—Yo... yo...

—Lo que quieres decir es que no lo viste. — Echó los ojos al cielo. — Seguramente nos viste en el camino a París. — Hucker parpadeó. — ¿Y nos siguió a la casa de Monsieur Vidocq? ¿No? — Max adquirió su mejor tono arrogante. — Qué investigador competente tienes allí, Rathmoor. Si hubiera estado haciendo su trabajo, hablando con las personas con

las que hablamos, etc., habría sabido que consultamos con Vidocq y la Sûreté. Gracias a Dios, el Sr. Manton y Vidocq pudieron reconstruir el hecho de que mi primo estaba recluido en régimen de incomunicación en un barco en cuarentena.

Un nudo le llenó la garganta. Max estaba mintiendo con venganza. Para ella.

George fulminó con la mirada a Hucker.

— Dijiste que los seguiste. Dijiste que Manton no estaba con ellos.

— ¡No lo vi! Yo... quiero decir, él no estaba con ellos.

— Adiós, tonto, — gruñó George. — Nunca debí dejarte a cargo de algo tan importante.

— ¡Pero qué hay de la nota! — gritó Hucker. Hurgando en su bolsillo, sacó un mensaje doblado y lo agitó salvajemente en el aire. — ¿Lo ves? ¡La señorita Bonnaud le envió una nota al señor Manton! ¡Ella no habría enviado una nota si él hubiera estado viajando con ellos!

Ella reprimió un jadeo. Max no sabía que su nota había sido robada por Hucker, pero no mostró signos de sorpresa. Tomó la nota, la miró y luego se la arrojó a George con un poco de impaciencia.

— No está dirigido a Manton, sino a su criado. Y todo lo que dice es: «*Estoy a salvo y bien y le digo a Dom que tenga cuidado con Hucker*». No se menciona al Sr. Bonnaud, nada que implique a nadie por nada.

Un músculo hizo tictac en la mandíbula de George.

— Déjanos, Hucker.

— ¡Pero mi lord!

— ¡Déjanos! No necesito que empeores las cosas. — Tan pronto como Hucker se fue, George miró más allá de Max, donde Lisette y Dom estaban muy callados. — No creas que me has engañado por un momento, Su Excelencia. Ya veo lo que estás haciendo. Has inventado toda esta historia sobre el hecho de que Tristan está en tu empleo en un vano intento de salvarlo. — e lanzó a Lisette una mirada fulminante. — Supongo que quieres impresionar a mi media hermana, llevarla a tu cama. Si ella no ha estado allí ya. Sería una tonta por no caer en la cama de un hombre tan rico como tú.

Dom se puso rígido junto a Lisette, pero ella puso una mano firme sobre su brazo.

Max se había quedado peligrosamente quieto.

— En realidad, ella rechazó dos de mis propuestas de matrimonio. Pero no te preocupes, quiero asegurarme de que acepte la tercera, aunque solo sea para poder mirarte por las narices en cada ocasión social.

— ¡Casarte con ella! — dijo George con una sonrisa burlona. — ¿No sabes que es la hija bastarda de la puta francesa de mi padre?

Esta vez Dom tuvo que poner una mano firme sobre su brazo.

— *¿Putta?* — Dijo Max con una voz engañosamente suave. — Tenía la impresión de que su madre era una actriz retirada. — Miró a Lisette, con el corazón en los ojos. — *¿No es así, mi amor?*

Mi amor. Lo había dicho de nuevo. Y estaba defendiendo a Maman. Estaba tratando de enmendar lo que había dicho antes.

— Sí, así es, — se las arregló, aunque apenas podía hablar por el grosor de su garganta. Max dirigió una mirada malévola a George.

— En mi mundo, no consideramos que una mujer que es fiel a su amante durante toda su vida sea una prostituta, la consideramos una amante bastante buena. — sonrió sombríamente. — Por supuesto, siempre puedo contratar investigadores para conocer la verdad de todo eso también. Me gustaría asegurarme de que los hechos sean correctos para el periódico.

George palideció.

— ¡Periódico! ¿De qué estás hablando?

Max levantó la cabeza.

— Creo que esa es la prensa que escucho acercarse ahora.

Como si fuera una señal, se escuchó un clamor en las calles frente a la casa del ciudad. George voló hacia la ventana y miró hacia afuera.

— ¡La prensa! ¿Qué demonios? ¿Qué hacen aquí?

— Señor. Shaw los invitó aquí en mi nombre, — dijo Max fríamente. — Pensé que podrían encontrar interesante mi *«historia inventada»*, especialmente cuando anuncié que el Sr. Manton y su brillante equipo encontraron a mi primo perdido hace mucho tiempo. Por supuesto, los reporteros también estarán muy interesados en escuchar que uno de esos investigadores ahora languidece en la cárcel porque su propio medio hermano tiene un crimen de doce años sobre su cabeza. Lo encontrarán muy interesante, espero.

George miraba por la ventana, con el rostro ceniciento.

— Maldito seas, maldito...

— Tendría mucho cuidado si fuera tú, Lord Rathmoor. — La voz de Max era puro hielo. — Una elección está delante de ti. Usted y yo podemos salir y anunciar con gran orgullo el papel que ha desempeñado su familia para salvar a un posible heredero del ducado. Podemos sacar a Bonnaud de la cárcel antes de que se enteren de que está allí, simplemente diciéndoles a las autoridades que te equivocaste con el caballo. Tu parte miserable en su arresto puede ser barrida debajo de la alfombra en un instante. O...

Cuando hizo una pausa para el efecto, George lo enfrentó, sus rasgos dibujados.

— ¿O?

— Puedo salir y hacerte sonar como el demonio encarnado. — Los ojos de Max brillaron hacia él. — Es posible que aún consigas que ahorquen a Bonnaud, aunque no cuento con eso, dadas mis conexiones y el abogado competente que contrataré para su

defensa. Pero será una victoria vacía cuando esos chacales por ahí terminen vilipendiándote en el periódico.

George estaba furioso, pero obviamente había comenzado a darse cuenta de que esto no terminaría de la manera que había planeado.

Max miró a Lisette, sus ojos se suavizaron.

— De cualquier manera, me refiero a casarme con la señorita Bonnaud. — Desvió su mirada hacia George. — Entonces puedes ser un amigo para mí y para mis futuras relaciones, que también son tus relaciones. O puedes ser un enemigo. Simple como eso. — Se acercó a la ventana y miró hacia afuera mientras el ruido aumentaba en las calles. — Pero tomaría tu decisión pronto. La multitud se inquieta.

Durante medio momento, pareció que George podría resistirse. Luego mordió,

— No me das otra opción, Su Excelencia.

— Ninguna — dijo Max. — Qué inteligente de tu parte darte cuenta.

George la fulminó con la mirada.

— Realmente te enganchaste con él, ¿verdad, Lisette? Debes haber aprendido de tu puta madre exactamente cómo...

— Una cosa más — se quejó Max cuando se apartó de la ventana. — Si alguna vez vuelves a hablar de mi esposa o su madre en algo que no sea el tono más respetuoso, te destriparé — Caminando hacia George, Max fue a matar con una crueldad que la hizo sentir orgullosa. — Serás excluido de todos los clubes, no podrás obtener préstamos, verás que mi influencia se extiende a lugares en los que ni siquiera soñaste. — Se detuvo para mirar a George como un ángel vengador. — ¿Se entiende perfectamente, señor?

George parpadeó, claramente desconcertado por la fuerza de la ira del duque. Tuvo el buen sentido de sacudir la cabeza en asentimiento.

Una sonrisa de triunfo cruzó los labios de Max.

— Excelente. — Hizo un gesto hacia la puerta. — Ahora, si no le importa salir al pasillo con el Sr. Manton, quisiera hablar solo con mi prometida antes de anunciar a la prensa la "*gran amistad*" entre nuestras dos familias.

El resentimiento estalló en la cara de George, pero claramente él finalmente se dio cuenta de la profundidad del problema en el que se había metido.

George salió y Dom pasó junto a ella con un rápido guiño, cerrando la puerta del salón cuando se fue.

Por fin estaba sola con Max, pero de repente se sintió incómoda después de lo que había pasado entre ellos esa mañana. Su corazón estaba tan lleno, y no quería equivocarse esta vez. Especialmente cuando era el duque de Lyon en este momento, vestido con gran esplendor, con todo el poder de su título detrás de él después de derrotar a George.

Bien podría comenzar con eso.

— Gracias, Max, por salvar a Tristan. Por traerlo de vuelta a nosotros. — Las lágrimas llenaron sus ojos. — No sabes cuánto significa para mí. Sé que lo hiciste para cumplir tu promesa, pero...

—Lo hice por ti — dijo con voz ronca. — Todo fue por ti.

La forma en que la miraba, con el corazón en los ojos, hizo que sus rodillas se debilitaran y su sangre se acelerara.

Él se acercó.

— Me alegra que el plan realmente haya funcionado.

Ella sonrió a través de las lágrimas que estaba tratando de contener.

— Tus planes siempre funcionan. Es el mío lo que no, ¿recuerdas?

—Siento disentir. Encontraste a mi primo. Nunca podría haberlo encontrado sin ti. — Se acercó aún más. — Lamento que me haya tomado tanto tiempo llegar aquí. No estaba en casa Estaba hablando con el médico de familia sobre las especulaciones de Víctor. Parece que, después de todo, podría haber tenido razón sobre mi madre y mi tío abuelo.

—Oh, Max, lo siento mucho.

—No lo estoy. Es gratificante tener respuestas. Saber que la maldición familiar podría no ser una maldición familiar después de todo. — Él agarró sus manos, sosteniéndolas contra su corazón. — Saber que puedo tener un futuro ahora.

—Sí, pero eso también significa que no tienes que conformarte con casarte con una hija ilegítima de...

La besó con fuerza, luego retrocedió para mirarla fijamente a los ojos.

— No vuelvas a llamarte así otra vez. No pienso en ti de esa manera. Yo nunca lo hice. — Bajó la mirada hacia sus manos unidas. — Me doy cuenta de que esta mañana... te hice sentir como si pudiera, y no tengo excusa para eso. Solo puedo prometer que nunca volverá a suceder, y te ruego que me perdones por ser un idiota arrogante...

Esta vez ella lo besó con fuerza.

— No vuelvas a llamarte así otra vez — repitió ella, luego le lanzó una sonrisa burlona. — Soy la única que puede llamarte así. Además, a veces me encanta que seas un asno arrogante. Especialmente cuando estás amenazando con dañar a mi horrible medio hermano que...

Este beso fue mutuo, un encuentro feroz lleno de calor, necesidad y pasión. Cuando por fin se separaron, el gran duque de Lyon se había desvanecido por completo y su propio querido Max la miraba a los ojos.

— ¿Esto significa que te casarás conmigo, querida? Porque no creo que pueda continuar si tú no lo haces. Te amo, y la idea de pasar mi vida sin ti es peor que el miedo a volverse loco.

— ¿Me amas? — dijo ella, apenas capaz de creer que él realmente hubiera dicho las palabras.

—Claro que te amo. No estoy loco, ya sabes. — Él sonrió ante su pequeño chiste, y el hecho de que él pudiera bromear sobre eso le calentó el corazón. — ¿Cómo podría no amar a la mujer que se negó a casarse conmigo porque no la dejaría cuidar de mí hasta el final? La mujer que cuidaba a mi primo, cuyo rostro se ilumina cada vez que viaja... que nunca, nunca me miente.

Ella lloró.

Él ahuecó su mejilla.

— Claro que te amo. ¿Crees que intimido a los vizcondes todos los días?

Ella parpadeó y luego lo miró con recelo.

—Muy bien, así que tal vez pueda ser un poco autoritario a veces. — La tomó en sus brazos. — Pero precisamente por eso deberías casarte conmigo. ¿Quién más sino tú podrías mantenerme humilde?

Ella le sonrió.

—Creo que tienes razón. Necesitas una esposa que te recuerde que no seas tan ducal todo el tiempo. — Levantó la mano para poner deliberadamente su corbata ligeramente torcida. — A la luz de eso, acepto su oferta, mon coeur.

—Gracias a Dios — dijo él, esbozando una amplia sonrisa. Él atrapó su boca en un beso profundamente maravilloso que la hizo sentir un hormigueo en los dedos de los pies y le recordó que no siempre era dudoso.

Cuando terminó, le ofreció su brazo.

— Ahora deberíamos salir y anunciarlo al resto del mundo.

— ¿Qué les contarás de Víctor?

—Que encontré un primo perdido hace mucho tiempo, el hijo de mi tío abuelo. Nadie supo que el tío Nigel participó en el secuestro, por lo que no debería ser demasiado escandaloso.

—No. No escandaloso, — ella estuvo de acuerdo. Mientras caminaban hacia la puerta, agregó: — Supongo que esto significa el final de cualquier futuro para mí como uno de los "hombres" de Dom". Una duquesa haciendo ese tipo de trabajo probablemente sería muy escandalosa.

—Cierto. Aún así, piense en ello no tanto como terminar ese futuro — dijo alegremente, — sino como cambiar de empleador. Te sorprendería la cantidad de organización e investigación que forma parte de dirigir un ducado. Realmente podría usar la ayuda. Así que estaré muy feliz de que seas uno de mis hombres. — Él la miró de reojo. — Excepto en el dormitorio, por supuesto.

Y cuando ella se echó a reír, cruzaron las puertas y salieron hacia su futuro.

Epílogo

Cuatro meses después de su boda, Maximilian se acomodó cómodamente en su estudio, con Lisette haciendo su habitual comentario sobre ser útil, cuando Victor entró, vestido con lo que claramente era un atuendo de viaje.

— Bueno, me voy a Edimburgo — dijo.

— ¿Escocia? ¿Para qué? — dijo Maximilian.

— ¿No te lo dijo tu esposa? — dijo Víctor con una rápida mirada a Lisette.

Ella coloreó.

— Yo... um... estaba esperando el momento correcto. Pensé que no te irías hasta mañana.

— Yo también lo pensé — dijo Víctor. — Pero Manton recibió una carta que hizo el asunto más urgente, así que...

— ¿Qué tiene que ver Manton con esto? — preguntó Maximilian. Cuando su esposa y su primo intercambiaron miradas, sintió un hundimiento en la boca del estómago. — Es mejor que alguien me diga qué está pasando ahora.

— Victor se une a los hombres del duque — dijo Lisette llanamente.

Maximilian entrecerró la mirada hacia su primo. Las investigaciones Manton habían sido denominadas "*los hombres del duque*" después de que los periódicos publicaron la historia sobre la exitosa búsqueda del "*primo perdido del duque*".

— ¿Por qué? ¿No te ofrezco una asignación suficiente?

Víctor se tensó.

— Es más que suficiente. Esto no tiene nada que ver con el dinero. No pretendo ser desagradecido, primo, pero...

— Victor está acostumbrado a un tipo de vida más activo — insistió Lisette — Pasó años en el ejército y luego ayudó a varios oficiales en situaciones difíciles. No está acostumbrado a sentarse sin hacer nada.

— Entonces le encontraré algo que hacer. — Maximilian miró al primo que sentía que estaba empezando a saber. — Estoy seguro de que hay algo que hay que hacer por aquí.

— Tú, Lisette y tu enorme personal tienen todo eso a la mano. — Víctor tiró de su corbata. — Además, no estoy... bien adaptado a todos los bailes y cenas y finjo que me importa un bledo quién apareció en el teatro con el chaleco del color equivocado. Apenas puedo creer que soy primo de un duque, y mucho menos que a nadie le importe qué tipo de botas llevo.

—Es mucho para asimilar todo a la vez, lo sé. — Lisette le lanzó a Maximilian una mirada velada. — Y apenas te hemos dado la oportunidad de acostumbrarte, lanzándote a la sociedad inglesa con poca preparación.

Maximilian tuvo que morderse la lengua. Se las había arreglado para manejarlo bastante bien. ¿Por qué no pudo él?

— Pero Escocia está muy lejos.

—Manton tiene un nuevo caso allá arriba que promete ser lucrativo — dijo Víctor. — Pero dado que está en medio de un gran caso propio, y Tristan tiene sus manos llenas con varios otros, sugirió que me gustaría tomar este. Y tengo... razones propias para querer intentarlo.

— ¿Como qué? — Maximilian pinchó.

Víctor se cerró.

—Nada que te preocupe. — Entonces, antes de que Maximiliano pudiera reaccionar ante esa declaración, Víctor forzó una sonrisa. — Además, me dará la oportunidad de pensar... en lo que quiero hacer con mi futuro.

Cuando Maximilian dejó escapar un largo suspiro, Lisette dijo:

— Max...

—Lo sé. Los dos tienen razón. — Maximilian se levantó de detrás del escritorio para mirar a su primo. — Deberías poder vivir como quieras. Y me doy cuenta de que mientras crecí en esta vida, no lo hiciste. — Forzó un tono ligero en su voz que no sintió. — Quien lleva puesto el chaleco del color equivocado realmente me interesa.

—No lo hace — dijo Lisette suavemente.

Como de costumbre, ella siempre supo lo que él sentía. Al principio, había sido un poco desconcertante tener a alguien sobre quien lo entendía tan bien, pero eso había pasado mucho tiempo, y ahora lo encontraba bastante estimulante.

—Muy bien, para que parte de mi vida pueda ser tediosa — admitió. — Pero encuentro que administrar las propiedades de mis futuros herederos es muy gratificante. Esperaba que con el tiempo lo consideraras así, primo, para poder enseñarte a tomar el control en caso de que...

—Tendrás muchos herederos para que te reemplacen, Max — dijo Víctor secamente. — A juzgar por la frecuencia con la que ustedes dos se "*retiran*" temprano, terminaré siendo decimoquinto en la fila para el ducado.

—Dios no lo quiera — murmuró Lisette. — Me gustan los niños, ¿pero catorce?

—El punto es que — continuó Víctor — tendrás al menos un hijo, quizás varios, para transmitirle el ducado. No me necesitas Y necesito algo más que esto. — Barrió su mano para indicar su entorno. — O al menos algo diferente de esto.

—Entiendo — dijo Maximilian, aunque no lo hizo por completo. Estaba tan contento con su vida que no podía imaginar a nadie más que no fuera así. — Y supongo que no estarás allí para siempre.

—Espero que no — respondió Víctor. — Entiendo que es bastante sombrío.

—Depende de la parte de Escocia en la que te encuentres. — Maximilian sonrió. — Si te vas a quedar en Edimburgo por un período de tiempo, puedes usar mi casa allí. Enviaré una carta ahora mismo para que te la abran.

—Gracias. Eso puede resultar útil. — Víctor miró el reloj. — Bueno, entonces me voy. Mi carruaje se va en una hora más o menos.

—Buena suerte — dijo Maximilian.

—Ten cuidado — dijo Lisette, y presionó un beso en la mejilla de Victor.

—Siempre tengo cuidado — dijo Victor arrastrando las palabras.

Fue solo después de que él salió por la puerta que su intercambio realmente se registró con Maximiliano.

— ¿Ten cuidado? ¿Es esta una tarea peligrosa?

Ella le dio una sonrisa brillante.

—No muy peligrosa.

—Lisette... — dijo en tono de advertencia.

—Te estoy tomando el pelo. Que yo sepa, no hay peligro involucrado. E incluso si lo hubiera, Victor es muy capaz de cuidarse solo.

—Dios santo — murmuró Maximilian mientras se dejaba caer en su silla. — Recuérdame que estrangule a tu hermano la próxima vez que lo vea.

Ella se rió cuando se acercó para pararse al lado del escritorio.

— Lo juro, tú y Dom siempre están amenazando con estrangularse, pero nunca los he visto intentarlo.

—Eso es solo porque sabemos que nos amollarías los oídos diciéndonos después. Pero, para ser justos, tu hermano tiene más motivos para estar enojado conmigo que yo con él.

—Lo hace, de hecho. Nunca te perdonará por convertir las investigaciones Manton en «*los hombres del duque*»

—No es mi culpa que a los periódicos se les ocurriera eso — se quejó Maximiliano. — Simplemente dije que los contraté a los tres para encontrar a mi primo.

—Lo sé — murmuró ella con dulzura. — Y cuando no le molesta, reconoce de mala gana que el negocio se multiplicó por diez después de eso. Entonces le hiciste un favor. Incluso si odia admitirlo.

Él la miró.

— No te importa, ¿verdad?

—Lo adoro. Evita que mis hermanos estén demasiado llenos de sí mismos. Sin mencionar que sirve como un recordatorio constante de cuánto me amas. — Ella le dirigió la suave sonrisa que nunca dejó de conmoverlo. — Cuánto hiciste por mí y por ellos ese día.

Eso lo tranquilizó.

— Sospecho que no hemos visto lo último de Rathmoor. Realmente los odia a ustedes dos, especialmente a Bonnaud. Y no estoy seguro de por qué.

— Yo tampoco, pero siempre lo ha hecho. — Ella respiró hondo, luego dijo a la ligera, — No pensemos en él, ¿de acuerdo? Además, tengo que ir a decirle a Cook que solo vamos a cenar los dos. — Ella le sonrió. — ¿Lo ves? Hay ciertas ventajas de que Victor se haya ido. Por ejemplo, ahora que no necesito considerar sus deseos para cenar, puedes tener lo que tu corazón desee. Dime, mi señor duque, ¿qué podría ser?

La arrastró hasta su regazo, tomándola desprevenida.

— Te diré exactamente lo que desea el duque, mi rosa salvaje. Y no es la cena.

— ¿Quieres que tomemos otra excursión a Francia en tu yate? — bromeó ella. — O incluso España esta vez?

— Como disfruté el último viaje que hicimos, tenía en mente algo un poco más cerca. — Sus ojos brillaron cuando buscó debajo de su vestido. — Toda la charla de Víctor sobre mis herederos me ha hecho pensar que deberíamos trabajar directamente para producirlos.

Con una sonrisa sensual, Lisette le rodeó el cuello con los brazos.

— Pensé que ya habíamos estado trabajando bastante duro en eso.

— Ya sabes cómo soy. — Miró al rostro de la mujer que había cambiado su vida, que le había dado esperanza, pasión y un futuro, y su corazón dio un vuelco en su pecho. Él bajó su boca a la de ella. — El trabajo de un duque nunca termina. Gracias a Dios.

Fin